Viaje al Centro de la Tierra

Por

Julio Verne



CAPÍTULO I

El domingo 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, regresó precipitadamente a su casa, situada en el número 19 de la König-strasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

Marta, su excelente criada, se azaró de un modo extraordinario, creyendo que se había retrasado, pues apenas si empezaba a cocer la comida en el hornillo.

«Bueno» pensé para mí, «si mi tío viene con hambre, se va a armar la de San Quintín porque dificulto que haya un hombre de menos paciencia».

—¡Tan temprano y ya está aquí el señor Lidenbrock! —exclamó la pobre Marta, llena de estupefacción, entreabriendo la puerta del comedor.

—Sí, Marta; pero tú no tienes la culpa de que la comida no esté lista todavía, porque aún no son las dos. Acaba de dar la media en San Miguel.

—¿Y por qué ha venido tan pronto el señor Lidenbrock?

—Él nos lo explicará, probablemente.

—¡Ahí viene! Yo me escapo. Señor Axel, hágale entrar en razón.

Y la excelente Marta se marchó presurosa a su laboratorio culinario, quedándome yo solo.

Pero, como mi carácter tímido no es el más a propósito para hacer entrar en razón al más irascible de todos los catedráticos, me disponía a retirarme prudentemente a la pequeña habitación del piso alto que me servía de dormitorio, cuando giró sobre sus goznes la puerta de la calle, crujió la escalera de madera bajo el peso de sus pies fenomenales, y el dueño de la casa atravesó el comedor, entrando presuroso en su despacho, colocando, al pasar, el pesado bastón en un rincón, arrojando el mal cepillado sombrero encima de la mesa, y diciéndome con tono imperioso:

—¡Ven, Axel!

No había tenido aún tiempo material de moverme, cuando me gritó el profesor con acento descompuesto:

—Pero, ¿qué haces que no estás aquí ya?

Y me precipité en el despacho de mi irascible maestro. Otto Lidenbrock no es mala persona, lo confieso ingenuamente; pero, como no cambie mucho, lo cual creo improbable, morirá siendo el más original e impaciente de los hombres.

Era profesor del Johannaeum, donde explicaba la cátedra de mineralogía, enfureciéndose, por regla general, una o dos veces en cada clase. Y no porque le preocupase el deseo de tener discípulos aplicados, ni el grado de atención que éstos prestasen a sus explicaciones, ni el éxito que como consecuencia de ella, pudiesen obtener en sus estudios; semejantes detalles le tenían sin cuidado. Enseñaba subjuntivamente, según una expresión de la filosofía alemana; enseñaba para él, y no para los otros. Era un sabio egoísta; un pozo de ciencia cuya polea rechinaba cuando de él se quería sacar algo. Era, en una palabra, un avaro.

En Alemania hay algunos profesores de este género.

Mi tío no gozaba, por desgracia, de una gran facilidad de palabra, por lo menos cuando se expresaba en público, lo cual, para un orador, constituye un defecto lamentable. En sus explicaciones en el Johannaeum, se detenía a lo mejor luchando con un recalcitrante vocablo que no quería salir de sus labios; con una de esas palabras que se resisten, se hinchan y acaban por ser expelidas bajo la forma de un taco, siendo éste el origen de su cólera.

Hay en mineralogía muchas denominaciones, semigriegas, semilatinas, difíciles de pronunciar; nombres rudos que desollarían los labios de un poeta. No quiero hablar oral de esta ciencia; lejos de mí profanación semejante. Pero cuando se trata de las cristalizaciones romboédricas, de las resinas retinasfálticas, de las selenitas, de las tungstitas, de los molibdatos de plomo, de los tunsatatos de magnesio y de los titanatos de circonio, bien se puede perdonar a la lengua más expedita que tropiece y se haga un lío.

En la ciudad era conocido de todos este bien disculpable defecto de mi tío, que muchos desahogados aprovechaban para burlarse de él, cosa que le exasperaba en extremo; y su furor era causa de que arreciasen las risas, lo cual es de muy mal gusto hasta en la misma Alemania. Y si bien es muy cierto que contaba siempre con gran número de oyentes en su aula, no lo es menos que la mayoría de ellos iban sólo a divertirse a costa del catedrático.

Como quiera que sea, no me cansaré de repetir que mi tío era un verdadero sabio. Aun cuando rompía muchas veces las muestras de minerales por tratarlos sin el debido cuidado, unía al genio del geólogo la perspicacia del mineralogista. Con el martillo, el punzón, la brújula, el soplete y el frasco de ácido nítrico en las manos, no tenía rival. Por su modo de romperse, su aspecto y su dureza, por su fusibilidad y sonido, por su olor y su sabor, clasificaba sin titubear un mineral cualquiera entre las seiscientas especies conque en la actualidad cuenta la ciencia.

Por eso el nombre de Lidenbrock gozaba de gran predicamento en los gimnasios y asociaciones nacionales. Humphry Davy, de Humboldt y los capitanes Franklin y Sabine no dejaban de visitarle a su paso por Hamburgo.

Becquerel, Ebejmen, Brewster, Dumas y Milne-Edwards solían consultarle las cuestiones más palpitantes de la química. Esta ciencia le era deudora de magníficos descubrimientos, y, en 1853, había aparecido en Leipzig un Tratado de Cristalografía Trascendental, por el profesor Otto Lidenbrock, obra en folio, ilustrada con numerosos grabados, que no llegó, sin embargo, a cubrir los gastos de su impresión.

Además de lo dicho era mi tío conservador del museo mineralógico del señor Struve, embajador de Rusia, preciosa colección que gozaba de merecida y justa fama en Europa.

Tal era el personaje que con tanta impaciencia me llamaba. Imaginaos un hombre alto, delgado, con una salud de hierro y un aspecto juvenil que le hacía aparentar diez años menos de los cincuenta que contaba. Sus grandes ojos giraban sin cesar detrás de sus amplias gafas; su larga y afilada nariz parecía una lámina de acero; los que le perseguían con sus burlas decían que estaba imanada y que atraía las limaduras de hierro. Calumnia vil, sin embargo, pues sólo atraía al tabaco, aunque en gran abundancia, dicho sea en honor de la verdad.

Cuando haya dicho que mi tío caminaba a pasos matemáticamente iguales, que medía cada uno media toesa de longitud, y añadido que siempre lo hacía con los puños sólidamente apretados, señal de su impetuoso carácter, lo conocerá lo bastante el lector para no desear su compañía.

Vivía en su modesta casita de König-strasse, en cuya construcción entraban por partes iguales la madera y el ladrillo, y que daba a uno de esos canales tortuosos que cruzan el barrio más antiguo de Hamburgo, felizmente respetado por el incendio de 1842.

Cierto que la tal casa estaba un poco inclinada y amenazaba con su vientre a los transeúntes; que tenía el techo caído sobre la oreja, como las gorras de los estudiantes de Tugendbund; que la verticalidad de sus líneas no era lo más perfecta; pero se mantenía firme gracias a un olmo secular y vigoroso en que se apoyaba la fachada, y que al cubrirse de hojas, llegada la primavera, la remozaba con un alegre verdor.

Mi tío, para profesor alemán, no dejaba de ser rico. La casa y cuanto encerraba, eran de su propiedad. En ella compartíamos con él la vida su ahijada Graüben, una joven curlandesa de diecisiete años de edad, la criada Marta y yo, que, en mi doble calidad de huérfano y sobrino, le ayudaba a preparar sus experimentos.

Confieso que me dediqué con gran entusiasmo a las ciencias mineralógicas; por mis venas circulaba sangre de mineralogista y no me aburría jamás en compañía de mis valiosos pedruscos.

En resumen, que vivía feliz en la casita de la König-strasse, a pesar del carácter impaciente de su propietario porque éste, independientemente de sus maneras brutales, me profesaba gran afecto. Pero su gran impaciencia no le permitía aguardar, y trataba de caminar más aprisa que la misma naturaleza.

En abril, cuando plantaba en los potes de loza de su salón pies de reseda o de convólvulos, iba todas las mañanas a tirarles de las hojas para acelerar su crecimiento.

Con tan original personaje, no tenía más remedio que obedecer ciegamente; y por eso acudía presuroso a su despacho.

CAPÍTULO II

Era éste un verdadero museo. Todos los ejemplares del reino mineral se hallaban rotulados en él y ordenados del modo más perfecto, con arreglo a las tres grandes divisiones que los clasifican en inflamables, metálicos y litoideos.

¡Cuán familiares me eran aquellas chucherías de la ciencia mineralógica! ¡Cuántas veces, en vez de irme a jugar con los muchachos de mi edad, me había entretenido en quitar el polvo a aquellos grafitos, y antracitas, y hullas, y lignitos y turbas! ¡Y los betunes, y resinas, y sales orgánicas que era preciso preservar del menor átomo de polvo! ¡Y aquellos metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de los ejemplares científicos! ¡Y todos aquellos pedruscos que hubiesen bastado para reconstruir la casa de la König-strasse, hasta con una buena habitación suplementaria en la que me habría yo instalado con toda comodidad!

Pero cuando entré en el despacho, estaba bien ajeno de pensar en nada de esto; mi tío solo absorbía mi mente por completo. Se hallaba arrellanado en su gran butacón, forrado de terciopelo de Utrecht, y tenía entre sus manos un libro que contemplaba con profunda admiración.

—¡Qué libro! ¡Qué libro! —repetía sin cesar.

Estas exclamaciones me recordaron que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus momentos de ocio; si bien no había ningún libro que tuviese valor para él como no fuese inhallable o, al menos, ilegible.

—¿No ves? —me dijo—, ¿no ves? Es un inestimable tesoro que he hallado esta mañana registrando la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —exclamé yo, con entusiasmo fingido.

En efecto, ¿a qué tanto entusiasmo por un viejo libro en cuarto, cuyas tapas

y lomo parecían forrados de grosero cordobán, y de cuyas amarillentas hojas pendía un descolorido registro?

Sin embargo, no cesaban las admirativas exclamaciones del enjuto profesor.

—Vamos a ver —decía, preguntándose y respondiéndose a sí mismo—, ¿es un buen ejemplar? ¡Sí, magnífico! ¡Y qué encuadernación! ¿Se abre con facilidad? ¡Sí, permanece abierto por cualquier página que se le deje! Pero, ¿se cierra bien? ¡Sí, porque las cubiertas y las hojas forman un todo bien unido, sin separarse ni abrirse por ninguna parte! ¡Y este lomo que se mantiene ileso después de setecientos años de existencia! ¡Ah! ¡He aquí una encuadernación capaz de envanecer a Bozerian, a Closs y aun hasta al mismo Purgold!

Al expresarse de esta suerte, abría y cerraba mi tío el feo y repugnante libraco; y yo, por pura fórmula, pues no me interesaba lo más mínimo:

—¿Cuál es el título de ese maravilloso volumen? —le pregunté con un entusiasmo demasiado exagerado para que no fuese fingido.

—¡Esta obra —respondió mi tío animándose— es el Heimskringla, de Snorri Sturluson, el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¡De veras! —exclamé yo, afectando un gran asombro—; ¿será, sin duda, alguna traducción alemana?

—¡Una traducción! —respondió el profesor indignado—. ¿Y qué habría de hacer yo con una traducción? ¡Para traducciones estamos! Es la obra original, en islandés, ese magnífico idioma, sencillo y rico a la vez, que autoriza las más variadas combinaciones gramaticales y numerosas modificaciones de palabras.

—Como el alemán —insinué yo con acierto.

—Sí —respondió mi tío, encogiéndose de hombros—; pero con la diferencia de que la lengua islandesa admite, como el griego, los tres géneros y declina los nombres propios como el latín.

—¡Ah! —exclamé yo con la curiosidad un tanto estimulada—, ¿y es bella la impresión?

—¡Impresión! ¿Pero cómo se te ocurre hablar de impresión, desdichado Axel? ¡Bueno fuera! ¿Pero es que crees por ventura que se trata de un libro impreso? Se trata de un manuscrito, ignorante, ¡y de un manuscrito rúnico nada menos!

—¿Rúnico?

—¡Sí! ¿Vas a decirme ahora que te explique lo que es esto?

—Me guardaría bien de ello —repliqué, con el acento de un hombre ofendido en su amor propio.

Pero, quieras que no, me enseñó mi tío cosas que no me interesaban lo más mínimo.

—Las runas —prosigue— eran unos caracteres de escritura usada en otro tiempo en Islandia, y, según la tradición, fueron inventados por el mismo Odín. Pero, ¿qué haces, impío, que no admiras estos caracteres salidos de la mente excelsa de un dios?

Sin saber qué responder, iba ya a prosternarme, género de respuesta que debe agradar a los dioses tanto como a los reyes, porque tiene la ventaja de no ponerles en el compromiso de tener que replicar, cuando un incidente imprevisto vino a dar a la conversación otro giro.

Fue éste la aparición de un pergamino grasiento que, deslizándose de entre las hojas del libro, cayó al suelo.

Mi tío se apresuró a recogerlo con indecible avidez. Un antiguo documento, encerrado tal vez desde tiempo inmemorial dentro de un libro viejo, no podía menos de tener para él un elevadísimo valor.

—¿Qué es esto? —exclamó emocionado.

Y al mismo tiempo desplegaba cuidadosamente sobre la mesa un trozo de pergamino de unas cinco pulgadas de largo por tres de ancho, en el que había trazados, en líneas transversales, unos caracteres mágicos.

He aquí su facsímile exacto. Quiero dar a conocer al lector tan extravagantes signos, por haber sido ellos los que impulsaron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a emprender la expedición más extraña del siglo XIX:

El profesor examinó atentamente, durante algunos instantes, esta serie de garabatos, y al fin dijo quitándose las gafas:

—Estos caracteres son rúnicos, no me cabe duda alguna; son exactamente iguales a los del manuscrito de Snorri Sturluson. Pero… ¿qué significan?

Como las runas me parecían una invención de los sabios para embaucar a los ignorantes, no sentí que no lo entendiese mi tío. Así, al menos, me lo hizo suponer el temblor de sus dedos que comenzó a agitar de una manera convulsa.

—Sin embargo, es islandés antiguo —murmuraba entre dientes.

El profesor Lidenbrock tenía más razón que nadie para saberlo; porque, si bien no poseía correctamente las dos mil lenguas y los cuatro mil dialectos que se hablan en la superficie del globo. Hablaba muchos de ellos y pasaba por ser

un verdadero políglota.

Al dar con esta dificultad, iba a dejarse llevar de su carácter violento, y ya veía yo venir una escena desagradable, cuando dieron las dos en el reloj de la chimenea.

En aquel mismo momento, abrió Marta la puerta del despacho, diciendo:

—La sopa está servida.

—¡El diablo cargue con la sopa —exclamó furibundo mi tío—, y con la que la ha hecho y con los que se la coman!

Marta se marchó asustada; yo salí detrás de ella, y, sin explicarme cómo, me encontré sentado a la mesa, en mi sitio de costumbre.

Esperé algunos instantes sin que el profesor viniera. Era la primera vez, que yo sepa, que faltaba a la solemnidad de la comida. ¡Y qué comida, Dios mío! Sopas de perejil, tortilla de jamón con acederas y nuez moscada, solomillo de ternera con compota de ciruelas, y, de postre, langostinos en dulce, y todo abundantemente regado con exquisito vino del Mosa.

He aquí la apetitosa comida que se perdió mi tío por un viejo papelucho. Yo, a fuer de buen sobrino, me creí en el deber de comer por los dos, y me atraqué de un modo asombroso.

—¡No he visto en los días de mi vida una cosa semejante! —decía la buena Marta, mientras me servía la comida. ¡Es la primera vez que el señor Lidenbrock falta a la mesa!

—No se concibe, en efecto.

—Esto parece presagio de un grave acontecimiento —añadió la vieja criada, sacudiendo sentenciosamente la cabeza.

Pero, a mi modo de ver, aquello lo que presagiaba era un escándalo horrible que iba a promover mi tío tan pronto se percatase de que había devorado su ración.

Me estaba yo comiendo el último langostino, cuando una voz estentórea me hizo volver a la realidad de la vida, y, de un salto, me trasladé del comedor al despacho.

CAPÍTULO III

—Se trata sin duda alguna de un escrito numérico decía el profesor, frunciendo el entrecejo. Pero existe un secreto que tengo que descubrir, porque

de lo contrario…

Un gesto de iracundia terminó su pensamiento.

—Siéntate ahí, y escribe —añadió indicándome la mesa con el puño.

Obedecí con presteza.

—Ahora voy a dictarte las letras de nuestro alfabeto que corresponden a cada uno de estos caracteres islandeses. Veremos lo que resulta. ¡Pero, por los clavos de Cristo, cuida de no equivocarte!

Él empezó a dictarme y yo a escribir las letras, unas a continuación de las otras, formando todas juntas la incomprensible sucesión de palabras siguientes:

mm.rnlls esreuel seecJde

sgtssmf unteief niedrke

kt,samn atrateS Saodrrn

erntnael nuaect rrilSa

Atvaar.nxcrc ieaabs

Ccdrmi eeutul frantu

dt,iac oseibo kediiY

Una vez terminado este trabajo me arrebató vivamente mi tío el papel que acababa de escribir, y lo examinó atentamente durante bastante tiempo.

—¿Qué quiere decir esto? —repetía maquinalmente.

No era yo ciertamente quien hubiera podido explicárselo, pero esta pregunta no iba dirigida a mí, y por eso prosiguió sin detenerse:

—Esto es lo que se llama un criptograma, en el cual el sentido se halla oculto bajo letras alteradas de intento, y que, combinadas de un modo conveniente, formarían una frase inteligible. ¡Y pensar que estos caracteres ocultan tal vez la explicación, o la indicación, cuando menos, de un gran descubrimiento!

En mi concepto, aquello nada ocultaba; pero me guardé muy bien de exteriorizar mi opinión.

El profesor tomó entonces el libro y el pergamino, y lo comparó uno con otro.

—Estos dos manuscritos no están hechos por la misma mano —dijo—; el criptograma es posterior al libro, tengo de ello la evidencia. En efecto, la primera letra es una doble M que en vano buscaríamos en el libro de

Sturluson, porque no fue incorporada al alfabeto islandés hasta el siglo XIV. Por consiguiente, entre el documento y el libro median por la parte más corta dos siglos.

Esto me pareció muy lógico; no trataré de ocultarlo.

—Me inclino, pues, a pensar —prosiguió mi tío—, que alguno de los poseedores de este libro trazó los misteriosos caracteres. Pero, ¿quién demonios sería? ¿No habría escrito su nombre en algún sitio?

Mi tío se levantó las gafas, tomó una poderosa lente y pasó minuciosa revista a las primeras páginas del libro. Al dorso de la segunda, que hacía de anteportada, descubrió una especie de mancha, que parecía un borrón de tinta; pero, examinada de cerca, se distinguían en ella algunos caracteres borrosos. Mi tío comprendió que allí estaba la clave del secreto, y ayudado de su lente, trabajó con tesón hasta que logró distinguir los caracteres únicos que a continuación transcribo, los cuales leyó de corrido:

—¡Arne Saknussemm! —gritó en son de triunfo— ¡es un nombre! ¡Un nombre irlandés, por más señas! ¡El de un sabio del siglo XVI! ¡Él de un alquimista célebre!

Miré a mi tío con cierta admiración.

—Estos alquimistas —prosiguió—, Avicena, Bacán, Lulio, Paracelso, eran los verdaderos, los únicos sabios de su época. Hicieron descubrimientos realmente asombrosos. ¿Quién nos dice que este Saknussemm no ha ocultado bajo este ininteligible criptograma alguna sorprendente invención? Tengo la seguridad de que así es.

Y la viva imaginación del catedrático se exaltó ante esta idea.

—Sin duda —me atreví a responder—; pero, ¿qué interés podía tener este sabio en ocultar de ese modo su maravilloso descubrimiento?

—¿Qué interés? ¿Lo sé yo acaso? ¿No hizo Galileo otro tanto cuando descubrió a Saturno? Pero no tardaremos en saberlo, pues no he de darme reposo, ni he de ingerir alimento, ni he de cerrar los párpados en tanto no arranque el secreto que encierra este documento.

«Dios nos asista» —pensé para mi capote.

—Ni tú tampoco, Axel —añadió.

—Menos mal —pensé yo—, que he comido ración doble.

—Y además —prosiguió mi tío—, es preciso averiguar en qué lengua está escrito el jeroglífico. Esto no será difícil.

Al oír estas palabras, levanté vivamente la cabeza. Mi tío prosiguió su

soliloquio.

—No hay nada más sencillo. Contiene este documento ciento treinta y dos letras, de las cuales, 53 son vocales, y 79, consonantes. Ahora bien, esta es la proporción que, poco más o menos, se observa en las palabras de las lenguas meridionales, en tanto que los idiomas del Norte son infinitamente más ricos en consonantes. Se trata, pues, de una lengua meridional.

La conclusión no podía ser más justa y atinada.

—Pero, ¿cuál es esta lengua?

Aquí era donde yo esperaba ver vacilar a mi sabio, a pesar de reconocer que era un profundo analizador.

—Saknussemm era un hombre instruido —prosiguió—, y, al no escribir en su lengua nativa, es de suponer que eligiera preferentemente el idioma que estaba en boga entre los espíritus cultos del siglo XVI, es decir, el latín. Si me engaño, recurriré al español, al francés, al italiano, al griego o al hebreo. Pero los sabios del siglo mentado escribían, por lo general, en latín. Puedo, pues, con fundamento, asegurar a priori que esto está escrito en latín.

Yo di un salto en la silla. Mis recuerdos de latinista se sublevaron contra la suposición de que aquella serie de palabras estrambóticas pudiesen pertenecer a la dulce lengua de Virgilio.

—Sí, latín —prosiguió mi tío—; pero un latín confuso.

«Enhorabuena» pensé; «si logras ponerlo en claro, te acreditarás de listo».

—Examinémoslo bien —añadió, cogiendo nuevamente la hoja que yo había escrito—. He aquí una serie de ciento treinta y dos letras que ante nuestros ojos se presentan en un aparente desorden. Hay palabras como la primera, mm.rnlls, en que sólo entran consonantes; otras, por el contrario, en que abundan las vocales: la quinta, por ejemplo, unteief o la penúltima, oseibo. Evidentemente, esta disposición no ha sido combinada, sino que resulta matemáticamente de la razón desconocida que ha presidido la sucesión de las letras. Me parece indudable que la frase primitiva fue escrita regularmente, y alterada después con arreglo a una ley que es preciso descubrir. El que poseyera la clave de este enigma lo leería de corrido. Pero, ¿cuál es esta clave, Axel? ¿La tienes por ventura?

Nada contesté a esta pregunta, por una sencilla razón, mis ojos se hallaban fijos en un adorable retrato colgado de la pared: el retrato de Graüben. La pupila de mi tío se encontraba a la sazón en Altona, en casa de un pariente suyo, y su ausencia me tenía muy triste; porque, ahora ya puedo confesarlo, la bella curlandesa y el sobrino del catedrático se amaban con toda la paciencia y toda la flema alemanas. Nos habíamos dado palabra de casamiento sin que se

enterase mi tío, demasiado geólogo para comprender semejantes sentimientos. Era Graüben una encantadora muchacha, rubia, de ojos azules, de carácter algo grave y espíritu algo serio; mas no por eso me amaba menos. Por lo que a mí respecta, la adoraba, si es que este verbo existe en lengua tudesca. La imagen de mi linda curlandesa se transportó en un momento del mundo de las realidades a la región de los recuerdos y ensueños.

Volvía a ver a la fiel compañera de mis tareas y placeres; a la que todos los días me ayudaba a ordenar los pedruscos de mi tío, y los rotulaba conmigo. Graüben era muy entendida en materia de mineralogía, y le gustaba profundizar las más arduas cuestiones de la ciencia. ¡Cuán dulces horas habíamos pasado estudiando los dos juntos, y con cuánta frecuencia había envidiado la suerte de aquellos insensibles minerales que acariciaba ella con sus delicadas manos!

En las horas de descanso, salíamos los dos de paseo por las frondosas alamedas del Alster, y nos íbamos al antiguo molino alquitranado que tan buen efecto produce en la extremidad del lago. Caminábamos cogidos de la mano, refiriéndole yo historietas que provocaban su risa, y llegábamos de este modo hasta las orillas del Elba; y, después de despedirnos de los cisnes que nadaban entre los grandes nenúfares blancos, volvíamos en un vaporcito al desembarcadero.

Aquí había llegado en mis sueños, cuando mi tío, descargando sobre la mesa un terrible puñetazo, me volvió a la realidad de una manera violenta.

—Veamos —dijo—: la primera idea que a cualquiera se le debe ocurrir para descifrar las letras de una frase, se me antoja que debe ser el escribir verticalmente las palabras.

—No va descaminado —pensé yo.

—Es preciso ver el efecto que se obtiene de este procedimiento. Axel, escribe en ese papel una frase cualquiera; pero, en vez de disponer las letras unas a continuación de otras, colócalas de arriba abajo, agrupadas de modo que formen cuatro o cinco columnas verticales.

Comprendí su intención y escribí inmediatamente:

T o b í a ü

e r e s G b

a o l i r e

d, l m a n

—Bien —dijo el profesor, sin leer lo que yo había escrito—; dispón ahora esas palabras en una línea horizontal. Obedecí y obtuve la frase siguiente:

Tobíaü eresGb aolire d,lman

—¡Perfectamente! —exclamó mi tío, arrebatándome el papel de las manos —; este escrito ya ha adquirido la fisonomía del viejo documento; las vocales se encuentran agrupadas, lo mismo que las consonantes, en el mayor desorden; hay hasta una mayúscula y una coma en medio de las palabras, exactamente igual que en el pergamino de Saknussemm.

Debo de confesar que estas observaciones me parecieron en extremo ingeniosas.

—Ahora bien —prosiguió mi tío, dirigiéndose a mí directamente—, para leer la frase que acabas de escribir y que yo desconozco, me bastará tomar sucesivamente la primera letra de cada palabra, después la segunda, enseguida la tercera, y así sucesivamente.

Y mi tío, con gran sorpresa suya, y sobre todo mía, leyó:

Te adoro, bellísima Graüben.

—¿Qué significa esto? —exclamó el profesor.

Sin darme cuenta de ello, había cometido la imperdonable torpeza de escribir una frase tan comprometedora.

—¡Conque amas a Graüben! ¿eh? —prosiguió mi tío con acento de verdadero tutor.

—Sí… No… —balbucí desconcertado.

—¡De manera que amas a Graüben! —prosiguió maquinalmente—. Bueno, dejemos esto ahora y apliquemos mi procedimiento al documento en cuestión.

—Abismado nuevamente mi tío en su absorbente contemplación, olvidó de momento mis imprudentes palabras. Y digo imprudentes, porque la cabeza del sabio no podía comprender las cosas del corazón. Pero, afortunadamente, la cuestión del documento absorbió por completo su espíritu.

En el instante de realizar su experimento decisivo, los ojos del profesor Lidenbrock lanzaban chispas a través de sus gafas; sus dedos temblaban al coger otra vez el viejo pergamino; estaba emocionado de veras. Por último, tosió fuertemente, y con voz grave y solemne, nombrando una tras otra la primera letra de cada palabra, a continuación la segunda, y así todas las demás, me dictó la serie siguiente:

mmessunkaSenrA.icefdoK.segnittamurtn

ecertswrrette, rotaivxadua,ednecsedsadne

IacartniiiluJsitatracSarbmutabiledmeili

MeretarcsilucoYsleffenSnl

Confieso que, al terminar, me hallaba emocionado. Aquellas letras, pronunciadas una a una, no tenían ningún sentido, y esperé a que el profesor dejase escapar de sus labios alguna pomposa frase latina.

Pero, ¡quién lo hubiera dicho! Un violento puñetazo hizo vacilar la mesa; saltó la tinta y la pluma se me cayó de las manos.

—Esto no puede ser —exclamó mi tío, frenético—; ¡esto no tiene sentido común!

Y, atravesando el despacho como un proyectil y bajando la escalera lo mismo que un alud, se engolfó en la König-strasse, y huyó a todo correr.

CAPÍTULO IV

—¿Se ha marchado? —preguntó Marta, acudiendo presurosa al oír el ruido del portazo que hizo retemblar la casa.

—Sí —respondí—, se ha marchado.

—¿Y su comida?

—No comerá hoy en casa.

—¿Y su cena?

—No cenará tampoco.

—¿Qué me dice usted, señor Axel?

—No, Marta: ni él ni nosotros volveremos a comer. Mi tío Lidenbrock ha resuelto ponernos a dieta hasta que haya descifrado un antiguo pergamino, lleno de garrapatas, que, a mi modo de ver, es del todo indescifrable.

—¡Pobres de nosotros, entonces! ¡Vamos a perecer de inanición!

No me atreví a confesarle que, dada la testarudez de mi tío, esa era, en efecto, la suerte que a todos nos esperaba.

La crédula sirvienta, regresó a su cocina sollozando.

Cuando me quedé solo, se me ocurrió la idea de írselo a contar todo a Graüben; mas, ¿cómo salir de casa? ¿Y si mi tío volvía y me llamaba, con objeto de reanudar aquel trabajo logogrífico capaz de volver loco al viejo Egipto? ¿Qué sucedería si yo no le contestaba?

Me pareció lo más prudente quedarme. Precisamente, daba la casualidad

de que un mineralogista de Besanzón acababa de remitirnos una colección de geodas silíceas que era preciso clasificar. Puse manos a la obra, y escogí, rotulé y coloqué en su vitrina todas aquellas piedras huecas en cuyo interior se agitaban pequeños cristales.

Pero en lo que menos pensaba era en lo que estaba haciendo: el viejo documento no se apartaba de mi mente. La cabeza me daba vueltas y me sentía sobrecogido por una vaga inquietud. Presentía una inminente catástrofe.

Al cabo de una hora, las geodas estaban colocadas en su debido orden, y me dejé caer sobre la butaca de terciopelo de Utrecht, con los brazos colgando y la cabeza apoyada en el respaldo. Encendí mi larga pipa de espuma, que representaba una náyade voluptuosamente recostada, y me entretuve después en observar cómo el humo iba ennegreciendo mi ninfa de un modo paulatino. De vez en cuando escuchaba para cerciorarme de si se oían pasos en la escalera, siempre con resultado negativo. ¿Dónde estaría mi tío? Me lo imaginaba corriendo bajo los frondosos árboles de la calzada de Altona, gesticulando, golpeando las tapias con su pesado bastón, pisoteando las hierbas, decapitando los cardos a interrumpiendo el reposo de las solitarias cigüeñas.

¿Volvería victorioso o derrotado? ¿Triunfaría del secreto o sería éste más poderoso que él?

Y mientras me dirigía a mí mismo estas preguntas, cogí maquinalmente la hoja de papel en la cual se hallaba escrita la incomprensible serie de letras trazadas por mi mano, diciéndome varias veces:

—¿Qué significa esto?

Traté de agrupar las letras de manera que formasen palabras; pero en vano. Era inútil reunirlas de dos, de tres, de cinco o de seis: de ninguna manera resultaban inteligibles. Sin embargo, noté que las letras decimocuarta, decimoquinta y decimosexta formaban la palabra inglesa ice, y las vigesimocuarta, vigésimo quinta y vigesimosexta la voz sir perteneciente al mismo idioma. Por último, en el cuerpo del documento y en las líneas segunda y tercera, leí también las palabras latinas rota, mutabile, ira, nec y atra.

¡Demonio! —pensé entonces—. Estas últimas palabras parecen dar la razón a mi tío acerca de la lengua en que está redactado el documento. Además, en la cuarta línea veo también la voz luco que quiere decir bosque sagrado. Sin embargo, en la tercera se lee la palabra tabiled, de estructura perfectamente hebrea, y en la última mer, arc y mere que son netamente francesas.

¡Aquello era para volverse loco! ¡Cuatro idiomas diversos en una frase absurda! ¿Qué relación podía existir entre las palabras hielo, señor, cólera,

cruel, bosque sagrado, mudable, madre, arco y mar? Sólo la primera y la última podían coordinarse fácilmente, pues nada tenía de extraño que en un documento redactado en Islandia se hablase de un mar de hielo. Pero esto no bastaba, ni con mucho, para comprender el criptograma.

Luchaba, pues, contra una dificultad insuperable; mi cerebro echaba fuego, mi vista se obscurecía de tanto mirar el papel; las ciento treinta y dos letras parecían revolotear en torno mío como esas lágrimas de plata que vemos moverse en el aire alrededor de nuestra cabeza cuando se nos agolpa en ella la sangre.

Era víctima de una especie de alucinación; me asfixiaba; sentía necesidad de aire puro. Instintivamente, me abaniqué con la hoja de papel, cuyo anverso y reverso se presentaban de este modo alternativamente a mi vista.

Júzguese mi sorpresa cuando, en una de estas rápidas vueltas, en el momento de quedar el reverso ante mis ojos, creí ver aparecer palabras perfectamente latinas, como craterem y terrestre entre otras.

Súbitamente se hizo la claridad en mi espíritu: acababa de descubrir la clave del enigma. Para leer el documento no era ni siquiera preciso mirarlo al trasluz con hoja vuelta del revés. No. Podía leerse de corrido tal como me había sido dictado. Todas las ingeniosas suposiciones del profesor se realizaban; había acertado la disposición de las letras y la lengua en que estaba redactado el documento. Había faltado poco para que mi tío pudiese leer de cabo a rabo aquella frase latina, y este poco me lo acababa de revelar a mí la casualidad.

No es difícil imaginar mi emoción. Mis ojos se turbaron y no podía servirme de ellos. Extendí la hoja de papel sobre la mesa y sólo me faltaba fijar la mirada en ella para poseer el secreto.

Por fin logré calmar mi agitación. Resolví dar dos vueltas alrededor de la estancia para apaciguar mis nervios, y me arrellané después en el amplio butacón.

«Leamos» me dije enseguida, después de haber hecho una buena provisión de aire en mis pulmones.

Me incliné sobre la mesa, puse un dedo sucesivamente sobre cada letra, y, sin titubear, sin detenerme un momento, pronuncié en alta voz la frase entera. ¡Qué inmensa estupefacción y terror se apoderaron de mí! Quedé al principio como herido por un rayo. ¡Cómo! ¡Lo que yo acababa de leer se había efectuado! Un hombre había tenido la suficiente audacia para penetrar…

—¡Ah! —exclamé dando un brinco—; no, no; ¡mi tío jamás lo sabrá! ¡No faltaría más sino que tuviese noticia de semejante viaje! Enseguida querría

repetirlo sin que nadie lograse detenerlo. Un geólogo tan exaltado, partiría a pesar de todas las dificultades y obstáculos, llevándome consigo, y no regresaríamos jamás; ¡pero jamás!

Me encontraba en un estado de sobreexcitación indescriptible.

—No, no; eso no será —dije con energía—; y, puesto que puedo impedir que semejante idea se le ocurra a mi tirano, lo evitaré a todo trance. Dando vueltas a este documento, podría acontecer que descubriese la clave de una manera casual. ¡Destruyámoslo!

Quedaban en la chimenea aún rescoldos, y, apoderándome con mano febril no sólo de la hoja de papel, sino también del pergamino de Saknussemm, iba ya a arrojarlo todo al fuego y a destruir de esta suerte tan peligroso secreto, cuando se abrió la puerta del despacho y apareció mi tío en el umbral.

CAPÍTULO V

Apenas me dio tiempo de dejar otra vez sobre la mesa el mal hallado documento.

El profesor Lidenbrock parecía en extremo preocupado. Su pensamiento dominante no le abandonaba un momento. Había evidentemente escudriñado y analizado el asunto poniendo en juego, durante su paseo, todos los recursos de su imaginación, y volvía dispuesto a ensayar alguna combinación nueva.

En efecto, se sentó en su butaca y, con la pluma en la mano, empezó a escribir ciertas fórmulas que recordaban los cálculos algebraicos.

Yo seguía con la mirada su mano temblorosa, sin perder ni uno solo de sus movimientos. ¿Qué resultado imprevisto iba a producirse de pronto? Me estremecía sin razón, porque una vez encontrada la verdadera, la única combinación, todas las investigaciones debían forzosamente resultar infructuosas.

Trabajó durante tres horas largas sin hablar, sin levantar la cabeza, borrando, volviendo a escribir, raspando, comenzando de nuevo mil veces.

Bien sabía yo que, si lograba coordinar estas letras de suerte que ocupasen todas las posiciones relativas posibles, acabaría por encontrar la frase. Pero no ignoraba tampoco que con sólo veinte letras se pueden formar dos quinquillones, cuatrocientos treinta y dos cuatrillones, novecientos dos trillones, ocho mil ciento setenta y seis millones, seiscientas cuarenta mil combinaciones.

Ahora bien, como el documento constaba de ciento treinta y dos letras, y el número que expresa el de frases distintas compuesta de ciento treinta y tres letras, tiene, por la parte más corta, ciento treinta y tres cifras, cantidad que no puede enunciarse ni aun concebirse siquiera, tenía la seguridad de que, por este método, no resolvería el problema.

Entretanto, el tiempo pasaba, la noche se echó encima y cesaron los ruidos de la calle; mas mi tío, abismado por completo en su tarea, no veía ni entendía absolutamente nada, ni aun siquiera a la buena Marta que entreabrió la puerta y dijo:

—¿Cenará esta noche el señor?

Marta tuvo que marcharse sin obtener ninguna respuesta. Por lo que respecta a mí, después de resistir durante mucho tiempo, me sentí acometido por un sueño invencible, y me dormí en un extremo del sofá, mientras mi tío proseguía sus complicados cálculos.

Cuando me desperté al día siguiente, el infatigable peón trabajaba todavía. Sus ojos enrojecidos, su tez pálida, sus cabellos desordenados por sus dedos febriles, sus pómulos amoratados delataban bien a las claras la lucha desesperada que contra lo imposible había sostenido, y las fatigas de espíritu y la contención cerebral que, durante muchas horas, había experimentado.

Si he de decir la verdad, me inspiró compasión. A pesar de los numerosos motivos de queja que creía tener contra él, me sentí conmovido. Se hallaba el infeliz tan absorbido por su idea, que ni de encolerizarse se acordaba. Todas sus fuerzas vivas se hallaban reconcentradas en un solo punto, y como no hallaban salida por su evacuatorio ordinario, era muy de temer que su extraordinaria tensión le hiciese estallar de un momento a otro.

Yo podía con un solo gesto aflojar el férreo tornillo que le comprimía el cráneo. Una sola palabra habría bastado, ¡y no quise pronunciarla!

Hallándome dotado de un corazón bondadoso, ¿por qué callaba en tales circunstancias? Callaba en su propio interés.

«No, no» repetía en mi interior; «no hablaré». Le conozco muy bien: se empeñaría en repetir la excursión sin que nada ni nadie pudiese detenerle. Posee una imaginación ardorosa, y, por hacer lo que otros geólogos no han hecho, sería capaz de arriesgar su propia vida. Callaré, por consiguiente; guardaré eternamente el secreto de que la casualidad me ha hecho dueño; revelárselo a él sería ocasionarle la muerte. Que lo adivine si puede; no quiero el día de mañana tener que reprocharme el haber sido causa de su perdición.

Una vez adoptada esta resolución, aguardé cruzado de brazos. Pero no había contado con un incidente que hubo de sobrevenir algunas horas después.

Cuando Marta trató de salir de casa para trasladarse al mercado, encontró la puerta cerrada y la llave no estaba en la cerradura. ¿Quién la había quitado?; evidentemente mi tío al regresar de su precipitada excursión.

¿Lo había hecho por descuido o con deliberada intención? ¿Quería someternos a los rigores del hambre? Esto me parecía un poco fuerte. ¿Por qué razón habíamos de ser Marta y yo víctimas de una situación que no habíamos creado? Entonces me acordé de un precedente que me llenó de terror. Algunos años atrás, en la época en que trabajaba mi tío en su gran clasificación mineralógica, permaneció sin comer cuarenta y ocho horas y toda su familia tuvo que soportar esta dieta científica. Me acuerdo que en aquella ocasión sufrí dolores de estómago que nada tenían de agradables para un joven dotado de un devorador apetito.

Me pareció que nos íbamos a quedar sin almuerzo, como la noche anterior nos habíamos quedado sin cena. Sin embargo, me armé de valor y resolví no ceder ante las exigencias del hambre. Marta, en cambio, se lo tomó muy en serio y se desesperaba la pobre. Por lo que a mí respecta, la imposibilidad de salir de casa me preocupaba mucho más que la falta de comida, por razones que el lector adivinará fácilmente.

Mi tío trabajaba sin cesar; su imaginación se perdía en un dédalo de combinaciones. Vivía fuera del mundo y verdaderamente apartado de las necesidades terrenas.

A eso del mediodía, el hambre me aguijoneó seriamente. Marta, como quien no quiere la cosa, había devorado la víspera las provisiones encerradas en la despensa; no quedaba, pues, nada en casa. Sin embargo, el pundonor me hizo aceptar la situación sin protestas.

Por fin sonaron las dos. Aquello se iba haciendo ridículamente intolerable, y empecé a abrir los ojos a la realidad. Pensé que yo exageraba la importancia del documento; que mi tío no le daría crédito: que sólo vería en él una farsa; que, en el caso más desfavorable, lograríamos detenerle a su pesar; y, en fin, que era posible diese él mismo con la clave del enigma, resultando en este caso infructuosos los sacrificios que suponía mi abstinencia.

Estas razones, que con indignación hubiera rechazado la víspera, me parecieron entonces excelentes; llegué hasta juzgar un absurdo el haber aguardado tanto tiempo, y resolví decir cuanto sabía.

Andaba, pues, buscando la manera de entablar conversación, cuando se levantó el catedrático, se caló su sombrero y se dispuso a salir.

¡Horror! ¡Marcharse de casa y dejarnos encerrados en ella…! ¡Eso nunca!

—Tío —le dije de pronto.

Pero él pareció no haberme oído.

—Tío Lidenbrock —repetí, levantando la voz.

—¿Eh? —respondió él como el que se despierta de súbito.

—¿Qué tenemos de la llave?

—¿Qué llave? ¿La de la puerta?

—No, no; la del documento.

El profesor me miró por encima de las gafas y debió observar sin duda algo extraño en mi fisonomía, pues me asió enérgicamente del brazo, y, sin poder hablar, me interrogó con la mirada.

Sin embargo, jamás pregunta alguna fue formulada en el mundo de un modo tan expresivo.

Yo movía la cabeza de arriba abajo.

Él sacudía la suya con una especie de conmiseración, cual si estuviese hablando con un desequilibrado.

Yo entonces hice un gesto más afirmativo aún.

Sus ojos brillaron con extraordinario fulgor y adoptó una actitud agresiva.

Este mudo diálogo, en aquellas circunstancias, hubiera interesado al más indiferente espectador.

Si he de ser franco, no me atrevía a hablar, temeroso de que mi tío me ahogase entre sus brazos en los primeros transportes de júbilo. Pero me apremió de tal modo, que tuve que responderle.

—Sí —le dije—, esa clave… la casualidad ha querido…

—¿Qué dices? —exclamó con indescriptible emoción.

—Tome —le dije, alargándole la hoja de papel por mí escrita—; lea usted.

—Pero esto no quiere decir nada —respondió él, estrujando con rabia el papel entre sus dedos.

—Nada, en efecto, si se empieza a leer por el principio; pero si se comienza por el fin…

No había terminado la frase, cuando el profesor lanzó un grito… ¿Qué digo un grito? ¡Un rugido! Una revelación acababa de hacerse en su cerebro. Estaba transfigurado.

—¡Ah, ingenioso Saknussemm! —exclamó—; ¿conque habías escrito tu frase al revés?

Y cogiendo la hoja de papel, leyó todo el documento, con la vista turbada y la voz enronquecida de emoción, subiendo desde la última letra hasta la primera.

Se hallaba concebido en estos términos:

In Sneffels Yoculis craterem kem delibat

umbra Scartaris Julii intra calendas descende,

audax viator, el terrestre centrum attinges.

Kod feci. Arne Saknussemm.

Lo cual, se podía traducir así:

Desciende al cráter del Yocul de Sneffels que la sombra del Scartaris acaricia antes de las calendas de Julio, audaz viajero, y llegarás al centro de la tierra, como he llegado yo.

Arne Saknussemm.

Al leer esto, pegó mi tío un salto, cual si hubiese recibido de improviso la descarga de una botella de Leyden. La audacia, la alegría y la convicción le daban un aspecto magnífico. Iba y venía precipitadamente; se oprimía la cabeza entre las manos; echaba a rodar las sillas; amontonaba los libros: tiraba por alto, aunque en él parezca increíble, sus inestimables geodas: repartía a diestro y siniestro patadas y puñetazos. Por fin, se calmaron sus nervios, y, agotadas sus energías, se desplomó en la butaca.

—¿Qué hora es? —me preguntó, después de unos instantes de silencio.

—Las tres —le respondí.

—¡Las tres! ¡Qué atrocidad! Estoy desfallecido de hambre. Vamos a comer ahora mismo. Después…

—¿Después qué…?

—Después me prepararás mi equipaje.

—¿Su equipaje? —exclamé.

—Sí; y el tuyo también —respondió el despiadado catedrático, entrando en el comedor.

CAPÍTULO VI

Al escuchar estas palabras, un terrible escalofrío me recorrió todo el

cuerpo. Me contuve, sin embargo, y resolví ponerle buena cara. Sólo argumentos científicos podrían detener al profesor Lidenbrock, y había muchos y muy poderosos que oponer a semejante viaje. ¡Ir al centro de la tierra! ¡Qué locura! Pero me reservé mi dialéctica para el momento oportuno, y eso me ocupó toda la comida.

No hay para qué decir las imprecaciones de mi tío al encontrarse la mesa completamente vacía. Pero, una vez explicada la causa, devolvió la libertad a Marta, la cual corrió presurosa al mercado y desplegó tal actividad y diligencia que, una hora más tarde, mi apetito se hallaba satisfecho y me di exacta cuenta de la situación.

Durante la comida, dio muestras el profesor de cierta jovialidad, permitiéndose esos chistes de sabio, que no encierran peligro jamás; y, terminados los postres, me hizo señas para que le siguiese a su despacho.

Yo obedecí sin chistar.

Se sentó él a un extremo de su mesa de escritorio y yo al otro.

—Axel —me dijo, con una amabilidad muy poco frecuente en él— eres un muchacho ingenioso: me has prestado un servicio excelente cuando, cansado ya de luchar contra lo imposible, iba a darme por vencido. No lo olvidaré jamás y participarás de la gloria que vamos a conquistar.

«Bien» pensé; «se halla de buen humor: éste es el momento oportuno para discutir esta gloria».

—Ante todo —prosiguió mi tío—, te recomiendo el más absoluto secreto, ¿me entiendes? No faltan envidiosos en el mundo de los sabios, y hay muchos que quisieran emprender este viaje, del cual, hasta nuestro regreso no tendrán noticia alguna.

—¿Cree usted —le dije— que es tan grande el número de los audaces?

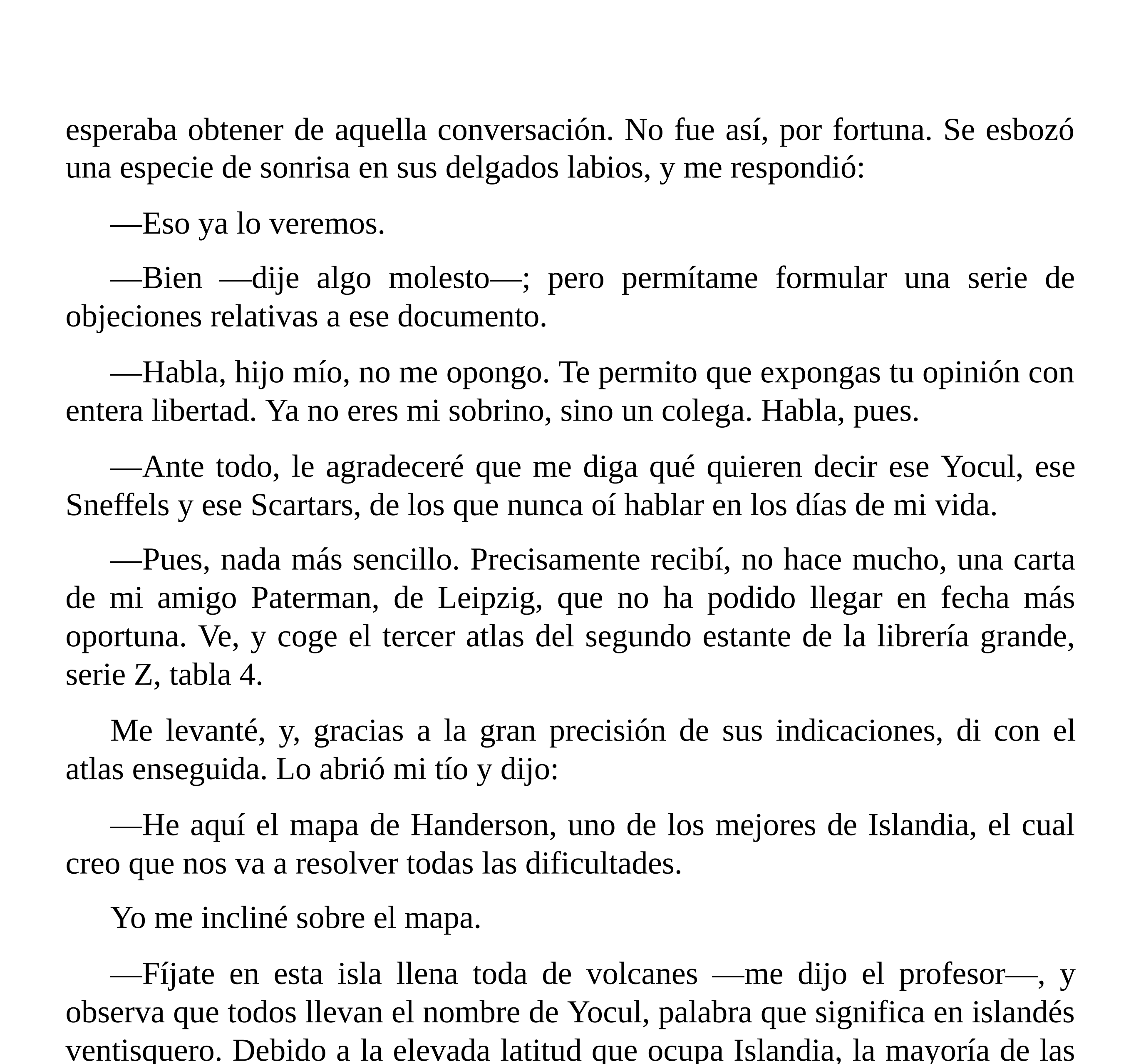
—¡Ya lo creo! ¿Quién vacilaría en conquistar una fama semejante? Si este documento llegara a conocerse, un ejército entero de geólogos se precipitaría en pos de las huellas de Arne Saknussemm.

—No opino yo lo mismo, tío, pues nada prueba la autenticidad de ese documento.

—¡Qué dices! Pues, ¿y el libro en que lo hemos encontrado?

—¡Bien! no niego que el mismo Saknussemm pueda haber escrito esas líneas; pero, ¿hemos de creer por eso que él en persona haya realizado el viaje? ¿No puede ser ese viejo pergamino una superchería?

Me arrepentí, ya tarde, de haber aventurado esta última palabra; frunció el profesor su poblado entrecejo, y creí que había malogrado el éxito que



esperaba obtener de aquella conversación. No fue así, por fortuna. Se esbozó una especie de sonrisa en sus delgados labios, y me respondió:

—Eso ya lo veremos.

—Bien —dije algo molesto—; pero permítame formular una serie de objeciones relativas a ese documento.

—Habla, hijo mío, no me opongo. Te permito que expongas tu opinión con entera libertad. Ya no eres mi sobrino, sino un colega. Habla, pues.

—Ante todo, le agradeceré que me diga qué quieren decir ese Yocul, ese Sneffels y ese Scartars, de los que nunca oí hablar en los días de mi vida.

—Pues, nada más sencillo. Precisamente recibí, no hace mucho, una carta de mi amigo Paterman, de Leipzig, que no ha podido llegar en fecha más oportuna. Ve, y coge el tercer atlas del segundo estante de la librería grande, serie Z, tabla 4.

Me levanté, y, gracias a la gran precisión de sus indicaciones, di con el atlas enseguida. Lo abrió mi tío y dijo:

—He aquí el mapa de Handerson, uno de los mejores de Islandia, el cual creo que nos va a resolver todas las dificultades.

Yo me incliné sobre el mapa.

—Fíjate en esta isla llena toda de volcanes —me dijo el profesor—, y observa que todos llevan el nombre de Yocul, palabra que significa en islandés ventisquero. Debido a la elevada latitud que ocupa Islandia, la mayoría de las erupciones se verifican a través de las capas de hielo, siendo ésta la causa de que se aplique el nombre de Yocul a todos los montes ignívomos de la isla.

—Conforme —respondí yo—, mas, ¿qué significa Sneffels?

Creí que a esta pregunta no sabría qué responderme mi tío; pero me equivoqué de medio a medio, pues me dijo:

—Sígueme por la costa occidental de la isla. ¿Ves su capital, Reykiavik? Bien; pues remonta los innumerables fiordos de estas costas escarpadas por el mar, y detente un momento debajo del grado 75 de latitud. ¿Qué ves?

—Una especie de península que semeja un hueso pelado y termina en una rótula enorme.

—La comparación es exacta, hijo mío; y ahora, dime, ¿no ves nada sobre era rótula?

—Veo un monte que parece surgir del mar.

—Pues ese es el Sneffels.

—¿El Sneffels?

—Sí, una montaña de 5.000 pies de elevación. Una de las más notables de la isla, y, a buen seguro, la más célebre del mundo entero, si su cráter conduce al centro del globo.

—Pero eso es imposible —exclamé, encogiéndome de hombros y rebelándome contra semejante hipótesis.

—¡Imposible! ¿Y por qué? —replicó con tono severo el profesor Lidenbrock.

—Porque ese cráter debe estar evidentemente obstruido por las lavas y las rocas candentes, y, por tanto…

—¿Y si se trata de un cráter apagado?

—¿Apagado?

—Sí. El número de los volcanes en actividad que hay en la superficie del globo no pasa en la actualidad de trescientos: pero existe una cantidad mucho mayor de volcanes apagados. El Sneffels figura entre estos últimos, y no hay noticia en los fastos de la historia de que haya experimentado más que una sola erupción: la de 1219. A partir de esta fecha, sus rumores se han ido extinguiendo gradualmente, y ha dejado de figurar entre los volcanes activos.

Ante estas afirmaciones no supe qué objetar, y traté de basar mis argumentos en las otras obscuridades que contenía el escrito.

—¿Qué significa era palabra Seartaris —le pregunté—, y, qué tiene que ver todo eso con las calendas de julio?

Tras algunos momentos de reflexión, que fueron para mí un rayo de esperanza, me respondió en estos términos:

—Lo que tú llamas obscuridad resulta para mí luz, pues me demuestra el ingenio desplegado por Saknussemm para precisar su descubrimiento. El Sneffels está formado por varios cráteres, y era preciso indicar cuál de ellos era el que conducía al centro de la tierra. Y, ¿qué hizo el sabio islandés? Advirtió que en las proximidades de las calendas de julio, es decir, en los últimos días del mes de junio, uno de los picos de la montaña, el Scartaris, proyectaba su sombra hasta la abertura del cráter en cuestión, y consignó en el documento este hecho. ¿Es posible imaginar una indicación más exacta? Una vez que lleguemos a la cumbre del Sneffels, ¿podemos titubear acerca del camino a seguir teniendo esta advertencia presente?

Decididamente mi tío había respondido a todo. Me convencí de que no había posibilidad de atacarle en lo referente a las palabras del antiguo pergamino. Cesé, pues de seguirle por este lado: mas, como era preciso

convencerle a toda costa, pasé a hacerle otras objeciones de carácter científico, en mi concepto, más graves.

—Bien —dije— tengo que convenir en que la frase de Saknussemm es perfectamente clara y no puede dejar duda alguna al espíritu. Estoy conforme también en que el documento tiene todos los caracteres de una autenticidad perfecta. Ese sabio bajó al fondo del Sneffels, vio la sombra del Scartaris acariciar los bordes del cráter antes de las calendas de julio y le enseñaron las leyendas de su tiempo que aquel cráter conducía al centro del globo: hasta aquí, estamos conformes; pero admitir que él en persona fue al centro de la tierra y que volvió de allá sano y salvo, eso no; ¡mil veces no!

—¿Y en qué fundas tu negativa? —dijo mi tío, con un tono singularmente burlón.

—En que todas las teorías de la ciencia demuestran que la empresa es impracticable del todo.

—¿Todas las teorías dicen eso? —replicó el profesor, haciéndose el inocente—. ¡Ah, pícaras teorías! ¡Cuánto van a darnos que hacer!

Aun comprendiendo que se burlaba de mí, proseguí:

—Es un hecho por todos admitido que la temperatura aumenta un grado por cada setenta pies que se desciende en la corteza terrestre; y admitiendo que este aumento sea constante, y siendo de 1.500 leguas la longitud del radio de la tierra, claro es que se disfruta en su centro de una temperatura de dos millones de grados. Así, pues, las materias que existen en el interior de nuestro planeta se encuentran en estado gaseoso incandescente, porque los metales, el oro, el platino, las rocas más duras, no resisten semejante calor. ¿No tengo, pues, derecho a afirmar que es imposible penetrar en un medio semejante?

—¿De modo, Axel, que es el calor lo que a ti te infunde respeto?

—Sin ningún género de duda. Con sólo descender a una profundidad de diez leguas, habríamos llegado al límite de la corteza terrestre, porque ya la temperatura sería allí superior a 300°.

—¿Es que temes liquidarte?

—Mi terror no es infundado —le contesté algo mohíno.

—Te digo —replicó el profesor, adoptando su aire magistral de costumbre —, que ni tú ni nadie sabe de manera cierta lo que ocurre dentro de nuestro globo, ya que apenas se conoce la docemilésima parte de su radio. La ciencia es eminentemente susceptible de perfeccionamiento y cada teoría es a cada momento obstruida por otra teoría nueva. ¿No se creyó, hasta que demostró Fourier lo contrario, que la temperatura de los espacios interplanetarios decrecía sin cesar, y no se sabe hoy que las temperaturas inferiores de las

regiones etéreas nunca descienden de cuarenta o cincuenta grados bajo cero? ¿Y por qué no ha de suceder otro tanto con el calor interior? ¿Por qué, a partir de cierta profundidad, no ha de alcanzar un límite insuperable, en lugar de elevarse hasta el grado de fusión de los más refractarios minerales?

Como mi tío colocaba la cuestión en un terreno hipotético, nada podía responderle.

—Pues bien —prosiguió—, te diré que verdaderos sabios, entre los que se encuentra Poisson, han demostrado que si existiese en el interior de la tierra una temperatura de dos millones de grados, los gases de ignición, procedentes de las substancias fundidas, adquirirían una tensión tal que la corteza terrestre no podría soportarla y estallaría como una caldera bajo la presión del vapor.

—Eso, tío, no pasa de ser una opinión de Poisson.

—Concedido; pero es que opinan también otros distinguidos geólogos que el interior de la tierra no se halla formado de gases, ni de agua, ni de las rocas más pesadas que conocemos, porque, en este caso, el peso de nuestro planeta sería dos veces menor.

—¡Oh! por medio de guarismos es bien fácil demostrar todo lo que se desea.

—¿Y no ocurre lo mismo con los hechos, hijo mío? ¿No es un hecho probado que el número de volcanes ha disminuido considerablemente desde el principio del mundo? ¿Y no es esto una prueba de que el calor central, si es que existe, tiende a debilitarse por días?

—Si sigue usted engolfándose en el mar de las hipótesis, huelga toda discusión.

—Y has de saber que de mi opinión participan los hombres más competentes. ¿Te acuerdas de una visita que me hizo el célebre químico inglés Humfredo Davy, en 1825?

—¿Cómo me he de acordar, si vine al mundo diecinueve años después?

—Pues bien, Humfredo Davy vino a verme a su paso por Hamburgo, y discutimos largo tiempo, entre otras muchas cuestiones, la hipótesis de que el interior de la tierra se hallase en estado líquido, quedando los dos de acuerdo en que esto no era posible, por una razón que la ciencia no ha podido jamás refutar.

—¿Y qué razón es esa?

—Que esa masa líquida se hallaría expuesta, lo mismo que los océanos, a la atracción de la luna produciéndose, por tanto, dos marcas interiores diarias que, levantando la corteza terrestre, originaría terremotos periódicos.

—Sin embargo, es evidente que la superficie del globo ha sufrido una combustión, y cabe, por lo tanto, suponer que la corteza exterior se ha ido enfriando, refugiándose el calor en el centro de la tierra.

—Eso es un claro error —dijo mi tío—; el calor de la tierra no reconoce otro origen que la combustión de su superficie. Se hallaba ésta formada de una gran cantidad de metales, tales como el potasio y el sodio, que tienen la propiedad de inflamarse al solo contacto del aire y del agua; estos metales ardieron cuando los vapores atmosféricos se precipitaron sobre ellos en forma de lluvia, y, poco a poco, a medida que penetraban las aguas por las hendeduras de la corteza terrestre, fueron determinando nuevos incendios, acompañados de explosiones y erupciones. He aquí la causa de que fuesen tan numerosos los volcanes en los primeros días del mundo.

—¡Es ingeniosa la hipótesis! —hube de exclamar sin querer.

—Humfredo Davy me la demostró palpablemente aquí mismo mediante un experimento sencillo. Fabricó una esfera metálica, en cuya composición entraban principalmente los metales mencionados poco ha, y que tenía exactamente la forma de nuestro globo. Cuando se hacía caer sobre su superficie un finísimo rocío, se hinchaba aquélla, se oxidaba y formaba una pequeña montaña, en cuya cumbre se abría momentos después un cráter. Sobrevenía una erupción y era tan grande el calor que ésta comunicaba a la esfera, que se hacía imposible el sostenerla en la mano.

Si he de ser del todo franco, empezaban a convencerme los argumentos del profesor, cuya pasión y entusiasmo habituales les comunicaba mayor fuerza y valor.

—Ya ves, Axel —añadió—, que el estado del núcleo central ha suscitado muy diversas hipótesis entre los mismos geólogos: no hay nada que demuestre la existencia de ese calor interior; a mi entender, no existe ni puede existir; pero ya lo comprobaremos nosotros, y, a semejanza de Arne Saknussemm, sabremos a qué atenernos sobre tan discutida cuestión.

—Sí, sí: ya lo veremos —le contesté, dejándome arrastrar por su entusiasmo—; lo veremos, dado caso que se vea en aquellos apartados lugares.

—¿Y por qué no? ¿No podremos contar para alumbrarnos con los fenómenos eléctricos, y aun con la misma atmósfera, cuya propia presión puede hacerla luminosa en las proximidades del centro de la tierra?

—En efecto —respondí—, es muy posible.

—No posible, sino cierto —replicó triunfalmente mi tío—; pero silencio, ¿me entiendes? Guarda el más impenetrable sigilo acerca de todo esto, para que a nadie se le ocurra la idea de descubrir antes que nosotros, el centro de

nuestro planeta.

CAPÍTULO VII

Tal fue el inesperado final de aquella memorable sesión que hasta fiebre me produjo. Salí como aturdido del despacho de mi tío, y, pareciéndome que no había aire bastante en las calles de Hamburgo para refrescarme, me dirigí a las orillas del Elba, y me fui derecho al sitio donde atraca la barca de vapor que pone en comunicación la ciudad con el ferrocarril de Hamburgo.

¿Estaba convencido de lo que acababa de oír? ¿No me había dejado fascinar por el profesor Lidenbrock? ¿Debía tomar en serio su resolución de bajar al centro del macizo terrestre? ¿Acababa da escuchar las insensatas elucubraciones de un loco o las deducciones científicas de un gran genio? En todo aquello, ¿hasta dónde llegaba la verdad? ¿Dónde comenzaba el error?

Nadaba yo entre mil contradictorias hipótesis sin poder asirme a ninguna.

Recordaba, sin embargo, que mi tío me había convencido, aun cuando ya comenzaba a decaer bastante mi entusiasmo. Hubiera preferido partir inmediatamente, sin tener tiempo para reflexionar. En aquellos momentos, no me hubiera faltado valor para preparar mi equipaje.

Es preciso, no obstante, confesar que una hora después cesó la sobreexcitación por completo, se aplacaron mis nervios, y desde los profundos abismos de la tierra subí a su superficie.

—¡Es absurdo! —exclamé—. ¡No tiene sentido común! No es una proposición formal que pueda hacerse a un muchacho sensato. No existe nada de eso. Todo ha sido una mera pesadilla.

Entretanto, había caminado por las márgenes del Elba, rodeando la ciudad; y, después de rebasar el puerto, me encontré en el camino de Altona. Me guiaba un presentimiento, que bien pronto quedó justificado, pues no tardé en descubrir a mi querida Graüben que, a pie, regresaba a Hamburgo.

—¡Graüben! —le grité desde lejos.

La joven se detuvo turbada, sin duda por oírse llamar de aquel modo en medio de una gran carretera. De un salto me puse a su lado.

—¡Axel! —exclamó sorprendida—. ¡Conque has venido a buscarme! ¡Está bien, caballerito!

Pero, al fijarse en mi rostro, le llamó la atención en seguida mi aire inquieto y preocupado.

—¿Qué tienes? —me preguntó, tendiéndome la mano.

En menos de dos segundos puse a mi novia al corriente de mi extraña situación. Ella me miró en silencio durante algunos instantes. ¿Latía su corazón al unísono del mío? Lo ignoro; pero su mano no temblaba cual la mía.

Caminamos en silencio unos cien pasos.

—Axel —me dijo al fin.

—¿Qué, mi querida Graüben?

—¡Qué viaje tan hermoso es el que vas a emprender!

Tan inesperadas palabras me hicieron dar un salto.

—Sí, Axel; y muy digno del sobrino de un sabio. ¡Siempre es bueno para un hombre el haberse distinguido por alguna gran empresa!

—¡Cómo, Graüben! ¿No tratas de disuadirme con objeto de que renuncie a semejante expedición?

—No, mi querido Axel; por el contrario, os acompañaría de buena gana si una pobre muchacha no hubiese de constituir para vosotros un constante estorbo.

—Pero, ¿lo dices de veras?

—¡Ya lo creo!

¡Ah, mujeres! ¡Corazones femeninos, incomprensibles siempre! Cuando no sois los seres más tímidos de la tierra, sois los más arrojados. La razón sobre vosotras no ejerce el menor poderío. ¿Era posible que Graüben me animase a tomar parte en tan descabellada expedición, que fuese ella misma capaz de acometer, sin miedo, la aventura, que me incitase a ella, a pesar del cariño que decía profesarme?

Me hallaba desconcertado y, hasta, ¿por qué no decirlo? sentía cierto rubor.

—Veremos, Graüben —le dije—, si piensas mañana lo mismo.

—Mañana, querido Axel, pensaré lo mismo que hoy.

Y cogidos de la mano, aunque sin despegar nuestros labios, reanudamos ambos la marcha.

Yo me hallaba quebrantado por las emociones del día.

«Después de todo» pensaba, «las calendas de julio están aún lejos, y, de aquí a entonces, pueden ocurrir muchas cosas que hagan desistir a mi tío de la manía de viajar por debajo de la tierra».

Era ya noche cerrada cuando llegamos a casa.

Esperaba encontrarla tranquila, con mi tío ya acostado, como era su costumbre, y con la buena Marta dándole al comedor el último repaso antes de retirarse a la cama.

Pero no había contado con la impaciencia del profesor, a quien hallé gritando y corriendo de un lado para otro, en medio de la porción de mozos de cordel que descargaban en la calle una multitud de objetos. Marta estaba atolondrada, sin saber adónde atender.

—Vamos, Axel: ¡date prisa, por Dios! —gritó mi tío, en cuanto me vio venir a lo lejos—. ¡Y tu equipaje sin hacer, y mis papeles sin ordenar, y la llave de mi maleta sin aparecer y mis polainas sin llegar!

Me quedé estupefacto, me faltó la voz para hablar, y a duras penas pude articular estas palabras:

—¿Pero es que nos marchamos?

—Sí, criatura de Dios: y en lugar de estar aquí preparándolo todo, te vas de paseo.

—¿Pero partiremos tan pronto? —repetí con voz ahogada.

—Sí, pasado mañana al amanecer.

Incapaz de escucharle por más tiempo, me refugié en mi habitación.

No era posible dudar: mi tío había empleado la tarde en adquirir una serie de objetos y utensilios necesarios para nuestro viaje: la calle estaba llena de escalas, de cuerdas con nudos, de antorchas, de calabazas para líquidos, de grapas de hierro, de picos, de bastones, de azadas y de otros objetos para cuyo transporte se precisaban por lo menos diez hombres.

Pasé una noche terrible. A la mañana siguiente me llamaron muy temprano. Estaba decidido a no abrirle a nadie la puerta pero, ¿quién es capaz de resistir a los encantos de una voz adorable que nos dice?:

—¿No me quieres abrir, querido Axel?

Salí de mi habitación. Creí que mi aire abatido, mi palidez, mis ojos enrojecidos por el insomnio producirían sobre Graüben un doloroso efecto y le haría cambiar de parecer, pero ella, por el contrario, me dijo:

—¡Ah, mi querido Axel! Veo que estás mucho mejor —y que lo ha calmado la noche.

—¡Calmado! —exclamé yo.

Y corrí a mirarme al espejo.

En efecto, no tenía tan mala cara como me había imaginado. Aquello no

era creíble.

—Axel —me dijo Graüben—, he estado mucho tiempo hablando con mi tutor. Es un sabio arrojado, un hombre de gran valor, y no debes echar en olvido que su sangre corre por tus venas. Me ha dado a conocer sus proyectos, sus esperanzas, y el cómo y el por qué espera alcanzar su objetivo. Y lo alcanzará, no hay duda. ¡Ah, mi querido Axel! ¡Qué hermoso es consagrarse de ese modo al estudio de las ciencias! ¡Qué gloria tan inmensa aguarda al señor Lidenbrock, que se reflejará sobre su compañero! Cuando regreses serás un hombre, Axel: serás igual a tu tío, con libertad de hablar, con libertad de obrar, con libertad, en fin, de…

La joven se ruborizó y no terminó la frase. Sus palabras me reanimaron. No quería, sin embargo, creer, que nuestra partida era cierta. Hice entrar conmigo a Graüben en el despacho del profesor Lidenbrock, y dije a éste:

—Tío, ¿está usted decidido, por fin, a que emprendamos la marcha?

—¡Cómo! ¿Lo dudas aún?

—No —le dije con objeto de no contrariarle— pero quisiera saber qué le induce a proceder con tal precipitación.

—¡Toma! ¿Qué ha de ser? ¡El tiempo! ¡El tiempo, que transcurre con una rapidez desesperante!

—Pero si estamos aún a 26 de mayo, y hasta fines de junio…

—¿Crees, ignorante que es tan fácil trasladarse a Islandia? Si no te hubieses marchado como un necio, hubieras venido conmigo a la oficina de los señores Liffender y Compañía, donde habrías visto que de Copenhague a Reykiavik no hay más que una expedición mensual, el 22 de cada mes; y que, si esperásemos a la del 22 de junio, llegaríamos demasiado tarde para ver la sombra del Scartaris acariciar el cráter del Sneffels; es precise llegar a Copenhague lo antes posible para buscar allí un medio de transporte. Anda a hacer tu equipaje en seguida.

No era posible objetar. Subí a mi habitación, seguido de Graüben, y ella fue la que se encargó de colocar en una maleta los objetos que precisaba para tan largo viaje, con la misma tranquilidad que si se tratase de hacer una excursión a Lubeck o a Heligoland. Sus manos iban y venían sin precipitación; conversaba con absoluta calma y me daba las más discretas razones a favor de nuestra expedición. Me embelesaba y enfurecía a intervalos. A veces trataba de enfadarme, pero ella aparentaba no advertirlo y proseguía su tarea con toda tranquilidad.

Una vez todo listo y cerrada la maleta, bajamos al piso interior.

Durante todo el día no habían cesado de llegar los abastecedores de

instrumentos de física y de aparatos eléctricos, y de armas y municiones. Marta no sabía qué pensar de todo aquello.

—¿Es que se ha vuelto loco el señor? —me preguntó, por fin.

Yo le hice un ademán afirmativo.

—¿Y le lleva a usted consigo?

Le repetí el mismo signo.

—¿Y adónde?

Entonces le indiqué con el dedo el centro de la tierra.

—¿Al sótano? —exclamó la antigua criada.

—No —le contesté yo—, más abajo todavía.

Llegó la noche. Yo no tenía ya conciencia del tiempo transcurrido.

—Hasta mañana temprano —me dijo mi tío—; partiremos a las seis en punto.

A las diez me dejé caer en mi lecho como una masa inerte.

Durante la noche, mis terrores me asaltaron de nuevo.

La pasé soñando con precipicios enormes, presa de un espantoso delirio. Me sentí vigorosamente asido por la mano del profesor, y precipitado y hundido en los abismos. Me veía caer al fondo de insondables precipicios con esa velocidad creciente que van adquiriendo los cuerpos abandonados en el espacio. Mi vida no era otra cosa que una interminable caída.

Me desperté a las cinco rendido de emoción y de fatiga. Me levanté y bajé al comedor. Mi tío se hallaba ya sentado a la mesa y comía con devorador apetito. Lo contemplé con un sentimiento de horror. Graüben estaba allí. No despegué mis labios ni me fue posible comer.

A las cinco y media, se oyó fuera el rodar de un carruaje, deteniéndose en nuestra puerta un espacioso coche que había de conducirnos a la estación del ferrocarril de Altona. En un momento se llenó con los bultos de mi tío.

—¿Y tu maleta? —me dijo.

—Está lista —le respondí, con voz desfallecida.

—¡Pues bájala en seguida! ¿No ves que vamos a perder el tren?

Me pareció que no había manera de luchar contra mi destino. Subí, pues, a mi cuarto, y cogiendo la maleta, la dejé que se deslizase por los peldaños de la escalera, y bajé detrás de ella.

En aquel preciso momento, ponía mi tío, con toda solemnidad, las riendas

de su casa en manos de Graüben, quien conservaba su calma habitual. Abrazó a su tutor, pero no pudo contener una lágrima al rozar mi mejilla con sus dulcísimos labios.

—¡Graüben! —exclamé yo.

—Vete tranquilo, Axel —dijo ella—. Ahora dejas a tu novia pero, a la vuelta, hallarás a tu mujer.

Estreché entre mis brazos a Graüben y fui a sentarme en el coche. Marta y mi prometida, desde el umbral de la puerta, nos enviaron un postrimer adiós. Después, los dos caballos, excitados por los silbidos del cochero, se lanzaron a galope por la carretera de Altona.

CAPÍTULO VIII

De Altona, verdadero arrabal de Hamburgo, arranca el ferrocarril de Kiel que debía conducirnos a la costa de los Belt. En menos de veinte minutos penetramos en el territorio de Holstein.

A las seis y media, se detuvo el carruaje delante de la estación. Los numerosos bultos de mi tío, así como sus voluminosos artículos de viaje, fueron descargados, pesados, rotulados y cargados nuevamente en el furgón de equipajes, y, a las siete, nos hallábamos sentados frente a frente en el mismo coche. Silbó la locomotora y el convoy se puso en movimiento. Ya estábamos en marcha.

¿Iba resignado? Aún no. Sin embargo, el aire fresco de la mañana, los detalles del camino, renovados rápidamente por la velocidad del tren, me distrajeron de mi gran preocupación.

La mente del profesor avanzaba más aprisa que el convoy, cuya marcha se le antojaba lenta a su impaciencia. Íbamos en el coche los dos solos, pero sin dirigirnos la palabra. Mi tío se registró los bolsillos y el saco de viaje con minuciosa atención, y observé que no le faltaba ninguno de los mil requisitos que exigía la ejecución de sus arriesgados proyectos.

Pude ver, entre otras cosas, una hoja de papel, cuidadosamente doblada, que ostentaba el membrete de la cancillería danesa, con la firma del señor Cristiensen, cónsul de Dinamarca en Hamburgo y amigo del profesor. Esta carta debía facilitarnos, en Copenhague, la tarea de obtener recomendaciones para el gobernador de Islandia.

Vi asimismo el famoso documento, cuidadosamente guardado en la más oculta división de su cartera. Lo maldije desde el fondo de mi corazón y me

dediqué otra vez a contemplar el paisaje. Constituían éste una extensa serie de llanuras sin interés, monótonas, cenagosas y bastante fértiles: una campiña en extremo favorable al tendido de una línea férrea y que se prestaba de un modo maravilloso a esas rectas que son las delicias de las empresas explotadoras de los caminos de hierro.

Pero esa monotonía no llegó a fatigarme, porque, tres horas después de nuestra partida, el tren se detenía en Kiel, a dos pasos del mar.

Como nuestros equipajes habían sido facturados hasta Copenhague, no tuvimos que ocuparnos de ellos para nada. Esto no obstante, mi tío no les quitó la vista de encima mientras los trasbordaron al vapor, en cuyas bodegas desaparecieron.

Mi tío, en su precipitación, había calculado las horas de correspondencia del ferrocarril y del buque de un modo tan detestable, que teníamos que perder un día entero. El vapor Ellenora no salía hasta la noche. Esta no prevista espera hizo que se apoderase del irascible viajero una fiebre de nueve horas, durante las cuales envió a todos los diablos a las administraciones de vapores y ferrocarriles, y a los Gobiernos que toleraban abusos semejantes. Yo tuve que hacer coro cuando la emprendió con el capitán del Ellenora, a quien quiso obligar a levar anclas y zarpar inmediatamente. El capitán lo envió a paseo.

En Kiel, como en todas partes, es preciso buscar la manera de matar el tiempo. A fuerza de pasearnos por las verdes costas de la bahía, en cuyo fondo se eleva la pequeña ciudad; de recorrer los espesos bosques que le dan el aspecto de un nido colocado entre un grupo de ramas; de admirar las quintas, provistas todas ellas de su caseta de baños de mar, y de correr y aburrirnos, sonaron, por fin, las diez de la noche.

Los penachos de humo del Ellenora se elevaban en la atmósfera; su cubierta retemblaba bajo los estertores de la caldera; estábamos a bordo, instalados en dos literas colocadas en la única cámara que poseía el vapor.

A las dos y cuarto, largó el buque sus amarras y avanzó rápidamente sobre las sombrías aguas del Gran Belt.

La noche estaba obscura: la brisa soplaba fresca levantando imponente marejada; algunas luces de la costa se distinguían en medio de las tinieblas: más tarde, no sé qué faro nos envió sus destellos por encima de las olas. He aquí cuanto recuerdo de aquel primer viaje.

A las siete de la mañana desembarcamos en Korsör, pequeña ciudad situada en la costa occidental, donde trasbordamos a otro ferrocarril que nos condujo a través de un país no menos llano que las campiñas de Holstein.

Aún faltaban tres horas de viaje para llegar a la capital de Dinamarca. Mi

tío no había pegado los ojos en toda la noche. Creo que, en su impaciencia, empujaba el vagón con los pies.

Por fin, se descubrió un brazo de mar.

—¡El Sund! —exclamó entusiasmado.

Había a nuestra izquierda un vasto edificio que parecía un hospital.

—Es un manicomio —dijo uno de nuestros compañeros de viaje.

«¡Muy bien!» pensé. «He aquí un establecimiento donde habremos de concluir nuestros días. Por muy grandes que sean sus dimensiones, no será nunca lo suficientemente amplio para contener toda la inmensidad de la locura del profesor Lidenbrock».

Por fin, a las diez de la mañana, descendimos en Copenhague; los equipajes fueron cargados en un coche y conducidos con nosotros al hotel del Fénix, en Bred-Gade. En esto se invirtió media hora, porque la estación está situada fuera de la ciudad.

Después de asearse un poco y de cambiarse de traje, mi tío me mandó que le siguiese. El portero del hotel hablaba alemán e inglés; pero el profesor, en su calidad de políglota, le interrogó en dinamarqués correcto, y en este mismo idioma le indicó el otro la situación del Museo de Antigüedades del Norte.

El director de este curioso establecimiento, donde se hallan acumuladas tantas y tales maravillas que permitirían reconstruir la historia del país con sus viejas armas de piedra, sus cuencos y sus joyas, era el profesor Thomson, un verdadero sabio, amigo del cónsul de Hamburgo.

Mi tío llevaba para él una carta muy eficaz de recomendación. Por regla general, los sabios no se acogen muy bien unos a otros; pero, en el caso actual, ocurrió todo lo contrario. El señor Thomson, a fuer de hombre servicial, dispensó una favorable acogida al profesor Lidenbrock y hasta a su sobrino. No creo necesario decir que mi tío tuvo buen cuidado de no revelar su secreto al director del museo: deseábamos, sencillamente, visitar a Islandia en viaje de recreo, sin otro objeto que admirar las numerosas curiosidades que encierra.

El señor Thomson se puso a nuestra disposición por completo, y juntos recorrimos los muelles buscando un buque que fuese a partir en breve.

Aún abrigaba yo la esperanza de que en absoluto no hallásemos medio alguno de transporte; pero no fue así, por desgracia.

Una pequeña goleta danesa, la Valkyria, debía hacerse a la vela el 2 de Julio con rumbo a Reykiavik. Su capitán, el señor Biarne, se encontraba a bordo, y su futuro pasajero le estrechó la mano hasta casi estrujársela en un transporte de júbilo. El viejo lobo de mar se sorprendió ante tan extemporánea

alegría, pareciéndole la cosa más natural del mundo el ir a Islandia, toda vez que aquel era su oficio. Pero como a mi tío le parecía una cosa sublime, el taimado del capitán aprovechó su entusiasmo para cobrarnos el doble de lo que el pasaje valía de ordinario. El profesor, sin embargo, pagó sin regatear.

—Estad a bordo el martes, a las siete de la mañana —dijo el señor Biarne, después de embolsarse una respetable suma.

Dimos en seguida las gracias al señor Thomson por todas sus atenciones, y regresamos al hotel del Fénix.

—Hasta ahora, todo nos sale bien —decía el profesor—; ¡todo marcha a pedir de boca! ¡Qué feliz casualidad el haber encontrado este buque que se dispone a partir! Ahora almorcemos, y vamos a visitar la ciudad.

Nos trasladamos a Tongens-Nye-Torw, plaza irregular donde existe un cuerpo de guardia con dos inofensivos cañones fijos que no asustan a nadie. Muy cerca, en el número 5, había una restauración francesa, establecimiento dirigido por un cocinero llamado Vincent, en el cual almorzamos por la módica suma de cuatro marcos cada uno.

Recorrí después la ciudad con el entusiasmo de un niño, seguido de mi tío, que, aunque se dejaba arrastrar, no fijó su atención ni en el insignificante palacio real; ni en el hermoso puente del siglo XVII, tendido sobre el caudal, delante del Museo; ni en el inmenso cenotafio de Torwaldsen, donde se conservan las obras de este escultor, y cuyas pinturas murales son horribles: ni en el casi microscópico castillo de Rosenborg; ni en el admirable edificio de la Bolsa, estilo Renacimiento; ni en su campanario, formado por las colas entrelazados de cuatro dragones de bronca: ni en los grandes molinos instalados en las murallas, cuyas dilatadas alas se hinchan, cual las velas de un buque al soplo de la brisa del mar.

¡Qué deliciosos paseos habría dado con mi bella curlandesa por los muelles de aquel puerto, donde dormían tranquilos navíos y fragatas bajo sus rojas techumbres, junto a las verdes orillas del estrecho, en medio de las espesas sombras entre las cuales se oculta la ciudadela, cuyos cañones asoman sus negras bocas a través de las ramas de los saucos y sauces!

Pero, ¡ay, qué lejos estaba mi Graüben! Y ni aun esperanzas tenía de volver a verla jamás.

Sin embargo, aunque ninguno de estos deliciosos parajes llamaron la atención de mi tío, le causó viva impresión la vista de un campanario que se erguía en la isla de Amak, que forma parte del barrio SO de Copenhague.

Marchamos por orden suya en dirección hacia él, nos embarcamos en un vaporcito que transportaba pasajeros a través de los canales, y, algunos

momentos después, atracamos al muelle de Dock-Yard.

Después de atravesar algunas calles estrechas en donde los galeotes, con pantalones amarillos y grises por partes iguales, trabajaban bajo la amenaza de la vara de los sotacómitres, llegamos delante de Vor-Frelsers-Kirk. Esta iglesia no ofrecía nada notable: pero su campanario había llamado la atención del profesor porque, a partir de su base, una escalera exterior subía dando vueltas alrededor de su cuerpo central, desarrollándose sus espirales al aire libre.

—Subamos —dijo mi tío.

—¿No nos acometerá el vértigo? —repliqué.

—Razón de más; es preciso que nos habituemos a él.

—Sin embargo…

—Vamos, no perdamos tiempo insistió el profesor con ademán imperioso.

Tuve que obedecer. Un guardia, que permanecía apostado en el otro lado de la calle, nos entregó una llave y comenzó la ascensión.

Mi tío me precedía con paso lento. Yo le seguía no sin cierto terror, porque se me solía ir la cabeza con facilidad deplorable. No me hallaba dotado del aplomo de las águilas ni de la insensibilidad de sus nervios.

Mientras marchamos por la hélice interior que formaba la escalera, todo fue bien; pero después de haber subido ciento cincuenta peldaños, el aire me azotó la cara: habíamos llegado a la plataforma del campanario donde comenzaba la escalera aérea, que no tenía más resguardo que una frágil barandilla, y cuyos escalones cada vez más estrechos, parecían subir hasta lo infinito.

—¡Me es imposible subir! —exclamé medio aterrado.

—Pero, ¿tan cobarde eres? ¡Sube inmediatamente! —me respondió el cruel profesor.

No tuve más remedio que seguirle, agarrándome a la barandilla con ansia. El viento me atolondraba; sentía el campanario oscilar bajo sus ráfagas; las piernas me flaqueaban; no tardé en subir de rodillas y acabé por trepar arrastrándome y con los ojos cerrados; el vértigo de las alturas se había apoderado de mí.

Por fin, con la ayuda de mi tío, que tiraba de mí, asiéndome por el cuello de la chaqueta, llegué cerca de la cúpula.

—Mira —me dijo mi verdugo—, y fíjate bien en todo; es preciso aprender a contemplar el abismo sin la menor emoción.

Entonces abrí los ojos y vi las casas como aplastadas por efecto de una

terrible caída, en medio de la niebla producida por los humos de las chimeneas. Por encima de mi cabeza pasaban desgarradas las nubes, y, por una ilusión óptica que invertía los movimientos, me parecían inmóviles, en tanto que el campanario, la cúpula y yo éramos arrastrados con una velocidad vertiginosa. A lo lejos, se extendía por un lado la campiña, tapizada de verdura y brillaba, por el otro, el azulado mar bajo un haz de rayos luminosos. El Sund se descubría por la punta de Elsenor surcado por algunas velas blancas, que semejaban gaviotas, y entre las brumas del Este se esbozaba apenas las ondulantes costas de Suecia. Toda esta inmensidad se arremolinaba confusamente ante mis ojos.

Esto no obstante, tuve que ponerme de pie y pasear en derredor la mirada. Mi primera lección de vértigo duró una hora. Cuando, al fin, me permitieron bajar y sentar mis pies en el sólido piso de las calles, estaba desfallecido.

—Mañana repetiremos la prueba —me dijo el profesor.

Y en efecto, durante cinco días tuve que repetir tan vertiginoso ejercicio, y, de grado o por fuerza, hice sensibles progresos en el arte de las altas contemplaciones.

CAPÍTULO IX

Llegó el día de la marcha. La víspera, el señor Thomson, con su amabilidad acostumbrada, nos había llevado cartas de recomendación muy eficaces para el conde Trampe, gobernador de Islandia, el señor Pictursson, coadjutor del obispo, y el señor Finsen, alcalde de Reykiavik. En prueba de gratitud, mi tío le prodigó fuertes apretones de manos con el mayor entusiasmo.

El día 2, a las seis de la mañana, nuestros inestimables equipajes se encontraban ya a bordo de la Valkyria. El capitán nos condujo a unos camarotes exageradamente pequeños, instalados bajo una especie de puente.

—¿Tenemos buen viento? —preguntó mi tío.

—Inmejorable —respondió el capitán Biarna—. Brisa fresca del Sudeste. Vamos a salir del Sund con todo el aparejo largo y el viento entre el través y la aleta.

Algunos instantes después, largó al velacho, el juanete, los foques y la cangreja, y, después de largar las amarras, orientó convenientemente el aparejo y penetró a toda vela en el estrecho. Una hora más tarde, la capital de Dinamarca parecía sumergirse en las lejanas olas, y la Valkyria rozaba casi la

costa de Elsenor. Efecto de la disposición en que se encontraban mis nervios, creía ver la sombra de Hamlet errar sobre el legendario terrado.

—¡Oh sublime insensato! —pensaba yo—; ¡tú aprobarías sin duda nuestra empresa! ¡Tú nos seguirías tal vez ganoso de encontrar en el centro de la tierra una solución a tu duda sempiterna!

Mas nada descubrí sobre las antiguas murallas; el castillo es, además, mucho más moderno que el heroico príncipe de Dinamarca. Sirve en la actualidad de suntuoso alojamiento al portero de este estrecho del Sund, por el que pasan cada año quince mil buques de todas las naciones.

El castillo de Krongborg no tardó en desaparecer entre la bruma, así como la torre de Helsinborg, que se eleva en la costa sueca, y la goleta se inclinó ligeramente, impedida por las brisas del Cattegat.

La Valkyria era un buque muy velero, pero con esta clase de barcos nunca puede predecirse lo que va a durar el viaje. Conducía a Reykiavik carbón, utensilios de cocina, loza, vestidos de lana y un cargamento de trigo; e iba tripulada por cinco lobos de mar, todos ellos daneses, que bastaban para maniobrar su aparejo.

—¿Cuánto durará la travesía? —preguntó mi tío al capitán.

—Diez días, poco más o menos —respondió este último—, si a la altura de las Feroe no arrecia al Noroeste.

—Pero, ¿suele usted experimentar retrasos considerables?

—No, señor Lidenbrock; no pase ningún cuidado, ya llegaremos.

A eso del anochecer la goleta dobló el Cabo Skagen, que constituye el extremo septentrional de Dinamarca, cruzó el Skager Rak, bordeó la costa meridional de Noruega, lamiendo al Cabo Lindness, y penetró en el mar del Norte.

Dos días después divisamos las costas de Escocia, reconocimos el promontorio de Peterhead, y arrumbó la Valkyria a las Faroe, pasando entre las Orcadas y las Shetland.

No tardaron las olas del Atlántico en azotar los costados de nuestra goleta; y como, al mismo tiempo, tuvimos que navegar de vuelta y vuelta para avanzar hacia el Norte, venciendo la resistencia que el viento nos oponía, nos costó gran trabajo el llegar a las Feroe.

El día 3 reconoció el capitán la isla Myganness, que es la más oriental de este grupo, y, a partir de este momento, hizo rumbo al cabo Portland, situado en la costa meridional de Islandia.

La travesía no ofreció ningún incidente notable. Soporté bastante bien las

inclemencias del mar; pero mi tío se pasó todo al viaje mareado, lo que, a más de llenarle de vergüenza, contribuyó a agriar más todavía su carácter.

Esto no le permitió interrogar al capitán Biarne acerca de la cuestión del Sneffels, los medios de comunicación y la facilidad de los transportes, y tuvo que aplazar para más adelante todas estas investigaciones; se pasó todo el viaje tendido en su camarote, cuyos mamparos crujían a cada cabezada del buque. Preciso es confesar que se tenía muy bien merecida su suerte.

El día 11 montamos al cabo Portland, permitiéndonos la claridad del tiempo distinguir el Myrdals Yocul, que lo domina. Este cabo se halla formado por un enorme peñasco, de escarpadas pendientes, que se alza aislado en la playa.

La Valkyria, manteniéndose a una distancia razonable de las costas, las fue barajando hacia el Oeste, navegando entre numerosas manadas de ballenas y tiburones. No tardamos en descubrir un inmenso peñasco, horadado de parte a parte, a través del cual pasaba enfurecido el espumoso mar. Los islotes de Westman parecieron surgir del Océano como rocas sembradas sobre la planicie líquida. A partir de este momento, la goleta tomó el rumbo de fuera para dar un respetable rodeo al cabo de Reykjaness, que forma el ángulo occidental de Islandia.

La fuerte marejada no permitía a mi tío subir sobre cubierta con objeto de admirar aquellas costas bravías, azotadas y hendidas por los vientos y mares del Sudoeste.

Cuarenta y ocho horas después, sorteada una tempestad que obligó a la goleta a correr a palo seco, descubrimos por el Este la baliza de la punta Skagen, cuyos peligrosos arrecifes se prolongan a gran distancia por debajo del mar. Subió a bordo un práctico islandés, y, tres horas más tarde, fondeaba la Valkyria delante de Reykiavik, en la bahía de Faxa.

Entonces salió por fin el profesor de su camarote, algo pálido y quebrantado, pero con el mismo entusiasmo de siempre y con la satisfacción retratada en su semblante.

Los habitantes de la ciudad, a quienes interesaba en extremo la llegada del buque, del que todos tenían algo que recoger, se agruparon en el muelle.

Mi tío se apresuró a abandonar su presidio flotante, por no decir su hospital; pero, antes de dejar la cubierta de la goleta, me llevó hasta la proa, y desde allí, mostrándome con el dedo en la parte septentrional de la bahía una elevada montaña, que remataba en dos picos un doble cono cubierto da nieves eternas, me dijo entusiasmado:

—¡El Sneffels! ¡Ahí tienes el Sneffels!

Y después de haberme recomendado con un gesto que guardase el más impenetrable silencio, bajó al bote que nos aguardaba. Yo le seguí cabizbajo y nuestros pies no tardaron en hollar el suelo de Islandia.

De improviso, apareció un hombre de buena presencia, vestido de general. Sin embargo, no era más que un sencillo magistrado, el gobernador de la isla, el señor barón de Trampe en persona. El profesor lo reconoció al instante. Le entregó las cartas que traía de Copenhague, y se entabló entre ellos una corta conversación en danés, en la cual no tomé parte, como era natural. Esta primera entrevista dio por resultado que el barón de Trampe se pusiese por completo a las órdenes del profesor Lidenbrock.

El alcalde señor Finsen, no menos militar por su indumentaria que el gobernador, pero tan pacífico como éste, hubo de dispensar a mi tío la más favorable acogida.

En cuanto al coadjutor, señor Pictursson, giraba a la sazón una visita pastoral a la región septentrional de su diócesis, y tuvimos que renunciar, por lo pronto, al gusto de serle presentados. Pero, en cambio, trabamos conocimiento con un bellísimo sujeto, el señor Fridriksson, catedrático de ciencias naturales de la escuela de Reykiavik, cuyo concurso nos fue de inestimable valor. Este modesto sabio sólo hablaba el islandés y el latín. Me ofreció sus servicios en el idioma de Horacio, y comprendí en seguida que estábamos creados para comprendemos mutuamente. Y, en efecto, ésta fue la única persona con quien pude conversar durante mi estancia en Islandia.

—Como ves, querido Axel —hubo de decirme mi tío—, todo va como una seda: lo más difícil ya lo tenemos hecho.

—¿Cómo lo más difícil? —exclamé yo estupefacto.

—Pues claro: ¡sólo nos resta bajar!

—Mirado desde ese punto de vista, tiene usted mucha razón; mas supongo que, después de bajar, tendremos que subir nuevamente.

—¡Bah! ¡bah! ¡Lo que es eso no me inquieta! Conque, manos a la obra, que no hay tiempo que perder. Me voy a la biblioteca. Tal vez se conserve en ella algún manuscrito de Saknussemm que me gustaría consultar.

—Entretanto, yo recorreré la ciudad. ¿No piensa usted visitarla?

—¡Oh! eso me interesa muy poco. Las curiosidades de Islandia no se encuentran sobre su superficie, sino debajo de ella.

Salí y eché a andar sin rumbo fijo.

No habría sido fácil perderse en las dos calles de Reykiavik de suerte que no tuve necesidad de preguntar a nadie el camino lo cual, hecho por signos,

expone las más de las veces a muchas equivocaciones.

Se extiende la ciudad, en medio de dos colinas, sobre un terreno muy bajo y pantanoso. Una inmensa ola de lava la cubre por un lado y desciende hasta el mar en declive suave. Por el otro, se extiende la amplia bahía de Faxa limitada por el Norte por el enorme ventisquero del Sneffels, y en la que, a la sazón, no había fondeado más buque que la Valkyria. De ordinario se hallan resguardados en ella los guardapescas ingleses y franceses, pero entonces se hallaban prestando servicio en las costas orientales de la isla.

La calle más larga de Reykiavik es paralela a la playa, y en ella se hallan instalados los mercaderes y negociantes, en cabañas de madera, hechas de vigas rojas horizontalmente dispuestas; la otra calle, situada más al Oeste corre hacia un pequeño lago, pasando entre la casa del obispo y las de otros personajes extraños al comercio.

No tardé en recorrer aquellas calles sombrías y tristes. A veces entreveía una mancha de césped descolorido, que semejaba una vieja alfombra de lana, raída a consecuencia del uso, o algo que parecía un huerto cuyas raras legumbres, patatas, coles y lechugas, sólo eran dignas de una mesa liliputiense. Algunos alhelíes enfermizos pugnaban también por recibir algún rayo de sol.

Hacia la mitad de la calle no ocupada por el comercio, encontré el cementerio público, rodeado de una tapia de adobes, el cual es bastante espacioso. Pocos pasos después, me encontré delante de la casa del gobernador, que es una mala choza si se la compara con la casa Ayuntamiento de Hamburgo: pero que resulta un palacio al lado de las cabañas en las cuales se aloja la población islandesa.

Entre la ciudad y el lago, se elevaba la iglesia, edificada con arreglo al gusto protestante y construida con cantos calcinados que los volcanes arrojan. Las tejas coloradas de su techo seguramente se dispersarían por los aires, con vivo sentimiento de los fieles, al arreciar los vientos del Oeste.

Sobra una eminencia inmediata vi la Escuela Nacional, donde, según supe después por nuestro huésped, se enseñaba el hebreo, el inglés, el francés y el danés, cuatro lenguas de las cuales no conocía una palabra, cosa que me llenaba de bochorno, pues hubiera sido el más atrasado de los cuarenta alumnos matriculados en el pequeño colegio, e indigno de acostarme con ellos en aquellos armarios de dos compartimientos donde otros más delicados se asfixiarían la primera noche.

En tres horas recorrí no sólo la ciudad, sino sus alrededores también. Su aspecto general era singularmente triste. No había árboles ni nada que mereciese el nombre de vegetación. Por todas partes se veían picos de rocas

volcánicas. Las cabañas de los islandeses están hechas de tierras y de turba, y tienen sus paredes inclinadas hacia dentro, de suerte que parecen tejados colocados sobre al suelo. Empero estos tejados son praderas relativamente fértiles, pues, gracias al calor de las habitaciones, brota en ellos la hierba con bastante facilidad, siendo preciso segarla en la época de la recolección para que los animales domésticos no pretendan pacer sobre estas verdes mansiones.

Durante mi excursión, encontré muy pocas personas; mas cuando volví a pasar por la calle del comercio, vi que la mayoría de la población se hallaba ocupada en secar, salar y cargar bacalaos, que constituyen allí el principal artículo de exportación. Los hombres parecían vigorosos, pero tardos; una especie de alemanes rubios, de mirada pensativa, que se creen separados de la humanidad, infelices desterrados en aquellas heladas regiones, a quienes la naturaleza hubiera debido hacer esquimales, ya que los condenó a vivir dentro de los límites del Círculo Polar Ártico. Traté en vano de sorprender una sonrisa en sus rostros; reían a veces mediante una contracción involuntaria de sus músculos; pero no sonreían jamás.

Sus vestidos consistían en una vasta chaqueta de lana negra, conocida en todos los países escandinavos con el nombre de vadmel, sombrero de amplias alas, pantalón orillado de rojo y unos trozos de cuero arrollados en los pies a manera de calzado.

Las mujeres, de rostro triste y resignado, y cuyo tipo es bastante agradable, aunque carecen de expresión, usan una chaqueta y una falda de vadmel de color obscuro. Las solteras llevan sobre el trenzado cabello un gorrito de punto de color pardo, y las casadas se cubren la cabeza con un pañuelo de color sobre el cual se colocan una especie de cofia blanca.

Cuando, tras un largo paseo, regresé a la casa del señor Fridriksson, mi tío se encontraba ya en compañía de este último.

CAPÍTULO X

La mesa estaba servida, y el profesor Lidenbrock, cuyo estómago parecía un abismo sin fondo, efecto de la dieta que a bordo había sufrido, devoró con avidez. La comida, más danesa que islandesa, nada tuvo de notable; pero nuestro anfitrión, más islandés que danés, me hizo recordar a los héroes de la antigua hospitalidad. Sin género alguno de duda, nos encontrábamos en su casa con más libertad y confianza que él mismo.

Se conversó en islandés, intercalando mi tío algunas palabras en alemán y el señor Fridriksson otras en latín, para evitar que yo me quedase por completo

en ayunas de lo que decían. Hablaron de cuestiones científicas, como era natural tratándose de dos sabios; pero el profesor Lidenbrock guardó la más escrupulosa reserva, y sus ojos a cada frase me recomendaban el más absoluto silencio en todo lo relativo a nuestros futuros proyectos.

De repente, interrogó el señor Fridriksson a mi tío acerca de los resultados de las investigaciones por él practicadas en la biblioteca.

—Vuestra biblioteca —exclamó el profesor—, sólo contiene libros descabalados en estantes casi vacíos.

—¡Cómo! —respondió el señor Fridriksson—, poseemos ocho mil volúmenes, muchos de los cuales son ejemplares tan preciosos como raros, obras escritas en escandinavo antiguo, y todas las publicaciones nuevas que Copenhague nos envía anualmente.

—¿De dónde saca usted esos ocho mil volúmenes? Por mi cuenta…

—¡Oh! señor Lidenbrock, esos libros andan recorriendo constantemente el país. ¡En nuestra pobre isla de hielo existe una gran afición al estudio! No hay pescador ni labriego que no sepa leer, y todos leen. Opinamos que los libros, en vez de apolillarse tras una verja de hierro, lejos de las miradas de los curiosos, han sido escritos e impresos para que los lea todo el mundo. Por eso los de nuestra biblioteca van corriendo de mano en mano, son leídos una y cien veces, y tardan con frecuencia uno o dos años en regresar a sus respectivos estantes.

—Entretanto —respondió mi tío con mal reprimido enojo—, los extranjeros…

—¡Y qué le hemos de hacer! Los extranjeros poseen sus bibliotecas en sus respectivos países, y, sobre todo, es preciso en primer término que nuestros compatriotas se instruyan. Se lo repito a usted, los islandeses tienen el amor al estudio inoculado en la sangre. En 1816 fundamos una Sociedad Literaria que funciona admirablemente, siendo muchos los sabios extranjeros que se honran con pertenecer a ella. Esta sociedad publica obras destinadas a educar a nuestros compatriotas y presta verdaderos servicios al país. Si quiere ser usted uno de nuestros miembros correspondientes, nos hará un gran honor, señor Lidenbrock.

Mi tío, que pertenecía ya a un centenar de corporaciones científicas, aceptó el ofrecimiento con tales muestras de agrado, que el señor Fridriksson se sintió conmovido.

—Ahora —dijo este último—, tenga usted la bondad de indicarme qué libros esperaba encontrar en nuestra biblioteca, y tal vez me sea posible darle acerca de ellos algunas referencias.

Miré a mi tío, y vi que vacilaba en responder. Esto atañía directamente a sus proyectos. Sin embargo, después de reflexionar un instante, se decidió a hablar por fin.

—Señor Fridriksson, quisiera saber si, entre las obras antiguas, poseéis las de Arne Saknussemm.

—¡Ame Saknussemm! —respondió el profesor de Reykiavik—. ¿Se refiere usted a aquel sabio del siglo XVI que fue un gran alquimista, un gran naturalista y un gran explorador a la vez?

—Precisamente.

—¿Una de las glorias de la literatura y de la ciencia islandesas?

—Sin duda de ningún género.

—¿El más ilustre de los hombres?

—No trataré de negarlo.

—¿Y cuya audacia corría pareja con su genio?

—Veo que le conoce bien a fondo.

Mi tío no cabía en sí de júbilo al oír hablar de su héroe de un modo tan encomiástico, y devoraba con los ojos al señor Fridriksson.

—¿Y qué ha sido de sus obras? —le preguntó, por fin, impaciente.

—¡Ah! ¡Sus obras no las tenemos!

—¡Cómo! ¿No están en Islandia?

—Ni en Islandia ni en ningún otro sitio.

—¿Por qué?

—Porque Arna Saknussemm fue perseguido como hereje, y quemadas, en 1573, sus obras en Copenhague por la mano del verdugo.

—¡Bravo! ¡Magnífico! —exclamó mi tío, con gran escándalo del profesor de ciencias naturales.

—¿Qué dice usted? —murmuró este último.

—¡Sí! Todo se explica, todo se aclara, todo se concatena. Ahora me explico por qué Saknussemm, al verse inscrito en el índice y obligado a ocultar los descubrimientos de su genio, decidió sepultar su secreto en un incomprensible criptograma…

—¿Qué secreto? —preguntó vivamente el señor Fridriksson.

—Un secreto que… cuyo… —balbuceó mi tío.

—¿Pero es que posee usted algún documento especial? —replicó el profesor islandés.

—No… Era una mera suposición.

—Bien —dijo el señor Fridriksson, que tuvo la bondad de no insistir al ver la turbación de su interlocutor—. Espero que no se ausentará usted de la isla sin haber estudiado sus riquezas mineralógicas.

—Naturalmente —respondió mi tío—; pero llego algo tarde: otros sabios han pasado por aquí antes que yo.

—En efecto, señor Lidenbrock; los trabajos de los señores Olafsen y Povelsen, ejecutados por orden del rey; los estudios de Troil; la misión científica de los señores Gaimard y Robert, a bordo de la corbeta francesa Recherche; y, por último, las observaciones de los sabios embarcados en la fragata Reine Hortense, han contribuido poderosamente al conocimiento de Islandia. Pero, créame, hay aún mucho que hacer.

—¿Cree usted? —preguntó mi tío con afectado candor, procurando moderar el brillo de su mirada.

—¡Sin duda alguna! Existen numerosas montañas, ventisqueros y volcanes muy poco conocidos que se es necesario estudiar. Sin ir más lejos, mire usted ese monte que en el horizonte se eleva: ¡es el Sneffels!

—Sí señor; uno de los volcanes más curiosos y cuyo cráter raramente se visita.

—¿Apagado?

—Apagado hace ya quinientos años.

—Pues bien —respondió mi tío, cruzando las piernas con fuerza para no saltar en el aire—, deseo empezar mis estudios geológicos por ese Saffel… o Fessel… ¿cómo le llama usted?

—Sneffels —respondió el excelente señor Fridriksson. Esta parte de la conversación se había desarrollado en latín, de manera que me enteré de todo, y tuve que contenerme para no soltar el trapo a reír al ver cómo mi tío contenía su satisfacción que pugnaba por escapársele por todas partes adoptando un aire candoroso que parecía la mueca de un diablo.

—Sí —dijo—, sus palabras de usted me deciden; procuraremos escalar ese Sneffels, y hasta estudiar su cráter tal vez.

—Siento en el alma —dijo el señor Fridriksson— que mis ocupaciones no me permitan ausentarme; porque, de lo contrario, les acompañaría con gusto y con provecho.

—¡Oh, no, no! —respondió vivamente mi tío—; no queremos molestar a nadie, señor Fridriksson; se lo agradezco infinito. La presencia de un sabio como usted nos hubiera sido muy útil; pero los deberes de su profesión…

Me inclino a creer que nuestro huésped, en la inocencia de su alma islandesa, no comprendió la grosera malicia de mi tío.

—Apruebo, señor Lidenbrock —respondió—, que comience usted por ese volcán, donde cosechará gran número de observaciones curiosas. Pero, dígame, ¿cómo piensa usted llegar a la península de Sneffels?

—Atravesando por mar la bahía. Es el camino más rápido.

—Sin duda, pero no es posible seguirlo.

—¿Por qué?

Porque en Reykiavik no existe un solo bote.

—¡Demonio!

—Tendrá usted que ir por tierra, contorneando la costa, lo que será más largo, pero más interesante.

—Bueno. Veré de procurarme un guía.

Precisamente puedo ofrecerle a usted uno.

—¿Un hombre inteligente y fiado?

—Sí, un habitante de la península. Es un hábil cazador de gansos, del cual quedará usted satisfecho. Habla perfectamente el danés.

—¿Y cuándo podré verle?

—Mañana, si usted quiere.

—¿Por qué no hoy mismo?

—Porque hasta mañana no llega.

—¡Hasta mañana! —exclamó mi tío, dando un profundo suspiro.

Esta importante conversación terminó algunos instantes después dando el profesor alemán las más expresivas gracias al profesor islandés.

Durante la comida, mi tío acababa de saber cosas en extremo importantes, entre otras la historia de Saknussemm, la razón de su misterioso documento, que el señor Fridriksson no le acompañaría en su expedición y que desde el día siguiente podría contar ya con un guía a sus órdenes.

CAPÍTULO XI

Al anochecer di un corto paseo por las playas de Reykiavik, y me recogí temprano, acostándome en mi cama de gruesas tablas, en donde me dormí profundamente.

Cuando me desperté, oí que mi tío charlaba por los codos en la habitación inmediata. Me vestí a toda prisa y fui a reunirme con él.

Conversaba en dinamarqués con un hombre de elevada estatura y constitución vigorosa; un mocetón que debía hallarse dotado de unas fuerzas hercúleas. Sus ojos soñadores y azules me parecieron inteligentes y sencillos. Su voluminosa cabeza se hallaba cubierta por una larga cabellera de un color que hubiera pasado por rojo hasta en la misma Inglaterra y que caía sobre sus espaldas atléticas. Aunque sus movimientos eran fáciles, movía poco los brazos, cual hombre que ignora o desdeña el lenguaje de los gestos. Todo en él revelaba temperamento perfectamente sosegado; tranquilo, aunque no indolente. Se veía claramente que no pedía nada a nadie, que trabajaba cuando le convenía, y que, dada la calma con que se tomaba las cosas, era fácil que nada le causase sorpresa ni sobresalto.

Comprendí su manera de ser por el modo como escuchaba el islandés la apasionada facundia de su interlocutor. Permanecía inmóvil y con los brazos cruzados ante los múltiples gestos de mi tío; para negar, movía la cabeza de izquierda a derecha, y para afirmar, la inclinaba; apenas se movía; era la economía del movimiento llevada hasta la avaricia.

La verdad es que, al ver a aquel hombre, no hubiera adivinado jamás su profesión de cazador; a buen seguro que no espantaría la caza; mas, ¿cómo la buscaba?

Todo me lo expliqué, sin embargo, cuando supe por el señor Fridriksson que aquel tranquilo personaje sólo se dedicaba a la caza del ganso llamado eidero, cuyo plumón constituye la principal riqueza de la isla. En efecto, para recoger esta pluma, que se llama edredón, no es preciso desplegar una actividad asombrosa.

En los primeros días del verano, la hembra de este ganso, notable por su extraordinaria belleza, construye su nido entre las rocas de los fiordos que tanto abundan en las costas de la isla. Una vez construido su nido, lo forra con finísimas plumas que del vientre se arranca ella misma. En seguida llega el cazador, o, mejor dicho, el cosechero, se apodera del nido y se ve precisada el ave a comenzar de nuevo su trabajo, y la operación se repite mientras aquélla conserva algún plumón. Cuando lo agota del todo, le llega la vez al macho de despojarse del suyo; sólo que, como la pluma de éste es dura y grosera, y

carece de valor comercial, no se toma el cazador la molestia de robarle el lecho de sus pequeñuelos, y el nido se concluye por fin. Pone la hembra sus huevos, nacen los pollos después, y se reanuda al año siguiente la cosecha del edredón.

Ahora bien, como estas aves no eligen para la construcción de sus nidos las rocas escarpadas, sino las de pendiente suave que van a perderse en el mar, el cazador islandés podía ejercer su oficio sin darse mucho trabajo. Era un labrador que sólo tenía que recolectar la mies, sin necesidad de sembrarla ni cortarla.

Este personaje grave, silencioso y flemático se llamaba Hans Bjelke, y venía recomendado por el señor Fridriksson. Era nuestro futuro guía.

Sus maneras contrastaban singularmente con las de mi tío.

Esto no obstante, se entendieron fácilmente. Ni uno ni otro repararon en el precio: el uno, dispuesto a aceptar lo que le ofreciesen, y el otro, decidido a dar lo que le pidieran. Jamás se cerró trato alguno con tanta facilidad.

En virtud de lo acordado, se comprometió Hans a conducirnos a la aldea de Stapi, situada en la costa meridional de la península de Sneffels, al pie del mismo volcán. Era preciso recorrer unas 22 millas por tierra, en lo cual emplearíamos dos días, según opinión de mi tío.

Pero, cuando se enteró de que se trataba de millas dinamarquesas, de 24.000 pies, tuvo que rehacer sus cálculos y contar con que emplearíamos siete a ocho días en hacer aquel recorrido, dado el pésimo estado de las vías de comunicación.

Hans, que, según su costumbre, iría a pie, debía facilitar cuatro caballos: uno para mi tío, otro para mí y dos para el transporte de nuestra impedimenta. Perfecto conocedor de aquella parte de la costa, prometió conducirnos por el camino más corto.

Su compromiso con mi tío no expiraba a nuestra llegada a Stapi; sino que permanecería a su servicio todo el tiempo que exigiesen nuestras excursiones científicas, mediante una retribución de tres rixdales semanales. Pero se estipuló expresamente que esta suma sería abonada a Hans los sábados por la noche, condición sine qua non de su compromiso.

Se fijó la partida para el día 16 de junio. Quiso mi tío entregar al cazador las arras del contrato; pero éste las rechazó con una sola palabra.

—Efter —dijo secamente.

Después la tradujo el profesor en voz alta, para que me enterase.

Una vez cerrado el trato, se retiró nuestro guía, sin mover más que las

piernas, cual si fuese de una sola pieza.

—He aquí un hombre famoso —exclamó— mi tío al verle ir—; pero lo que menos sospecha es el maravilloso papel que el porvenir le reserva.

—¿Nos acompañará hasta…?

—Sí, hasta el centro de la tierra.

Aún tenían que transcurrir cuarenta y ocho horas, que, con harto sentimiento mío, me vi precisado a invertir en los preparativos de marcha. Pusimos nuestros cinco sentidos y potencias en disponer cada objeto del modo más ventajoso: los instrumentos a un lado, las armas al otro, las herramientas en este paquete, los víveres en aquel otro, agrupándolo todo en cuatro divisiones principales.

Los instrumentos eran:

1°. Un termómetro centígrado de Eigel, graduado hasta 150°, lo cual me pareció demasiado e insuficiente. Demasiado, si el calor del ambiente había de alcanzar esta temperatura, pues en semejante caso pereceríamos asados. Insuficiente, si se trataba de medir la temperatura de los manantiales o de cualquier otra materia en fusión.

2°. Un manómetro de aire comprimido, dispuesto de manera que marcase las presiones superiores a las de la atmósfera al nivel del mar, toda vez que, debiendo aumentar la presión atmosférica a medida que descendiésemos bajo la superficie de la tierra, el barómetro ordinario no sería suficiente.

3°. Un cronómetro de Boissonnas el menor, de Ginebra, perfectamente arreglado al meridiano de Hamburgo.

4°. Las brújulas de inclinación y de declinación.

5°. Un anteojo para observaciones nocturnas.

6°. Los aparatos de Ruhmkorff, que, mediante una corriente eléctrica, daban una luz portátil, muy segura y poco embarazosa.

Las armas consistían en dos carabinas de Purdley More y Compañía, y dos revólveres Colt. ¿Qué objeto tenían estas armas? Supongo que no tendríamos que habérnoslas con salvajes ni animales feroces. Pero mi tío parecía mirar con el mismo cariño su arsenal que sus instrumentos, y especialmente una buena cantidad de algodón pólvora inalterable a la humedad, cuya fuerza explosiva es notablemente superior a la de la pólvora ordinaria.

Como herramientas llevábamos dos picos, dos azadones, una escala de seda, tres bastones herrados, un hacha, un martillo, una docena de cuñas y armellas de hierro, y largas cuerdas con nudos de trecho en trecho. Todo junto formaba un voluminoso fardo, pues la escala medía trescientos pies de

longitud.

El paquete que contenía las provisiones no era demasiado grande; pero esto no me preocupaba, pues sabía que encerraba una cantidad de carne concentrada y galleta suficiente para alimentarnos seis meses. El único líquido que llevábamos era ginebra, con absoluta exclusión de toda agua: pero íbamos provistos de calabazas, y mi tío contaba con encontrar manantiales en donde llenarlas, siendo inútiles cuantas observaciones le hice relativas a su calidad, a su temperatura y hasta sobre su ausencia absoluta.

Para completar la nomenclatura exacta de nuestros artículos de viaje, haré mención de un botiquín portátil que contenía unas tijeras de punta redonda, tablillas para fracturas, una pieza de cinta de hilo crudo, vendas y compresas, esparadrapo, y una lanceta para sangrar, cosas que ponían los pelos de punta. Llevábamos, además, una serie de frascos que contenían dextrina, árnica, acetato de plomo líquido, éter, vinagre y amoníaco, drogas todas cuyo empleo no era muy deseable por cierto. Por último, no faltaban tampoco los ingredientes necesarios para los aparatos de Ruhmkorff.

Tampoco olvidó mi tío el aprovisionarse de tabaco, de pólvora de caza y de yesca, ni un cinturón de cuero, que llevaba ceñido a los riñones, y encerraba una buena cantidad de monedas de oro y plata, y de billetes de banco. En el grupo de las herramientas figuraban también seis pares de zapatos de excelente calidad, impermeabilizados merced a una capa de alquitrán y goma elástica.

—Equipados, vestidos y calzados de esta suerte —me dijo, al fin, mi tío—, no existe ninguna razón que nos prive de llegar a la meta.

Todo el día 14 lo empleamos en arreglar estos diversos objetos. Por la tarde, comimos en casa del barón de Trampe, en compañía del alcalde de Reykiavik y del doctor Hyaltalin, el médico más célebre de la isla. El señor Fridriksson no se hallaba entre los invitados; pero supe más tarde que el gobernador y él se hallaban en desacuerdo acerca de una cuestión administrativa, por lo que no se trataban. No tuve, pues, ocasión de comprender ni una palabra de nada de lo que se dijo durante aquella comida semioficial; pero observé que mi tío no cesó de hablar un momento.

Al día siguiente, 15, quedaron terminados todos los preparativos. El señor Fridriksson prestó a mi tío un gran servicio regalándole un mapa de Islandia incomparablemente más perfecto que el de Henderson: el mapa de Olaf Nikolás Olsen, hecho en escala de 1/480.000, y editado por la Sociedad Literaria Islandesa, con sujeción a los trabajos geodésicos del señor Scheel Frisac y la nivelación topográfica del señor Bjorn Gumlaugsonn. Era un documento precioso para un mineralogista.

Pasamos la última velada en íntima conversación con el señor Fridriksson, que me inspiraba una íntima simpatía. A la charla, después, siguió un sueño bastante agitado, al menos por parte mía.

A las cinco de la mañana me despertaron los relinchos de cuatro caballos que bajo mi ventana piafaban.

Me Vestí a toda prisa y bajé en seguida a la calle, donde Hans estaba acabando de cargar nuestra impedimenta, moviéndose lo menos posible, aunque dando muestras de poseer una extraordinaria destreza. Hacía mi tío más ruido del que era necesario; pero el guía prestaba, al parecer, poca o ninguna atención a sus recomendaciones.

A las seis, estaba todo listo. El señor Fridriksson nos estrechó las manos. Mi tío le dio, en islandés, las gracias más expresivas por su amable hospitalidad. Yo, por mi parte, le saludé cordialmente en mi latín macarrónico. Montamos a caballo, y el señor Fridriksson me espetó con su último adiós este verso de Virgilio, que parecía hecho expresamente para nosotros, pobres viajeros que mirábamos con incertidumbre el camino:

El quacumque viam dederit fortuna sequamur.

CAPÍTULO XII

Habíamos partido con el tiempo cubierto, pero fijo. No había que temer calores enervantes ni lluvias desastrosas. Un tiempo a propósito para hacer excursiones de recreo.

El placer de recorrer a caballo un país desconocido me hizo sobrellevar fácilmente el principio de la empresa. Me entregué por completo a las delicias que la Naturaleza nos ofrece, ya que no tenía libertad para disponer de mí mismo. Empecé a tomar mi partido y a mirar las cosas con calma.

«Después de todo» me preguntaba a mí mismo, «¿qué es lo que arriesgo yo con viajar por el país más curioso del mundo, y escalar la montaña más notable de la tierra? Lo peor es el tener que descender al fondo de un cráter apagado. Sin embargo, no cabe duda alguna que Saknussemm hizo lo mismo. En cuanto a la existencia de un túnel que conduce al centro del globo… ¡eso es pura fantasía! Por consiguiente, lo mejor será aprovecharse de todo lo bueno que haya en la expedición y poner buena cara al mal tiempo».

Apenas había terminado de hacer estos raciocinios, cuando salimos de Reykiavik.

Hans marchaba a la cabeza, con paso rápido, uniforme y continuo. Le

seguían los dos caballos que llevaban nuestra impedimenta, sin que fuese necesario guiarlos. Por último, marchábamos mi tío y yo, y la verdad que no hacíamos muy mala figura montados en aquellos animalitos vigorosos, a pesar de su carta alzada.

Es Islandia una de las grandes islas de Europa; mide 1.400 millas de superficie y sólo tiene 60.000 habitantes. Los geógrafos la han dividido en cuatro regiones, y teníamos que atravesar casi oblicuamente la llamada País del Sudoeste, Sudvestr Fjordúngr.

Al salir de Reykiavik, nos guio Hans por la orilla del mar, marchando sobre pastos muy poco frondosos que pugnaban por parecer verdes sin poder pasar de amarillos. Las rugosas cumbres de las masas traquíticas se esbozaban en el horizonte, entre las brumas del Este; a veces, algunas manchas de nieve, concentrando la luz difusa resplandecían en las vertientes de las cimas lejanas; ciertos picos más osados que otros, atravesaban las nubes grises y reaparecían después por encima de los movedizos vapores, cual escollos que emergiesen en las llanuras etéreas.

Con frecuencia, aquellas cadenas de áridas rocas avanzaban una punta hacia el mar, mordiendo la pradera sobre la cual caminábamos; pero siempre quedaba espacio suficiente para poder pasar. Nuestros caballos elegían instintivamente los lugares más propicios sin retardar su marcha jamás. Mi tío no tenía ni el consuelo de excitar a su cabalgadura con el látigo a la voz; le estaba vedada la impaciencia. Yo no podía evitar el sonreírme al contemplarle tan largo montado en su jaquilla; y, como sus desmesuradas piernas rozaban casi el suelo, parecía un centauro de seis pies.

—¡Magnífico animal! —me decía—. Ya verás, Axel, cómo no existe ningún bruto que aventaje en inteligencia al caballo islandés; ni nieves, ni tempestades, ni rocas, ni ventisqueros… no hay nada que le detenga. Es sobrio, valiente y seguro. Jamás da un paso en falso ni recula. Cuando tengamos que atravesar algún fiordo o algún río, ya le verás arrojarse al agua sin titubear, lo mismo que un anfibio, y llegar a la orilla opuesta. Mas no los hostiguemos; dejémosles caminar a su albedrío, y ya verás cómo hacemos nuestras diez leguas diarias.

—Nosotros no cabe duda, pero el guía…

—No te inquietes por el guía. Estas gentes caminan sin darse cuenta de ello. Este nuestro, se mueve tan poco, que no debe fatigarse. Además, si es preciso, yo le cederé mi montura. Así como así, si no me muevo un poco, pronto me acometerán los calambres. Los brazos van muy bien, pero no hay que echar en olvido las piernas.

Avanzábamos con paso rápido, y el país iba estando ya casi desierto. De

trecho en trecho aparecía el margen de una hondonada, cual pobre mendigante, alguna granja aislada, algún bóer solitario, hecho de madera, tierra y lava. Estas miserables chozas parecían implorar la caridad del transeúnte y daban ganas de darles una limosna. En aquel país no hay caminos, ni tan siquiera senderos, y la vegetación, a pesar de ser tan lenta, no tarda en borrar las huellas de los escasos viajeros.

Sin embargo, esta parte de la provincia, situada a dos pasos de la capital, es una de las porciones más pobladas y cultivadas de Islandia. ¡Júzguese lo que serán las regiones deshabitadas de aquel desierto! Habíamos recorrido ya media milla sin haber encontrado ni un labriego sentado a la puerta de su cabaña, ni un pastor salvaje apacentando un rebaño menos salvaje que él; tan sólo habíamos visto algunas vacas y carneros completamente abandonados. ¿Qué serían las regiones trastornadas, removidas por los fenómenos eruptivos, hijas de las explosiones volcánicas y de las conmociones subterráneas?

Destinados nos hallábamos a conocerlas más tarde: pero, al consultar el mapa de Olsen, vi que siguiendo los tortuosos contornos de la playa nos apartábamos de ellos, toda vez que el gran movimiento plutónico se ha concentrado especialmente en el interior de la isla, donde las capas horizontales de rocas sobre puestas, llamadas en escandinava trapps, las fajas traquíticas, las erupciones de basalto, de toba y de todos los conglomerados volcánicos, las corrientes de lava y de pórfido en fusión, han formado un país que inspira un horror sobrenatural. Entonces no sospechaba el espectáculo que nos esperaba en la península del Sneffels, en donde estos residuos de naturaleza volcánica forman un caos espantoso.

Dos horas después de nuestra salida de Reykiavik, llegamos a la villa de Gufunes, llamada aoalkirkja o iglesia principal, que no ofrece cosa alguna de notable. Sólo tiene algunas casas que no bastarían para formar un lugarejo alemán.

Hans se detuvo allí media hora, aproximadamente, compartió con nosotros nuestro frugal almuerzo, respondió con monosílabos a las preguntas de mi tío relativas a la naturaleza del camino, y cuando le preguntó dónde tenía pensada que pasásemos la noche, respondió secamente:

—Gardär.

Consulté el mapa para ver lo que era Gardär, y viendo un caserío de este nombre a orillas del Hvalfjörd, a cuatro millas de Reykiavik, se lo mostré a mi tío.

—¡Cuatro millas nada más! —exclamó—. ¡Tan sólo cuatro millas de las veintidós que tenemos que andar! ¡Es un bonito paseo!

Quiso hacer una observación al guía; pero éste, sin escucharle, volvió a

ponerse delante de los caballos y emprendió de nuevo la marcha.

Tres horas más tarde, sin dejar nunca de caminar sobre el descolorido césped, tuvimos que contornear el Kollafjörd, rodeo más fácil y rápido que la travesía del golfo. No tardamos en entrar en un pingtaoer, lugar de jurisdicción comunal, nombrado Ejulberg, y cuyo campanario habría dado las doce del día si las iglesias islandesas hubiesen sido lo suficientemente ricas para poseer relojes pero, en esto, se asemejan a sus feligreses, que no tienen reloj y se pasan perfectamente sin él.

Allí dimos descanso a los caballos, los cuales, tomando después por un ribazo comprendido entre una cordillera y el mar, nos llevaron de un tirón al aoalkirkja de Brantar y una mil más adelante, a Saurböer annexia, iglesia anexia, situada en la orilla Sur del Hvalfjörd. Eran a la sazón las cuatro de la tarde y habíamos avanzado cuatro millas.

El fiordo en aquel punto tenía de longitud media milla por lo menos; las alas se estrellaban con estrépito sobre las agudas rocas. Este golfo se abría entre murallas de piedra cortadas a pico, de tres mil pies de elevación, y notables por sus capas obscuras que separaban los lechos de toba de un matiz rojizo. Por muy grande que fuese la inteligencia de nuestros caballos, no me hacía mucha gracia el tener que atravesar un verdadero brazo de mar sobre el lomo de un cuadrúpedo.

—Si realmente son tan inteligentes, no tratarán de pasar —dije yo—. En todo caso, yo me encargo de suplir su falta de inteligencia.

Pero mi tío no quería esperar y hostigó su caballo hacia la orilla. El animal fue a husmear la última ondulación de las olas y se detuvo. El profesor, que también tenía su instinto, quiso obligarlo a pasar, pero el bruto se negó a obedecerle, moviendo la cabeza. A los juramentos y latigazos de mi tío contestó encabritándose la bestia, faltando poco para que despidiese al jinete: y por fin el caballejo, doblando los corvejones, se escurrió de entre las piernas del profesor, dejándole plantado sobre dos piedras de la orilla como el coloso de Rodas.

—¡Ah! ¡maldito animal! —exclamó encolerizado el jinete transformado inopinadamente en peatón, y avergonzado como un oficial de caballería que se viese convertido en infante de improviso.

—Farja —dijo nuestro guía, tocándole en el hombro.

—¡Cómo! ¿Una barca?

—Der —respondió Hans mostrándole una embarcación.

—Sí —exclamé yo—, hay una barca.

—Pues, hombre, ¡haberlo dicho! Está bien, prosigamos.

—Tidvatten —replicó el guía.

—¿Qué dice?

—Dice marea —respondió mi tío, traduciéndome la palabra danesa.

—¿Será, sin duda, preciso esperar a que crezca la marea?

—¿Förbida? —preguntó mi tío.

—Ja —respondió Hans.

El profesor golpeó el suelo con el pie, en tanto que los caballos se dirigían hacia la barca.

Comprendí perfectamente la necesidad de esperar, para emprender la travesía del fiordo, ese instante en que la marea se para, después de haber alcanzado su máxima altura. Entonces el flujo y reflujo no ejercen acción alguna sensible, y no hay, por tanto, peligro de que la barca sea arrastrada por la corriente ni hacia el fondo del golfo, ni hacia el mar.

Hasta las seis de la tarde nos llegó el momento propicio; y, a esta hora, mi tío, yo, el guía, dos pasajeros y los cuatro caballos nos instalamos en una especie de barca del fondo plano, bastante frágil. Como estaba acostumbrado a los barcos a vapor del Elba, me parecieron los remos de los barqueros un procedimiento anticuado. Echamos más de una hora en atravesar el fiordo; pero lo pasamos, al fin, sin accidente ninguno.

Media hora después llegábamos al aoalkirkja de Gardä.

CAPÍTULO XIII

Ya era hora de que fuese de noche, pero en el paralelo 65°, la claridad diurna de las regiones polares no debía causarme asombro; en Islandia no se pone el sol durante los meses de junio y julio.

La temperatura, no obstante, había descendido; sentía frío, y, sobre todo, hambre. ¡Bien haya el böer que abrió para recibirnos sus hospitalarias puertas!

Era la mansión de un labriego, pero, por lo que a la hospitalidad se refiere, no le iba en zaga a ningún palacio real. A nuestra llegada vino el dueño a tendernos la mano, y, sin más ceremonias, nos hizo señas pare que le siguiésemos.

Y le seguimos, en efecto, cada vez que acompañarle hubiera sido imposible. Un corredor largo, estrecho y obscuro daba acceso a esta cabaña, construida con maderos apenas labrados, y permitía llegar a todas sus

habitaciones, que eran cuatro: la cocina, el taller de tejidos, la badstofa, alcoba de la familia, y la destinada a los huéspedes, que era la mejor de todas. Mi tío, con cuya talla no se había contado al construir la cabaña, dio en tres o cuatro ocasiones con la cabeza contra las vigas del techo.

Nos introdujeron en nuestra habitación, que era una especie de salón espacioso, de suelo terrizo, y que recibía la luz a través de una ventana cuyos vidrios estaban hechos de membranas de carnero bien poco transparentes.

Consistían las camas en un poco de heno seco, amontonado sobre los bastidores de madera pintada de rojo y ornamentada con sentencias islandesas. No esperaba yo ciertamente tanta comodidad, pero, en cambio, reinaba en el interior de la casa un penetrante olor a pescado seco, a carne macerada y a leche agria que repugnaba de un modo extraordinario a mi olfato.

Cuando nos hubimos desembarazado de nuestros arreos de viaje, oímos la voz del dueño de la casa que nos invitaba a pasar a la cocina, única pieza en que se encendía lumbre, hasta en los mayores fríos.

Mi tío se apresuró a obedecer la amistosa invitación, y yo le seguí al momento.

La chimenea de la cocina era de antiguo modelo: el hogar consistía en una piedra en el centro de la habitación, con un agujero en el techo por el cual se escapaba el humo. Esta cocina servía de comedor al mismo tiempo.

Al entrar, nuestro huésped, como si no nos hubiese visto hasta entonces, nos saludó con la palabra soellvertu, que significa «sed felices», y nos besó en las mejillas.

A continuación, su esposa pronunció las mismas palabras, acompañadas de igual ceremonial; y después, los dos esposos, colocándose la mano derecha sobre el corazón, se inclinaron profundamente.

Me apresuro a decir que la islandesa era madre de diecinueve hijos, todos los cuales, así los grandes como los pequeños, corrían y saltaban en medio de los torbellinos de humo que llenaban la estancia. A cada instante veía salir de entre aquella niebla una cabecita rubia y un tanto melancólica. Se habría dicho que formaban un coro de ángeles insuficientemente aseados.

Mi tío y yo dispensamos una excelente acogida a aquella abundante parva, y al poco rato teníamos tres o cuatro de ellos sobre nuestras espaldas, otros tantos sobre nuestras rodillas y el resto entre nuestras piernas. Los que ya sabían hablar, repetían soellvertu en todos los tonos imaginables, y los que aún no habían aprendido, gritaban con todas sus fuerzas.

El anuncio de la comida interrumpió este concierto. En este momento entró el cazador que venía de tomar sus medidas para que los caballos comiesen, es

decir, que los había económicamente soltado en el campo, donde los infelices animales tendrían que contentarse con pacer el escaso musgo de las rocas y algunas ovas bien poco nutritivas; lo cual no sería obstáculo, para que, al día siguiente, viniesen voluntariamente a reanudar, sumisos, el trabajo de la víspera.

—Soellvertu —dijo Hans al entrar.

Después, tranquilamente, automáticamente, sin que ninguno de los ósculos fuese más acentuado que cualquiera de los demás, besó al dueño de la casa, a su esposa y a sus diecinueve hijos.

Terminada la ceremonia, nos sentamos a la mesa en número de veinticuatro, y por consiguiente, los unos sobre los otros en el verdadero sentido de la expresión. Los más favorecidos sólo tenían sobre sus rodillas dos muchachos.

La llegada de la sopa hizo reinar el silencio entre la gente menuda, y la taciturnidad característica de los islandeses, incluso entre los muchachos, recobró de nuevo su imperio. Nuestro huésped nos sirvió una sopa de liquen que no era desagradable, y después, una enorme porción de pescado seco, nadando en mantequilla agria, que tenía lo menos veinte años, y muy preferible, por consiguiente, a la fresca, según las ideas gastronómicas de Islandia. Había además skyr, especie de leche cuajada y sazonada con jugo de bayas de enebro. En fin, para beber, nos ofreció un brebaje, compuesto de suero y agua, conocido en el país con el nombre de blanda. No sé si esta extraña comida era o no buena. Yo tenía buen hambre y, a los postres, me di un soberbio atracón de una espesa papilla de alforfón.

Terminada la comida, desaparecieron los niños, y las personas mayores rodearon el hogar donde ardían brazas, turba, estiércol de vaca y huesos de pescado seco. Después de calentarse de este modo, los diversos grupos volvieron a sus habitaciones respectivas. La dueña de la casa se ofreció, según era costumbre, a quitarnos los pantalones y medias; pero renunciamos a tan estimable honor, dándole, sin embargo, las gracias del modo más expresivo; la mujer no insistió, y pude, al fin, arrojarme sobre mi cama de heno.

Al día siguiente, a las cinco, nos despedimos del campesino islandés, costándole gran trabajo a mi tío el hacerle aceptar una remuneración adecuada, y dio Hans la señal de partida.

A cien pasos de Gardär, el terreno empezó a cambiar de aspecto, haciéndose pantanoso y menos favorable a la marcha. Por la derecha, la serie de montañas se prolongaba indefinidamente como un inmenso sistema de fortificaciones naturales cuya contraescarpa seguíamos, presentándose a menudo arroyuelos que era preciso vadear sin mojar demasiado la

impedimenta.

El país iba estando cada vez más desierto; sin embargo, aun a veces alguna sombra humana parecía huir a lo lejos. Si las revueltas del camino nos acercaban inopinadamente a uno de estos espectros, sentía yo una invencible repugnancia a la vista de una cabeza hinchada, una piel reluciente, desprovista de cabellos, y de asquerosas llagas que dejaban al descubierto los grandes desgarrones de sus miserables harapos.

La desdichada criatura, lejos de tendernos su mano deformada, se alejaba; pero no tan de prisa que Hans no tuviese tiempo de saludarla con su habitual soellvertu.

—Spetelsk —decía después.

—¡Un leproso! —repetía mi tío.

Tan sólo la palabra produce de por sí un efecto repulsivo. Esta horrible afección de la lepra es bastante común en Islandia. No es contagiosa, pero sí hereditaria, y por eso a estos desgraciados les está prohibido el casarse.

Estas apariciones no eran las más a propósito para alegrar el paisaje cuya tristeza se hacía más profunda a cada instante. Los últimos copetes de hierba acababan de morir debajo de nuestros pies. No se veía ni un árbol, pues ni merecían tal nombre algunos abedules enanos que más parecían malezas. Aparte de algunos caballos que erraban por las tristes llanuras, abandonados por sus amos que no los podían mantener, tampoco se veían animales. De vez en cuando se cernía un halcón entre las nubes grises, y huía rápidamente hacia las regiones del Sur. Yo me dejé arrastrar por la melancolía de aquella naturaleza salvaje y mis recuerdos me condujeron a mi país natal.

Hubo después que cruzar algunos pequeños fiordos que carecían de importancia, y, por último, un verdadero golfo; la marea, parada a la sazón, nos permitió pasarlo y llegar al caserío de Alftanes, una milla más allá.

Al anochecer, después de haber vadeado dos ríos donde abundaban las truchas y los sollos, el Alfa y el Heta, nos vimos precisados a hacer noche en una casucha ruinosa y abandonada, digna de estar habitada por todos los duendes y espíritus de la mitología escandinava. Sin duda alguna, el genio del frío había fijado en él su residencia, pues hizo de las suyas toda la noche.

Durante la jornada inmediata no ocurrió ningún incidente especial. Siempre el mismo terreno pantanoso, la misma fisonomía triste, la misma uniformidad. Al llegar la noche habíamos recorrido la mitad de la distancia total, y pernoctamos en el anejo de Krösolbt.

El 10 de junio recorrimos una milla, sobre poco más o menos, por un terreno de lava. Esta disposición del suelo se llama en el país hraun. La lava

arrugada de la superficie afectaba la forma de calabrotes, unas veces prolongados, otras veces adujados. De las montañas vecinas descendían inmensas corrientes, ya solidificadas, de lava, procedentes de volcanes, actualmente apagados, pero cuya violencia pasada pregonaban estos vestigios. Esto no obstante, los humos de algunos manantiales calientes se elevaban de distancia en distancia.

Nos faltaba el tiempo para observar estos fenómenos; era necesario avanzar, y los cascos de nuestros caballos no tardaron en hundirse de nuevo en terrenos pantanosos, sembrados de pequeñas lagunas. Marchábamos a la sazón hacia el Oeste, después de haber rodeado la gran bahía de Faxa, y la doble cima blanca del Sneffels se erguía entre las nubes a menos de cinco millas.

Los caballos marchaban bien, sin que les detuvieran las dificultades del suelo. Yo empezaba a sentirme fatigado, mas mi tío permanecía firme y derecho como el primer día, inspirándome una sincera admiración, lo mismo que el cazador, que consideraba aquella expedición como un sencillo paseo.

El sábado 20 de junio, a las seis de la tarde, llegamos a Büdir, aldea situada a la orilla del mar, y el guía reclamó el salario convenido. Mi tío le pagó en el acto.

Aquí fue la familia misma de Hans, es decir, sus tíos y primos, quienes nos hospedaron en su casa. Fuimos muy bien recibidos, y, sin abusar de la amabilidad de aquellas buenas gentes, de buena gana hubiera permanecido en su compañía algún tiempo con objeto de reponerme de las fatigas del viaje; pero mi tío, que no experimentaba necesidad de descanso, no lo entendió de igual modo, y a la mañana siguiente no hubo otra solución que montar nuevamente nuestras pobres cabalgaduras.

El suelo se encontraba afectado por la proximidad de la montaña, cuyas raíces de granito salían de la tierra cual las de una vieja encina. Íbamos contorneando la base del volcán. El profesor no le perdía de vista; gesticulaba sin cesar y parecía desafiarle y decirle «¡He aquí el gigante que voy a sojuzgar!». Por fin, después de veinticuatro horas de marcha, se detuvieron espontáneamente los caballos a la puerta de la rectoría de Stapi.

CAPÍTULO XIV

Es Stapi un lugarejo compuesto de unas treinta chozas, edificado sobre un mar de lava, bajo los rayos del sol reflejados por el volcán. Se extiende en el fondo de un pequeño fiordo, encajado en una muralla que hace el más extraño efecto.

Sabido es que el basalto es una roca obscura de origen ígneo, afectando formas muy regulares cuya disposición causa extrañeza. La Naturaleza procede al formar esta substancia de una manera geométrica, y trabaja de un modo semejante a los hombres, como si manejase la escuadra, el compás y la plomada. Si en todas sus otras manifestaciones desarrolla su arte formando moles inmensas y deformes, conos apenas esbozados, pirámides imperfectas cuyas líneas generales no obedecen a un plan determinando, por lo que respecta al basalto, queriendo dar, sin duda, un ejemplo de regularidad, y adelantándose a los arquitectos de las primeras edades, ha creado un orden severo que ni los esplendores de Babilonia ni las maravillas de Grecia han sobrepujado jamás.

Había oído hablar de la Calzada de los Gigantes, de Irlanda, y de la Gruta de Fingal, en una de las islas del grupo de las Hébridas; pero el aspecto de una estructura basáltica no se había presentado nunca a mis ojos. En Stapi este fenómeno se me mostró en todo su hermoso esplendor.

La muralla del fiordo, como toda la costa de la península, se hallaba formada por una serie de columnas verticales de unos treinta pies de altura.

Estos fustes, bien proporcionados y rectos, soportaban una arcada de columnas horizontales, cuya parte avanzada formaba una semibóveda sobre el mar. A ciertos intervalos, y debajo de aquel cobertizo natural, sorprendía la mirada aberturas ojivales de un admirable dibujo, a través de las cuáles venían a precipitarse, formando montañas de espuma, las olas irritadas del mar. Algunos trozos de basaltos arrancados por los furores del Océano, yacían a lo largo del suelo cual ruinas de un templo antiguo; ruinas eternamente jóvenes, sobre las cuales pasaban los siglos sin corroerlas.

Tal era la última etapa de nuestro viaje terrestre. Hans nos había conducido a ella con probada inteligencia, y me tranquilizaba la idea de que nos seguiría acompañando.

Al llegar a la puerta de la casa del cura, cabaña sencilla y de un único piso, ni más bella ni más cómoda que las otras, vi un hombre herrando un caballo, con el martillo en la mano y el mandil de cuero a la cintura.

—Soellvertu —le dijo el cazador.

—God dag —respondió el albéitar en perfecto danés.

—Kyrkoherde —dijo Hans, volviéndose hacia mi tío.

—¡El rector! —repitió este último—. Paréceme, Axel, que este buen hombre es el cura.

Entretanto, ponía Hans al kyrkoherde al corriente de la situación; suspendió entonces éste su trabajo, lanzó una especie de grito en uso, sin duda

alguna, entre caballos y chalanes, y salió de la cabaña en seguida una mujer que parecía una furia; no le faltaría mucho para medir seis pies de estatura.

Temí que viniese a ofrecer a los viajeros el ósculo islandés: pero no fue así, por fortuna; al contrario, nos puso muy mala cara al introducirnos en la casa.

La habitación destinada a los huéspedes, infecta, sucia y estrecha, me pareció que era la peor de la rectoría; pero fue necesario contentarse con ella, pues el rector no parecía practicar la hospitalidad antigua.

Antes de terminar el día vi que teníamos que habérnoslas con un pescador, un herrero, un cazador, un carpintero… todo menos un ministro del Señor. Verdad es que era día de trabajo; tal vez se desquitase los domingos. No quiero hablar mal de estos pobres sacerdotes que, al fin y al cabo, son unos infelices; reciben del Gobierno danés una asignación ridícula y perciben la cuarta parte de los diezmos de sus parroquias, lo que en total ni llega a sumar sesenta marcos. Necesitan, por consiguiente, trabajar para vivir; pero pescando, cazando y herrando caballos, se acaba por adquirir las maneras, los hábitos y el tono de los pescadores, cazadores y otras gentes no menos rudas; y por eso aquella misma noche advertí que entre las virtudes del párroco no se hallaba la de la templanza.

Mi tío no tardó en darse cuenta de la clase de hombre con quien tenía que habérselas; en vez de un digno y honrado sabio, halló un grosero y descortés campesino, y resolvió emprender lo más pronto posible su gran expedición, y abandonar cuanto antes a aquel cura tan poco hospitalario. Sin fijarse siquiera en su propio cansancio, decidió ir a pasar algunos días en la montaña.

Desde el día siguiente al de nuestra llegada a Stapi, comenzaron los preparativos de marcha. Contrató Hans tres islandeses que debían reemplazar a los caballos en el transporte de nuestra impedimenta pero, una vez llegados al fondo del cráter, estos indígenas debían desandar el camino y dejarnos a los tres solos. Este punto quedó perfectamente aclarado.

Entonces tuvo mi tío que decir al cazador que tenía la intención de reconocer el cráter del volcán hasta sus últimos límites.

Hans se contentó con inclinar la cabeza en señal de asentimiento. El ir a un sitio o a otro, el recorrer la superficie de su isla o descender a sus entrañas, le era indiferente del todo. En cuanto a mí, distraído hasta entonces por los incidentes del viaje, me había olvidado algo del porvenir; pero ahora sentí que la zozobra se apoderaba de mí nuevamente. ¿Qué hacer? En Hamburgo hubiera sido ocasión de oponerme a los designios del profesor Lidenbrock; pero al pie del Sneffels, no había posibilidad.

Una idea, sobre todo, me preocupaba más que todas las otras; una idea espantosa, capaz de crispar otros nervios mucho menos sensibles que los míos.

«Veamos» me decía a mí mismo: «nos vamos a encaramar en la cumbre del Sneffels. Está bien. Vamos a visitar su cráter. Soberbio: otros lo han hecho y aún viven. Mas no para aquí la cosa: si se presenta un camino para descender a las entrañas de la tierra, si ese malhadado Saknussemm ha dicho la verdad, nos vamos a perder en medio de las galerías subterráneas del volcán. Ahora bien, ¿quién es capaz de afirmar que el Sneffels está apagado del todo? ¿Hay algo que demuestre que no se está preparando otra erupción? Del hecho de que duerma el monstruo desde 1229, ¿hemos de deducir que no pueda despertarse? Y si se despertase, ¿qué sería de nosotros?».

Valía la pena de pensar en todo esto, y mi imaginación no cesaba de dar vueltas a estas ideas. No podía dormir sin soñar con erupciones, y me parecía tan brutal como triste el tener que representar el papel insignificante de cacería.

Incapaz de callar por más tiempo, decidí finalmente someter el caso a mi tío con la mayor prudencia posible, y en forma de hipótesis perfectamente irrealizable.

Me aproximé a él, le manifesté mis temores y retrocedí varios pasos para evitar los efectos de la primera explosión de su cólera.

—En esto estaba pensando —me respondió simplemente.

¿Qué interpretación debía dar a estas inesperadas palabras? ¿Iba, al fin, a escuchar la voz de la razón? ¿Pensaría suspender sus proyectos? ¡No sería verdad tanta belleza!

Tras algunos instantes de silencio, que no me atreví a interrumpir, añadió:

—Sí; en eso estaba pensando. Desde nuestra llegada a Stapi, me he preocupado de la grave cuestión que acabas de someter a mi juicio, porque no conviene cometer imprudencias.

—No —respondí con vehemencia.

—Hace seiscientos años que el Sneffels está mudo; pero puede hablar otra vez. Ahora bien, las erupciones volcánicas van siempre precedidas de fenómenos perfectamente conocidos; por eso, después de interrogar a los habitantes del país y de estudiar el terreno, puedo asegurarte, Axel, que no habrá por ahora erupción.

Al oír estas palabras, me quedé estupefacto y no pude replicar.

—¿Dudas de mis palabras? —dijo mi tío—; pues sígueme.

Obedecí maquinalmente. Al salir de la rectoría, tomó el profesor un camino directo que, por una abertura de la muralla basáltica, se alejaba del mar. No tardamos en hallarnos en campo raso, si se puede dar este nombre a

un inmenso montón de deyecciones volcánicas. Los accidentes del suelo parecían como borrados bajo una lluvia de piedras, de lava, de basalto, de granito y de toda clase de rocas piroxénicas.

Se veían de trecho en trecho ciertas columnas de humo elevarse en el seno de la atmósfera. Estos vapores blancos, llamados reykir en islandés, procedían de manantiales termales, y su violencia indicaba la actividad volcánica del suelo, lo cual me parecía confirmar mis temores; júzguese, pues, cuál no sería mi sorpresa cuando mi tío me dijo:

—¿Ves esos humos, Axel? Pues bien, ellos nos demuestran que no debemos temer los furores del volcán.

—¡Cómo puede ser eso! —exclamé.

—No olvides lo que voy a decirte —prosiguió el profesor—: cuando una erupción se aproxima, todas estas humaredas redoblan su actividad para desaparecer por completo mientras subsiste el fenómeno; porque los fluidos elásticos, careciendo de la necesaria tensión, toman el camino de los cráteres en lugar de escaparse a través de las fisuras del globo. Si, pues, estos vapores se mantienen en su estado habitual, si no aumenta su energía, y si añades a esta observación que la lluvia y el viento no son reemplazados por un aire pesado y en calma, puedes desde luego afirmar que no habrá erupción próxima.

—Pero…

—Basta. Cuando la ciencia ha hablado, no se puede replicar.

Volví a la rectoría con las orejas gachas; mi tío me había anonadado con argumentos científicos. Sin embargo, todavía conservaba la esperanza de que, al bajar al fondo del cráter, nos fuese materialmente imposible el proseguir la endiablada excursión por no existir ninguna galería, a pesar de las afirmaciones de todos los Saknussemm del mundo.

Pasé la noche inmediata sumido en una horrible pesadilla, en medio de un volcán; y desde las profundidades de la tierra, me sentí lanzado a los espacios interplanetarios en forma de roca eruptiva.

Al día siguiente, nos esperaba Hans con sus compañeros cargados con nuestros víveres, utensilios e instrumentos. Dos bastones herrados, dos fusiles y dos cartucheras nos estaban reservados a mi tío y a mí. Nuestro guía, que era hombre precavido, había añadido a nuestra impedimenta un odre lleno que, unido a nuestras calabazas, nos aseguraba agua para ocho días.

Eran las nueve de la mañana. El rector y su gigantesca furia, esperaban delante de la puerta, deseosos, sin duda, de darnos su último adiós, pero este adiós tomó la inesperada forma de una cuenta formidable, en la que se nos

cobraba hasta el aire, bien infecto por cierto, que habíamos respirado en la casa rectoral. La dignísima pareja nos desolló como un hostelero suizo, cobrándonos a precio fabuloso su ingrata hospitalidad.

Mi tío pagó sin regatear. Un hombre que partía para el centro de la tierra no había de parar la atención en unos miserables rixdales. Arreglado este punto, dio Hans la señal de partida, y algunos instantes después habíamos salido de Stapi.

CAPÍTULO XV

Tiene el Sneffels 5,000 pies de elevación, siendo, con su doble cono, como la terminación de una faja traquítica que se destaca del sistema oreográfico de la isla. Desde nuestro punto de partida no se podían ver sus dos picos proyectándose sobre el fondo grisáceo del cielo. Sólo distinguían mis ojos un enorme casquete de nieve que cubría la frente del gigante.

Marchábamos en fila, precedidos del cazador, quien nos guiaba por estrechos senderos, por los que no podían caminar dos personas de frente. La conversación se hacía, pues, poco menos que imposible.

Más allá de la muralla basáltica del fiordo de Stapi, encontramos un terreno de turba herbácea y fibrosa, restos de la antigua vegetación de los pantanos de la península. La masa de este combustible, todavía inexplotado, bastaría para calentar durante un siglo a toda la población de Islandia. Aquel vasto hornaguero, medido desde el fondo de ciertos barrancos, tenía con frecuencia setenta pies de altura, y presentaba capas sucesivas de detritus carbonizados, separados por vetas de piedra pómez y toba.

Como digno sobrino del profesor Lidenbrock, y a pesar de mis preocupaciones, observaba con verdadero interés las curiosidades mineralógicas expuestas en aquel vasto gabinete de historia natural, a la par que rehacía en mi mente toda la historia geológica de Islandia.

Esta isla tan curiosa, ha surgido realmente del fondo de los mares en una época relativamente moderna, y hasta es posible que aún continúe elevándose por un movimiento insensible. Si es así, sólo puede atribuirse su origen a la acción de los fuegos subterráneos, y en este caso, la teoría de Hunfredo Davy, el documento de Saknussemm y las pretensiones de mi tío iban a convertirse en humo. Esta hipótesis me indujo a examinar atentamente la naturaleza del suelo, y pronto me di cuenta de la sucesión de fenómenos que precedieron a la formación de la isla.

Islandia, absolutamente privada de terreno sedimentario, se compone

únicamente de tobas volcánicas, es decir, de un aglomerado de piedras y rocas de contextura porosa. Antes de la existencia de los volcanes, se hallaba formada por una masa sólida, lentamente levantada, a modo de escotillón, por encima de las olas por el empuje de las fuerzas centrales. Los fuegos interiores no habían hecho aún su irrupción a través de la corteza terrestre.

Pero más adelante, se abrió diagonalmente una gran senda, del sudoeste al noroeste de la isla, por la cual se escapó lentamente toda la pasta traquítica. El fenómeno se verificó entonces sin violencia; la salida fue enorme, y las materias fundidas, arrojadas de las entrañas del globo, se extendieron tranquilamente, formando vastas sabanas o masas apezonadas. En esta época aparecieron los feldespatos, los sienitos y los pórfidos.

Pero, gracias a este derramamiento, el espesor de la isla aumentó considerablemente y, con él, su fuerza de resistencia. Se concibe la gran cantidad de fluidos elásticos que se almacenó en su seno, al ver que todas las salidas se obstruyeron después del enfriamiento de la costra traquítica. Llegó, pues, un momento en que la potencia mecánica de estos gases fue tal, que levantaron la pesada corteza y se abrieron elevadas chimeneas. De este modo quedó el volcán formado gracias al levantamiento de la corteza, y después se abrió el cráter en la cima de aquél de un modo repentino.

Entonces sucedieron los fenómenos volcánicos a los eruptivos; por las recién formadas aberturas se escaparon, ante todo, las deyecciones basálticas, de las cuáles ofrecía a nuestras miradas los más maravillosos ejemplares la planicie que a la sazón cruzábamos. Caminábamos sobre aquellas rocas pesadas, de color gris obscuro, que al enfriarse habían adoptado la forma de prismas de bases hexagonales. A lo lejos se veía un gran número de conos aplastados que fueron en otro tiempo otras tantas bocas ignívomas.

Una vez agotada la erupción basáltica, el volcán, cuya fuerza se acrecentó con la de los cráteres apagados, dio paso a las lavas y a aquellas tobas de cenizas y de escorias cuyos amplios derrames contemplaban mis ojos esparcidos, por sus flancos cual cabellera opulenta.

Tal fue la serie de fenómenos que formaron a Islandia. Todos ellos reconocían por origen los fuegos interiores, y suponer que la masa interna no permaneciese aún en un estado perenne de incandescencia líquida, era una verdadera locura. Por lo tanto, el pretender llegar al centro mismo del globo sería una insensatez sin ejemplo.

Así, pues, mientras marchábamos al asalto del Sneffels, me fui tranquilizando respecto del resultado de nuestra empresa.

El camino se hacía cada vez más difícil; el terreno subía, las rocas oscilaban y era preciso caminar con mucho tiento para evitar caídas peligrosas.

Hans avanzaba tranquilamente como si fuese por un terreno llano; a veces desaparecía detrás de los grandes peñascos, y le perdíamos de vista un instante; pero entonces oíamos un agudo silbido salido de sus labios, que nos indicaba el camino que debíamos seguir. Con frecuencia también recogía algunas piedras, las colocaba de modo que fuese fácil reconocerlas después, y fijaba de esta suerte jalones destinados a indicarnos el camino de regreso. Esta precaución era de por sí excelente; pero los acontecimientos futuros probaron su inutilidad.

Tres fatigosas horas de marcha se invirtieron tan sólo en llegar a la falda de la montaña. Allí dio Hans la señal de detenerse, y almorzamos frugalmente. Mi tío se llenaba la boca para concluir más pronto; pero como aquel alto tenía también por objeto el reparar nuestras fuerzas, tuvo que someterse a la voluntad del guía que no dio la señal de partida hasta después de una hora.

Los tres islandeses, tan taciturnos como su camarada el cazador, no desplegaron sus labios y comieron sobriamente.

Entonces comenzamos a subir las vertientes del Sneffels; su nevada cumbre, por una ilusión de óptica frecuente en las montañas, me parecía muy próxima, a pesar de lo cual nos restaban aún muchas horas de camino y muchísimas fatigas, sobre todo, para llegar hasta ella. Las piedras que no se hallaban ligadas por hierbas ni por ningún cimiento de tierra, resbalaban bajo nuestros pies y rodaban hasta la llanura con la velocidad de un alud.

En algunos parajes, las vertientes del monte formaban con el horizonte un ángulo de 36° lo menos. Era materialmente imposible trepar por ellos, siendo preciso rodear estos pedregosos obstáculos, para lo cual encontrábamos no pocas dificultades. En estas ocasiones nos prestábamos mutuo auxilio con nuestros herrados bastones.

Debo advertir que mi tío permanecía siempre lo más cerca posible de mí; no me perdía de vista, y, en más de una ocasión, encontré un sólido apoyo en su brazo. Por lo que respecta a él, tenía sin duda alguna el sentimiento innato del equilibrio, pues no tropezaba jamás. Los islandeses, a pesar de ir cargados, trepaban con agilidad asombrosa.

Al contemplar la altura de la cumbre del Sneffels, me parecía imposible poder llegar por aquel lado hasta ella, si el ángulo de inclinación de las pendientes no se cerraba algo. Afortunadamente, tras una hora de trabajos y de inauditos esfuerzos, en medio de la vasta alfombra de nieve que se extendía sobre la cumbre del volcán, descubrieron nuestros ojos de improviso una especie de escalera que simplificó nuestra ascensión. Estaba formada por uno de esos torrentes de piedras arrojadas por las erupciones, cuyo nombre islandés es stinâ. Si este torrente no hubiese sido detenido en su caída por la disposición especial de los flancos de la montaña, habría ido a precipitarse en

el mar, formando nuevas islas.

Tal como era, nos fue en extremo útil. La rapidez de las pendientes iba cada vez en aumento, pero aquellos escalones de piedra permitían remontarlos fácilmente y hasta con rapidez tal que, como me retrasase un momento mientras que mis compañeros proseguían la ascensión, llegué a verlos reducidos a una pequeñez microscópica por efecto de la distancia.

A las siete de la tarde habíamos ya subido los dos mil peldaños que tiene esta escalera, y dominábamos un saliente de la montaña, especie de base sobre la cual se apoyaba el cono del cráter.

El mar se extendía a una profundidad de 3.200 pies. Habíamos traspasado el límite de las nieves perpetuas, bien poco elevado en Islandia a consecuencia de la humedad constante del clima. Hacía un frío espantoso y el viento soplaba con fuerza. Me hallaba agotado. El profesor comprendió que mis piernas se negaban a seguir prestándome servicio, y, a pesar de su impaciencia, decidió hacer alto allí. Hizo señas a Hans en tal sentido; pero éste sacudió la cabeza, diciendo:

—Ofvanför.

—Parece que es preciso subir más —dijo mi tío.

Después preguntó a Hans el motivo de su respuesta.

—Mistour —repuso el guía.

—La místour —repitió uno de los islandeses, con acento de terror.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunté, inquieto.

—Mira —dijo mi tío.

Dirigí hacia la llanura la vista y vi una inmensa columna de piedra pómez pulverizada, de arena y de polvo que se elevaba girando como una tromba; el viento la empujaba hacia el flanco del Sneffels sobre el cual nos encontrábamos; aquella cortina opaca, tendida delante del sol, producía una gran sombra que se proyectaba sobre la montaña. Si la tromba se inclinaba, nos envolvería sin remedio entre sus torbellinos. Este fenómeno, bastante frecuente cuando el viento sopla de los ventisqueros, se conozca con el nombre de mistour en islandés.

—Hostigt, has tíg —gritó nuestro guía.

A pesar de no poseer el danés, comprendí que era preciso seguir a Hans sin demora. El guía comenzó a circundar el cono del cráter, pero descendiendo con objeto de facilitarnos la marcha.

No tardó mucho la tromba en chocar contra la montaña, que se estremeció

a su contacto; las piedras, suspendidas por los remolinos del viento, volaron en forma de lluvia, como en las erupciones. Nos hallábamos, por fortuna, en la vertiente opuesta y al abrigo de todo peligro; pero, a no ser por la precaución del guía, nuestros cuerpos, desmenuzados, convertidos en polvo impalpable, hubieran ido a caer lejos como el producto de algún desconocido meteoro.

Esto no obstante, no consideró Hans prudente que pasásemos la noche en la vertiente del cono. Proseguimos nuestra ascensión en zigzag; empleamos aún cerca de cinco horas en recorrer los 1.500 pies que nos quedaban que subir todavía; en revueltas, contramarchas y sesgos perdimos lo menos tres leguas.

Yo no podía más; me moría de frío y de hambre. El aire un tanto rarificado de tan elevadas regiones no bastaba a mis pulmones.

Por fin, a las once de la noche, en plena obscuridad, llegamos a la cumbre del Sneffels; y, antes de buscar abrigo en el interior del cráter, tuve tiempo de ver el sol de la media noche en la parte inferior de su carrera, proyectando sus pálidos rayos sobre la isla dormida a mis pies.

CAPÍTULO XVI

Cenamos rápidamente y se acomodó cada cual todo lo mejor que pudo. La cama era bien dura, el abrigo poco sólido y la situación muy penosa a 5.000 pies sobre el nivel del mar. Sin embargo, mi sueño fue tan tranquilo aquella noche, una de las mejores que había pasado desde hacía mucho tiempo, que ni siquiera soñé.

A la mañana siguiente nos despertó, medio helados, un aíre bastante vivo; el sol brillaba espléndidamente. Abandoné mi lecho de granito y me fui a disfrutar del magnífico espectáculo que se desarrollaba ante mi vista.

Me situé en la cima del pico sur del Sneffels, desde el cual se descubría la mayor parte de la isla. La óptica, común a todas las grandes alturas, hacía resaltar sus contornos, en tanto que las partes centrales parecían obscurecerse. Se hubiera dicho que tenía bajo mis pies uno de esos mapas en relieve de Helbesmer. Veía los valles profundos cruzarse en todos sentidos, ahondarse los precipicios a manera de pozos, convertirse los lagos en estanques y en arroyuelos los ríos.

A mi derecha se sucedían innumerables ventisqueros y multiplicados picos, algunos de los cuales aparecían coronados por un penacho de humo. Las ondulaciones de estas infinitas montañas, cuyas capas de nieve les daban un aspecto espumoso, me recordaban la superficie del mar cuando las tempestades la agitan. Si me volvía hacia el Oeste, contemplaba las aguas del

océano, en toda su majestuosa extensión, cual si fuese continuación de aquellas aborregadas cimas. Apenas distinguían mis ojos dónde terminaba la tierra y daban comienzo las olas.

Me abismé, de esta suerte, en el éxtasis alucinador que producen las altas cimas, y esta vez sin vértigo alguno, pues, al fin, me iba acostumbrando a estas contemplaciones sublimes. Mis deslumbradas miradas se bañaban en la transparente irradiación de los rayos solares; me olvidé de mi propia persona y del lugar en que me encontraba para vivir la vida de los trasgos o de los silfos, imaginarios habitantes de la mitología escandinava; me embriagué con las voluptuosidades de las alturas, sin acordarme de los abismos en que dentro de poco me sumergiría mi destino. Pero la llegada del profesor y de Hans, que vinieron a reunirse conmigo en la extremidad del pico, me volvió a la realidad de la vida.

Mi tío se volvió hacia el Oeste y me señaló con la mano un ligero vapor, una bruma, una apariencia de tierra que dominaba la línea de las olas.

—Groenlandia —me dijo.

—¿Groenlandia? —exclamé yo.

—Sí; sólo dista de nosotros 35 leguas, y, durante los deshielos, llegan los osos blancos hasta Islandia sobre los témpanos que arrastran las corrientes hacia el Sur. Pero esto importa poco. Nos hallamos en la cumbre del Sneffels; aquí tienes sus dos picos, el del Norte y el del Sur. Hans va a decirnos ahora qué nombre dan los islandeses a éste en que nos encontramos.

Formulada la pregunta, el cazador respondió.

—Scartaris.

Mi tío me dirigió una mirada de triunfo.

—¡Al cráter! —exclamó entusiasmado.

El cráter del Sneffels tenía forma de cono invertido, cuyo orificio tendría aproximadamente media legua de diámetro. Calculé su profundidad en 2.000 pies, sobre poco más o menos. ¡Júzguese lo que sería semejante recipiente cuando se llenase de truenos y llamas!

El fondo de este embudo no debía medir arriba de 500 pies de circunferencia, de suerte que sus pendientes eran bastante suaves y permitían llegar fácilmente a su parte inferior.

Involuntariamente comparaba yo este cráter con un enorme trabuco ensanchado, y la comparación me llenaba de espanto.

«Introducirse en el interior de un trabuco» pensaba en mi fuero interno, «que puede estar cargado y dispararse al menor choque, sólo puede ocurrírsele

a unos locos».

Pero para retroceder era tarde. Hans, con aire indiferente, se colocó de nuevo al frente de la caravana; yo le seguía sin despegar los labios.

A fin de facilitar el descenso, describía el cazador, dentro del cono, elipses muy prolongadas. Era preciso marchar por entre rocas eruptivas, algunas de las cuales, desprendidas de sus alvéolos, se precipitaban a saltos hasta el fondo del abismo. Su caída determinaba repercusiones de extraña sonoridad.

Algunas partes del cono formaban ventisqueros interiores. Hans avanzaba entonces con la mayor precaución, sondando el suelo con su bastón herrado para descubrir las grietas. En ciertos pasos dudosos se hizo necesario atarnos unos a otros por medio de una larga cuerda a fin de que si alguno resbalaba de improviso, quedase sostenido por los otros. Esta solidaridad era una medida prudente; mas no excluía todo peligro.

Sin embargo, y a pesar de las dificultades del descenso por pendientes que Hans desconocía, se efectuó aquél sin el menor incidente, si se exceptúa la caída de un lío de cuerdas que se le escapó al islandés de las manos y rodó sin detenerse hasta el fondo del abismo.

A mediodía ya habíamos llegado. Levanté la cabeza y vi el orificio superior del cono a través del cual se descubría un pedazo de cielo de una circunferencia en extremo reducida pero casi perfecta. Solamente en un punto se destacaba el pico del Scartans, que se hundía en la inmensidad.

En el fondo del cráter se abrían tres chimeneas a través de las cuáles arrojaba el foco central sus lavas y vapores en las épocas de las erupciones del Sneffels. Cada una de estas chimeneas tenía aproximadamente unos cien pies de diámetro y abrían ante nosotros sus tenebrosas fauces. Ya no tuve valor para hundir mis miradas en ellas; pero el profesor Lidenbrock había hecho un rápido examen de su disposición, y corría jadeante de una a otra, gesticulando y profiriendo palabras ininteligibles. Hans y sus compañeros, sentados sobre trozos de lava, le contemplaban en silencio, tomándole sin duda, por un loco.

De repente, lanzó un grito mi tío; yo me estremecí, temiendo que se hubiera resbalado y hubiese desaparecido en alguna de las simas. Pero no; lo vi en seguida con los brazos extendidos y las piernas abiertas, de pie ante una roca de granito que se erguía en el centro del cráter como un pedestal enorme hecho para sustentar la estatua de Plutón. Se hallaba en la actitud de un hombre estupefacto su estupefacción se trocó inmediatamente en una alegría insensata.

—¡Axel! ¡Axel! —exclamó—. ¡Ven! ¡Ven!

Acudí inmediatamente. Ni Hans ni los islandeses se movieron de sus

puestos.

—¡Mira! —me dijo el profesor.

Y, participando de su asombro, aunque no de su alegría, leí sobre la superficie de la roca que miraba hacia el Oeste, grabado en caracteres rúnicos, medio gastados por la acción destructora del tiempo, este nombre mil veces maldito:

—¡Arne Saknussemm! —exclamó mi tío—; ¿dudarás todavía?

Sin responderle, me volví a mi banco de lava, consternado. La evidencia me anonadaba.

Ignoro cuánto tiempo permanecí sumido en mis reflexiones; lo que sé únicamente es que, al levantar la cabeza, sólo vi a mi tío y a Hans en el fondo del cráter. Los islandeses habían sido despedidos, y bajaban a la sazón las pendientes exteriores del Sneffels, para volver a Stapi. Hans dormía tranquilamente al pie de una roca, sobre un lecho de lava; mi tío daba vueltas por el fondo del cráter como la fiera que cae en la trampa de un cazador. Yo no tenía ni ganas de levantarme ni fuerzas para hacerlo, y, siguiendo el ejemplo del guía, me entregué a un doloroso sopor, creyendo oír ruidos o sentir sacudidas en los flancos de la montaña.

De este modo transcurrió aquella primera noche en el fondo del cráter.

A la mañana siguiente, un cielo gris, nebuloso y pesado se extendía sobre el vértice del cono. Aunque no lo hubiera notado por la obscuridad del abismo, la cólera de mi tío me lo habría hecho ver.

Pronto comprendí el motivo, y un rayo de esperanza brilló en mi corazón. Ved por qué.

De las tres rutas que ante nosotras se abrían, sólo una había sido explorada por Saknussemm. Según el sabio islandés, debía reconocérsela por la particularidad, señalada en el criptograma, de que la sombra del Seartaris acariciaba sus bordes durante los últimos días del mes de junio.

Se podía considerar, pues, aquel agudo pico como el gnomon de un inmenso cuadrante salar, cuya sombra de un día determinado señalaba el camino del centro de la tierra.

Ahora bien, oculto el sol, toda sombra era imposible, faltando, por consiguiente, la anhelada indicación. Estábamos a 25 de junio. Si el cielo permanecía cubierto por espacio de seis días, sería necesario aplazar la observación para otro año.

Renuncio a describir la cólera impotente del profesor Lidenbrock. Transcurrió el día sin que ninguna sombra viniese a proyectarse sobre el fondo

del cráter. Hans no se movió de su puesto; sin embargo, debía llamarle la atención nuestra inactividad. Mi tío no me dirigió ni una sola vez la palabra. Sus miradas, dirigidas invariablemente hacia el cielo, se perdían en su matiz gris y brumoso.

El 26 transcurrió del mismo modo. Una lluvia mezclada de nieve cayó durante el día entero. Hans construyó con trozos de lava una especie de gruta. Yo me entretuve en seguir con la vista los millares de cascadas naturales que descendían por los costados del cono, cada piedra del cual acrecentaba sus ensordecedores murmullos.

Mi tío ya no podía contenerse. Había en realidad motivo para hacer perder la paciencia al hombre más cachazudo; porque aquello era naufragar dentro del puerto.

Pero con los grandes dolores el cielo mezcla siempre las grandes alegrías y reservaba al profesor Lidenbrock una satisfacción tan intensa como sus desesperantes congojas.

Al día siguiente, el cielo permaneció también cubierto; pero el domingo 28 de junio, el antepenúltimo del mes, con el cambio de luna varió el tiempo. El sol derramó a manos llenas sus rayos en el interior del cráter. Cada montículo, cada roca, cada piedra, cada aspereza recibió sus bienhechores efluvios y proyectó instantáneamente su sombra sobre el suelo. Entre todas estas sombras, la del Scartaris se dibujó como una arista viva y comenzó a girar de una manera insensible, siguiendo el movimiento del astro esplendoroso.

Mi tío giraba con ella.

A mediodía, en su período más corto, vino a lamer dulcemente el borde de la chimenea central.

—¡Esta es! ¡esta es! —exclamó el profesor entusiasmado—. Al centro de la tierra —añadió en seguida en danés.

Yo miré a Hans.

—Forüt —dijo éste con su calma acostumbrada.

—Adelante —respondió mi tío.

Era la una y trece minutos de la tarde.

CAPÍTULO XVII

Comenzaba el verdadero viaje. Hasta entonces, las fatigas habían sido

mayores que las dificultades; ahora éstas iban verdaderamente a nacer a cada paso.

Aún no había osado hundir mi investigadora mirada en aquel pozo insondable en que me iba a sepultar. Había llegado el momento. Todavía estaba a tiempo de decidirme a tomar parte en la empresa o renunciar a intentarla. Pero sentí vergüenza de retroceder delante del cazador. Hans aceptaba con tal tranquilidad la aventura, con tal indiferencia, con tan perfecto desprecio de todo lo que significase un peligro, que me abochornaba la idea de ser menos arrojado que él. Si me hubiese hallado solo, habría recurrido a la serie de los grandes argumentos; pero, en presencia del guía, no desplegué mis labios. Envié un cariñoso recuerdo a mi bella curlandesa, y me aproximé a la chimenea central.

Ya he dicho que medía cien pies de diámetro, o trescientos pies de circunferencia. Me incliné sobre una roca avanzada hacia su interior y dirigí hacia abajo mi mirada. Mis cabellos se erizaron instantáneamente. El sentimiento del vacío se apoderó de mi ser. Sentí desplazarse en mí el centro de gravedad y subírseme el vértigo a la cabeza como una borrachera. No hay nada que embriague tanto como la atracción del abismo. Ya iba a caer, cuando me retuvo una mano: la de Hans. Decididamente las prácticas que yo había efectuado en la Frelsers-Kirk de Copenhague, no habían sido suficientes.

Aunque mis ojos permanecieron tan poco tiempo fijos en el interior del pozo, me di cuenta de su conformación. Sus paredes, cortadas casi a pico, presentaban, no obstante, numerosos salientes que debían facilitar el descenso; pero si no faltaban escaleras, las rampas no existían en absoluto. Una cuerda amarrada al orificio hubiera bastado para sostenernos; pero ¿cómo desatarla al llegar a su extremidad inferior?

Mi tío puso en práctica un medio muy sencillo para obviar esta dificultad. Desenrolló una cuerda del grueso del pulgar y de cuatrocientos pies de longitud; dejó caer primero la mitad, la arrolló después alrededor de un saliente que la lava formaba, y echó al pozo la otra mitad. De este modo podíamos bajar todos conservando en la mano las dos mitades de la cuerda, que no podía desligarse; y después que hubiésemos descendido doscientos pies, nada nos sería tan fácil como recuperarla, soltando una extremidad y halando de la otra. Después se reanudaría este ejercicio usque ad infinitum.

—Ahora —dijo mi tío después de haber terminado sus preparativos—, ocupémonos en la impedimenta. Vamos a dividirla en tres fardos, y cada uno de nosotros nos amarraremos uno a la espalda. Me refiero solamente a los objetos frágiles.

Evidentemente, el audaz profesor no nos consideraba comprendidos en esta última categoría.

—Hans —prosiguió—, va a encargarse de las herramientas y de la tercera parte de las provisiones; Axel, de otro tercio de éstas y de las arenas; y yo, del resto de los víveres y de los instrumentos delicados.

—Pero, ¿y la ropa? ¿Y este montón de cuerdas? —dije yo—. ¿Quién se encargará de bajarlas?

—Todo eso bajará solo.

—¿De qué modo? —pregunté todo asombrado.

—Vas a verlo ahora mismo.

Mi tío no vacilaba en recurrir a los medios más radicales. A una orden suya, hizo Hans un solo lío con los objetos no frágiles, y después de bien amarrado el paquete, se le dejó caer en el abismo.

Oí el sonoro zumbido que produce el desplazamiento de las capas de aire. Mi tío, inclinado sobre el abismo, siguió con satisfecha mirada el descenso de su impedimento, y no se retiró hasta haberla perdido de vista.

—Bueno —dijo por fin—, ahora nos toca a nosotros.

¡Ruego a los hombres de buena fe que me digan si era posible escuchar sin estremecerse palabras semejantes!

El profesor se ató a las espaldas el paquete de los instrumentos; Hans tomó el de las herramientas y yo el de las arenas, y, en medio de un profundo silencio turbado sólo por la caída de los trozos de roca que se precipitaban en el abismo, dio principio el descenso en el siguiente orden: Hans, mi tío y yo.

—Me dejé, por decirlo así, resbalar, oprimiendo frenéticamente la doble cuerda con una mano, y asiéndome con la otra a la pared por medio de mi bastón herrado. La idea de que me faltase el punto de apoyo era la única que me dominaba. Aquella cuerda me perecía demasiado frágil para soportar el peso de tres personas; por eso la utilizaba lo menos posible, realizando milagros de equilibro sobre los salientes de lava, a los cuales trataba de agarrarme con los pies cual si éstos fuesen manos.

Cuando alguno de estos resbaladizos peldaños oscilaba bajo los pies de Hans, decía éste con voz tranquila.

—Gfakt!

—¡Cuidado! —repetía mi tío.

Al cabo de media hora sentamos nuestros pies sobre la superficie de una roca fuertemente adherida a la pared de la chimenea.

Hans tiró de la cuerda por uno de sus extremos; se elevó el otro en el aire, y, después de haber rebasado la roca superior, volvió a caer, arrastrando

consigo numerosos pedazos de piedras y de lavas, que cayeron a manera de lluvia, o mejor, de granizada, con grave peligro nuestro.

Al asomar la cabeza fuera de la estrecha plataforma donde nos encontrábamos, observé que no se veía aún el fondo del precipicio.

Volvió a comenzar otra vez la maniobra de la cuerda, y, al cabo de media hora, habíamos descendido otros doscientos pies.

No sé si el más entusiasta geólogo hubiera sido capaz de estudiar, durante este descenso, la naturaleza de los terrenos que nos rodeaban. Por lo que respecta a mí, no me preocupé de ello: me importaba muy poco que fuesen pliocenos, miocenos, eocenos, cretáceos, jurásicos, triásicos, pérmicos, carboníferos, devonianos, silúricos o primitivos. Pero el profesor hizo algunas observaciones o tomó ciertas notas, sin duda, porque, en uno de los altos, me dijo:

—Cuanto más veo, mayor es mi confianza; la disposición de estos terrenos volcánicos confirma en absoluto la teoría de Devy. Nos hallamos en pleno suelo primordial, suelo en el cual se ha producido el fenómeno químico de la inflamación de los metales al contacto del aire y del agua. Rechazo en absoluto la teoría de un calor central; por otra parte, pronto vamos a verlo.

¡Siempre la misma conclusión! Como es de suponer, no quise entretenerme en discutir. Mi tío interpretó mi silencio como muestra de asentimiento, y se reanudó el descenso.

Al cabo de tres horas no se entreveía aún el fondo de la chimenea. Cuando levanté la cabeza observé que su abertura decrecía sensiblemente; sus paredes; a consecuencia de su ligera inclinación, tendían a aproximarse. La obscuridad crecía por momentos.

Nuestro descenso no se interrumpía un solo instante. Me parecía que las piedras desprendidas de las paredes se hundían produciendo un sonido más apagado, y que llegaban más pronto al fondo del abismo.

Como había tenido cuidado de anotar escrupulosamente las veces que cambiábamos la cuerda, pude calcular con toda exactitud la profundidad a que nos encontrábamos y el tiempo transcurrido.

Habíamos repetido catorce veces esta maniobra, que duraba media hora aproximadamente. Eran, pues, siete horas, más catorce cuartos de hora de descanso, o tres horas y media. En total, diez horas y media; y como habíamos emprendido el descenso a la una debían ser en aquel momento las once.

En cuanto a la profundidad a que nos encontrábamos, los catorce cambios de una cuerda de 200 pies representaban un descenso de 2.800.

En este momento se oyó la voz de Hans.

Me detuve en el instante en que iba a golpear con mis pies la cabeza de mi tío.

—Hemos llegado ya —dijo éste.

—¿Adónde? —pregunté yo, dejándome resbalar el lado suyo.

—Al fondo de la chimenea perpendicular.

—¿No hay, pues, otra salida?

—Sí, una especie de corredor que entreveo, y que se dirige oblicuamente hacia la derecha. Mañana veremos esto. Cenemos ante todo y dormiremos después.

La obscuridad no era completa todavía. Abrimos el saco de las provisiones, cenamos, y nos tendimos después a dormir sobre un lecho de piedras y de trozos de lava.

Cuando, tumbado boca arriba, abrí los ojos, vi un punto brillante en la extremidad de aquel tubo de 3,000 pies de longitud, que se transformaba en un gigantesco anteojo.

Era una estrella despojada de todo centelleo, y que, según mis cálculos, debía ser la beta de la Osa Menor.

Después me dormí profundamente.

CAPÍTULO XVIII

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de luz. Las mil facetas de lava de las paredes la recogían a su paso y la esparcían como una lluvia de chispas.

Esta luz era lo suficientemente intensa para permitirnos ver los objetos que nos rodeaban.

—Y bien, Axel —me dijo mi tío, frotándose las manos—, ¿qué dices a todo esto? ¿Has pasado jamás una noche más apacible en nuestra casa de la König-strasse? ¡Ni ruido de carruajes, ni gritos de los vendedores ni vociferaciones de los barqueros!

—Sin duda; en el fondo de estos pozos estamos muy tranquilos; pero esta misma calma tiene algo de espantoso.

—¡Vamos! —exclamó mi tío—, si te asustas tan pronto, ¿qué dejas para más tarde? Aún no hemos penetrado ni una pulgada siquiera en las entrañas de

la tierra.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que sólo hemos llegado al suelo de la isla. Este largo tubo vertical, que finaliza en el cráter del Sneffels, se detiene aproximadamente al nivel del Océano.

—¿Está usted cierto?

—Certísimo. Examina el barómetro, y verás.

En efecto, el mercurio, después de haber subido poco a poco en su tubo a medida que se efectuaba nuestro descenso, se había detenido en la división correspondiente a 29 pulgadas.

—Ya lo ves —prosiguió el profesor—, sólo soportamos la presión de una atmósfera, y no veo el momento en que tengamos que reemplazar las indicaciones de este instrumento por las del manómetro.

El barómetro, en efecto, iba a sernos inútil en el momento en que el peso del aire se hiciese superior a su presión calculada al nivel del mar.

—Pero, ¿no es de temer —insinué yo—, que esta presión siempre creciente llegue a sernos insoportable?

—No. Descenderemos lentamente, y nuestros pulmones se habituarán a respirar una atmósfera más comprimida. A los aeronautas, acaba por faltarles el aire cuando se elevan a las capas superiores de la atmósfera: a nosotros, es posible que nos sobre. Pero esto es preferible. No perdamos un instante. ¿Dónde está el fardo que bajó por delante de nosotros?

Entonces recordé que la víspera lo habíamos buscado inútilmente. Mi tío interrogó a Hans, quien, después de escudriñarlo todo con sus ojos de cazador, contestó:

—Der huppe!

—Allá arriba.

En efecto, el mencionado bulto se hallaba detenido sobre un saliente de las rocas, a un centenar de pies encima de nuestras cabezas. Entonces el islandés, con la agilidad de un gato, trepó por la pared, y al cabo de algunos minutos caía entre nosotros el fardo.

—Ahora —dijo mi tío— almorcemos; pero almorcemos como personas que tal vez tengan que hacer una larga jornada.

La galleta y la carne seca fueron regadas con algunos tragos de agua mezclada con ginebra.

Terminado el almuerzo, sacó mi tío del bolsillo un pequeño cuaderno destinado a las observaciones. Examinó sucesivamente los diversos instrumentos y anotó los datos siguientes:

LUNES 1° DE JULIO.

Cronómetro: 8 h. 17 m. de la mañana.

Barómetro: 29 p. 71.

Termómetro: 6°.

Dirección: ESE.

Este último dato se refería a la dirección de la galería obscura y fue suministrado por la brújula.

—Ahora, Axel —exclamó el profesor entusiasmado—, es cuando vamos a sepultarnos realmente en las entrañas del globo. Este es, pues, el momento preciso en que empieza nuestro viaje.

Dicho esto, tomó con una mano el aparato de Ruhmkorff, que llevaba suspendido del cuello: puso en comunicación, con la otra, la corriente eléctrica del serpentín de la linterna, y una luz bastante viva disipó las tinieblas de la galería.

Hans llevaba el segundo aparato, que fue puesto también en actividad. Esta ingeniosa aplicación de la electricidad nos permitiría ir creando, por espacio de mucho tiempo, un día artificial, aun en medio de los gases más inflamables.

—¡En marcha! —dijo mi tío.

Cada cual cogió su fardo. Hans se encargó de empujar por delante de sí el paquete de las ropas y las cuerdas, y, uno detrás de otro, yo en último lugar, entramos en la galería.

En el momento de abismarme en aquel tenebroso corredor, levanté la cabeza y vi por última vez, en el campo del inmenso tubo, aquel cielo de Islandia «que no debía volver a ver jamás».

La lava de la última erupción de 1229 se había abierto paso a lo largo de aquel túnel, tapizando su interior con una capa espesa y brillante, en la que se reflejaba la luz eléctrica centuplicándose su intensidad natural.

Toda la dificultad del camino consistía en no deslizarse con demasiada rapidez por aquella pendiente de 45° de inclinación sobre poco más o menos. Por fortuna, ciertas abolladuras y erosiones servían de peldaños, y no teníamos que hacer más que bajar dejando que descendiesen por su propio peso nuestros fardos y cuidando de retenerlos con una larga cuerda.

Pero los que bajo nuestros pies servían de peldaños, en las otras paredes se

convertían en estalactitas; la lava, porosa en algunos lugares, presentaba en otros pequeñas ampollas redondas: cristales de cuarzo opaco, ornados de límpidas gotas de vidrio y suspendidos de la bóveda a manera de arañas, parecían encenderse a nuestro paso. Se habría dicho que los genios del abismo iluminaban su palacio para recibir dignamente a sus huéspedes de la tierra.

—¡Esto es magnífico! —exclamé involuntariamente—. ¡Qué espectáculo, tío! ¿No le causan a usted admiración esos ricos matices de la lava que varían del rojo obscuro al más deslumbrante amarillo, por degradaciones insensibles? ¿Y estos cristales que vemos como globos luminosos?

—¡Ah, hijo mío! ¡Por fin te vas convenciendo! ¡Conque te perece esto espléndido! ¡Ya verás otras cosas mejores! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Prosigamos sin vacilar nuestra marcha!

Mejor debiera haber dicho nuestro resbalamiento, pues nos dejábamos ir sin fatiga por pendientes inclinadas. Aquello era el facilis descensus Averni, de Virgilio. La brújula, que consultaba yo con frecuencia, marcaba invariablemente la dirección SE. Aquella senda de lava no se desviaba hacia un lado ni otro; poseía la inflexibilidad de la línea recta.

Sin embargo, el calor no aumentaba de una manera sensible, lo que venía a confirmar las teorías de Devy, y, en más de una ocasión, consulté con asombro el termómetro. A las dos horas de marcha, sólo marcaba 10°, es decir, que había experimentado una subida de 4º, lo cual me inducía a pensar que nuestra marcha era más horizontal que vertical. Nada más fácil que conocer con toda exactitud la profundidad alcanzada; el profesor medía con la mayor escrupulosidad los ángulos de desviación a inclinación del camino; pero se reservaba el resultado de sus observaciones.

Por la noche, a eso de las ocho, dio la señal de alto. Se colgaron las lámparas en las puntas salientes de la lava, y Hans se sentó en seguida. Nos hallábamos en una especie de caverna donde no faltaba el aire. Por el contrario, llegaba hasta nosotros una intensa corriente. ¿Qué causas la producían? ¿A qué agitación atmosférica debíamos atribuir su origen? He aquí una cuestión que no traté siquiera de resolver en aquellos momentos; el cansancio y el hambre me incapacitaban para todo raciocinio. Un descenso de siete horas consecutivas no se efectúa sin un gran derroche de fuerzas, y me encontraba agotado: así que la palabra alto sonó en mi oído como una melodía.

Esparció Hans algunas provisiones sobre un bloque de lava, y todos devoramos con excelente apetito. Sin embargo, una idea me inquietaba: habíamos ya consumido la mitad de nuestras previsiones de agua. Mi tío contaba con rellenar nuestras vasijas en los manantiales subterráneos; pero, hasta aquel instante, no habíamos tropezado con ninguno, y el fin me decidí a llamarle la atención sobre el particular.

—¿Te sorprende esta ausencia de manantiales? —me dijo.

—Sin duda, y hasta me inquieta; no tenemos agua más que para cinco días.

—Tranquilízate, Axel; te respondo de que encontraremos agua, y más de la que quisiéramos.

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos salido de esta envoltura de lava. ¿Cómo quieres que surjan manantiales a través de estas paredes?

—Pero, ¿no podría ocurrir que esta envoltura se prolongue a grandes profundidades? Me parece que no hemos avanzado mucho todavía en sentido vertical.

—¿Por qué supones eso?

—Porque, si hubiéramos penetrado mucho en el interior de la corteza terrestre, el calor sería más intenso.

—Eso según tu teoría; ¿y qué señala el termómetro?

—Apenas 15°, lo que supone un aumento de 9º solamente desde nuestra partida.

—¿Y qué deduces de ahí?

—He aquí mi deducción: según las observaciones más exactas, el aumento que experimente la temperatura en el interior del globo es de 1° por cada cien pies de profundidad. Ciertas condiciones locales pueden, no obstante, modificar esta cifra; así, en Yakoust, en Siberia, se ha observado que el aumento de 1° se verifica cada 36 pies, lo cual depende evidentemente de la conductibilidad de las rocas. Añadiré, además, que en las proximidades de un volcán apagado, y a través del gneis, se ha observado que la elevación de la temperatura era sólo de 1° por cada 125 pies. Aceptemos, pues, esta última hipótesis, que es la más favorable, y calculemos.

—Calcula cuanto quieras, hijo mío.

—Nada más fácil —dije, trazando en mi libreta algunas cifras—. Nueve veces 125 pies dan 1.125 pies de profundidad.

—Indudable.

—Pues bien…

—Pues bien, según mis observaciones, nos hallamos a 10.000 pies bajo el nivel del mar.

—¿Es posible?

—Sí; los guarismos no mienten.

Los cálculos del profesor eran exactos; habíamos ya rebasado en 6.000 pies las mayores profundidades alcanzadas por el hombre, tales como las minas de Kitz-Babl, en el Tirol, y las de Wuttemherg, en Bohemia.

La temperatura, que hubiera debido ser de 81° en aquel lugar, era apenas de 15º, lo cual suministraba motivo para muchas reflexiones.

CAPÍTULO XIX

Al día siguiente, martes 30 de junio, a las seis de la mañana, reanudamos nuestro descenso.

Continuamos por la galería de lava, verdadera rampa natural, suave como esos planos inclinados que reemplazan aún a las escaleras en las casas antiguas. Así prosiguió la marcha hasta las doce y diez minutos de la noche, instante preciso en que nos reunimos con Hans, que acababa de detenerse.

—¡Ah! —exclamó mi tío—, hemos llegado al extremo de la chimenea.

Miré alrededor mío; nos hallábamos en el centro de una encrucijada, en la que desembocaban dos caminos, ambos sombríos y estrechos. ¿Cuál deberíamos seguir? Difícil era saberlo.

—Mi tío, sin embargo, no quería, al parecer, que ni el guía ni yo le viésemos vacilar, y designó con la mano el túnel del Este, en el que penetremos los tres en seguida.

La verdad es que toda vacilación ante aquellos dos caminos se habría prolongado indefinidamente, porque no existía indicio alguno que aconsejase el dar la preferencia a uno a otro. Era preciso confiarse por completo a la suerte.

La pendiente de esta nueva galería era poco sensible, y su sección bastante desigual. A veces se desarrollaba delante de nuestros pasos una sucesión de arcadas que recordaban las naves laterales de una catedral gótica; los artistas de la Edad Media hubieran podido estudiar allí todas las formas de esa arquitectura religiosa que tiene por generatriz a la ojiva.

Una milla más lejos, nuestra cabeza se inclinaba bajo los arcos rebajados del estilo romano, y gruesos pilares, embutidos en la pared, sostenían las caídas de las bóvedas.

En ciertos lugares, esta disposición cedía el puesto a subestructuras bajas que recordaban las obras de los castores, y teníamos, para avanzar, que

arrastrarnos a lo largo de estrechos pasadizos.

El grado de calor se mantenía soportable. Involuntariamente pensaba en cuán grande debía ser su intensidad cuando las lavas vomitadas por el Sneffels se precipitaban por aquella vía tan tranquila en la actualidad. Me imaginaba los torrentes de fuego que se estrellarían contra los ángulos de la galería, y la acumulación de los vapores recalentados en aquel estrecho lugar.

«¡Con tal» pensé «que el viejo volcán no se vea asaltado por algún capricho senil!».

Me guardaba muy bien de comunicar a mi tío semejantes reflexiones, porque no las hubiera comprendido. Su único pensamiento era avanzar. Caminaba, se deslizaba y hasta rodaba a veces con una convicción admirable.

A las seis de la tarde, tras un paseo poco fatigoso, habíamos avanzado dos leguas hacia el Sur, pero apenas un cuarto de milla en profundidad.

Mi tío dio la señal de descanso. Comimos sin abusar de la charla y nos dormimos sin entregarnos a grandes reflexiones.

Nuestros preparativos para pasar la noche no podían ser más sencillos: una manta de viaje, en la que nos envolvíamos, era todo nuestro lecho. No había que temer ni frío ni visitas inoportunas. Los viajeros que se ven precisados a engolfarse en los desiertos del África, o en las selvas del Nuevo Mundo, tienen que velar los unos el sueño de los otros; pero allí, la soledad era absoluta y la seguridad completa. No había necesidad de precaverse contra salvajes ni fieras, que son las razas más dañinas de la tierra.

A la mañana siguiente, nos despertamos descansados y ágiles, y reanudamos en seguida la marcha, a lo largo de una galería cubierta de lava, lo mismo que la víspera.

Imposible se hacía reconocer los terrenos que atravesábamos. El túnel, en vez de hundirse en las entrañas del globo, tendía a hacerse horizontal por completo. Hasta me pareció observar que subía hacia la superficie de la tierra. Esta disposición se hizo tan patente a eso de las diez de la mañana, y tan fatigosa por tanto, que me vi precisado a moderar la marcha.

—¿Qué es eso, Axel? —dijo, impaciente, mi tío.

—Que no puedo más —le respondí.

—¡Cómo es eso! ¡Al cabo de sólo tres horas de paseo por un camino tan liso!

—Liso, sí; pero fatigoso en extremo.

—¡Cómo fatigoso, cuando siempre caminamos cuesta abajo!

—¡Cuesta arriba, si no lo toma usted a mal!

—Cuesta arriba —dijo mi tío, encogiéndose de hombros.

—Sin duda. Hace media hora que se han modificado las pendientes. Y, de seguir así, no tardaremos en salir nuevamente a la superficie de Islandia.

El profesor sacudió la cabeza como hombre que no quiere dejarse convencer. Traté de reanudar la conversación, pero no me contestó y dio la señal de marcha. Comprendí que su silencio era sólo la manifestación exterior de su mal humor concentrado.

Tomé otra vez mi fardo con denuedo y seguí con paso rápido a Hans, que precedía a mi tío, procurando no distanciarme, pues mi principal cuidado era no perder jamás de vista a mis compañeros. Me estremecía ante la idea de extraviarme en las profundidades de aquel laberinto.

Por otra parte, si bien el camino ascendente era más fatigoso, me consolaba el pensar que, en cambio, nos acercaba a la superficie de la tierra. Era ésta una esperanza que veía confirmada a cada paso.

A mediodía cambiaron de aspecto las paredes de la galería. Me di cuenta de ello al observar la debilitación que sufrió la luz eléctrica reflejada por ellas. Al revestimiento de lava sucedió la roca viva. El macizo se componía de capas inclinadas y a menudo verticalmente dispuestas. Nos hallábamos en pleno período de transición, en pleno período silúrico.

—¡Es evidente —exclamé— que los sedimentos de las aguas han formado, en la segunda época de la tierra, estos esquistos, estas calizas, y estos asperones! ¡Volvemos la espalda al macizo de granito! Hacemos como los vecinos de Hamburgo que, para trasladarse a Lubeck, tomasen el camino de Hannover.

Preferible habría sido que me hubiese reservado mis observaciones: pero mi temperamento de geólogo pudo más que la prudencia, y el profesor Lidenbrock oyó mis exclamaciones.

—¿Qué tienes? —me preguntó.

—Mire usted —le contesté, mostrándole la variada sucesión de los asperones, las calizas y los primeros indicios de terrenos pizarrosos.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que hemos llegado al período en que aparecieron las primeras plantas y los primeros animales.

—¿Lo crees así?

—Véalo usted mismo; ¡examínelo! ¡obsérvelo!

Obligué al profesor a pasear su lámpara por delante de las paredes de la galería. Esperaba que se escapase de sus labios alguna exclamación; pero, lejos de esto, no dijo una palabra y prosiguió su camino.

¿Me había comprendido o no? ¿Era que, por vanidad de sabio y de tío, no quería convenir conmigo en que se había equivocado al elegir el túnel del Este, o que deseaba reconocer hasta el fin la galería aquella? Era evidente que habíamos abandonado el camino de las lavas, y que el que seguíamos no podía conducir al foco del Sneffels.

Pero, ¿daría yo acaso demasiada importancia a esta modificación de terreno? ¿No estaría equivocado? ¿Atravesábamos realmente aquellas capas de roca superpuestas al macizo de granito?

—Si tengo razón —pensaba—, fuerza será que halle restos de plantas primitivas, y entonces no habrá más remedio que rendirse a la evidencia. Busquemos.

No habría dado aún cien pasos, cuando descubrieron mis ojos pruebas irrefutables. Era lógico que así sucediese, porque, en el período silúrico encerraban los mares más de mil quinientas especies vegetales o animales. Mis pies habituados al duro suelo de la lava, pisaron de repente un polvo formado de desojes de plantas y de conchas. En las paredes se veían distintamente huellas de ovas y licopodios; el profesor Lidenbrock no podía engañarse; pero me parece que cerraba los ojos y proseguía su camino con paso invariable.

Era la terquedad llevada hasta el último límite. No pude reprimirme por más tiempo; tomé una concha perfectamente conservada, que había pertenecido a un animal semejante a la cucaracha actual, me aproximé a mi tío, y, mostrándosela, le dije:

—Mire usted.

—¿Qué me muestras ahí? —respondió tranquilamente—; eso es la concha de un crustáceo perteneciente al orden ya extinguido de los trilobites, ni más ni menos.

—¿Pero no deduce usted de su presencia aquí…?

—¿Eso mismo que deduces tú? Convenido. Hemos abandonado la capa de granito y el camino de las lavas. Es posible que me haya equivocado: pero no me convenceré de mi error hasta que no haya llegado al extremo de esta galería.

—Haría usted perfectamente en proceder de ese modo, y yo aprobaría en un todo su conducta, si no fuese de temer un peligro cada vez más inminente.

—¿Cuál?

—La falta de agua.

—Pues bien, quiere decir que nos pondremos a media ración, Axel.

CAPÍTULO XX

En efecto, era preciso economizar este líquido, pues nuestra previsión no podía durar más de tres días, como pude comprobar por la noche, a la hora de cenar. Y lo peor del caso era que había pocas esperanzas de encontrar ningún manantial en aquellos terrenos del período de transición.

Durante todo el día siguiente, nos mostró la galería sus interminables arcadas. Caminábamos casi sin despegar nuestros labios. Hans nos había contagiado su mutismo.

El camino no ascendía, por lo menos de una manera sensible, y hasta, a veces, parecía que bajábamos. Pero esta tendencia, no muy marcada por cierto, no debía tranquilizar al profesor porque la naturaleza de las capas no se modificaba, y el período de transición se afirmaba cada vez más.

La luz eléctrica arrancaba vivos destellos a los esquistos, las calizas y los viejos asperones rojos de las paredes; parecía que nos hallábamos dentro de una zanja profunda, abierta en el condado de Devon, que da su nombre a esta clase de terrenos. Magníficos ejemplares de mármoles recubrían las paredes: unos de color gris ágata, surcados de venas blancas caprichosamente dispuestas; otros de color encarnado o amarillo con manchas rojizas; mas lejos, ejemplares de esos jaspes de matices sombríos, en los que se revela la existencia de la caliza con más vivo color.

En la mayoría de estos mármoles se observaban huellas de animales primitivos; pero, desde la víspera, la creación había progresado de una manera evidente. En lugar de los trilobites rudimentarios, vi restos de un orden más perfecto, entre otros, de peces ganoideos y de esos sauropterigios en los que la perspicacia de los paleontólogos ha sabido descubrir las primeras manifestaciones de los reptiles. Los mares devonianos estaban habitados por gran número de animales de esta especie, que depositaron a miles en las rocas de nueva formación.

Era evidente que remontábamos la escala de la vida animal, cuyo último y más elevado peldaño ocupan las criaturas humanas: pero el profesor Lidenbrock no parecía fijar mientes en ella.

Esperaba que ocurriese alguna de estas dos cosas: o que se abriera de repente ante sus pies un pozo vertical que le permitiese reanudar su descenso,

o que un inesperado obstáculo le impidiese continuar por el camino emprendido. Pero llegó la noche sin que se realizara esta esperanza.

El viernes, después de una noche durante la cual empecé a experimentar los tormentos de la sed, reanudamos nuestro viaje a lo largo de la misma galería.

Después de diez horas de marcha, observé que la reverberación de nuestras lámparas sobre las paredes decrecía de una manera notable. El mármol, el esquisto, la caliza y el asperón de las murallas cedían el puesto a un revestimiento mate y sombrío. En un paisaje en que el túnel se estrechó demasiado, me apoyé en la pared.

Cuando retiré la mano, vi que la tenía toda negra. Miré desde más cerca, y adquirí el convencimiento de que nos encontrábamos en un yacimiento de hulla.

—¡Una mina de carbón! —exclamé.

—Una mina sin mineros —respondió mi tío.

—¡Quién sabe! —observé yo.

—Yo lo sé —replicó el profesor con aire convencido—; tengo la seguridad de que esta galería, perforada a través de estos yacimientos de hulla, no ha sido construida por los hombres. Pero poco nos importa que sea o no obra de la Naturaleza. Ha llegado la hora de cenar. Cenemos.

Hans preparó algunos alimentos. Yo apenas probé bocado y bebí las escasas gotas de agua que constituían mi ración. El odre del guía, lleno solamente a medias, era lo único que quedaba para apagar la sed de tres hombres.

Después de la cena, se envolvieron mis dos compañeros en sus mantas y hallaron en el sueño un remedio a sus fatigas. Por lo que a mí respecta, no pude pegar los párpados, y conté todas las horas hasta la siguiente mañana.

El sábado a las seis emprendimos nuevamente la marcha. Veinte minutos más tarde, llegamos a una vasta excavación, y me convencí entonces de que la mano del hombre no podía haber abierto aquella mina, supuesto que sus bóvedas no estaban apuntaladas y no se derrumbaban por un verdadero milagro de equilibrio.

Esta especie de caverna media cien pies de longitud por ciento cincuenta de altura. El terreno había sido violentamente removido por una conmoción subterránea. El macizo terrestre se había dislocado cediendo a alguna violenta impulsión y dejando este amplio vacío en el que penetraban por primera vez los habitantes de la tierra.

Toda la historia del período de la hulla estaba escrita sobre aquellas paredes sombrías, cuyas diversas fases podía seguir fácilmente un geólogo. Los lechos de carbón se hallaban separados por capas muy compactas de arcilla o de asperón, y como aplastados por las capas superiores.

En aquella edad del mundo que precedió al período secundario, la tierra se cubrió de inmensas vegetaciones, debidas a la acción combinada del calor tropical y de una humedad persistente. Una atmósfera de vapores rodeaba por todas partes al globo, privándole de los rayos del sol.

Este es el fundamento de la teoría de que las temperaturas elevadas no provenían de dicho astro, el cual es muy posible que aún no se hallase en estado de desempeñar su esplendoroso papel. Los climas no existían todavía, y en toda la superficie del globo reinaba un calor tórrido, que media la misma intensidad en él Ecuador que en los polos. ¿De dónde procedía? Del interior de la tierra.

A pesar de las teorías del profesor Lidenbrock, existía un fuego violento en las entrañas de nuestro esferoide, cuya acción se hacía sentir hasta en las últimas capas de la corteza terrestre. Privadas las plantas del benéfico influjo de los rayos del sol, no daban flores ni exhalaban perfumes; pero absorbían sus raíces una vida muy enérgica de los terrenos ardientes de los primeros días.

Había pocos árboles, pero abundaban las plantas herbáceas, como céspedes inmensos, helechos, licopodios, siguarias y asterofilitas, familias raras cuyas especies se contaban entonces por millares.

A esta exuberante vegetación debe su origen la hulla. La corteza aún elástica del globo obedecía a los movimientos de la masa líquida que le cubría, produciéndose numerosas hendeduras y grietas; y las plantas, arrastradas debajo de las aguas, formaron poco a poco masas considerables.

Entonces intervino la acción de la química natural en el fondo de los mares, las acumulaciones vegetales se convirtieron primero en turba; después, gracias a la influencia de los gases y el calor de la fermentación, se mineralizaron por completo.

De este modo se formaron esas inmensas capas de carbón que el consumo de todos los pueblos de la tierra no logrará agotar en muchos siglos.

Estas reflexiones asaltaban mi mente mientras consideraba las riquezas hulleras acumuladas en esta porción del macizo terrestre, las cuales, probablemente, no serían jamás descubiertas. La explotación de estas minas tan distantes exigiría sacrificios demasiado considerables.

Por otra parte, ¿qué necesidad había de ello, toda vez que la hulla se halla repartida, por decirlo así, por toda la superficie de la tierra, en un gran número

de regiones? Era, pues, de suponer que al sonar la última hora del mundo se hallasen aquellos yacimientos carboníferos intactos y tal cual los contemplaba yo entonces.

Entretanto, seguíamos caminando, y era yo, a buen seguro, el único de los tres que olvidaba la largura del camino para abismarme en consideraciones geológicas. La temperatura seguía siendo aproximadamente la misma que cuando caminábamos entre lavas y esquistos. En cambio, se notaba un olor muy pronunciado a protocarburo de hidrógeno, lo que me hizo advertir en seguida la presencia en aquella galería de una gran cantidad de ese peligroso fluido que los mineros designan con el nombre de grisú, cuya explosión ha causado con frecuencia tan espantosas catástrofes.

Afortunadamente, nos íbamos alumbrando con los ingeniosos aparatos de Ruhmkorff. Si, por desgracia, hubiésemos imprudentemente explorado aquella galería con antorchas en las manos, una explosión terrible hubiera puesto fin al viaje, suprimiendo radicalmente a los viajeros.

La excursión a través de la mina duró hasta la noche. Mi tío se esforzaba en refrenar la impaciencia que le producía la horizontalidad del camino. Las profundas tinieblas que a veinte pasos reinaban no permitían apreciar la longitud de la galería, y ya empezaba yo a creer que era interminable, cuando, de repente, a las seis, tropezamos con un muro que nos cerraba el camino. Ni a derecha, ni a izquierda, ni arriba, ni abajo se veía paso alguno. Habíamos llegado al fondo de un callejón sin salida.

—¡Bueno! ¡tanto mejor! —exclamó mi tío—; al menos, ya sé a qué atenerme. No es éste el camino seguido por Saknussemm, y no queda otro remedio que desandar lo andado. Descansemos esta noche, y, antes que transcurran tres días, habremos vuelto al punto donde la galería se bifurca.

—Si —dije yo—, ¡si nos alcanzan las fuerzas!

—¿Y por qué no nos han de alcanzar?

—Porque mañana no tendremos ni una gota de agua.

—Y valor, ¿no tendremos tampoco? —exclamó el profesor, dirigiéndome una mirada severa.

No me atreví a contestarle.

CAPÍTULO XXI

Al día siguiente, partimos de madrugada. Teníamos que darnos prisa,

porque nos hallábamos a cinco jornadas del punto de bifurcación de la galería subterránea.

No me detendré a detallar los sufrimientos de nuestro viaje de vuelta. Mi tío los soportó con la cólera de un hombre que no se siente ya más fuerte que ellos mismos; Hans, con la resignación de su naturaleza pacífica; yo, fuerza es que lo confiese, quejándome y desesperándome, sin valor para luchar contra mi mala estrella.

Como lo había previsto, faltó el agua por completo al finalizar la primera jornada; nuestra provisión de líquido quedó entonces reducida a ginebra; pero este licor infernal nos abrasaba el gaznate, y ni siquiera su vista podía soportar. La temperatura ambiente me parecía sofocante. El cansancio paralizaba mis miembros. Más de una vez estuve a punto de caer sin movimiento. Entonces hacíamos alto, y mi tío y el islandés me animaban todo lo mejor que podían. Pero yo bien veía que el primero apenas podía defenderse contra el extremado cansancio y las torturas nacidas de la privación de agua.

Por fin, el 8 de julio, arrastrándonos sobre las rodillas y las manos, llegamos, medio muertos, al punto de intersección de las dos galerías. Allí permanecí como una masa inerte, tendido sobre la lava. Eran las diez de la mañana.

Hans y mi tío, recostados contra la pared, trataron de masticar algunos trozos de galleta. Prolongados gemidos se escapaban de mis labios tumefactos, y acabé por caer en un profundo sopor.

Al cabo de algún tiempo, mi tío se aproximó a mí y me levantó en sus brazos.

—¡Pobre criatura! —murmuró con acento de no fingida piedad.

Estas palabras me conmovieron, pues no estaba acostumbrado a oír ternezas al terrible profesor. Estreché entre las mías sus temblorosas manos, y él me miró con cariño. Sus ojos se humedecieron.

Le vi entonces coger la calabaza que llevaba colgada de la cintura, y con gran asombro mío, me la aproximó a los labios, diciéndome:

—Bebe.

¿Había entendido mal? ¿Se había vuelto loco mi tío? Lo contemplaba con una mirada estúpida sin querer comprenderle.

—Bebe —repitió él.

Y, alzando la calabaza, vertió su contenido entre mis labios.

¡Oh gozo incomparable! Un sorbo de agua exquisita humedeció mis ardorosas fauces; uno solo, es verdad, pero bastó para devolverme la vida que

ya se me escapaba.

Di gracias a mi tío con las manos cruzadas.

—Sí —dijo él— ¡un sorbo de agua, el último! ¿Te enteras? ¡El último! Lo guardaba como un tesoro precioso en el fondo de mi calabaza. Cien veces he tenido que refrenar los irresistibles deseos que me acometían de bebérmela; pero, al fin. Axel, pudo más el cariño que el deseo, y la reservé para ti.

—¡Tío! —murmuré enternecido, llenándoseme los ojos de lágrimas.

—Sí, hijo mío; bien sabía que al llegar a esta encrucijada te desplomarías medio muerto, y reservé mis últimas gotas de agua para reanimarte.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamé.

Aquel sorbo de agua, aunque no aplacase mi sed, me hizo recuperar algunas fuerzas. Se distendieron los músculos de mi garganta, contraídos hasta entonces, y cedió un poco la irritación de mis labios, permitiéndome hablar.

—Veamos —dije—; no podernos tomar más que un partido; faltándonos el agua, tendremos que retroceder.

Mientras yo me expresaba de esta suerte, evitaba mi tío mis miradas; bajaba la cabeza y sus ojos huían de los míos.

—Es preciso retroceder —exclamé—, y tomar nuevamente el camino del Sneffels. ¡Dios quiera darnos fuerzas para subir hasta la cima del cráter!

—¡Retroceder! —exclamó mi tío, como si, más bien que a mí, se respondiese a sí mismo.

—Sí, sí; retroceder, y sin perder un instante.

Hubo una pausa bastante prolongada.

—¿De modo, Axel —repuso el profesor con tono extraño—, que esas gotas de agua no te han devuelto el valor y la energía?

—¡El valor!

—Te veo abatido lo mismo que antes, y pronunciando aún palabras de desesperación.

¿Con qué clase de hombre tenía que entendérmelas y qué proyectos acariciaba aún aquel espíritu audaz?

—¡Cómo! ¿No quiere usted…?

—¿Renunciar a esta expedición en el momento en que todo parece anunciarme que puedo llevarla a cabo felizmente? ¡Jamás!

—¿De suerte que es preciso resignarse a perecer?

—¡No, Axel, no! Parte tú. No deseo tu muerte. Que te acompañe Hans. ¡Déjame solo!

—¡Abandonarle a usted!

—¡Déjame repito! Iniciado este viaje, estoy dispuesto a perecer en él o darle cima. ¡Vete, Axel, vete!

Mi tío se expresaba con extraordinario calor. Su voz, enternecida un instante, adquirió nuevamente su dureza habitual. ¡Luchaba contra lo imposible con incontrastable energía! No quería abandonarle en el fondo de aquel abismo; pero, por otra parte, el instinto de conservación me impulsaba a huir.

El guía presenciaba esta escena con su habitual indiferencia; pero dándose cuenta de lo que entre sus compañeros pasaba. Nuestros gestos indicaban claramente los diferentes caminos que cada cual proponía, pero a Hans parecía interesarle muy poco una cuestión de la cual dependía tal vez su existencia, y se hallaba dispuesto a partir, si así se le ordenaba, o a quedarse, si ésta era la voluntad de quien le tenía a su servicio.

¡Lástima grande que no pudiera entenderme en aquellos decisivos instantes! Mis palabras, mis gemidos, mi acento, habrían triunfado de su naturaleza indiferente. Le habría hecho comprender y tocar con el dedo los peligros que no parecía sospechar. Entre ambos, es posible que hubiéramos logrado convencer al obstinado profesor. En caso necesario, le hubiéramos obligado a volver a la cima del Sneffels.

Me aproximé a Hans, y coloqué sobre su mano la mía; pero no se movió. Le mostré el camino del cráter, y permaneció impasible. Mi anhelante rostro expresaba todos mis sufrimientos. El islandés sacudió lentamente la cabeza, y, señalando, con flema, a mi tío, exclamó:

—Master.

—¡El amo! —exclamé yo—. ¡Insensato! ¡No, no es dueño de tu vida! ¡Es necesario huir! ¡Es preciso llevarle con nosotros! ¿Me entiendes?

Había asido a Hans por el brazo y trataba de obligarle a que se pusiera de pie, sosteniendo con él un pugilato. Entonces intervino mi tío.

—Calma, Axel —me dijo—. Nada conseguirías de este servidor impasible. Así, escucha lo que voy a proponerte.

Yo me crucé de brazos, contemplando a mi tío cara a cara.

—La falta de agua —dijo— es el único obstáculo que se opone a la realización de mis proyectos. En la galería del Este, formada de lavas, esquistos y hullas, no hemos hallado ni una sola molécula de líquido. Es

posible que tengamos más suerte siguiendo el túnel del Oeste.

Yo sacudí la cabeza con un aire de perfecta incredulidad.

—Escúchame hasta el fin —añadió el profesor esforzando la voz—. Mientras yacías ahí, privado de movimiento, he ido a reconocer la conformación de esa otra galería. Se hunde directamente en las entrañas del lobo, y, en pocas horas, nos conducirá al macizo granítico, donde hemos de encontrar abundantes manantiales. Así lo exige la naturaleza de la roca, y el instinto se alía con la lógica para apoyar mi convicción. He aquí, pues, lo que quiero proponerte: cuando Colón pidió a sus tripulaciones un plazo de tres días para hallar las nuevas tierras, aquellos esforzados marinos, a pesar de hallarse enfermos y consternados, accedieron a su demanda, y el insigne genovés descubrió el Nuevo Mundo. Yo, Colón de estas regiones subterráneas, sólo te pido un día. Si, transcurrido este plazo, no he logrado encontrar el agua que nos falta, te juro que volveremos a la superficie de la tierra.

A pesar de mi irritación, me conmovieron estas palabras de mi tío y la violencia que tenía que hacerse a sí mismo para emplear semejante lenguaje.

—Está bien —exclamé—, hágase en todo la voluntad de usted, y que Dios recompense su energía sobrehumana. Sólo dispone usted de algunas horas para probar su suerte. ¡En marcha!

CAPÍTULO XXII

Emprendimos en seguida el descenso por la nueva galería. Hans marchaba delante, como era su costumbre. No habíamos avanzado aún cien pasos, cuando exclamó el profesor, paseando su lámpara a lo largo de las paredes:

—¡Aquí tenemos los terrenos primitivos! ¡Vamos por buen camino! ¡Adelante! ¡Adelante!

Cuando la tierra se fue enfriando poco a poco, de los primeros días del mundo, la disminución de su volumen produjo en su corteza dislocaciones, rupturas, depresiones y sendas. La galería que recorrimos entonces era una de esas grietas por la cual se derramaba en otro tiempo el granito eruptivo; sus mil recodos formaban un inextricable laberinto a través del terreno primordial.

A medida que descendíamos, la sucesión de las capas que formaban el terreno primitivo se mostraban con mayor claridad. La ciencia geológica considera este terreno primitivo como la base de la corteza mineral, y ha descubierto que se compone de tres capas diferentes: los esquistos, los gneis y los micaesquistos, que reposan sobre esa inquebrantable roca que llamamos

granito.

Jamás se habían encontrado los mineralogistas en tan maravillosas circunstancias para poder estudiar la Naturaleza en su propio seno. La parte de la contextura del globo que la sonda, instrumento ininteligente y brutal, no podía trasladar a su superficie, íbamos a estudiarlo con nuestros propios ojos, a palparlo con nuestras propias manos.

A través de la capa de los esquistos, coloreados de bellos matices verdes, serpenteaban filones metálicos de cobre y de manganeso con algunos vestigios de oro y de platino. Esto me hacía pensar en las inmensas riquezas sepultadas en las entrañas del globo, que la codicia humana no disfrutará jamás. Los cataclismos de los primeros días hubieron de enterrarlas en tales profundidades, que ni el azadón ni el pico lograrán arrancarlas de sus tumbas.

A los esquistos sucedieron los gneis, de estructura estratiforme, notables por la regularidad y paralelismo de sus hojas; y después los micaesquistos, dispuestos en grandes láminas, cuya visibilidad realzaban los centelleos de la mica blanca.

La luz de los aparatos, reflejada por las pequeñas facetas de la masa rocosa, cruzaba bajo todos los ángulos sus efluvios de fuego, y me parecía que viajábamos a través de un diamante hueco, en cuyo interior se quebraban los rayos luminosos en mil caprichosos destellos.

Hacia las seis de la tarde, este derroche de luz disminuyó sensiblemente y casi cesó después. Las paredes adquirieron un aspecto cristalino, pero sombrío; la mica se mezcló más íntimamente con el feldespato y el cuarzo para formar la roca por excelencia, la piedra más dura de todas, la que soporta sin quebrarse el peso enorme de los cuatro órdenes del globo. Nos hallábamos encerrados en una inmensa prisión de granito.

Eran las ocho de la noche y el agua no había parecido. Yo padecía horriblemente; mi tío seguía marchando sin quererse detener. Aguzaba el oído tratando de sorprender el murmullo de algún manantial; mas en vano.

Mis piernas se negaban ya a sostenerme, a pesar de lo cual me sobreponía a mis torturas para no obligar a mi tío a hacer alto. Esto hubiera sido para él el golpe de gracia, porque tocaba a su fin la jornada que él mismo señalara como plazo.

Por fin me abandonaron las fuerzas; lancé un grito, y caí.

—¡Socorro, que me muero! —exclamé.

Mi tío volvió sobre sus pasos. Me contempló con los brazos cruzados, y salieron después de sus labios estas palabras fatídicas.

—¡Todo se ha acabado!

Un gesto espantoso de cólera hirió por postrera vez mis miradas, y cerré resignado los ojos.

Cuando los volví a abrir, vi a mis dos compañeros inmóviles y envueltos en sus mantas. ¿Dormían? Por lo que a mí respecta, no pude conciliar el sueño un momento. Padecía demasiado, y me atormentaba, sobre todo, la idea de que mi mal no debía tener remedio. Las últimas palabras de mi tío resonaban aún en mis oídos. Todo se había acabado, en efecto; porque, en semejante estado de debilidad, no había que pensar siquiera en volver a la superficie de la tierra.

¡Había que atravesar legua y media nada menos de corteza terrestre! Me parecía que esta enorme masa gravitaba con todo su peso sobre mis espaldas y me aplastaba, agotando las escasas energías que me quedaban los violentos esfuerzos que hacía para librarme de aquella inmensa mole de granito.

Transcurrieron varias horas. Un silencio profundo reinaba en torno nuestro: ¡el silencio de las tumbas! Ningún rumor podía llegar a través de aquellas paredes, la más delgada de las cuales me diría, por lo menos, cinco millas de espesor.

Sin embargo, en medio de mi sopor, creí percibir un ruido; el túnel se quedaba a obscuras. Miré con mayor atención y me pareció ver que desaparecía el islandés con su lámpara en la mano.

¿A dónde encaminaba sus pasos? ¿Trataría de abandonarnos? Mi tío dormía a pierna suelta. Quise gritar, pero mi voz se ahogó entre mis secos labios. La obscuridad se había hecho profunda, y se extinguieron los últimos ruidos.

—¡Hans nos abandona! —exclamé—. ¡Hans! ¡Hans!

Estas palabras sólo pude gritarlas con la mente, así que no pudieron salir de mi pecho. Sin embargo, después del primer instante de terror, me avergoncé de mis sospechas contra un hombre cuya conducta hasta entonces no se había hecho sospechosa. Su partida no podía ser una fuga. En lugar de dirigirse hacia la boca de la galería, se internaba más en ella. De abrigar criminales designios, habría marchado en opuesta dirección. Este razonamiento me tranquilizó un poco y entré en otro orden de ideas.

Sólo un grave motivo hubiera podido arrancar de su reposo al pacifico Hans. ¿Iba a hacer una descubierta? ¿Habría oído en el silencio de la noche algún murmullo que no había llegado hasta mí?

CAPÍTULO XXIII

Durante una hora entera cruzaron por mi delirante cerebro todas las razones que habrían podido impulsar el flemático cazador. Bullían en mi mente las ideas más absurdas. ¡Creí volverme loco!

Por fin, escuché ruido de pasos en las profundidades del abismo. Hans regresaba sin duda. Su luz incierta comenzó a reflejarse sobre las paredes, y brilló luego en la abertura del corredor, tras ella, apareció el guía.

Se aproximó a mi tío, le puso la mano en el hombro y le despertó con cuidado. Mi tío se levantó, preguntando:

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

—Watten —respondió el cazador.

Sin duda, bajo la impresión de los violentos dolores todos nos hacemos políglotas. Yo ignoraba en absoluto el danés, y, sin embargo, entendí instintivamente la palabra pronunciada por nuestro guía.

—¡Agua! ¡Agua! —exclamé palmoteando, gesticulando como un insensato.

—¡Agua! —repitió mi tío—. Hvar?—preguntó al islandés.

—Neat! —respondió éste.

¿Dónde? ¡Allá abajo! Todo lo comprendí. Me había apoderado de las manos del cazador y se las oprimía con cariño, mientras él me miraba con calma.

Breves fueron los preparativos de marcha, internándonos en seguida por un corredor que tenía una pendiente de dos pies por toesa.

Una hora más tarde, habíamos avanzado unas mil toesas, aproximadamente, y descendido dos mil pies.

En aquel preciso momento, oímos distintamente un insólito ruido que se transmitía a lo largo de las paredes de granito de la galería, una especie de mugido sordo, como un trueno lejano.

Durante esta primera media hora de marcha, al ver que no tropezábamos con el manantial anunciado, se reprodujeron mis angustias; pero entonces me explicó mi tío el origen de los ruidos que escuchábamos.

—Hans no se ha engañado —me dijo—; ese rumor que oyes es el mugido de un torrente.

—¿Un torrente? —exclamé.

—Sin duda de ningún género. Un río subterráneo circula en torno a nosotros.

Apresuramos el paso, hostigados por la esperanza. El solo ruido del agua ejerció sobre mi organismo un efecto temperante, y dejé de sentir toda fatiga. El torrente, después de haber corrido mucho tiempo por encima de nuestras cabezas, se cambió a la pared de la derecha, mugiendo y dando saltos. Yo pasaba a cada instante la mano por la roca, esperando hallar en ella señales de filtración o humedad; pero en vano.

Transcurrió todavía media hora, durante la cual avanzamos otra media legua.

Entonces quedó evidenciado que el cazador, durante su ausencia, no había tenido tiempo de llevar más adelante sus investigaciones. Guiado por un instinto peculiar a los montañeses y a los hidroscopios, sintió, por decirlo así, este torrente a través de las rocas, pero no vio, en realidad, el líquido precioso; así que no había bebido.

Pronto se echó de ver que, si proseguíamos la marcha, nos alejaríamos del torrente toda vez que su murmullo tendía a disminuir.

Retrocedimos un poco y Hans se detuvo en el preciso lugar donde el torrente parecía estar más próximo.

Tomé asiento al lado de la pared, en tanto que las aguas corrían a dos pies de distancia de mí con una violencia extrema. Pero un muro de granito nos separaba aún de ellas.

Sin reflexionar, sin preguntarme siquiera si no habría algún medio de procurarse aquella agua me abandoné otra vez, momentáneamente, a la desesperación.

Me miró Hans, y creí descubrir en sus labios una ligera sonrisa.

Se levantó, tomó la lámpara y se dirigió a la pared. Yo le seguí sin quitarle la vista de encima. Aplicó el oído a la piedra seca y lo paseó por ella lentamente, escuchando con suma atención. Comprendí que buscaba el punto preciso en que se oyera con más claridad el ruido del torrente.

Por fin, encontró este punto en la pared lateral de le izquierda, a tres pies de elevación.

¡Qué emoción tan grande la mía! ¡No osaba adivinar lo que quería hacer el cazador! Pero no tuve más remedio que comprenderlo y aplaudirle, y hasta animarle con mis caricias, cuando le vi coger en sus manos el pico para horadar la roca.

—¡Salvados! —grité—, ¡salvados!

—Sí —repitió mi tío con júbilo frenético—. ¡Hans tiene mucha razón! ¡Bien por el cazador! ¡A nosotros no se nos hubiese ocurrido!

—¡Ya lo creo que no! Por sencillo que fuese el expediente, no habríamos caído en ello. Nada más peligroso que atacar con el pico el armazón del globo. ¡Y si sobrevenía un hundimiento que nos aplastase! ¡Y si el torrente, al encontrar salida a través de la roca, nos ahogaba! Estos peligros nada tenían de quiméricos; pero, en aquellas circunstancias, los temores de provocar una inundación o un hundimiento no podían detenernos, y era nuestra sed tan intensa que, con tal de aplacarla, hubiéramos sido capaces de abrir un orificio en el fondo del mismo Océano.

Hans acometió esta empresa, a la que ni mi tío ni yo hubiésemos sido capaces de dar cima. Nuestras manos, impulsadas por la impaciencia, hubieran imprudentemente acelerado nuestros golpes y hecho volar la roca en mil pedazos. El guía, por el contrario, tranquilo y moderado, desgastó poco a poco la roca mediante una serie de pequeños golpes repetidos, hasta abrir un orificio de medio pie de diámetro.

El ruido del torrente aumentaba por momentos, y ya creía sentir que el agua bienhechora humedecía mis ardorosos labios.

No tardó la piqueta en penetrar dos pies en la pared de granito. Una hora duraba ya la difícil operación y yo me retorcía de impaciencia. Mi tío quería recurrir a las medidas extremas, costándome no poco el detenerle; pero al ir a empuñar su piqueta, se oyó de repente un silbido, y surgió del orificio, con violencia, un gran chorro de agua que fue a estrellarse contra la pared opuesta.

Hans, medio derribado por el choque, no pudo reprimir un grito de dolor. Cuando sumergí mis manos en el líquido, lancé a mi vez una exclamación violenta y me expliqué el lamento del guía: el agua estaba hirviendo.

—¡Agua a 100° de temperatura! —exclamé.

—¡Ya se enfriará! —me respondió mi tío.

La galería se llenaba de vapores, en tanto que se formaba un arroyo que iba a perderse en las sinuosidades subterráneas. No tardamos en gustar nuestros primeros sorbos.

—¡Oh, qué placer tan grande! ¡Qué incomparable voluptuosidad! ¿Qué agua era aquélla? ¿De dónde venía? Poco nos importaba. Era agua, y, aunque caliente aún, devolvía al corazón la vida que casi se le escapaba. Yo bebía sin descanso y sin saborearla siquiera.

Hasta después de un minuto de goce, no exclamé:

—Es agua ferruginosa.

—Excelente para el estómago —replicó mi tío—, y de una mineralización muy intensa. He aquí un viaje que nos reportará los mismos frutos que si hubiésemos ido a Spa o a Toeplitz.

—¡Oh, qué buena es!

—¡Ya lo creo! como extraída a dos leguas debajo de tierra; tiene un sabor a tinta que no es desagradable, por cierto. ¡Qué problema nos ha resuelto este Hans! Propongo que le demos su nombre a este saludable arroyuelo.

—Me parece muy bien —exclamé yo.

Y quedó bautizado el arroyo con el nombre de Hans-Bach.

Hans no se envaneció demasiado. Después de apagar su sed, se recostó en un rincón con su calma acostumbrada.

—Ahora —dije yo—, convendría no dejar perder esta agua.

—¿Para qué la queremos? —respondió el profesor—. Creo que este manantial debe ser inagotable.

—No importa. Llenemos las calabazas y el odre, y tratemos en seguida de taponar la abertura.

Se siguió mi consejo. Hans, con trozos de granito y estopa, trató de obstruir el orificio abierto en la pared. Mas no era cosa fácil: el agua abrasaba las manos, la presión era extraordinaria y nuestros reiterados esfuerzos resultaron infructuosos.

—Es evidente —observé— que las capas superiores de este caudal de agua se hallan a gran altura, a juzgar por la fuerza con que sale.

—La cosa no es dudosa —replicó mi tío—; si esta columna de agua tiene 32.000 pies de altura, su presión en este orificio es de 1.000 atmósferas. Pero tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué obstinamos en taponar esta apertura?

—Pues, porque…

La verdad es que no pude encontrar ninguna razón convincente.

—Cuando hayamos llenado nuestras vasijas, ¿estamos seguros de volver a encontrar donde llenarlas de nuevo?

—Evidentemente, no.

—Pues entonces, dejemos correr esta agua, que, al descender siguiendo su curso natural, nos servirá de guía, a la par que atemperará nuestra sed.

—¡Muy bien pensado! —exclamé—; y teniendo por compañero a este arroyo, no hay ninguna razón para que nuestros proyectos no obtengan un éxito lisonjero.

—¡Ah, hijo mío! Veo que te vas convenciendo —dijo el profesor, sonriente.

—No me ves convenciendo; estoy convencido ya, tío.

—¡Un instante! Empecemos por tomarnos algunas horas de reposo.

Me había olvidado por completo de que era de noche. El cronómetro se encargó de advertírmelo. Satisfecha la sed y el apetito, no tardamos en sumirnos los tres en un profundo sueño.

CAPÍTULO XXIV

Al día siguiente no nos acordábamos ya de nuestros dolores pasados. Me maravillaba el hecho de no sentir sed, y no se me alcanzaba la causa de este fenómeno. El arroyo que corría a mis pies murmurando, se encargó de explicármelo.

Almorzamos, y bebimos de aquella excelente agua ferruginosa. Me sentí regocijado y decidido a ir muy lejos. ¿Por qué un hombre convencido como mi tío no había de salir airoso de su empresa, con un guía ingenioso, como Hans, y un sobrino decidido, como yo? ¡Ved que bellas ideas brotaren de mi cerebro! Si me hubiesen propuesto regresar a la cima del Sneffels, habría renunciado con indignación.

Pero por fortuna nadie pensaba más que en bajar.

—¡Partamos! —grité despertando con mis entusiastas acentos a los viejos ecos del globo.

Se reanudó la marcha el jueves a las ocho de la mañana. La galería de granito, formando caprichosas sinuosidades, presentaba inesperados recodos simulando la confusión de un laberinto: pero en definitiva, seguía siempre la dirección Sudeste. Mi tío no dejaba de consultar con el mayor cuidado su brújula para poderse dar cuenta del camino recorrido.

La galería se deslizaba casi horizontalmente con un declive de dos pulgadas por toesa, a lo sumo. El arroyo corría murmurando a nuestros pies sin gran celeridad. Lo comparaba yo a algún genio familiar que nos guiase a través de la tierra y acariciaba con mi mano la tibia náyade cuyos cantos acompañaban nuestros pasos. Mi buen humor tomaba espontáneamente un giro mitológico.

Por lo que respecta a mi tío, renegaba de la horizontalidad del camino, cosa que en él no podía llamar la atención, conociendo que era el hombre de los

verticales. Su ruta se alejaba indefinidamente y, en vez de deslizarse a lo largo de un radio terrestre, según su propia expresión, se marchaba por la hipotenusa. Pero no éramos dueños de elegir, y en tanto que nos aproximásemos al centro, por muy poco que fuese, no había derecho a quejarse.

Además, las pendientes se hacían de vez en cuando más rápidas: y entonces, nuestra náyade aceleraba su peso, mugiendo al saltar de roca en roca, y descendíamos con ella a profundidades mayores.

En suma, aquel día y el siguiente avanzamos bastante en el sentido horizontal y relativamente poco en el vertical.

El viernes 10 de julio, por la tarde, debíamos, según nuestros cálculos, encontramos a treinta leguas de Reykiavik, y a una profundidad de diez leguas y media.

Entonces se abrió entre nosotros un pozo bastante imponente. Mi tío no pudo abstenerse de palmotear como un niño, calculando la rapidez de sus pendientes.

—He aquí un pozo —exclamó—, que nos llevará muy lejos, y con facilidad, porque los salientes de las rocas forman una verdadera escalera.

Hans preparó las cuerdas a fin de prevenir todo accidente, y dio principio el descenso, que no me atrevo a calificar de peligroso, porque me encontraba ya familiarizado con este género de ejercicio.

Era este pozo una angosta fenda practicada en el macizo, una de esas grietas conocidas en mineralogía con el nombre de padrastros, producida evidentemente por la contracción de la armadura terrestre; en la época de su enfriamiento. Si en otro tiempo dio pase a las materias eruptivas vomitadas por el Sneffels, no me explico cómo éstas no dejaron en él rastro alguno. Bajábamos por una especie de escalera de caracol que perecía obra de la mano del hombre.

De cuarto en cuarto de hora era preciso detenerse para descansar y devolver la elasticidad a nuestras corvas. Entonces nos sentábamos sobre algún saliente rocoso, con las piernas colgando, conversábamos, mientras hacíamos alguna frugal comida, y apagábamos después nuestra sed en el arroyo.

No es preciso decir que dentro de aquella grieta el Hans-Bach se había convertido en cascada, con detrimento de su volumen; pero aún bastaba con creces a satisfacer nuestra sed. Además, era seguro que cuando se presentasen declives menos pronunciados, recobraría nuevamente su pacífico curso. En aquel momento, me recordaba a mi dignísimo tío, con sus impetuosidades y

cóleras: mientras que, en las pendientes suaves, su calma me hacía pensar en la del cazador islandés.

Los días 6 y 7 de julio seguimos descendiendo por las espirales de la grieta, penetrando dos leguas más en la corteza terrestre, lo que nos colocaba a cinco leguas bajo el nivel del mar. Pero el 5, a eso del mediodía, tomó el pozo una inclinación mucho menos acentuada, de unos 40° aproximadamente, en dirección Sudeste.

El camino se hizo entonces tan fácil como monótono. Era lo natural. Nuestro viaje no podía distinguirse por la variedad del paisaje.

Por fin, el miércoles 15 nos hallábamos a siete leguas bajo tierra y a cincuenta del Sneffels, sobre poco más o menos. Aunque algo fatigados, nuestra salud se conservaba en estado satisfactorio, y aún no había sido preciso estrenar el botiquín de viaje.

Mi tío anotaba cada hora las indicaciones de la brújula, del cronómetro del manómetro y del termómetro, las mismas que ha publicado en la narración científica de su viaje: de suerte que podía fácilmente darse cuenta de su situación. Cuando me dijo que nos hallábamos a una distancia horizontal de cincuenta leguas, no pude reprimir una exclamación.

—¿Qué tienes? —me preguntó.

—Nada; pero me asalta una idea.

—¿Qué idea es esa, hijo mío?

—Que si sus cálculos de usted son exactos, no nos hayamos ya bajo el suelo de Islandia.

—¿Lo crees así?

—Bien fácil es comprobarlo.

Tomé con el compás mis medidas sobre el mapa, y dije en seguida a mi tío:

—No me engañaba, no; hemos rebasado el Cabo Portland, y estas cincuenta leguas caminadas hacia el Sudeste nos sitúan en pleno Océano.

—¡Debajo del Océano! —replicó mi tío—, frotándose las manos.

—De suerte —añadí yo—, que el Océano se extiende sobre nuestras cabezas.

—¿Y qué tiene de extraño? No es ninguna cosa nueva. ¿No hay en Newcastle minas de carbón que avanzan por debajo del agua?

Muy dueño era el profesor de encontrar nuestra situación muy sencilla; pero la idea de pasearme por debajo de la enorme masa líquida me tenía

preocupado. Sin embargo, lo mismo era que gravitasen sobre nuestras cabezas las llanuras y montañas de Islandia o las olas del Atlántico, si el armazón granítico que nos cobijaba era lo bastante sólido. Por lo demás, no tardé en habituarme a esta idea, porque el corredor, unas veces sinuoso, otras recto, tan caprichoso en sus pendientes como en sus revueltas, pero marchando siempre en dirección Sudeste y hundiéndose más cada vez, nos condujo rápidamente a grandes profundidades.

Cuatro días después, el sábado 15 de julio, llegamos por la tarde, a una especie de gruta bastante espaciosa. Mi tío entregó a Hans sus tres rixdales de la semana, y se decidió que el siguiente día fuese de reposo absoluto.

CAPÍTULO XXV

Me desperté, pues, el domingo por la mañana sin la preocupación habitual de tener que emprender inmediatamente la marcha; y por más que esto ocurriese en el más profundo abismo, no dejaba de ser agradable. Por otra parte, ya estábamos habituados a esta existencia de trogloditas. Para nada me acordaba del sol, de la luna, de las estrellas, de los árboles, de las casas, de las ciudades, ni de ninguna de esas superfluidades terrestres que los seres que viven debajo del astro de la noche consideran de imprescindible necesidad. En nuestra calidad de fósiles, nos burlábamos de estas maravillas inútiles.

Formaba la gruta un espacioso salón sobre cuyo pavimento granítico se deslizaba dulcemente el arroyuelo fiel. A aquella distancia, se hallaba el agua a la temperatura ambiente y no había dificultad en beberla.

Después de almorzar, quiso el profesor consagrar algunas horas a ordenar sus anotaciones diarias.

—Ante todo —me dijo—, voy a hacer algunos cálculos, a fin de determinar con toda exactitud nuestra situación; quiero, a nuestro regreso, poder trazar un plano de nuestro viaje, una especie de sección vertical del globo, que señalará el perfil de nuestra expedición.

—Será curiosísimo, tío; pero, ¿tendrán sus observaciones de usted un grado de precisión suficiente?

—Sí. He anotado cuidadosamente los ángulos y las pendientes; estoy seguro de no cometer un error. Vamos a ver, ante todo, dónde estamos. Toma la brújula y observa la dirección que indica. Cogí el indicado instrumento, y después de un examen atento, respondí:

—Este cuarta al Sudeste.

—Bien —dijo el profesor anotando la observación y haciendo algunos cálculos rápidos—. No hay duda: hemos recorrido ochenta y cinco leguas.

—Según eso, caminamos por debajo del Atlántico.

—Exacto.

—Y es muy posible que en los actuales momentos se esté desarrollando sobre nuestras cabezas una tempestad horrible, y que muchos navíos sean juguete de las olas y del viento.

—Perfectamente posible.

—Y que vengan las ballenas a azotar con sus colas formidables las paredes de nuestra prisión.

—Tranquilízate, Axel, que no lograrán quebrantarnos. Empero, prosigamos nuestros cálculos. Nos hallamos al sudeste del Sneffels y a ochenta y cinco leguas de distancia de su base; y, a juzgar por mis notas precedentes, estimo en dieciséis leguas la profundidad alcanzada.

—¡Dieciséis leguas! —exclamé.

—Sin duda de ningún género.

—Pero ése es el máximo límite asignado por la ciencia a la corteza terrestre.

—No trato de negarlo.

—Y aquí, según la ley que rige al aumento del calor, deberíamos tener una temperatura de 1.500°.

—Deberíamos, hijo mío; tú lo has dicho.

—Y todo este granito no podría conservar su estado sólido y estaría en plena fusión.

—Ya ves que no es así y que los hechos, como acontece siempre, vienen a desmentir las teorías.

—No tengo más remedio que convenir en ello; mas no deja de llamarme la atención.

—¿Qué marca el termómetro?

—Veintisiete grados y seis décimas.

—Sólo faltan 1.474 grados y cuatro décimas para que los sabios tengan razón. Queda, pues, establecido que el aumento de la temperatura proporcionalmente a la profundidad es un error. Por consiguiente. Hunfredo Davy no se equivocaba, y yo, por tanto, no hice mal en darle crédito. ¿Qué

tienes que responder?

—Nada.

En realidad habría tenido que decir muchas cosas. Era opuesto a la teoría de Davy, y defensor de la del calor central, aun cuando no sintiese sus efectos. Me inclinaba a creer que aquella chimenea de volcán apagado se hallaba recubierta por las lavas de un forro refractario que impedía que el calor se propagase a través de sus paredes.

Pero sin detenerme a buscar nuevos argumentos, me limité a tomar la situación tal cual era.

—Tío —dije tras una pausa—, no dudo ni un momento de la exactitud de sus cálculos, pero permítame usted que deduzca de ellos una consecuencia rigurosamente exacta.

—Saca todas las consecuencias que quieras.

—En el lugar en que nos encontramos, en la latitud de Islandia, el radio terrestre mide 1.583 leguas aproximadamente, ¿no es cierto?

—Mil quinientas ochenta y tres leguas y un tercio.

—Pongamos en cifras redondas 1.600, de las cuáles hemos andado doce, ¿no es así?

—Así es, en efecto.

Y para esto hemos tenido que recorrer ochenta y cinco en sentido diagonal, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—¿En veinte días, más o menos?

—En veinte días.

—Y como quiera que dieciséis leguas son la centésima parte del radio de la tierra, de continuar así, emplearemos dos mil días, que son cerca de cinco años y medio, en llegar al centro del globo.

El profesor no respondió una palabra.

—Y esto sin contar —proseguí— con que, si para obtener una vertical de dieciséis leguas es preciso recorrer horizontalmente ochenta, tendríamos que caminar nada menos que ocho mil en dirección Sudeste, para alcanzar nuestra meta y, mucho antes de lograrlo, habríamos salido por algún punto a la superficie.

—¡Vete al diablo con tus cálculos! —replicó mi tío con un movimiento de cólera—. ¡Al infierno tus teorías! ¿Sobre qué base descansan? ¿Quién te dice

que esta galería no va directamente a nuestra meta? Yo tengo a mi favor un precedente, y es que, lo que quiero hacer, otro lo ha hecho primero: y si el éxito coronó sus esfuerzos, de esperar es que premie también los míos.

—Así lo espero y deseo; pero, en fin, ¿me estará permitido…?

—Te está permitido callarte, y no desbarrar de esa suerte.

Comprendí que el terrible profesor amenazaba mostrarse bajo la piel del pariente, y hube de ponerme en guardia.

—Ahora, consulta el manómetro —añadió mi tío—. ¿Qué marca?

—Una presión considerable.

—Bien. Ya ves cómo, bajando lentamente, nos vamos acostumbrando poco a poco a la densidad de esta atmósfera, y no experimentamos molestias.

—Excepción hecha de algunos dolores de oídos.

—Eso no es nada, y fácilmente harás desaparecer ese malestar poniendo en comunicación rápida el aire exterior con el contenido en tus pulmones.

—Perfectamente —respondí, decidido a no contrariar a mi tío. Hasta se experimenta un verdadero placer en sentirse sumergido en esta atmósfera más densa. ¿Ha observado usted con qué intensidad se propagan en ella los sonidos?

—Un sordo acabaría aquí por oír perfectamente.

—¿Pero esta densidad seguirá aumentando?

—Sí, siguiendo una ley no muy bien determinada; es verdad que la intensidad de la gravedad perecerá a medida que bajemos. Ya sabes que en la misma superficie de la tierra es en donde su acción se deja sentir con más fuerza, y que en el centro del globo los objetos carecen de peso.

—Lo sé; pero, dígame usted, este aire, ¿no acabará por adquirir la densidad del agua?

—Sin duda, bajo una presión de setecientas diez atmósferas.

—¿Y más abajo?

—Más abajo, esta densidad será mayor todavía.

—¿Y cómo bajaremos entonces?

—Llenándonos de piedras los bolsillos.

—A fe, tío, que tiene usted respuesta para todo.

No me atreví a avanzar más en el campo de las hipótesis, porque hubiera tropezado con alguna otra imposibilidad que habría hecho dar un salto al

profesor.

Era, sin embargo, evidente que el aire, bajo una presión que podía llegar a ser de millares de atmósferas, acabaría por solidificarse, y entonces, aun dando de barato que hubiesen resistido nuestros cuerpos, sería necesario detenerse a pesar de todos los razonamientos del mundo.

Pero no hice valer este argumento, pues mi tío me hubiera en seguida sacado a colación a su eterno Saknussemm, precedente sin valor, porque, aun suponiendo que fuese cierto su viaje, siempre podría responderse que, no habiéndose inventado el barómetro ni el manómetro en el siglo XVI, ¿cómo pudo determinar este sabio islandés su llegada al centro del globo?

Mas guardé para mí esta objeción, y resolví esperar los acontecimientos.

El resto de la jornada transcurrió en conversaciones y cálculos, mostrándome siempre conforme con el parecer del profesor, y envidiando la perfecta indiferencia de Hans, que, sin meterse a buscar las causas de los efectos, marchaba ciegamente por donde le llevaba el destino.

CAPÍTULO XXVI

Preciso es confesar que hasta entonces todo había marchado bien, no existiendo el menor motivo de queja. Si las dificultades no aumentaban, era seguro que alcanzaríamos nuestro objeto. ¡Qué gloria para todos en el caso afortunado! ¡Ya me iba habituando a raciocinar por el sistema Lidenbrock! ¿Sería debido al extraño medio en que vivía? ¡Quién sabe!

Durante algunos días, pendientes mucho más rápidas, algunas de ellas de aterrador declive, nos internaron profundamente en el macizo de granito llegando algunas jornadas a avanzar legua y media o dos leguas hacia el centro. En algunas bajadas peligrosas, la destreza de Hans y su maravillosa sangre fría nos fueron de utilidad suma. El flemático islandés se sacrificaba con una indiferencia incomprensible, y, gracias a él, franqueamos más de un paso difícil del cual no habríamos salido nosotros solos.

Su mutismo aumentaba de un día en otro, y hasta creo que nos contagiaba a nosotros. Los objetos exteriores ejercen una acción real sobre el cerebro. El que se encierra entre cuatro paredes acaba por perder la facultad de asociar las ideas y las palabras. ¡Cuántos presos encerrados en estrechos calabozos se han vuelto imbéciles o locos por la imposibilidad de ejercitar las facultades mentales!

Durante las dos semanas que siguieron a nuestra última conversación no

ocurrió ningún incidente digno de ser mencionado. No encuentro en ninguna memoria más que un solo acontecimiento de suma gravedad, cuyos más insignificantes detalles me sería imposible olvidar.

El 7 de agosto, nuestros sucesivos descensos nos habían conducido a una profundidad de treinta leguas; es decir, que teníamos sobre nuestras cabezas treinta leguas de rocas, de mares, de continentes y de ciudades. Debíamos, a la sazón, encontrarnos a doscientas leguas de Islandia.

Aquel día seguía el túnel un plano poco inclinado.

Yo marchaba delante; mi tío llevaba uno de los aparatos Ruhmhorff, y yo el otro, y con él me entretenía en examinar las capas de granito.

De repente, al volverme, vi que me encontraba solo.

—Bueno —dije para mí—, he caminado demasiado de prisa, o tal vez sea que el profesor y Hans se han detenido en algún sitio. Voy a reunirme con ellos. Afortunadamente, el camino no tiene aquí mucho declive.

Volví a desandar lo andado. Caminé durante un cuarto de hora sin encontrar a nadie. Llamé, y no me respondieron, perdiéndose mi voz en medio de los cavernosos ecos que ella misma despertaba.

Empecé a sentir inquietud. Un fuerte escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¡Calma! —me dije en voz alta—. Tengo la seguridad de encontrar a mis compañeros. ¡No hay más que un solo camino! Y puesto que me había adelantado, procede retroceder.

Subí por espacio de media hora, escuchando atentamente si me llamaban, que de bien lejos se oía en aquella atmósfera tan densa. Un silencio extraordinario reinaba en la inmensa galería.

Me detuve sin atreverme a creer en mi aislamiento. Deseaba estar extraviado, no perdido. Extraviado, aún pueden encontrarle a uno.

—Veamos —repetía—; puesto que no existe más que un camino, que es el mismo que siguen ellos, por fuerza he de encontrarlos. Bastará con seguir retrocediendo. Al menos que, no viéndome, y olvidando que yo les precedía, se les haya ocurrido la idea de retroceder… Pero aun en este caso, apresurando el paso, me reuniré con ellos. ¡Es evidente!

Y repetía las últimas palabras como si no estuviera realmente convencido. Por otra parte, para asociar estas ideas tan sencillas y darles la forma de un raciocinio, tuve que emplear mucho tiempo.

Entonces me asaltó una duda. ¿Iba yo por delante de ellos? Ciertamente. Me seguía Hans, precediendo a mi tío. Hasta recordaba que se había detenido unos instantes, para asegurarse sobre las espaldas el fardo. Entonces debí

proseguir solo el camino, separándome de ellos.

—Además —pensaba yo—, tengo un medio seguro de no extraviarme, un hilo que me guíe en este laberinto, y que no puede romperse: este hilo es mi fiel arroyo. Bastará que remonte su curso para dar con las huellas de mis compañeros.

Este razonamiento me infundió nuevos bríos, y resolví reanudar mi marcha ascendente sin pérdida de momento.

¡Cómo bendije entonces la previsión de mi tío, impidiendo que el cazador taponase el orificio practicado en la pared de granito! De esta suerte, aquel bienhechor manantial, después de satisfacer nuestra sed durante todo el camino, iba a guiarme ahora a través de las sinuosidades de la corteza terrestre.

Antes de ponerme en marcha, pensé que una ablución me haría provecho.

Me agaché para sumergir mi frente en el agua del Hans-Bach, y, ¡júzguese de mi estupor! En vez del agua tibia y cristalino, encontraron mis dedos un suelo seco y áspero.

¡El arroyo no corría ya a mis pies!

CAPÍTULO XXVII

Imposible pintar mi desesperación. No hay palabras en ningún idioma del mundo para expresar mis sentimientos. Me hallaba enterrado vivo, con la perspectiva de morir de hambre y de sed.

Maquinalmente, paseé por el suelo mis manos calenturientas. ¡Qué seca me pareció aquella roca!

Pero, ¿cómo había abandonado el curso del riachuelo? Porque la verdad era que el arroyo no estaba allí. Entonces comprendí la razón de aquel silencio extraño, cuando escuché la vez última con la esperanza de que a mis oídos llegase la voz de alguno de ellos. Al internarme por aquel falso camino, no había notado la ausencia del arroyuelo. Resultaba evidente que, en un cierto momento, el túnel se había bifurcado, y, mientras el Hans-Bach, obedeciendo los caprichosos mandatos de otra pendiente, había proseguido su ruta hacia profundidades desconocidas, en unión de mis compañeros, yo me había internado solo en la galería en que me hallaba.

¿Cómo regresar nuevamente al punto de partida? No había huellas, ni mis pies las dejaban grabadas en aquel suelo de granito. Me devanaba los sesos

buscando una solución a tan irresoluble problema. Mi situación se resumía en una sola palabra: ¡Perdido!

¡Sí! ¡Perdido a una profundidad que me parecía inmensurable! ¡Aquellas treinta leguas de corteza terrestre gravitaban sobre mis espaldas con un peso terrible! Me sentía aplastado.

Traté de guiar mis ideas hacia las cosas de la tierra pero apenas si pude conseguirlo. Hamburgo, la casa de la König-strasse, mi pobre Graüben, todo aquel mundo bajo el cual me encontraba perdido desfiló rápidamente por delante de mi imaginación enloquecida. En mi alucinación, volví a ver los incidentes del viaje, la travesía del Atlántico, Islandia, el señor Fridriksson, el Sneffels. Pensé que si, en mi situación, aún conservaba una sombra de esperanza, sería signo evidente de locura, y que era preferible, por tanto, desesperar del todo.

En efecto, ¿qué poder humano podría conducirme de nuevo a la superficie de la tierra, y abrir las enormes bóvedas que sobre mi cabeza se cerraban? ¿Quién podría señalarme el buen camino y reunirme a mis compañeros?

—¡Oh tío! —exclamé con desesperado acento.

Esta fue la única palabra de reproche que se escapó de mis labios; porque comprendí que el pobre hombre debía padecer también buscándome sin descanso.

Cuando me vi, de esta suerte, lejos de todo socorro humano, incapaz de intentar nada para lograr mi salvación, pensé en la ayuda del Cielo. Los recuerdos de la infancia, los de mi madre, a quien sólo conocí en la época de las caricias, acudieron a mi memoria. Recurrí a la oración, por derechos que tuviese a ser escuchado por Dios, de quien me acordaba tan tarde, y le imploré con fervor.

Aquella invocación a la Providencia me devolvió algo la calma y pude llamar en mi auxilio a todas las energías de mi inteligencia.

Tenía víveres para tres días y mi calabaza estaba llena de agua. Sin embargo, no podía permanecer más de este tiempo solo. Ahora se presentaba otro problema: ¿debería descender o subir?

¡Subir sin duda alguna! ¡Subir sin descansar!

De este modo, debía necesariamente llegar al punto donde me había separado del arroyo; a la funesta bifurcación. Una vez en aquel sitio, una vez que tropezase con las aguas del Hans-Bach, bien podía regresar a la cumbre del Sneffels.

¡Cómo no se me había ocurrido esto antes! Había evidentemente una probabilidad de salvación. Lo más apremiante era, pues, volver a encontrar el

cauce de las aguas.

Me levanté decidido, y, apoyándome en mi bastón herrado, empecé a subir la pendiente de la galería, que era bastante rápida. Caminaba lleno de esperanza y sin titubear, toda vez que no había otro camino que elegir.

Por espacio de media hora no me detuvo obstáculo alguno. Trataba de reconocer el camino por la forma del túnel, por los picos salientes de las rocas, por la disposición de las fragosidades: pero ninguna señal especial me llamó la atención, y pronto me convencí de que aquella galería no podía conducirme a la bifurcación. Era un callejón sin salida, y, al llegar a su extremidad, tropecé contra un muro impenetrable y caí sobre la roca.

Imposible expresar el espanto, la desesperación que se apoderó de mí entonces. Mi postrera esperanza acababa de estrellarse contra aquella muralla de granito, dejándome anonadado.

Perdido en aquel laberinto cuyas sinuosidades se cruzaban en todos sentidos, era inútil volver a intentar una evasión imposible. ¡Era preciso morir de la más espantosa de las muertes! Y, cosa extraña, pensé que si se encontraba algún día mi cuerpo en estado fósil, su aparición en las entrañas de la tierra, a treinta leguas de su superficie, suscitaría graves cuestiones científicas.

Quise hablar en alta voz, pero sólo enronquecidos acentos salieron de mis labios ardorosos. Jadeaba.

En medio de mis angustias, vino un nuevo terror a apoderarse de mi espíritu. Mi lámpara, en mi caída, se había estropeado, y no tenía manera de repararla. Su luz palidecía por momentos e iba a faltarme del todo.

Veía debilitarse la corriente luminosa dentro del serpentín del aparato. Una procesión fatídica de sombras movedizas se desfiló a lo largo de las obscuras paredes, y no me atreví ni a pestañear, temiendo perder el menor átomo de la fugitiva claridad. Por instantes creía se iba a extinguir y que la obscuridad me circundaba.

Por fin lució en la lámpara un último resplandor. Lo seguí, lo aspiré con la mirada, reconcentré sobre él todo el poder de mis ojos, cual si fuese la última sensación de luz que les fuera dado gozar, y quedé sumergido en las más espantosas tinieblas.

¡Qué grito tan terrible se escapó de mi pecho! Sobre la superficie de la tierra, en las noches más tenebrosas, la luz no abandona jamás sus derechos por completo; se difunde, se sutiliza, pero, por poca que quede, acaba por percibirla la retina. Allí, nada. La obscuridad absoluta hacía de mí un ciego en toda la acepción de la palabra.

Entonces perdí la cabeza. Me levanté con los brazos extendidos hacia delante, buscando a tientas y dando traspiés dolorosos; eché a huir precipitadamente, caminando al azar por aquel intrincado laberinto, descendiendo siempre, corriendo a través de la corteza terrestre como un habitante de las grietas subterráneas, llamando, gritando, aullando, magullado bien pronto por los salientes de las rocas, cayendo y levantándome ensangrentado, procurando beber la sangre que me inundaba el rostro, y esperando siempre que mi cabeza estallase al chocar con cualquier obstáculo imprevisto.

¿Adónde me condujo aquella carrera insensata? No lo he sabido jamás. Al cabo de varias horas, agotado sin duda por completo, me desplomé como uno masa inerte a lo largo de la pared, y perdí toda noción de la existencia.

CAPÍTULO XXVIII

Cuando volví a la vida, mi rostro estaba mojado, pero mojado de lágrimas. No sabría decir cuánto duró este estado de insensibilidad, puesto que ya no tenía medio de darme cuenta del tiempo. Jamás soledad alguna fue semejante a la mía: nunca hubo abandono tan completo.

Desde el momento de mi caída había perdido gran cantidad de sangre. Me sentía inundado. ¡Ah! ¡Cuánto lamenté no estar ya muerto y tener aún que pasar por este amargo trance! Sin ánimos para reflexionar, rechacé todas las ideas que acudían a mi cerebro y, vencido por el dolor, rodé hasta la pared opuesta.

Sentía ya que me iba a desvanecer nuevamente, y que el aniquilamiento supremo se me apoderaba, cuando llegó hasta mí un violento ruido semejante al retumbar prolongado del trueno: y oí las ondas sonoras perderse poco a poco en las lejanas profundidades del abismo.

¿De dónde procedía aquel ruido? Sin duda de algún fenómeno que estaba verificándose en el seno del gran macizo terrestre. Tal vez la explosión de un gas o la caída de algún poderoso sustentáculo del globo.

Volví a escuchar, deseoso de cerciorarme de si se repetía aquel ruido Pasó un cuarto de hora. Era tan profundo el silencio que reinaba en el subterráneo, que hasta los latidos de mi corazón oía.

De repente, mi oído, que por casualidad apliqué a pared, creyó sorprender palabras vagas, ininteligibles, remotas, que me hicieron estremecer.

«Es una alucinación» pensé yo.

Pero, no. Escuchando con mayor atención, oí realmente un murmullo de voces, aunque mi debilidad no me permitiese entender lo que me decía. Hablaban, sin embargo no me cabía duda.

Temí por un instante que las palabras de aquellos no fuesen las mismas mías, devueltas por el eco. ¿Habría yo gritado sin saberlo? Cerré con fuerza los labios y apliqué nuevamente a la pared el oído.

—Sí, no cabe duda; ¡hablan! ¡hablan! —murmuré.

Avancé algunos pies más a lo largo de la pared y oí más distintamente. Llegué a oír palabras inciertas, incomprensibles, extrañas, que llegaban a mí como pronunciadas en voz baja, como cuchicheadas, por decirlo así. Oí repetir varias veces la voz, förlorad con acento de dolor.

¿Cuál era su significado? ¿Quién la pronunciaba? Mi tío o Hans, sin duda alguna. Pero, evidentemente, si yo los oía, ellos también podrían oírme a mí.

—¡Socorro! —grité, con todas mis energías—. ¡Socorro!

Escuché, esperé en la sombra una respuesta, un grito, un suspiro: mas nada logré oír. Transcurrieron algunos minutos. Todo un mundo de ideas había germinado en mi mente. Pensé que mi voz debilitada no podría llegar hasta mis compañeros.

—Porque son ellos, no hoy duda —me decía—. ¿Qué otros hombres habrían descendido a treinta leguas debajo de la superficie del globo?

Me puse otra vez a escuchar. Al pasear el oído a lo largo de la pared, hallé un punto matemático donde las voces parecían adquirir su máximo intensidad. La palabra förlorad volvió a sonar en mi oído, y oí después aquel fragor de trueno que me había sacado de mi aletargamiento.

—No —me dije—; estas voces no se oyen a través de la pared. Su estructura granítica no se dejaría atravesar por la más fuerte detonación. Este ruido llega a lo largo de la misma galería. Preciso es que exista en ella un efecto de acústica especial.

Escuché nuevamente, y lo que es esta vez ¡oh, sí! ¡esta vez oí mi nombre claramente pronunciado!

¿Era mi tío quien lo pronunciaba? Hablaba con el guía y la palabra förlorad era una voz danesa.

Entonces me lo expliqué todo. Para hacerme oír era preciso que hablase a lo largo de aquella pared que transmitiría mi voz como un hilo conduce la electricidad.

No había tiempo que perder. Si mis compañeros se alejaban algunos pasos, el fenómeno acústico quedaría destruido. Me aproximé, pues, a la pared y

pronuncié estas palabras con la mayor claridad posible:

—¡Tío Lidenbrock!

Y esperé presa de la mayor ansiedad.

El sonido no se propaga con una rapidez excesiva. La densidad de las capas de aire aumenta su intensidad, pero no su velocidad de propagación.

Transcurrieron algunos segundos, que me parecieron siglos, y, al fin, llegaron a mi oído estas palabras:

—¡Axel! ¡Axel! ¿Eres tú?

—¡Sí! ¡Sí! —le respondí.

—¡Pobre hijo mío! ¿Dónde estás?

—¡Perdido en la obscuridad más profunda!

—Pues, ¿y la lámpara?

—Apagada.

—¿Y el arroyo?

—Ha desaparecido.

—¡Pobre Axel! ¡Ármate de valor!

—Espérese usted un poco: estoy completamente agotado y no me quedan fuerzas para articular las palabras: mas no deje usted de hablarme.

—Valor —prosiguió mi tío—: no hables, escúchame. Te hemos buscado subiendo y bajando la galería, sin que hayamos podido dar contigo. ¡Ah, cuánto he llorado, hijo mío! Por fin, suponiendo que te encontrarías al lado del Hans-Bach, hemos remontado su curso disparando nuestros fusiles. En el momento actual, si, por un efecto de acústica, nuestras voces pueden oírse, nuestras manos no pueden estrecharse. Pero no te desesperes, Axel, que ya tenemos mucho adelantado con habernos puesto al habla.

Durante este tiempo, yo había reflexionado, y una cierta esperanza, vaga aún, renacía en mi corazón. Ante todo, me importaba conocer una cosa; aproximé mis labios a la pared y dije:

—¡Tío!

—¿Qué quieres, hijo mío? —me contestó al cabo de algunos instantes.

—Es preciso saber, ante todo, qué distancia nos separa.

—Eso es bastante fácil.

—¿Tiene usted su cronómetro?

—Sí.

—Pues bien, tómelo en la mano, y pronuncie usted mi nombre, anotando con toda exactitud el momento en que lo pronuncie. Yo lo repetiré, y usted anota asimismo el instante preciso en que oiga mi respuesta.

—Me parece muy bien. De este modo, la mitad del tiempo que transcurra entre mi pregunta y tu respuesta será el que mi voz emplea para llegar hasta ti.

—Eso es, tío.

—¿Estás listo?

—Sí.

—Pues bien, mucho cuidado, que voy a pronunciar tu nombre.

Apliqué el oído a la pared, y tan pronto como oí la palabra «Axel» repetí a mi vez, «Axel», y esperé.

—Cuarenta segundos —dijo entonces mi tío—; han transcurrido cuarenta segundos entre las dos palabras, de suerte que el sonido emplea veinte segundos para recorrer la distancia que nos separa. Calculando ahora a razón de 1.020 pies por segundo, resultan 20.400 pies, o sea, legua y media y un octavo.

—¡Legua y media! —murmuré.

—No es difícil salvar esa distancia, Axel.

—Pero, ¿debo marchar hacia arriba o hacia abajo?

—Hacia abajo: voy a explicarte por qué. Hemos llegado a una espaciosa gruta a la cual van a dar gran número de galerías. La que has seguido tú no tiene más remedio que conducirte a ella, porque parece que todas estas fendas, todas estas fracturas del globo convergen hacia la inmensa caverna donde estamos. Levántate, pues, y emprende de nuevo el camino; marcha, arrástrate, si es preciso, deslízate por las pendientes rápidas, que nuestros brazos te esperan para recibirte al final de tu viaje. ¡En marcha, pues, hijo mío! ¡ten ánimo y confianza!

Estas palabras me reanimaron.

—Adiós, tío —exclamé—: parto inmediatamente. En el momento en que abandone este sitio, nuestras voces dejarán de oírse. ¡Adiós, pues!

—¡Hasta la vista, Axel! ¡Hasta la vista!

Tales fueron las últimas palabras que oí.

Esta sorprendente conversación, sostenida a través de la masa terrestre, a más de una legua de distancia, terminó con estas palabras de esperanza, y di

gracias a Dios por haberme conducido, por entre aquellas inmensidades tenebrosas, al único punto tal vez en que podía llegar hasta mí la voz de mis compañeros.

Este sorprendente efecto de acústica se explicaba fácilmente por las solas leyes físicas; provenía de la forma del corredor y de la conductibilidad de la roca; existen muchos ejemplos de la propagación de sonidos que no se perciben en los espacios intermedios. Recuerdo varios lugares donde ha sido observado este fenómeno, pudiendo citar, entre otros, la galería interior de la cúpula de la catedral de San Pablo, de Londres, y, sobre todo, en medio de esas maravillosas cavernas de Sicilia, de esas latomías situadas cerca de Siracusa, la más notable de las cuales es la denominada la Oreja de Dionisio.

Todos estos recuerdos acudieron entonces a mi mente, y vi con claridad que, supuesto que la voz de mi tío llegaba hasta mí, no existía ningún obstáculo entre ambos. Siguiendo idéntico camino que el sonido, debía lógicamente llegar lo mismo que él, si antes no me faltaban las fuerzas.

Me levanté, pues, y comencé más bien a arrastrarme que a andar. La pendiente era bastante rápida y me dejé resbalar por ella.

Pero pronto la velocidad de mi descenso creció en proporción espantosa. Aquello simulaba más bien una caída, y yo carecía de fuerzas para detenerme.

De repente, el terreno faltó bajo mis pies, y me sentí caer, rebotando sobre las asperezas de una galería vertical, de un verdadero pozo: mi cabeza chocó contra una roca aguda, y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO XXIX

Cuando volví en mí, me encontré en una semioscuridad, tendido sobre unas mantas. Mi tío velaba, espiando sobre mi rostro un resto de existencia. A mi primer suspiro, me estrechó la mano: a mi primera mirada, lanzó un grito de júbilo.

—¡Vive! ¡Vive! —exclamó.

—Sí —respondí con voz débil.

—¡Hijo mío! —dijo abrazándome—, ¡te has salvado!

Me conmovió vivamente el acento con que pronunció estas palabras, y aun me impresionaron más los asiduos cuidados que hubo de prodigarme. Era preciso llegar a tales trances para provocar en el profesor semejantes expansiones de afecto.

En aquel momento llegó Hans: y, al ver mi mano entre las de mi tío, me atreveré a afirmar que sus ojos delataron una viva satisfacción interior.

—God dag —dijo.

—Buenos días, Hans, buenos días —murmuré—. Y ahora, tío, dígame usted dónde nos encontramos en este momento.

—Mañana, Axel, mañana. Hoy estás demasiado débil aún; te he llenado la cabeza de compresas y no conviene que se corran: duerme, pues, hijo mío; mañana lo sabrás todo.

—Pero dígame usted, por lo menos, qué día y qué hora tenemos.

—Son las once de la noche del domingo 9 de agosto, y no te permito que me interrogues de nuevo antes del día 10 de este mes.

La verdad es que estaba muy débil, y mis ojos se cerraban involuntariamente. Necesitaba una noche de reposo, y, convencido de ello, me adormecí pensando en que mi aislamiento había durado nada menos que cuatro días.

—A la mañana siguiente, cuando me desperté, paseé a mi alrededor la mirada. Mi lecho, formado con todas las mantas de que se disponía, se hallaba instalado en una gruta preciosa, ornamentada de magníficas estalagmitas, y cuyo suelo se hallaba recubierto de finísima arena. Reinaba en ella una semioscuridad. A pesar de no haber ninguna lámpara ni antorcha encendida, penetraban, sin embargo, en la gruta, por una estrecha abertura, ciertos inexplicables fulgores procedentes del exterior. Oía, además, un murmullo indefinido y vago, semejante al que producen las olas al reventar en la playa, y a veces percibía también algo así como el silbido del viento.

Me preguntaba a mí mismo si estaría bien despierto, si no soñaría aún, si mi cerebro percibiría sonidos puramente imaginarios, efecto de los golpes recibidos en la caída. Sin embargo, ni mis ojos ni mis oídos podían engañarse hasta tal extremo.

«Es un rayo de luz» pensé, «que penetra por esa fenda de la roca. Tampoco cabe duda de que esos ruidos que escucho son efectivamente mugidos de las olas y silbidos de los vientos. ¿Se engañan mis sentidos, o es que hemos regresado a la superficie de la tierra? ¿Ha renunciado mi tío a su expedición o la ha terminado felizmente?».

Me devanaba los sesos pensando en todo esto, cuando penetró mi tío.

—Muy buenos días, Axel —me dijo alegremente—. Apostaría cualquier cosa a que te sientes bien.

—Perfectamente —contesté, incorporándome sobre mi duro lecho.

—Así tenía que ocurrir, porque has dormido mucho, un sueño muy tranquilo. Hans y yo hemos velado alternativamente, y hemos visto progresar tu curación de un modo bien sensible.

—Así es, efectivamente; me siento ya repuesto del todo, y la prueba de ello es que sabré hacer los honores al almuerzo que tenga usted a bien servirme.

—Almorzarás, hijo mío, puesto que no tienes fiebre. Hans ha frotado tus heridas con no sé qué maravilloso ungüento cuyo secreto poseen los islandeses, y se han cicatrizado con una rapidez prodigiosa. ¡Nuestro guía no tiene precio!

Mientras hablaba, me iba presentando alimentos que yo devoraba, y, entretanto, no cesaba de hacerle preguntas, a las que respondía con suma amabilidad.

Supe entonces que mi providencial caída me había conducido a la extremidad de una galería casi perpendicular, y, como había llegado en medio de un torrente de piedras, la menor de las cuáles hubiera bastado para aplastarme, había que deducir que una parte del macizo se había deslizado conmigo. Este espantoso vehículo me transportó de esta suerte hasta los mismos brazos de mi tío, en los cuales caí ensangrentado y exánime.

—En verdad que es asombroso que no te hayas matado mil veces —me dijo el profesor—. Pero, por amor de Dios, no nos separemos más, pues nos expondríamos a no volvernos a ver nunca.

¡Qué no nos separásemos más! Pero, ¿no había terminado el viaje? Y al hacerme esta pregunta, abrí desmesuradamente los ojos, en los cuáles se retrató el espanto; y, observado por mi tío, me preguntó:

—¿Qué tienes Axel?

—Tengo que hacerle a usted una pregunta. ¿Dice usted que estoy sano y salvo?

—Sin duda de ningún género.

—¿Tengo todos mis miembros intactos?

—Ciertamente.

—¿Y la cabeza?

—La cabeza, aunque con algunas contusiones, la tienes sobre los hombros en el más perfecto estado.

—Pues bien, tengo miedo de que mi cerebro no funcione como es debido.

—¿Por qué?

—¿No hemos vuelto a la superficie del globo?

—No, ciertamente.

Entonces, necesariamente estoy loco, porque veo la luz del día y oigo el ruido del viento que sopla y del mar que revienta en la playa.

—Si sólo se trata de eso…

—¿Me lo explicará usted?

—¿Cómo he de explicarte yo lo que es inexplicable? Pero ya lo verás con tus ojos y comprenderás entonces que la ciencia geológica no ha pronunciado aún su última palabra.

—Salgamos, pues —exclamé, levantándome bruscamente.

—¡No, Axel, no! El aire libre podría perjudicarte.

—¿El aire libre?

—Sí. Hace demasiado viento, y no quiero que te expongas de este modo.

—¡Pero si le aseguro a usted que me encuentro perfectamente!

—Un poco de paciencia, hijo mío. Una recaída podría retrasarnos mucho, y no es cosa de perder tiempo, porque la travesía puede ser larga.

—¿La travesía?

—Sí, sí. Descansa aún todo el día de hoy, y nos embarcaremos mañana.

—¡Embarcarnos!

Esta última palabra me hizo dar un gran salto.

¡Cómo! ¡Embarcamos! ¿Teníamos por ventura algún río, algún lago o algún mar a nuestra disposición? ¿Había fondeado un buque en algún puerto interior?

Mi curiosidad se excitó de una manera asombrosa. En vano trató mi tío de retenerme en el lecho: cuando se convenció de que mi impaciencia me sería más perjudicial que la satisfacción de mis deseos, se decidió a ceder.

Me vestí rápidamente, y, para mayor precaución, me envolví en una manta y salí de la gruta en seguida.

CAPÍTULO XXX

Al principio no vi nada. Acostumbrados mis ojos a la obscuridad, se

cerraron bruscamente al recibir la luz. Cuando pude abrirlos de nuevo, me quedé más estupefacto que maravillado.

—¡El mar! —exclamé.

—Sí —respondió mi tío—, el mar de Lidenbrock. Y me vanaglorio al pensar que ningún navegante me disputará el honor de haberlo descubierto ni el derecho de darle mi nombre.

Una vasta extensión de agua, el principio de un lago o de un océano, se prolongaba más allá del horizonte visible. La orilla, sumamente escabrosa, ofrecía a las últimas ondulaciones de las olas que reventaban en ella, una arena fina, dorada, sembrada de esos pequeños caparazones donde vivieron los primeros seres de la creación. Las olas se rompían contra ella con ese murmullo sonoro peculiar de los grandes espacios cerrados, produciendo una espuma liviana que, arrastrada por un viento moderado, me salpicaba la cara. Sobre aquella playa ligeramente inclinada, a cien toesas, aproximadamente de la orilla del agua, venían a morir los contrafuertes de enormes rocas que, ensanchándose, se elevaban a una altura tremenda. Algunos de estos peñascos, cortando la playa con sus agudas aristas, formando cabos y promontorios que las olas carcomían. Más lejos, se perfilaba con gran claridad su enorme mole sobre el fondo brumoso del horizonte.

Era un verdadero océano, con el caprichoso contorno de sus playas terrestres, pero desierto y de un aspecto espantosamente salvaje.

Mis miradas podían pasearse a lo lejos sobre aquel mar gracias a una claridad especial que iluminaba los menores detalles.

No era la luz del sol con sus haces brillantes y la espléndida irradiación de sus rayos ni la claridad vaga y pálida del astro de la noche, que es sólo una reflexión sin calor. No. El poder iluminador de aquella luz, su difusión temblorosa, su blancura clara y seca, la escasa elevación de su temperatura, su brillo superior en realidad al de la luna, acusaban evidentemente un origen puramente eléctrico. Era una especie de aurora boreal, un fenómeno cósmico continuo que alumbraba aquella caverna capaz de albergar en su interior un océano.

La bóveda suspendida encima de mi cabeza, el cielo, si se quiere, parecía formado por grandes nubes, vapores movedizos que cambiaban continuamente de forma y que, por efecto de las condensaciones, deberían convertirse en determinados días, en lluvias torrenciales. Creía yo que, bajo una presión atmosférica tan grande, era imposible la evaporación del agua; pero, en virtud de alguna ley física que ignoraba, gruesas nubes cruzaban el aire. Esto no obstante, el tiempo estaba bueno. Las corrientes eléctricas producían sorprendentes juegos de luz sobre las nubes más elevadas: se dibujaban vivas

sombras en sus bóvedas inferiores, y, a menudo, entre dos masas separadas, se deslizabas hasta nosotros un rayo de luz de notable intensidad. Pero nada de aquello provenía del sol, puesto que su luz era fría. El efecto era triste y soberanamente melancólico. En vez de un cielo tachonado de estrellas, adivinaba por encima de aquellos nubarrones una bóveda de granito que me oprimía con su peso, y todo aquel espacio, por muy grande que fuese, no hubiera bastado para una evolución del menos ambicioso de todos los satélites.

Entonces recordé aquella teoría de un capitán inglés que comparaba a la tierra con una vasta esfera hueca, en el interior de la cual el aire se mantenía luminoso por efecto de su presión, mientras dos astros, Plutón y Proserpina, describían en ella sus misteriosas órbitas. ¿Habría dicho la verdad?

Estábamos realmente aprisionados en una enorme excavación, cuya anchura no podía saberse exactamente, toda vez que la playa se dilataba hasta perderse de vista, ni su longitud tampoco, pues la vista no tardaba en quedar detenida por la línea algo indecisa del horizonte. Por lo que respecta a su altura, debía ser de varias leguas.

¿Dónde se apoyaba esta bóveda sobre sus contrafuertes de granito? La vista no alcanzaba a verlo; pero había algunas nubes suspendidas en la atmósfera cuya elevación podía ser estimada en dos mil toesas, altitud superior a la de los vapores terrestres y debida, sin duda, a la considerable densidad del aire.

La palabra caverna evidentemente no expresa bien mi pensamiento para describir este inmenso espacio; pero los vocablos del lenguaje humano no son suficientes para los que se aventuran en los abismos del globo.

No tenía, por otra parte, noticia de ningún hecho geológico que pudiera explicar la existencia de semejante excavación. ¿Habría podido producirla el enfriamiento de la masa terrestre? Conocía perfectamente, por los relatos de los viajeros, ciertas cavernas célebres: pero ninguna de ellas tenía semejantes dimensiones.

Si bien es cierto que la gruta de Guachara, en Colombia, visitada por el señor de Humboldt, no había revelado el secreto de su profundidad al sabio que la reconoció en una longitud de 2.500 pies, no es verosímil que se extendiese mucho más allá. La inmensa caverna del Mammouth, en Kentucky, ofrecía proporciones gigantescas. Toda vez que su bóveda se elevaba 500 pies sobre un lago insondable, y que algunos viajeros la recorrieron en una extensión de más de diez leguas sin encontrarle el fin. Pero, ¿qué eran estas cavidades comparadas con la que entonces admiraban mis ojos, con su cielo de vapores, sus irradiaciones eléctricas y un vasto mar encerrado entre sus flancos? Mi imaginación se sentía anonadada ante aquella inmensidad.

Yo contemplaba en silencio todas estas maravillas. Me faltaban las palabras para manifestar mis sensaciones. Creía hallarme transportado a algún planeta remoto, a Neptuno o Urano, por ejemplo, y que en él presenciaba fenómenos de los que mi naturaleza terrenal no tenía noción alguna.

Mis nuevas sensaciones requerían palabras nuevas, y mi imaginación no me las suministraba. Lo contemplaba todo con muda admiración no exenta de cierto terror.

Lo imprevisto de aquel espectáculo había devuelto a mi rostro su color saludable: me encontraba en vías de combatir mi enfermedad por medio del terror y de lograr mi curación por medio de esta nueva terapéutica. Por otra parte, la viveza de aquel aire tan denso me reanimaba, suministrando más oxígeno a mis pulmones.

Se comprenderá fácilmente que, después de un encarcelamiento de cuarenta y siete días en una estrecha galería, era un goce infinito el aspirar aquella brisa cargada de húmedas entonaciones salinas.

No tuve, pues, motivo para arrepentirme de haber abandonado la obscuridad de mi gruta. Mi tío, acostumbrado ya a aquellas maravillas, no daba muestras de asombro.

—¿Sientes fuerzas para pasear un poco? —me preguntó.

—Sí. Por cierto —le respondí—, y nada me será tan agradable.

—Pues bien, cógete a mi brazo, y sigamos las sinuosidades de la orilla.

Acepté inmediatamente, y empezamos a costear aquel nuevo océano.

A la izquierda, los peñascos abruptos, hacinados unos sobre otros, formaban una aglomeración titánica de prodigioso efecto. Por sus flancos se deslizaban innumerables cascadas; algunos ligeros vapores que saltaban de unas rocas en otras marcaban el lugar de los manantiales calientes, y los arroyos corrían silenciosos hacia el depósito común buscando en los declives la ocasión de murmurar más agradablemente.

Entre estos arroyos reconocía nuestro fiel compañero de viaje, el Hans-Bach, que iba a perderse tranquilamente en el mar, como si desde el principio del mundo no hubiese hecho otra cosa.

—En adelante, nos veremos privados de su amable compañía —dije lanzando un suspiro.

—¡Bah! —respondió el profesor—. ¡Qué más da un arroyo que otro!

La respuesta me pareció un poco ingrata.

Pero en aquel momento, solicitó mi atención un inesperado espectáculo.

A unos quinientos pasos, a la vuelta de un alto promontorio, se presentó ante nuestros ojos una selva elevada, frondosa y espesa, formada de árboles de medianas dimensiones, que afectaban la forma de perfectos quitasoles, de bordes limpios y geométricos. Las corrientes atmosféricas no parecían ejercer efecto alguno sobre su follaje, y, en medio de las ráfagas de aire, permanecían inmóviles, como un bosque de cedros petrificados.

Aceleramos el paso.

No acertaba a dar nombre a aquellas singulares especies. ¿Por ventura no formaban parte de las 200.000 especies vegetales conocidas hasta entonces, y sería preciso asignarles un lugar especial entre la flora de las vegetaciones lacustres? No. Cuando nos cobijamos debajo de su sombra, mi sorpresa se trocó en admiración.

En efecto, me hallaba en presencia de especies conocidas en la superficie de la tierra, pero vaciadas en un molde de dimensiones enormes. Mi tío les aplicó en seguida su verdadero nombre.

—Esto no es otra cosa —me dijo— que un bosque notabilísimo de hongos.

Y no se engañaba, en efecto. Imagínese cuál sería el monstruoso desarrollo adquirido por aquellas plantas tan ávidas de calor y de humedad. Yo sabía que el Lyco perdon giganteum alcanzaba, según Bulliard, ocho o nueve pies de circunferencia: pero aquéllos eran hongos blancos, de treinta a cuarenta pies de altura, con una copa de este mismo diámetro. Había millares de ellos, y, no pudiendo la luz atravesar su espesa contextura, reinaba debajo de sus cúpulas, yuxtapuestas cual los redondos techos de una ciudad africana, la obscuridad más completa.

Quise, no obstante, penetrar más hacia dentro. Un frío mortal descendía de aquellas cavernosas bóvedas. Erramos por espacio de media hora entre aquellas húmedas tinieblas, y experimenté una sensación de verdadero placer cuando regresé de nuevo a las orillas del mar.

Pero la vegetación de aquella comarca subterránea no era sólo de hongos. Más lejos se elevaban grupos de un gran número de otros árboles de descolorido follaje. Fácil era reconocerles, pues se trataba de los humildes arbustos de la tierra dotados de fenomenales dimensiones licopodios de cien pies de elevación, sigilarias gigantescas, helechos arborescentes, del tamaño de los abetos de las altas latitudes, lepidodendrones de tallo cilíndrico bifurcado, que terminaban en largas hojas y erizados de pelos rudos como las monstruosas plantas grasientas.

—¡Maravilloso, magnífico, espléndido! —exclamó mi tío—. He aquí toda la flora de la segunda época del mundo, del período de transición. He aquí estas humildes plantas que adornan nuestros jardines convertidas en árboles

como en los primeros siglos del mundo. ¡Mira, Axel, y asómbrate! Jamás botánico alguno ha asistido a una fiesta semejante.

—Tiene usted razón, tío; la Providencia parece haber querido conservar en este invernáculo inmenso estas plantas antediluvianas que la sagacidad de los sabios ha reconstruido con tan notable acierto.

—Dices bien, hijo mío, esto es un invernáculo; pero es posible también que sea, al mismo tiempo, un parque zoológico.

—¡Un parque zoológico!

—Sin duda de ningún género. Mira ese polvo que pisan nuestros pies, esas osamentas esparcidas por el suelo.

—¡Osamentas! —exclamé—. ¡Sí, en efecto, osamentas de animales antediluvianos!

Me apresuré a recoger aquellos despojos seculares, hechos de una substancia mineral indestructible (fosfato de cal), y apliqué sin vacilar sus nombres científicos a aquellos huesos gigantescos que parecían troncos de árboles secos.

—He aquí —dije— la mandíbula inferior de un mastodonte; he aquí los molares de un dineterio; he aquí un fémur que no puede haber pertenecido sino al mayor de estos animales: al megaterio. Sí, nos hallamos en un parque zoológico, porque estas osamentas no pueden haber sido transportadas hasta aquí por un cataclismo: los animales a los cuales pertenecen han vivido en las orillas de este mar subterráneo a la sombra de estas plantas arborescentes. Pero espere usted: allí veo esqueletos enteros. Y sin embargo…

—¿Sin embargo? —dijo mi tío.

—No me explico la presencia de semejantes cuadrúpedos en esta caverna de granito.

—¿Por qué?

—Porque la vida animal no existió sobre la tierra sino en los períodos secundarios, cuando los aluviones formaron los terrenos sedimentarios, siendo reemplazadas por ellas las rocas incandescentes de la época primitiva.

—Pues bien, Axel, la respuesta a tu objeción no puede ser más sencilla: este terreno es un terreno sedimentario.

—¡Cómo! ¿A semejante profundidad bajo la superficie de la tierra?

—Sin duda de ningún género, y este hecho se explica geológicamente. En determinada época, la tierra sólo estaba formada por una corteza elástica, sometida a movimientos alternativos hacia arriba y hacia abajo, en virtud de

las leyes de la atracción. Es probable que se produjesen ciertos hundimientos del suelo, y que una parte de los terrenos sedimentarios fuese arrastrada hasta el fondo de los abismos súbitamente abiertos.

—Así debe ser. Pero si en estas regiones subterráneas han vivido animales antediluvianos, ¿quién nos dice que algunos de estos monstruos no anden todavía errantes por estas selvas umbrosas o detrás de esas rocas escarpadas?

Al concebir esta idea, escudriñé, no sin cierto pavor, los diversos puntos del horizonte: pero ningún ser viviente descubrí en aquellas playas desiertas.

Me encontraba un poco fatigado, y fui a sentarme entonces en la extremidad de un promontorio a cuyo pie las olas venían a estrellarse con estrépito. Desde allí mi mirada abarcaba toda aquella bahía formada por una escotadura de la costa. En su fondo existía un pequeño puerto natural, formado por rocas piramidales, cuyas tranquilas aguas dormían al abrigo del viento, y en el cual hubieran podido hallar seguro asilo un bergantín y dos o tres goletas. Hasta me parecía que iba a presenciar la salida de él de algún buque con todo el aparejo desplegado y que lo iba a ver navegar a un largo, empujado por la brisa del Sur.

Empero esta ilusión se disipó rápidamente. Nosotros éramos los únicos seres vivientes de aquel mundo subterráneo. En ciertos recalmones del viento, un silencio más profundo que el que reina en los desiertos descendía sobre las áridas rocas y pasaba sobre el océano. Entonces procuraba penetrar con mi mirada las apartadas brumas, desgarrar aquel telón corrido sobre el fondo del misterioso horizonte. ¡Cuántas preguntas acudían en tropel a mis labios! ¿Dónde terminaba aquel mar? ¿Dónde conducía? ¿Podríamos alguna vez reconocer las orillas opuestas?

Mi tío, por su cuenta, no dudaba de ello. En cuanto a mí, lo temía y lo deseaba a la vez.

Después de contemplar por espacio de una hora aquel maravilloso espectáculo, emprendimos otra vez el camino de la playa para regresar a la gruta, y bajo la impresión de las más extrañas ideas, me dormí profundamente.

CAPÍTULO XXXI

Al día siguiente, me desperté completamente curado. Pensé que un baño me sería altamente beneficioso, y me fui a sumergir, durante algunos minutos, en las aguas de aquel mar que es, sin género de duda, el que tiene más derecho que todos al nombre de Mediterráneo.

Volví a la gruta con un excelente apetito. Hans estaba cocinando nuestro frugal almuerzo. Como disponía de agua y fuego, pudo dar alguna variación a nuestras ordinarias comidas. A la hora de los postres, nos sirvió algunas tazas de café, y jamás este delicioso brebaje me pareció tan exquisito al paladar.

—Ahora —dijo mi tío—, ha llegado la hora de la marea, y no debernos desperdiciar la ocasión de estudiar este fenómeno.

—¡Cómo la marea! —exclamé.

—Sin duda.

—¿Hasta aquí llega la influencia del sol y de la luna?

—¿Por qué no? ¿Acaso no se hallan los cuerpos sometidos en conjunto a los efectos de la gravitación universal? Pues, siendo así, no puede substraerse esta masa de agua a la ley general. Por consiguiente, a pesar de la presión atmosférica que se ejerce en su superficie vas a verla subir como el Atlántico mismo.

En aquel momento pisábamos la arena de la playa, y las olas avanzaban cada vez más sobre ella.

—Ya comienza a subir la marea —exclamé.

—Sí Axel, y a juzgar por estas marcas de espuma, puedes ver que han de elevarse las aguas aproximadamente diez pies.

—¡Es maravilloso!

—No, es lo más natural.

—Usted dirá lo que quiera, pero a mí todo esto me parece extraordinario, y apenas si me atrevo a dar crédito a mis ojos. ¿Quién hubiera imaginado jamás que dentro de la certeza terrestre existiera un verdadero océano, con sus flujos y reflujos, sus brisas y sus tempestades?

—¿Por qué no? ¿Existe por ventura alguna razón física que se oponga a ella?

—Ninguna, desde el momento que es preciso abandonar la teoría del calor central.

—¿De suerte que, hasta aquí, la teoría de Davy se encuentra justificada?

—Evidentemente, y siendo así, no hay nada que se oponga a la existencia de mares o de campiñas en el interior del globo.

—Sin duda, pero inhabitados.

—Pero, ¿por qué estas aguas no han de poder albergar algunos peces de especies desconocidas?

—Sea de ello lo que quiera, hasta el momento actual no hemos visto ni uno solo.

—Podemos improvisar algunos aparejos, y ver si los anzuelos obtienen aquí abajo tan buen éxito como en los océanos sublunares.

—Lo ensayaremos, Axel porque es preciso penetrar todos los secretos de estas regiones nuevas.

—Pero, ¿dónde estamos tío? Porque no le he dirigido hasta ahora esta pregunta que sus instrumentos de usted han debido contestar.

—Horizontalmente, a trescientas cincuenta leguas de Islandia.

—¿Tan lejos?

—Tengo la seguridad de no haberme equivocado en quinientas toesas.

—¿Y la brújula sigue indicando el Sudeste?

—Sí, con una inclinación occidental de diecinueve grados y cuarenta y dos minutos, exactamente igual que en la superficie de la tierra. Respecto a su inclinación ocurre un hecho curioso que he observado con la mayor escrupulosidad.

—¿Qué hecho?

—Que la aguja, en vez de inclinarse hacia el polo, como ocurre en el hemisferio boreal, se levanta, por el contrario.

—Eso parece indicar que el centro de atracción magnética se encuentra comprendido entra la superficie del globo y el lugar donde nos hallamos.

—Exacto; y, probablemente, si llegásemos bajo las regiones polares, hacia el grado 70 en que Jacobo Ross descubrió el polo magnético, veríamos la aguja en posición vertical. Así, pues, este misterioso centro de atracción no se halla situado a una gran profundidad.

—Cierto, y éste es un hecho que la ciencia no ha sospechado siquiera.

—La ciencia, hijo mío, está llena de errores; pero de errores que conviene conocer, porque conducen poco a poco a la verdad.

—Y, ¿a qué profundidad nos hallamos?

—A una profundidad de treinta y cinco leguas.

—De esta suerte —observé—, estudiando atentamente el mapa, tenemos sobre nuestras cabezas la parte montañosa de Escocia, donde están los montes Grampianos, cuyas cimas cubiertas de nieve se elevan a una altura prodigiosa.

—Sí —respondió el profesor sonriendo—, la carga es algo pesada; pero la

bóveda es sólida. El sabio arquitecto, autor del universo, la construyó con buenos materiales, y jamás hubieran podido los hombres darle dimensiones tan grandes. ¿Qué son los arcos de los puentes y las bóvedas de las catedrales al lado de esta nave de tres leguas de radio, bajo la cual puede desarrollarse libremente un océano con todas sus tempestades?

—¡Oh! No temo por cierto, que el cielo pueda caérseme encima de la cabeza. Y, ahora, dígame, tío, ¿cuáles son sus proyectos de usted? ¿No piensa usted regresar a la superficie del globo?

—¿Regresar? ¡Qué disparate! Por el contrario, proseguir nuestro viaje, ya que todo, hasta ahora, nos ha salido tan bien.

—Sin embargo, no veo el medio de penetrar por debajo de esta llanura líquida.

—No te imagines que pienso arrojarme a ella de cabeza. Pero si los océanos no son, propiamente hablando, más que lagos, puesto que se hallan rodeados de tierra, con mayor razón lo es este mar interior que se halla circunscrito por el macizo de granito.

—Eso no cabe duda.

—Pues bien, en la orilla opuesta tengo la seguridad de encontrar nuevas salidas.

—¿Qué longitud le calcula usted a este océano?

—Treinta o cuarenta leguas.

—¡Ah! —exclamé yo, sospechando que este cálculo bien podía ser inexacto.

—De manera que no tenemos tiempo que perder, y mañana nos haremos a la mar.

Involuntariamente, busqué con los ojos el barco que habría de transportarnos.

—¡Ah! —dije—. ¿Nos vamos a embarcar? Me parece muy bien. Y, ¿en qué buque tomaremos pasaje?

—No será en ningún buque, hijo mío, sino en una sólida balsa.

—Una balsa —exclamé—; una balsa es casi tan difícil de construir como un buque: y, por más que miro, no veo…

—Cierto que no ves, Axel; pero si escuchases, oirías.

—¿Oír?

—Sí, ciertos martillazos que te demostrarían que Hans no está con los

brazos cruzados.

—¿Está construyendo una balsa?

—Sí.

—Cómo ¿Ha derribado ya algunos árboles con el hacha?

—¡Oh! los árboles estaban ya derribados. Ven y verás su obra.

Después de un cuarto de hora de marcha, descubrí a Hans trabajando, al otro lado del promontorio que formaba el puerto natural; y unos momentos después, me hallaba a su lado. Con gran sorpresa mía, contemplé sobre la arena una balsa, ya medio terminada, construida con vigas de una madera especial: y un gran número de maderos de curvas y de ligaduras de toda especie cubrían materialmente el suelo. Había allí para construir una flota entera.

—Tío —dije—, ¿qué madera es esta?

—Son pinos, abetos, abedules y todas las especies de coníferas de los países septentrionales, mineralizadas por la acción del agua del mar.

—¿Es posible?

—Esto es lo que se llama surtarbrandr, o madera fósil.

—Pero entonces deberán tener, como lignitos, la dureza de la piedra, y no podrán flotar.

—A veces ocurre eso. Hay maderas de éstas que se convierten en verdaderas antracitas; pero otras, como las que ves, no han experimentado aún más que un principio de fosilización. Ya verás.

Y acompañando la acción a la palabra, anegó al mar uno de aquellos trozos de madera, el cual, después de sumergirse, volvió a subir a la superficie del agua, donde flotó mecido por las olas.

—¿Te has convencido? —me preguntó mi tío.

—Convencido principalmente de que todo lo que veo es increíble.

Al anochecer del siguiente día, gracias a la habilidad de Hans, estaba terminada la balsa, que medía diez pies de longitud por cinco de ancho. Las vigas de surtarbrandr, amarradas unas a otras con resistentes cuerdas, ofrecían una superficie bien sólida, y una vez lanzada al agua, la improvisada embarcación flotó tranquilamente sobre las olas del mar de Lidenbrock.

CAPÍTULO XXXII

El 13 de agosto nos levantamos muy de mañana. Se trataba de inaugurar un nuevo género de locomoción rápida y poco fatigosa.

Un mástil hecho con dos palos jimelgados, una verga formada por una tercera percha y una vela improvisada con nuestras mantas, componían el aparejo de nuestra balsa. Las cuerdas no escaseaban, y el conjunto ofrecía bastante solidez.

A las seis, dio el profesor la señal de embarcar. Los víveres, los equipajes, los instrumentos, las arenas y una gran cantidad de agua dulce habían sido de antemano acomodados encima de la balsa. Largué la amarra que nos sujetaba a la orilla, orientamos la vela y nos alejamos con rapidez.

En el momento de salir del pequeño puerto, mi tío, que asignaba una gran importancia a la nomenclatura geográfica, quiso darle mi nombre.

—A fe mía —dije yo—, que tengo otro mejor que proponer a usted.

—¿Cuál?

—El nombre de Graüben: Puerto-Graüben; creo que es bastante sonoro.

—Pues vaya por Puerto-Graüben.

Y he aquí de qué manera hubo de vincularse a nuestra feliz expedición el nombre de mi amada curlandesa.

La brisa soplaba del Nordeste, lo cual nos permitió navegar viento en popa a una gran velocidad. Aquellas capas tan densas de la atmósfera poseían una considerable fuerza impulsiva, y obraban sobre la vela como un potente ventilador.

Al cabo de una hora, pudo mi tío darse cuenta de la velocidad que llevábamos.

—Si seguimos caminando de este modo —dijo—, avanzaremos lo menos treinta leguas cada veinticuatro horas, y no tardaremos en ver la orilla opuesta.

Sin responder, fui a sentarme en la parte delantera de la balsa. Ya la costa septentrional se esfumaba en el horizonte; los dos brazos del golfo se abrían ampliamente como para facilitar nuestra salida. Delante de mis ojos se extendía un mar inmenso; grandes nubes paseaban rápidamente sus sombras gigantescas sobre la superficie del agua. Los rayos argentados de la luz eléctrica, reflejados acá y allá por algunas grietas, hacían brotar puntos luminosos sobre los costados de la embarcación.

No tardamos en perder de vista la tierra, desapareciendo así todo punto de referencia; y, a no ser por la estela espumosa que tras sí dejaba la balsa, hubiera podido creer que permanecía en una inmovilidad perfecta.

A eso del mediodía, vimos flotar sobre la superficie del agua algas inmensas. Me era conocido el poder vegetativo de estas plantas, que se arrastran, a una profundidad de más de 12.000 pies, sobre el fondo de los mares, se reproducen bajo una presión de cerca de 400 atmósferas y forman a menudo bancos bastante considerables para detener la marcha de los buques; pero creo que jamás hubo algas tan gigantescas como las del mar de Lidenbrock.

Nuestra balsa pasó al lado de ovas de 3.000 y 4.000 pies de longitud, inmensas serpientes que se prolongaban hasta perderse de vista. Me entretenía en seguir con la mirada sus cintas infinitas, con la esperanza de descubrir su extremidad; mas, después de algunas horas, se cansaba mi impaciencia, aunque no mi admiración.

¿Qué fuerza natural podía producir tales plantas? ¡Qué fantástico aspecto debió presentar la tierra en los primeros siglos de su formación, cuando, bajo la acción del calor y la humedad, el reino vegetal sólo se desarrollaba en su superficie!

Llegó la noche, y, como había observado la víspera la luz no disminuyó. Era un fenómeno constante con cuya duración indefinida se podía contar.

Después de la cena, me tendí al pie del mástil, y no tardé en dormirme, arrullado por mágicos sueños.

Hans, inmóvil, con la caña del timón en la mano, dejaba deslizarse la balsa, que, impelida por el viento en popa cerrada, no necesitaba siquiera ser dirigida.

Desde nuestra ida de Puerto-Graüben, me había confiado el profesor Lidenbrock la tarea de llevar el Diario de Navegación, anotando en él las menores observaciones, y consignando los fenómenos más interesantes, como la dirección del viento, la velocidad de la marcha, el camino recorrido, en una palabra, todos los incidentes de aquella extraña navegación.

Me limitaré, pues, a reproducir aquí estas notas cotidianas, dictadas, por decirlo así, por los mismos acontecimientos, a fin de que resulte más exacta la narración de nuestra travesía.

Viernes 14 de agosto.

Brisa igual de NO. La balsa se desliza en línea recta y a gran velocidad. Queda la costa a 30 leguas a sotavento. Sin novedad en la descubierta de horizontes. La intensidad de la luz no varía. Buen tiempo, es decir, que las nubes son altas, poco espesas y bañadas en una atmósfera blanca que parece de plata fundida.

Termómetro: +32° centígrados.

A mediodía, prepara Hans un anzuelo en la extremidad de una cuerda, le ceba con un poco de carne y lo echa al mar. Pasan dos horas sin que pique ningún pez. ¿Estarán deshabitadas estas aguas? No. Se siente una sacudida, Hans cobra el aparejo y saca del agua un pez que pugna con vigor por escapar.

—¡Un pez! —exclama mi tío.

—¡Es un sollo! —exclamo a mi vez—, ¡un sollo pequeñito!

El profesor examina atentamente al animal y no es de mi misma opinión. Este pez tiene la cabeza chata y redondeada, y la parte anterior del cuerpo cubierto de placas óseas; carece de dientes en la boca, y sus aletas pectorales, bastante desarrolladas, se ajustan a su cuerpo desprovisto de cola. Pertenece indudablemente al orden en que los naturalistas han clasificado al sollo, pero se diferencia de él en detalles bastantes esenciales.

Mi tío no se equivoca, porque, después de un corto examen, dice:

—Este pez pertenece a una familia extinguida hace ya siglos, de la cual se encuentran restos fósiles de los terrenos devonianos.

—¡Cómo! —digo yo—. ¿Habremos cogido vivo uno de esos habitantes de los mares primitivos?

—Sí —responde el profesor, reanudando sus observaciones—, y ya ves que estos peces fósiles no tienen ningún parecido con las especies actuales; de suerte que, el poseer uno de estos seres vivos, es una verdadera dicha para un naturalista.

—Pero, ¿a qué familia pertenece?

—Al orden de los ganoideos, familia de los cefalospidos, género…

—¿Lo dirá usted?

—Género de los pterichthys; sería capaz de jurarlo. Pero éstos ofrecen una particularidad que dicen que es privativa de los peces de las aguas subterráneas.

—¿Cuál?

—Que son ciegos.

—¡Ciegos!

—No solamente ciegos, sino que carecen en absoluto de órgano de la visión.

Miro y veo que es verdad; pero esto puede ser un caso aislado.

Ceba el guía nuevamente el anzuelo y lo echa al agua. En este océano debe abundar la pesca de un modo extraordinario, porque, en dos horas, cogemos

una gran cantidad de pterichthys, y de otros peces pertenecientes a otra familia extinguida también, los diptéridos, mas cuyo género no puede determinar mi tío. Todos ellos carecen de órgano de la visión. Esta inesperada pesca renovó ventajosamente nuestras provisiones.

Parece, pues, demostrado que este mar solamente contiene especies fósiles, en las cuales los peces, lo mismo que los reptiles, son tanto más perfectos cuanto más antigua es su creación.

Tal vez encontremos algunos de esos saurios que la ciencia ha sabido rehacer con un fragmento de hueso o de cartílago.

Tomo el anteojo y examino el mar. Está desierto. Sin duda nos encontramos aún demasiado próximas a las costas.

Entonces miro hacia el aire. ¿Por qué no batirían con sus alas estas pesadas capas atmosféricas esas aves reconstruidas por Cuvier? Los peces les proporcionarían un excelente alimento. Examino el espacio, pero los aires están tan deshabitados como las playas.

Mi imaginación, sin embargo, me arrastra a las maravillosas hipótesis de la paleontología. Sueño despierto. Creo ver en la superficie de las aguas esos enormes quersitos, esas tortugas antediluvianas que semejan islotes flotantes. Me parece ver transitar por las sombrías playas a los grandes mamíferos de los primeros días de la creación: el leptoterio, encontrado en las cavernas del Brasil; el mericoterio, venido de las regiones heladas de Siberia. Más allá el paquidermo lofiodón, ese gigantesco tapir que se oculta detrás de las rocas para disputar su presa al anoploterio, animal extraño que participa del rinoceronte, del caballo, del hipopótamo y del camello, como si el Creador, queriendo acabar pronto en los primeros días del mundo, hubiese reunido varios animales en uno solo. El gigantesco mastodonte hace girar su trompa y tritura con sus colmillos las piedras de la orilla, en tanto que el megaterio, sostenido sobre sus enormes patas, escarba la tierra despertando con sus rugidos el eco de los sonoros granitos. Más arriba, el protopiteco, primer simio que hizo su aparición sobre la superficie del globo, se encarama a las más empinadas cumbres. Más alto todavía, el pterodáctilo, de manos aladas, se desliza como un enorme murciélago sobre el aire comprimido. Por último, en las últimas capas, inmensas aves, más potentes que el casoar, más voluminosos que el avestruz, despliegan sus amplias alas y van a dar con la cabeza contra la pared de la bóveda de granito.

Todo este mundo fósil renace en mi imaginación. Me remonto a las épocas bíblicas de la creación, mucho antes del nacimiento del hombre, cuando la tierra incompleta no era aún suficiente para éste. Mi sueño se remonta después aún más allá de la aparición de los seres animados. Desaparecen los mamíferos, después los pájaros, más tarde los reptiles de la época secundaria,

y, por fin, los peces, los crustáceos, los moluscos y los articulados. Los zoófitos del período de transición se aniquilan a su vez. Toda la vida de la tierra queda resumida en mí, y mi corazón es el único que late en este mundo despoblado. Deja de haber estaciones, desaparecen los climas; el calor propio del globo aumenta sin cesar y neutraliza el del sol. La vegetación se exagera; paso como una sombra en medio de los helechos arborescentes, hollando con mis pasos inciertos las irisadas arcillas y los abigarrados asperones del suelo; me apoyo en los troncos de las inmensas coníferas; me acuesto a la sombra de los esfenofilos, de los asterofilos y de los licopodios que miden cien pies de altura.

Los siglos transcurren como días; me remonto a la serie de las transformaciones terrestres; las plantas desaparecen; las rocas graníticas pierden su dureza: el estado líquido va a reemplazar al sólido bajo la acción de un calor más intenso; las aguas corren por la superficie del globo; hierven y se volatilizan; los vapores envuelven la tierra, que lentamente se reduce a una masa gaseosa, a la temperatura del rojo blanco, de un volumen igual al del sol y con brillo igual al suyo.

En el centro de esta nebulosa, un millón cuatrocientas mil veces más voluminosa que el globo que ha de formar un día soy arrastrado por los espacios interplanetarios; el cuerpo se sutiliza, se sublima a su vez, y se mezcla como un átomo imponderable a estos inmensos vapores que trazan en el infinito su órbita inflada.

¡Qué sueño! ¿Adónde me lleva? Mi mano febril vierte sobre el papel sus extraños pormenores. Lo he olvidado todo: ¡el profesor, el guía, la balsa…! Una alucinación base apoderada de mi espíritu…

—¿Qué tienes? —me pregunta mi tío.

Mis ojos desencajados se fijan sobre él, sin verlo.

—¡Ten cuidado, Axel, que te vas a caer al mar!

Al mismo tiempo, me siento vigorosamente cogido por la mano de Hans. A no ser por este auxilio, me habría precipitado en el mar bajo el imperio de mi sueño.

—Pero, ¿es que se ha vuelto loco? —pregunta el profesor.

—¿Qué ocurre? —exclamé volviendo a mí.

—¿Estás enfermo?

—No; he tenido un momento de alucinación, pero ya se me ha pasado. ¿No hay novedad ninguna?

—No. La brisa es favorable y el mar está como un plato. Marchamos a una

velocidad considerable, y, si mis cálculos no me engañan, no tardaremos mucho en llegar a la orilla opuesta.

Al oír estas palabras, me levanto y examino el horizonte; pero la línea del agua se sigue confundiendo con la que forman las nubes.

CAPÍTULO XXXIII

Sábado 15 de agosto.

El mar conserva su monótona uniformidad. No se ve tierra alguna. El horizonte parece extraordinariamente apartado.

Tengo todavía la cabeza aturdida por la violencia de mi sueño.

Mi tío no ha soñado, pero está de mal humor; escudriña todos los puntos del espacio con su anteojo, y se cruza luego de brazos con aire despechado.

Observo que el profesor Lidenbrock tiende a ser otra vez el hombre impaciente de antes, y consigno el hecho en mi diario. Sólo mis sufrimientos y peligros despertaron en él un rasgo de humanidad; pero, desde que me puse bien del todo, ha vuelto a ser el mismo. Sin embargo, no me explico por qué se impacienta. ¿No estamos realizando el viaje en las más favorables circunstancias? ¿No camina la balsa con una velocidad asombrosa?

—¿Está usted inquieto, tío? —le pregunte al ver la frecuencia con que se echa el anteojo o la cara.

—¿Inquieto, dices? No.

—¿Impaciente, tal vez?

—Para ello no faltan motivos.

—Sin embargo, marchamos con una velocidad…

—¿Qué me importa? Lo que me preocupa a mí no es que la velocidad sea pequeña, sino que el mar es muy grande.

Me acuerdo entonces que el profesor, antes de nuestra partida, calculaba en treinta leguas la longitud de aquel mar subterráneo, y habíamos recorrido ya un espacio tres veces mayor sin que las costas del Sur se divisasen aún.

—Es que no descendemos —prosiguió el profesor—. Todo esto es tiempo perdido, y, como comprenderás, no he venido tan lejos para hacer una excursión en bote por un estanque.

¡Llama a esta travesía una excursión en bote, y a este mar un estanque!

—Pero —le contesto yo—, desde el momento en que hemos seguido el camino indicado por Saknussemm.

—Esa es precisamente la cuestión. ¿Hemos realmente seguido este camino? ¿Hubo de encontrar Saknussemm esta extensión de agua? ¿La atravesó? ¿No nos habrá engañado ese arroyuelo que tomamos por guía?

—En todo caso, no nos debe pesar el haber llegado hasta aquí. Este espectáculo es magnífico, y…

—¿Quién piensa en espectáculos? Me he propuesto un objetivo y mi deseo es alcanzarlo. ¡No me hables, pues, de espectáculos!

Tomo de la advertencia buena nota, y dejo al profesor que se muerda los labios de impaciencia. A las cinco, reclama Hans su paga, y se le entregan tres rixdales.

Domingo 16 de agosto.

No ocurre novedad. El mismo tiempo. El viento tiene una ligera tendencia a refrescar. Mi primer cuidado, al despertarme, es observar la intensidad de la luz, pues siempre temo que el fenómeno eléctrico se debilite y extinga. Pero no ocurre así; la sombra de la balsa se dibuja distintamente sobre la superficie de las aguas.

¡Verdaderamente este mar es infinito! Debe tener la longitud del Mediterráneo, y quién sabe si del Atlántico. ¿Por qué no?

Mi tío sondea con frecuencia; ata un pico al extremo de una cuerda, y deja salir doscientas brozas sin encontrar fondo, costándonos gran trabajo izar nuestra sonda.

Cuando tenemos a bordo el pico, me hace notar Hans unas señales claramente mareadas que se observan en él. Se diría que este trozo de hierro ha sido vigorosamente oprimido entre dos cuerpos duros.

Yo miro al cazador.

—Tänder! —me dice.

Como no lo comprendo, me vuelvo hacia mi tío, que se halla completamente absorbido en sus reflexiones, y no me atrevo a sacarle de ellas. Interrogo de nuevo con la vista al islandés, y éste, abriendo y cerrando varias veces la boca me hace comprender su pensamiento.

—¡Dientes! —exclamo asombrado, examinando con más atención la barra de hierro.

¡Sí! ¡Son dientes cuyas puntas han quedado impresas en el duro metal! ¡Las mandíbulas que guarnezcan deben poseer una fuerza prodigiosa! ¿Será un

monstruo perteneciente a alguna especie extinguida que se agita en las profundidades del mar, más voraz que el tiburón y más terrible que la ballena? No puedo apartar mi mirada de esta barra medio roída. ¿Se va a convertir en realidad mi sueño de la noche última?

Durante todo el día, me agitan estos pensamientos, y apenas logra calmar mi imaginación un sueño de algunas horas.

Lunes 17 de agosto.

Procuro recordar los instintos particulares de estos animales antediluvianos de la época secundaria, que sucedieron a los moluscos, crustáceos y peces, y precedieron a la aparición de los mamíferos sobre la superficie del globo. El mundo pertenecía entonces a los reptiles monstruos que reinaron como señores en los mares jurásicos. Les había dotado la Naturaleza de la más completa organización. Qué gigantesca estructura. ¡Qué fuerzas prodigiosas! Los saurios actuales, caimanes o cocodrilos, mayores y más temibles, no son sino reducciones debilitadas de sus progenitores de las primeras edades.

Me estremezco nada más que al recordar estos monstruos. Nadie los ha visto vivos. Hicieron su aparición sobre la tierra mil siglos antes que el hombre; pero sus osamentas fósiles, encontradas en esas calizas arcillosas que los ingleses llaman lias, han permitido reconstruirlos anatómicamente y conocer su conformación colosal.

He visto en el museo de Hamburgo el esqueleto de uno de estos saurios que medía treinta pies de longitud. ¿Estaré por ventura destinado yo, habitante de la superficie terrestre, a encontrarme cara a cara con algún representante de una familia antediluviana? ¡No! ¡Eso es un imposible! Y, sin embargo, la señal de unos dientes poderosos está bien marcada en la barra de hierro, y bien se echa de ver, por sus huellas, que son cónicos como los del cocodrilo.

Mis ojos se fijan con espanto en el mar; temo ver lanzarse sobre nosotros uno de estos habitantes de las cavernas submarinas.

Supongo que el profesor Lidenbrock participa de mis ideas, si no de mis temores; porque, después de haber examinado el pico, recorre con la mirada el Océano.

«¡Mal haya!» pienso yo «la idea que ha tenido de sondar». ¡Ha turbado en su retiro a algún animal marino, y si durante el viaje no somos atacados…!

Echo una mirada a las armas, y me aseguro de que están en buen estado. Mi tío observa mi maniobra y la aprueba con un gesto.

Ya ciertos remolinos que se advierten en la superficie del agua denuncian la agitación de sus capas interiores. El peligro se aproxima. Es preciso vigilar.

Martes 18 de agosto.

Llega la noche, o, por mejor decir, el momento en que el sueño quiere cerrar nuestros párpados; porque en este mar no hay noche, y la implacable luz fatiga nuestros ojos de una manera obstinada, como si navegásemos bajo el sol de los océanos árticos. Hans gobierna el timón, y, mientras él hace su guardia, yo duermo.

Dos horas después, me despierta una sacudida espantosa. La balsa ha sido empujada fuera del agua con indescriptible violencia y arrojada a veinte toesas de distancia.

—¿Qué ocurre? —exclama mi tío—. ¿Hemos tocado en un bajo?

Hans señala con el dedo, a una distancia de doscientas toesas, una masa negruzca que se eleva y deprime alternativamente.

Yo miro en la dirección indicada, y exclamo:

—¡Es una marsopa colosal!

—Sí —replica mi tío—, y he aquí ahora un lagarto marino de tamaño extraordinario.

—Y más lejos un monstruoso cocodrilo. ¡Mire usted qué terribles mandíbulas, guarnecidas de dientes espantosos! Pero, ¡ah! ¡desaparece!

—¡Una ballena! ¡Una ballena! —exclama entonces el profesor—. Distingo unas enormes aletas. ¡Mira el aire y el agua que arroja por las narices!

En efecto, dos líquidas columnas se elevan a considerable altura sobre el nivel del mar. Permanecemos atónitos, sobrecogidos, estupefactos ante aquella colección de monstruos marinos. Poseen dimensiones sobrenaturales, y el menos voluminoso de ellos destrozaría la balsa de una sola dentellada. Hans quiere virar en redondo con objeto de esquivar su vecindad peligrosa; pero descubre por la banda opuesta otros enemigos no menos formidables: una tortuga de cuarenta pies de ancho, y una serpiente que mide treinta de longitud, y alarga su enorme cabeza por encima de las olas.

Es imposible huir. Estos reptiles se aproximan; dan vueltas alrededor de la balsa con una velocidad menor que la de un tren expreso, y trazan en torno de ella círculos concéntricos. Yo he cogido mi carabina; pero, ¿qué efecto puede producir una bala sobre las escamas que cubren los cuerpos de estos animales?

Permanecemos mudos de espanto. ¡Ya vienen hacia nosotros! Por un lado, el cocodrilo; por el otro, la serpiente. El resto del rebaño marino ha desaparecido. Me dispongo a hacer fuego, pero Hans me detiene con mi signo. Las dos bestias pasan a cincuenta toesas de la balsa, se precipitan el uno sobre el otro y su furor no la permite vernos.

El combate se empeña a cien toesas de la balsa, y vemos claramente cómo

los dos monstruos se atacan.

Pero me parece que ahora los otros animales acuden a tomar parte en la lucha la marsopa, la ballena, el lagarto, la tortuga; los entreveo a cada instante. Se los muestro al islandés, y éste mueve la cabeza en sentido negativa.

—Tra —dice con calma.

—¡Cómo! ¡Dos! Pretende que sólo los animales…

—Y tiene mucha razón —exclama mi tío, que no aparta el anteojo del grupo.

—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! El primero de estos monstruos tiene hocico de marsopa, cabeza de lagarto, dientes de cocodrilo, y por esto nos ha engañado. Es el ictiosauro, el más temible de los animales antediluvianos.

—¿Y el otro?

—El otro es una serpiente escondida bajo el caparazón de una tortuga; el plesiosauro, implacable enemigo del primero.

Hans tiene mucha razón. Sólo dos monstruos turban de esta manera la superficie del mar, y tengo ante mis ojos dos reptiles de los primitivos océanos. Veo el ojo ensangrentado del ictiosauro, que tiene el tamaño de la cabeza de un hombre. La Naturaleza le ha dotado de un aparato óptico de extraordinario poder, capaz de resistir la presión de las capas de agua en que habita. Se le ha llamado la ballena de los saurios, porque posee su misma velocidad y tamaño. Su longitud no es inferior a cien pies, y, cuando saca del agua las aletas verticales de su cola, me hago cargo mejor de su enorme magnitud. Sus mandíbulas son enormes, y, según los naturalistas, no posee menos de 182 dientes.

El plesiosauro, serpiente de tronco cilíndrico, tiene la cola corta y las patas dispuestas en forma de remos. Su cuerpo se halla todo él revestido de un enorme carapacho, y su cuello, flexible como el del cisne, se yergue treinta pies sobre las olas.

Los dos animales se atacan con indescriptible furia. Levantan montañas de agua que llegan hasta la bolsa, y nos ponen veinte veces a punto de zozobrar. Se oyen silbidos de una intensidad prodigiosa. Las dos bestias se encuentran enlazadas, no siéndome posible distinguir la una de la otra. ¡Hay que temerlo todo de la furia del vencedor!

Transcurre una hora, dos, y continúa la lucha con el mismo encarnizamiento. Los combatientes se aproximan a la balsa unas veces y otras se alejan de ella. Permanecemos inmóviles, dispuestos a hacer fuego.

De repente, el ictiosauro y el plesiosauro desaparecen produciendo un enorme remolino. ¿Va a terminar el combate en las profundidades del mar?

Pero, de improviso, una enorme cabeza se lanza fuera del agua: la cabeza del plesiosauro. El monstruo está herido de muerte. No descubro su inmenso carapacho. Sólo su largo cuello se yergue, se abate, se vuelve a levantar, se encorva, azota la superficie del mar como un látigo gigantesco y se retuerce como una lombriz dividido en dos pedazos. Salta el agua a considerable distancia y nos ciega materialmente; pero pronto toca a su fin la agonía del reptil; disminuyen sus movimientos, decrecen sus contorsiones, y su largo tronco de serpiente se extiende como una masa inerte sobre la serena superficie del mar.

En cuanto al ictiosauro, ¿ha regresado de nuevo a su caverna submarina o va a reaparecer otra vez?

CAPÍTULO XXXIV

Miércoles 19 de Agosto.

El viento, por fortuna, que sopla con bastante fuerza, nos ha permitido huir rápidamente del teatro del combate. Hans sigue siempre empuñando la caña del timón. Mi tío, a quien los incidentes del combate han hecho olvidar de momento sus absorbentes ideas, vuelve a examinar el mar con la misma impaciencia que antes.

El viaje recobra de nuevo su uniformidad monótona que no deseo ver interrumpido por peligros tan inminentes como el que corrimos ayer.

Jueves 20 de agosto.

Brisa NNE bastante desigual. Temperatura elevada. Marchamos a razón de tres leguas y media por hora.

A eso de mediodía, se oye un ruido lejano.

Consigno el hecho sin saber cuál pueda ser su explicación. Es un mugido continuo.

—Hay —dice el profesor—, a alguna distancia de aquí, alguna roca o islote contra el cual se estrellan las olas.

Hans sube al extremo del palo, pero no descubre ningún escollo. La superficie del mar aparece toda lisa hasta el mismo horizonte.

Así transcurren tres horas. Los mugidos parecen provenir de una catarata

lejana.

Manifiesto mi opinión a mi tío, que sacude la cabeza. Esto no obstante tengo la convicción de que no me equivoco. ¿Correremos tal vez hacia una catarata que nos precipitará en el abismo? Es posible que este género de descenso sea del agrado del profesor, porque se acerca a la vertical; pero lo que es a mí…

En todo caso, se produce no lejos de aquí un fenómeno ruidoso, porque ahora los rugidos se oyen con gran violencia. ¿Proceden del Océano o del cielo?

Dirijo mis miradas hacia los vapores suspendidos en la atmósfera, y trato de sondar su profundidad. El cielo está tranquilo; las nubes, transportadas a la parte superior de la bóveda, parecen inmóviles y se pierden en la intensa irradiación de la luz. Es preciso, por tanto, buscar por otro lado la explicación de este extraño fenómeno.

Examino entonces el horizonte que está limpio y sin brumas. Su aspecto no ha cambiado. Pero si este ruido proviene de una catarata o de un salto de agua; si todo este Océano se precipita en un estuario inferior; si estos mugidos son producidos por la caída de una gran masa de agua, debe la corriente activarse, y su creciente velocidad puede darme la medida del peligro que nos amenaza. Observo la corriente, y veo que es nula. Una botella vacía que arrojo al mar, se queda a sotavento.

A eso de los cuatro, se levanta Hans, aproximase al palo y trepa por él hasta el tope. Recorre desde allí con la mirada el arco de círculo que el Océano describe delante de la balsa y se detiene en un punto. Su semblante no expresa la más leve sorpresa; pero sus ojos permanecen fijos.

—Algo ha visto —exclama mi tío.

—Así lo creo también.

Hans desciende, y señala hacia el Sur con la mano, diciendo:

—Der nere!

—¿Allá abajo? —responde mi tío.

Y cogiendo el anteojo, mira con la mayor atención durante un minuto, que a mí me parece un siglo.

—¡Sí, sí! —exclama después.

—¿Qué ve usted?

—Una inmensa columna de agua que se eleva por encima del Océano.

—¿Otro animal marino?

—Puede ser.

—Entonces, arrumbemos más hacia el Oeste, porque ya sabemos a qué atenernos por lo que respecta al peligro de tropezar con estos monstruos antediluvianos.

—No enmendemos el rumbo —responde mi tío.

Vuelvo la vista hacia Hans, y veo que sigue impertérrito con la caña del timón en la mano.

Sin embargo, si a la distancia que nos separa de este animal, que puede calcularse en doce leguas lo menos, puede verse la columna de agua que arroja por las narices, debe tener un tamaño sobrenatural. La más elemental prudencia aconsejaría alejarse; pero no hemos venido hasta aquí para ser prudentes.

Seguimos, pues, el mismo rumbo. Cuanto más nos aproximamos, más crece el surtidor. ¿Qué monstruo puede tragar tan gran cantidad de agua y arrojarla de este modo sin interrupción alguna?

A los ocho de la noche nos hallamos a menos de dos leguas de él. Su cuerpo enorme, negruzco, monstruoso, se extiende sobre el mar como un islote. ¿Es ilusión? ¿Es miedo? Su longitud me parece que pasa de mil toesas. ¿Qué cetáceo es, pues, éste que ni los Cuvier ni los Blumenbach han descrito? Se halla inmóvil y como dormido. El mar parece que no puede levantarlo, rompiendo contra sus costados las olas. La columna de agua, proyectada a quinientos pies de altura, desciende con ensordecedor estrépito. Corremos como insensatos hacia esta imponente mole que necesitaría diariamente para su alimentación cien ballenas.

El terror se apodera de mí. No quiero avanzar más. Cortaré, si es preciso, la driza de la vela. Me rebelo contra el profesor, que no me responde.

De repente, se levanta Hans, y, señalando con el dedo el punto amenazador, dice:

—Holme!

—Una isla —exclama mi tío.

—¡Una isla! —repito a mi vez, encogiéndome de hombros.

—Evidentemente —responde el profesor, lanzando una sonora carcajada.

—Pero, ¿y esta columna de agua?

—Géiser —exclama Hans.

—Un géiser, sin duda alguna —responde mi tío—; un géiser semejante a los de Islandia.

Al principio, no quiero confesar que me he engañado una manera tan burda. Haber tomado un islote por un monstruo marino. Pero la cosa está clara y tengo que concluir por dar mi brazo a torcer. Se trata de un fenómeno natural, simplemente.

A medida que nos aproximamos, aquella columna líquida adquiere dimensiones grandiosas. El islote presenta, en efecto, un exacto parecido con un inmenso cetáceo cuya cabeza domina las olas elevándose sobre ellas a una altura de diez toesas. El géiser, palabra que los islandeses pronuncian cheisir y que significa furor, se eleva majestuosamente en su extremo. Resuenan a cada instante sordas detonaciones, y el enorme chorro, acometido de más violentos furores, sacude su penacho de vapor saltando hasta las primeras capas de nubes. Se halla solo, sin que le rodeen humaredas ni manantiales calientes, y toda la potencia volcánica está resumida en él. Los rayos de la luz eléctrica vienen a mezclarse con esta deslumbrante columna de agua, cuyas gotas adquieren, al recibir su caricia, todos los matices del iris.

—Atraquemos —dice el profesor.

Pero es preciso evitar con cuidado esta tromba de agua que, en un instante, haría zozobrar la balsa. Hans, maniobrando con pericia, nos lleva a la extremidad del islote.

Salto sobre las rocas; mi tío me sigue enseguida, en tanto que el cazador permanece en su puesto, a fuer de hombre curado ya de espanto.

Caminamos sobre un granito mezclado con toba silícea; el suelo quema y trepida bajo nuestros pies, como los costados de una caldera en cuyo interior trabaja el vapor recalentado. Llegamos ante un pequeño estanque central de donde se eleva el géiser. Sumerjo un termómetro en el agua que corre borbotando, y marca una temperatura de 163°.

Este agua sale, pues, de un foco ardiente, lo que está en contradicción con las teorías del profesor Lidenbrock, no puedo resistir la tentación de hacérselo notar.

—Está bien —me replica—, ¿y qué prueba eso contra las doctrinas?

—Nada, nada —contesto con tono seco, viendo que me estrellaba contra una obstinación sin ejemplo.

Debo confesar, sin embargo, que hasta ahora hemos tenido mucha suerte y que, por razones que no se me alcanzan, se efectúa este viaje en condiciones especiales de temperatura; pero para mí es evidente que algún día habremos de llegar a esas regiones en que el calor central alcanza sus más altos límites y supera todas las graduaciones de los termómetros.

Allá veremos, que es la frase sacramental del profesor; quien, después de

haber bautizado este islote volcánico con el nombre de su sobrino, da la señal de embarcar.

Permanezco algunos minutos todavía contemplando el géiser. Observo que su chorro es irregular, disminuyendo a veces de intensidad, para recobrar después mucho vigor; lo que atribuyo a las variaciones de presión de los vapores acumulados en su interior.

Al fin, partimos bordeando las rocas escarpadas del Sur. Hans ha aprovechado esta detención para reparar algunas averías de la balsa.

Pero antes de pasar adelante, hago algunas observaciones para calcular la distancia recorrida y las anoto en mi diario. Hemos recorrido 270 leguas sobre la superficie del mar, a partir de Puerto-Graüben, y nos hallamos debajo de Inglaterra, a 620 leguas de Islandia.

CAPÍTULO XXXV

Viernes 21 de agosto.

Al día siguiente, perdimos de vista el magnífico géiser. El viento ha refrescado, alejándonos rápidamente del Islote de Axel, cuyos mugidos se han ido extinguiendo poco a poco.

El tiempo amenaza cambiar. La atmósfera se carga de vapores que arrastran consigo la electricidad engendrada por la evaporación de las aguas salinas; descienden sensiblemente las nubes y tornan un marcado color de aceituna; los rayos de luz eléctrica apenas pueden atravesar este opaco telón corrido sobre la escena donde va a representarse el drama de las tempestades.

Me siento impresionado, como ocurre sobre la superficie de la tierra cada vez que se aproxima un cataclismo.

Los cúmulus amontonados hacia el Sur presentan un aspecto siniestro; esa horripilante apariencia que he observado a menudo al principio de las tempestades. El aire está pesado y el mar se encuentra tranquilo.

A lo lejos, se ven nubes que parecen enormes balas de algodón, amontonadas en un pintoresco desorden, las cuales se van hinchando lentamente y ganan en volumen lo que pierden en número. Son tan pesadas, que no pueden desprenderse del horizonte; pero, al impulso de las corrientes superiores, fúndense poco a poco, se ensombrecen y no tardan en formar una sola capa de aspecto en extremo imponente. De vez en cuando, un globo de vapores, bastante claro aún, rebota sobre esta alfombra parda, y no tarda en perderse en la masa opaca.

Evidentemente la atmósfera se halla saturada de fluido, del cual también yo me encuentro impregnado, pues se me eriza el cabello como si me hallase en contacto con una máquina eléctrica. Me parece que si, en este momento, me tocasen mis compañeros, recibirían una violenta conmoción.

A las diez de la mañana se acentúan los signos precursores de la tempestad; se diría que el viento descansa para tomar nuevo aliento; la nube parece un odre inmenso en el cual se acumulasen los huracanes.

No quiero creer en las amenazas del cielo; mas no puedo contenerme y exclamo:

—Mal tiempo se prepara.

El profesor no responde. Tiene un humor endiablado al ver que aquel océano se prolonga de un modo indefinido delante de sus ojos. Contesta a mis palabras encogiéndose de hombros.

—Tendremos tempestad —digo yo, señalando con la mano el horizonte—. Esas nubes descienden sobre el mar como para aplastarlo.

Silencio general. El viento calla. La Naturaleza parece un cadáver que ha dejado de respirar. La vela cae pesadamente o lo largo del mástil, en cuyo tope empiezo a ver brillar un ligero fuego de San Telmo. La balsa permanece inmóvil en medio de un mar espeso y sin ondulaciones. Pero, si no caminamos, ¿a qué conservar izada esta vela que puede hacernos zozobrar al primer choque de la tempestad?

—Arriemos la vela —digo—, y abatamos el palo; la prudencia más elemental lo aconseja.

—¡No, por vida del diablo! —ruge iracundo mi tío—. ¡No, y mil veces no! ¡Que nos sacuda el viento! ¡que la tempestad nos arrebate! ¡Pero que vea yo, por fin, las rocas de una costa, aunque deba nuestra balsa estrellarse contra ellas!

No ha acabado aún mi tío de pronunciar estas palabras, cuando cambia de improviso el aspecto del horizonte del Sur; los vapores acumulados se resuelven en lluvia, y el aire, violentamente solicitado para llenar los vacíos producidos por la condensación se convierte en huracán. Procede de los más remotos confines de la caverna. La obscuridad se hace tan intensa, que apenas si puedo tomar algunas notas incompletas.

La balsa se levanta dando saltos, que hacen caer a mi tío. Yo me arrastro hasta él. Le hallo asido fuertemente a la extremidad de un cabo y parece contemplar con placer el espectáculo de los desencadenados elementos.

Hans no se mueve siquiera. Sus largos cabellos, desordenados por el huracán y acumulados sobre su inmóvil semblante, le dan un extraño aspecto,

porque en cada una de sus puntas brilla un penachillo luminoso. Su espantosa fisonomía recuerda la de los hombres antediluvianos, contemporáneos de los ictiosaurios, de los megiterois.

El palo, sin embargo, resiste. La vela se distiende, como una burbuja próxima a reventar. La balsa camina con una velocidad que no puedo calcular, aunque no tan grande como la de las gotas de agua que despide en sus movimientos, las cuáles describen líneas perfectamente rectas.

—¡La vela! ¡La vela! —grito, indicando por señas que la arríen.

—¡No! —responde mi tío.

—Nej —dice Hans, moviendo lentamente la cabeza.

La lluvia forma, entretanto, una mugidora catarata delante del horizonte hacia el cual como insensatos corremos; pero antes de que llegue hasta nosotros, se desgarró el velo formado por las nubes, entra el mar en ebullición, y entra en juego la electricidad producida por una vasta acción química que se opera en las capas superiores de la atmósfera. A las centelleantes vibraciones del rayo, se mezclan los mugidos espantosos del trueno: un sinnúmero de relámpagos se entrecruzan en medio de las detonaciones; la masa de vapores se pone incandescente; el pedrisco que choca contra el metal de nuestras armas y herramientas, adquiere luminosidad; y las hinchadas olas parecen cerros ignívomos en cuyas entrañas se incuba un fuego en extremo violento y cuyas crestas ostentan un vivo penacho de llamas.

La intensidad de la luz me deslumbra los ojos, y el estrépito del trueno me destroza los oídos; no tengo más remedio que asirme fuertemente al mástil de la balsa, que se dobla como una débil caña bajo la violencia del huracán.

(Aquí se hacen en extremo incompletas las notas de mi viaje. No he encontrado ya más que algunas observaciones fugaces y tomadas, por decirlo así, maquinalmente. Pero por su brevedad, y hasta por su falta de claridad, constituyen una prueba de la emoción que me dominaba y me dan una idea más cabal que la memoria, de la situación en que nos encontrábamos).

Domingo 23 de agosto.

¿Dónde estamos? Somos arrastrados con una velocidad prodigiosa.

La noche ha sido terrible. La tempestad no amaina. Vivimos en medio de una detonación incesante. Nuestros oídos sangran y no podemos entendernos.

Los relámpagos no cesan. Veo deslumbrantes zigzags que, tras una fulminación instantánea, van a herir la bóveda de granito. ¡Oh si se desplomase! Otros relámpagos se bifurcan, o toman la forma de globos de fuego, que estallan como bombas. No por eso aumenta el ruido, porque ha rebasado ya el límite de intensidad que puede percibir el oído humano, y

aunque todos los polvorines del mundo hiciesen explosión a la vez, no lo oiríamos.

Existe una emisión constante de luz en la superficie de las nubes, la materia eléctrica se desprende, incesante, de sus moléculas: se han alterado los principios gaseosos del aire; innumerables columnas de agua se lanzan a la atmósfera y caen luego cubiertas de espuma.

¿A dónde vamos…? Mi tío se halla tendido, largo es, en la extremidad de la balsa.

El calor aumenta. Miro el termómetro y veo que señala… (La cifra está borrada).

Lunes 24 de agosto.

Por lo visto, esto no acabará nunca. ¿Por qué el estado de esta atmósfera tan densa, una vez modificada, no será definitivo?

Estamos rendidos de fatiga. Hans sigue imperturbable. La balsa corre imperturbablemente hacia el Sudeste. Hemos recorrido más de doscientas leguas desde que abandonamos el islote de Axel.

El huracán arreció o mediodía, y es preciso trincar sólidamente todos los objetos que componen el cargamento. Nosotros nos amarramos también. Las olas pasan por encima de nuestras cabezas.

Hace tres días que no podemos cambiar ni siquiera una sola palabra. Abrimos la boca, movemos los labios pero no producimos ningún sonido apreciable. Ni aun hablando al oído es posible entendernos.

Mi tío se ha aproximado a mí, y ha articulado algunas palabras. Creo que me ha dicho: «Estamos perdidos» pero no estoy seguro.

Tomo el partido de escribirle estas palabras: «Arriemos la vela». Me dice por señas que bueno.

Pero, apenas he tenido tiempo de inclinar la cabeza para decirme que sí, cuando a bordo de la balsa aparece un disco de fuego. La vela es arrancada, juntamente con el palo, y parten ambas cosas, formando un solo cuerpo, elevándose a una altura prodigiosa cual nuevo pterodáctilo, esa ave fantástica de los primeros siglos.

Nos quedamos helados de espanto. La esfera, mitad blanca y mitad azulada, del tamaño de una bomba de diez pulgadas, se pasea lentamente, girando con velocidad sorprendente bajo el impulso del huracán. Va de un lado para otro, sube una de los bordes de la balsa, salta sobre el saco de las provisiones, desciende ligeramente, bota, roza la caja de pólvora. ¡Horror! ¡Vamos a volar! Pero no: el disco deslumbrador se separa; se aproxima a Hans,

que la mira fijamente; a mi tío, que se pone de rodillas para evitar su choque; a mí, que palidezco y tiemblo bajo la impresión de su luz y su color; di vueltas alrededor de mi pie, que trato de retirar sin poderlo conseguir.

La atmósfera está llena de un olor de gas nitroso que penetra en la garganta y los pulmones. Nos asfixiamos. ¿Por qué no puedo retirar el pie? ¿Estará por ventura clavado a la balsa? ¡Ah! La caída del globo eléctrico ha imanado todo el hierro de a bordo; los instrumentos, las herramientas, las armas se giran, entrechocándose con un tintineo agudo: los clavos de mis zapatos se hallan fuertemente adheridos a una placa de hierra incrustada en la madera. ¡No puedo retirar el pie! Haciendo un violento esfuerzo, consigo, por fin, arrancarla en el momento mismo en que el globo iba a cogerlo en su movimiento giratorio y arrastrarme, si…

¡Ah! ¡Qué luz tan intensa! ¡El globo estalla! Nos cubre un mar de llamas.

Después se apaga todo. ¡He tenido tiempo de ver a mi tío tendido sobre la balsa, y a Hans con la caña del timón en la mano, escupiendo fuego bajo la influencia de la electricidad que le invade!

¿A dónde vamos? ¿A dónde vamos?

Martes 25 de agosto.

Salgo de un desvanecimiento prolongado. La tempestad continúa; los relámpagos se desencadenan como una nidada de serpientes que alguien hubiera soltado en la atmósfera.

¿Estamos aún en el mar? Sí, y arrastrados con una velocidad incalculable. ¡Hemos pasado por debajo de Inglaterra, del canal de la Mancha, de Francia, de Europa entera, tal vez! ¡Se escucha un nuevo ruido! ¡Evidentemente, el mar se estrella contra las rocas…! Pero entonces…

CAPÍTULO XXXVI

Aquí termina lo que le he llamado mi Diario de Navegación, tan felizmente salvado del naufragio, y vuelvo o recordar mi relato como antes.

Lo que ocurrió al chocar la balsa contra los escollos de la costa, no sería capaz de explicarlo. Me sentí precipitado en el agua, y, si me libré de la muerte, si mi cuerpo no se destrozó contra los agudos peñascos, fue porque el brazo vigoroso de Hans me sacó del abismo.

El valeroso islandés me transportó fuera del alcance de las olas sobre una arena ardorosa donde me encontré, al lado de mi tío.

Después salió a las rocas, sobre las cuáles se estrellaba el oleaje furioso, con objeto de salvar algunos restos del naufragio. Yo no podía hablar: me hallaba rendido de emoción y de fatiga, y tardé más de una hora en reponerme.

Seguía cayendo un verdadero diluvio, con esa redoblada violencia que anuncia el fin de las tempestades. Algunas rocas superpuestas nos brindaron un abrigo contra las cataratas del cielo.

Hans preparó alimentos, que yo no pude tocar, y todos, extenuados por tres noches de insomnio, nos entregamos a un dudoso sueño. Al día siguiente, el tiempo era magnífico. El cielo y el mar se habían tranquilizado de común acuerdo. Toda huella de tempestad había desaparecido. Al despertar, mi tío, que estaba radiante de júbilo, me saludó satisfecho.

—¿Qué tal —me dijo—, hijo mío? ¿Has descansado bien?

¿No hubiera dicho cualquiera que nos hallábamos en nuestra casita de la König-strasse, que bajaba a almorzar tranquilamente y que mi matrimonio con la pobre Graüben se iba a verificar aquel día mismo?

¡Ay! ¡Por poco que la tempestad hubiese desviado la balsa hacia el Este, habríamos pasado por debajo de Alemania, por debajo de mi querida ciudad de Hamburgo, por debajo de aquella calle donde habitaba la elegida de mi corazón! ¡En este caso, me habrían separado de ella cuarenta leguas apenas! ¡Pero cuarenta leguas verticalmente contadas a través de una mole de granito, que para franquearlas tendría que recorrer más de mil!

Todas estas dolorosas reflexiones atravesaron rápidamente mi espíritu, antes que respondiese a la pregunta de mi tío.

—¡Cómo es eso! —repitió—. ¿No me quieres decir cómo has pasado la noche?

—Muy bien —le respondí—; todavía me encuentro molido, pero eso no será nada.

—Absolutamente nada; un poco de cansancio, y nada más.

—Pero le encuentro a usted muy alegre esta mañana, tío.

—¡Encantado, hijo mío, encantado de la vida! ¡Por fin hemos llegado!

—¿Al término de nuestra expedición?

—No tan lejos, pero sí al término de este mar que nunca se acababa. Ahora vamos a viajar de nuevo por tierra y a hundirnos verdaderamente en las entrañas del globo.

—Permítame usted una pregunta, tío.

—Pregunta cuento quieras, Axel.

—¿Y el regreso?

—¡El regreso! Pero, ¿piensas en volver cuando aún no hemos llegado?

—No; mi idea no es otra que preguntarle a usted cómo se efectuará.

—Del modo más sencillo del mundo. Una vez llegados al centro del esferoide o hallaremos otra nueva vía para volver a la superficie de la tierra, o efectuaremos el viaje de regreso por el mismo camino que ahora vamos recorriendo. Supongo que no se cerrará detrás de nosotros.

—Entonces será preciso poner en buen estado la balsa.

—¡Por supuesto!

—Pero, ¿nos alcanzarán los víveres para ver esos grandes proyectos realizados?

—Ciertamente. Hans es un muchacho muy hábil, y tengo la seguridad de que ha salvado la mayor parte de la carga. Vamos a cerciorarnos de ello.

Salimos de aquella gruta abierta a todos los vientos. Abrigaba yo una esperanza, que era al mismo tiempo un temor: me parecía imposible que en el terrible choque de la balsa no se hubiese destrozado todo lo que conducía. No le engañaba, en efecto. Al llegar a la playa, vi a Hans en medio de una multitud de objetos perfectamente ordenados. Mi tío le estrechó la mano impulsado por un vivo sentimiento de gratitud. Aquel hombre, cuya abnegación era en realidad sobrehumana, había estado trabajando mientras descansábamos nosotros, y había logrado salvar los objetos más preciosos con grave riesgo de su vida.

No quiere decir esto que no hubiésemos sufrido pérdidas bastante sensibles: nuestras armas, por ejemplo; pero, en resumidas cuentas, bien podríamos pasarnos sin ellas. En cambio, la provisión de pólvora se encontraba intacta, después de haber estado a punto de explotar durante la tempestad.

—¡Bueno! —exclamó el profesor—; como nos hemos quedado sin fusiles, tendremos que abstenernos de cazar.

—Sí; pero, ¿y los instrumentos?

—He aquí el manómetro, el más útil de todos, a cambio del cual habría dado los otros. Con él puedo calcular la profundidad a que nos encontramos y conocer el instante en que lleguemos al centro. Sin él, nos expondríamos a rebasarlo, y a salir por los antípodas.

La jovialidad de mi tío me resultaba feroz.

—Pero, ¿y la brújula? —pregunté.

—Hela aquí, sobre esta roca, en estado perfecto, lo mismo que los termómetros y el cronómetro. ¡Ah! ¡Nuestro guía no tiene precio!

Fuerza era reconocerlo, porque, gracias a él, no faltaba ningún instrumento. En cuanto a las herramientas y utensilios, vi, esparcidos por la playa, picos, azadones, escalas, cuerdas, etc.

Quedaba por dilucidar, sin embargo, la cuestión relativa a los víveres.

—¿Y las provisiones? —dije.

—Veamos las provisiones —respondió mi tío.

Las cajas que las contenían se hallaban alineadas sobre la arena, en perfecto estado de conservación; el mar las había respetado casi en su totalidad; y, entre galleta, carne salada, ginebra y pescado seco, se podía calcular que teníamos aún víveres para unos cuatro meses.

—¡Cuatro meses! —exclamó el profesor—. Tenemos tiempo para ir y volver, y con lo que nos sobre pienso dar un espléndido banquete a todos mis colegas de Johannaeum.

Desde mucho tiempo atrás debía estar acostumbrado al carácter de mi tío, y, sin embargo, aquel hombre siempre me causaba asombro.

—Ahora —dijo—, vamos a reponer nuestras provisiones de agua con la lluvia que la tempestad ha vertido en todos estos recipientes de granito; por consiguiente, tampoco tenemos que temer que la sed nos atormente. Por lo que respecta a la balsa, voy a recomendar a Hans que la repare lo mejor que le sea posible, aunque tengo para mí que no ha de servimos más.

—¿Cómo es eso? —exclamé.

—¡Es una idea que tengo, hijo mío! Se me antoja que no hemos de salir por donde entramos.

Miré con cierto recelo a mi tío, pensando si se habría vuelto loco; aun cuando, bien pensado, ¡quién sabe si decía una gran verdad sin saberlo!

—Vamos a almorzar —añadió.

—Seguí hasta mi pequeño promontorio, después que comunicó sus instrucciones al guía, y allí, con carne seca, galleta y té, confeccionamos un almuerzo excelente, uno de los mejores, he de decir la verdad, que he hecho en toda mi vida. La necesidad, el aire libre y la tranquilidad, después de las agitaciones pasadas, despertaron en mí un devorador apetito.

Durante el almuerzo, propuso mi tío que calculásemos el lugar en donde a la sazón nos hallábamos.

—Creo que nos será fácil calcularlo —le dije.

—Con toda exactitud, no, no es fácil —respondió—; resulta hasta materialmente imposible, porque durante los tres días que había durado la tempestad, no he podido tomar nota de la velocidad ni del rumbo de la balsa; pero, no obstante, podemos calcular nuestra situación de un modo aproximado.

—En efecto, la última observación la hicimos en el islote del géiser.

—En el islote de Axel, hijo mío; no renuncies al honor de haber dado tu nombre a la primera isla descubierta dentro del macizo terrestre.

—¡Bien! Pues, en el islote de Axel, habíamos recorrido 270 leguas sobre la superficie del mar, y nos encontrábamos a más de seiscientas leguas de Islandia.

—Partamos, pues, de este punto y contemos cuatro días de borrasca durante los cuales nuestra velocidad no ha debido ser menor de ochenta leguas cada veinticuatro horas.

—Así lo creo. Tendríamos, pues, que añadir 300 leguas.

—De donde deducimos en seguida que el mar de Lidenbrock mide aproximadamente seiscientas leguas de una orilla a otra. Ya ves, Axel, que puede competir en extensión con el Mediterráneo.

—¡Ya lo creo! Sobre todo si lo hemos atravesado en sentido transversal.

—Lo cual es muy posible.

—Y lo más curioso es —añadí—, que si nuestros cálculos son exactos, estamos en este momento debajo del Mediterráneo.

—¿De veras?

—Sin duda alguna; porque nos encontramos a 900 leguas de Reykiavik.

—He aquí un bonito viaje, hijo mío; pero no podemos afirmar que nos hallemos debajo del Mediterráneo, y no de Turquía o del Atlántico, más que en el caso de que nuestro rumbo no haya sufrido alteración.

—No lo creo; el viento parecía constante, y opino, por lo tanto, que esta costa debe hallarse situada al Sudeste de Puerto Graüben.

—De eso es fácil cerciorarse consultando la brújula. Vamos a verla en seguida.

El profesor se dirigió hacia la roca sobre la cual había Hans depositado todos los instrumentos. Estaba alegre y contento, se frotaba las manos y adoptaba posturas estudiadas. ¡Parecía un mozalbete! Le seguí con gran curiosidad de saber si me había equivocado en mis cálculos.

Cuando llegó a la roca, mi tío tomó el compás, lo colocó horizontalmente y observó la aguja, que, después de haber oscilado, se detuvo en una posición fija bajo la influencia del magnetismo.

Mi tío miró atentamente, después se frotó los ojos, volvió a mirar de nuevo, y acabó por volverse hacia mí, estupefacto.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Entonces me dijo por señas que examinase yo el instrumento. Una exclamación de sorpresa se escapó de mis labios. ¡La aguja marcaba el Norte donde nosotros suponíamos que se encontraba el Sur! ¡La flor de lis miraba hacia la playa en lugar de dirigirse hacia el mar!

Moví la brújula y la examiné con todo detenimiento, cerciorándome de que no había sufrido el menor desperfecto. En cualquier posición que se colocase, la aguja volvía a tomar en seguida la inesperada dirección.

Así, pues, no había duda posible. Durante le tempestad se había rolado el viento sin que nos diésemos cuente de ello, y había empujado la balsa hacia las playas que mi tío creía haber dejado a su espalda.

CAPÍTULO XXXVII

Imposible me sería describir la serie de sentimientos que agitaron al profesor Lidenbrock: la estupefacción, primero, la incredulidad, después, y, por último, la cólera. Jamás había visto un hombre tan chasqueado al principio, tan irritado después. Las fatigas de la travesía, los peligros corridos en ella, todo resultaba inútil; era preciso empezar de nuevo. ¡Habíamos retrocedido un punto de partida!

Pero mi tío se sobrepuso enseguida.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Conque la fatalidad me juega tales trastadas! ¡Conque los elementos conspiran contra mí! ¡Conque el aire, el fuego y el agua combinan sus esfuerzos para oponerse a mi paso! Pues bien, ya se verá de lo que mi voluntad es capaz. ¡No cederé, no retrocederé una línea, y veremos quién puede más, si la Naturaleza o el hombre!

De pie sobre la roca, amenazador, colérico, Otto Lidenbrock, a semejanza del indomable Ajax, parecía desafiar a los dioses. Mas yo creí oportuno intervenir y refrenar aquel ardor insensato.

—Escúcheme usted, tío —le dije con voz enérgica—; existe en la tierra un límite para todas las ambiciones, y no se debe luchar en contra de lo

imposible. No estamos bien preparados para un viaje por mar: quinientas leguas no se recorren fácilmente sobre una mala balsa, con una manta por vela y mi débil bastón por mástil y teniendo que luchar contra los vientos desencadenados. No podemos gobernar nuestra balsa, somos juguete de las tempestades, y sólo se le puede ocurrir a unos locos el intentar por segunda vez esta travesía imposible.

Por espacio de diez minutos pude desarrollar esta serie de razonamientos todos ellos refutables, sin ser interrumpido: pero esto se debió a que, absorbido por otras ideas, no oyó mi tío ni una palabra de mi argumentación.

—¡A la balsa! —exclamó de improviso.

Y ésta fue la única respuesta que obtuve. Por más que supliqué y me exasperé, me estrellé contra su voluntad, más firme que el granito.

Hans acababa entonces de reparar la balsa. Perecía enteramente que este extraño individuo adivinaba los pensamientos de mi tío. Con algunos trazos surtarbrandr había consolidado el artefacto, el cual ostentaba ya una vela con cuyos flotantes pliegues jugueteaba la brisa.

Dijo el profesor algunas palabras al guía, y éste comenzó enseguida a embarcar la impedimenta y a disponerlo todo para la partida. La atmósfera se hallaba despejada y el viento se sostenía del Nordeste.

¿Qué podría yo hacer? ¿Luchar solo contra dos? ¡Si al menos Hans se hubiera puesto de mi parte! Pero no; parecía como si el islandés se hubiese despojado de todo rasgo de voluntad personal y hecho voto de consagración a mi tío. Nada podía obtener de un servidor tan adicto a su amo. Era preciso seguirles. Me disponía ya a ocupar en la balsa mi sitio acostumbrado, cuando me detuvo el profesor con la mano.

—No partiremos hasta mañana —me dijo.

Yo adopté la actitud de indiferencia del hombre que se resignó a todo.

—No debo olvidar nada —añadió—, y puesto que la fatalidad me ha empujado a esta parte de la costa, no la abandonaré sin haberla reconocido.

Para que se comprenda esta observación será bueno advertir que habíamos vuelto a las costas septentrionales; pero no al mismo lugar de nuestra primera partida. Puerto-Graüben debía estar situado más al Oeste. Nada más razonable, por tanto, que examinar con cuidado los alrededores de aquel nuevo punto de recalada.

—¡Vamos a practicar la descubierta! —exclamé.

Y partimos los dos, dejando a Hans entregado a sus quehaceres.

El espacio comprendido ante la línea donde expiraban las olas y las

estribaciones del acantilado era bastante ancho, pudiéndose calcular en una media hora el tiempo necesario para recorrerla. Nuestros pies trituraban innumerables conchillas de todas formas y tamaños, pertenecientes a los animales de las épocas primitivas. Encontrábamos también enormes carapachos, cuyo diámetro era superior, con frecuencia, a quince pies, que habían pertenecido a los gigantescas gliptodonios del período pliocénico, de los que la moderna tortuga es sólo una pequeña reducción. El suelo se hallaba sembrado, además de una gran cantidad de despojos pétreos, especies de guijarros redondeados por el trabajo de las olas y dispuestos en líneas sucesivas, lo que me hizo deducir que el mar debió, en otro tiempo ocupar aquel espacio. Sobre las rocas esparcidas y actualmente situadas fuera de su alcance, habían dejado las olas señales evidentes de su paso.

Esto podía explicar, hasta cierto punto, la existencia de aquel océano a cuarenta leguas debajo de la superficie del globo. Pero, en mi opinión, aquella masa de agua debía perderse poco a poco en las entrañas de la tierra, y provenía, evidentemente, de las aguas del Océano que se abrieron paso hasta allí a través de alguna fenda. Sin embargo, era preciso admitir que esta fenda estaba en la actualidad taponada, porque, de lo contrario, toda aquella inmensa caverna se habría llenado en un plazo muy corto. Tal vez esta misma agua, habiendo tenido que luchar contra los fuegos subterráneos, se había evaporado en parte. Y ésta era la explicación de aquellas nubes suspendidas sobre nuestras cabezas y de la producción de la electricidad que creaba tan violentas tempestades en el interior del macizo terrestre.

Esta explicación de los fenómenos que habíamos presenciado me parecía satisfactoria porque, por grandes que sean las maravillas de la Naturaleza, hay siempre razones físicas que puedan explicarlas.

Caminábamos, pues, sobre una especie de terreno sedimentario, formado por las aguas, como todos los terrenos de este período, tan ampliamente distribuidas por toda la superficie del globo. El profesor examinaba atentamente todos los intersticios de las rocas, sondeando con marcado interés la profundidad de cuantas aberturas encontraba.

Habíamos costeado por espacio de una milla las playas del mar de Lidenbrock, cuando el suelo cambió súbitamente de aspecto. Parecía removido, trastornado por una sacudida violenta de las capas inferiores. En muchos puntos, los hundimientos y protuberancias delataban una dislocación poderosa del macizo terrestre.

Avanzábamos con dificultad sobre aquellas fragosidades de granito, mezclado con sílice, cuarzo y depósitos aluvionarios, cuando descubrió nuestra vista una vasta llanura cubierta de osamentas. Parecía un inmenso cementerio donde se confundían los eternos despojos de las generaciones de

veinte siglos. Elevados montones de restos se extendían, cual mar ondulado, hasta los últimos límites del horizonte, perdiéndose entre las brumas. Se acumulaba allí, en un espacio de unas tres millas cuadradas, toda la vida de la historia animal, que apenas si ha empezado a escribirse en los demasiado recientes terrenos del mundo habitado.

Una curiosidad impaciente nos atraía sin embargo. Nuestros pies trituraban con un ruido seco los restos de aquellos animales prehistóricos; aquellos fósiles cuyos raros a interesantes despojos se disputarían los museos de las grandes ciudades. Las vidas de un millar de Cuvieres no hubieran bastado para reconstruir los esqueletos de los seres orgánicos hacinados en aquel magnífico osario.

Yo estaba estupefacto. Mi tío había elevado sus descomunales brazos hacia la espesa bóveda que nos servía de cielo. Su boca desmesuradamente abierta, sus ojos que fulguraban bajo los cristales de sus gafas, su cabeza que se movía en todas direcciones, toda su actitud, en fin, demostraba un asombro sin límites. Se veía ante una inapreciable colección de lepoterios, mericoterios, mastodontes, protopitecos, pterodáctilos y de todos los monstruos antediluvianos acumulados allí para su satisfacción personal. Imaginaos a un apasionado bibliómano transportado de repente a la famosa biblioteca de Alejandría, incendiada por Omar, y que un portentoso milagro hubiera hecho renacer de sus cenizas, y tendréis una idea del estado de ánimo del profesor Lidenbrock.

Pero mayor fue su asombro cuando, corriendo a través de aquel polvo volcánico, levantó un cráneo del suelo, y exclamó con voz temblorosa.

—¡Axel! ¡Axel! ¡Una cabeza humana!

—¡Una cabeza humana, tío! —respondí, no menos sorprendido.

—¡Sí, sobrino! ¡Ah, señor Milne-Edwards! ¡Ah, señor de Quatrefages! ¡Qué lástima que no os encontréis aquí donde me encuentro yo, el humilde Otto Lidenbrock!

CAPÍTULO XXXVIII

Para comprender esta evocación dirigida por mi tío a los ilustres sabios franceses, es preciso saber que, poco antes de nuestra partida, había tenido lugar un hecho de trascendental importancia para la paleontología.

El 28 de marzo de 1863, unos trabajadores, haciendo excavaciones en las canteras de Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, en el departamento del Soma

de Francia, bajo la dirección del señor Boucher de Perthes, encontraron una mandíbula humana a catorce pies de profundidad. Era el primer fósil de esta clase sacado a la luz del día. Junto a él, fueron halladas hachas de piedra y sílices tallados, coloreados y revestidos por el tiempo de una especie de barniz uniforme.

Este descubrimiento produjo gran ruido, no solamente en Francia, sino en Alemania e Inglaterra también. Varios sabios de Instituto francés, los señores de Quatrefages y Milne-Edwards entre otros, tomaron el asunto muy a pecho, demostraron la incontestable autenticidad de la osamenta en cuestión, y fueran los más ardientes defensores del proceso de la quijada, según la expresión inglesa.

A los geólogos del Reino Unido señores Falconer, Busk, Carpenter, etc., que admitieron el hecho como cierto, se sumaron los sabios alemanes, destacándose entre ellos por su calor y entusiasmo mi tío Lidenbrock.

La autenticidad de un fósil humano de la época cuaternaria parecía, por consiguiente, incontestablemente demostrada y admitida.

Cierto es que este sistema había tenido un adversario encarnizado en el señor Elías de Beaumont, sabio de autoridad bien sentada, quien sostenía que el terreno de Moulin-Quignon no pertenecía al diluvium, sino a una capa menos antigua, y, de acuerdo en este particular con Cuvier, no admitía que la especie humana hubiese sido contemporánea de los animales de la época cuaternaria. Mi tío Lidenbrock, de acuerdo con la gran mayoría de los geólogos, se había mantenido en sus trece, sosteniendo numerosas controversias y disputas, en tanto que el señor Elías de Beaumont se quedó casi solo en el bando opuesto.

Conocíamos todos los detalles del asunto, pero ignorábamos que, desde nuestra partida, había hecho la cuestión nuevos progresos. Otras mandíbulas idénticas, aunque pertenecientes a individuos de tipos diversos y de naciones diferentes, fueron halladas, en las tierras livianas y grises de ciertas grutas, en Francia, Suiza y Bélgica, como asimismo armas, herramientas, utensilios y osamentas de niños, adolescentes, adultos y ancianos. La existencia del hombre cuaternario se afirmaba, pues, más cada día.

Pero no era esto sólo. Nuevos despojos exhumados del terreno terciario plioceno habían permitido a otros sabios más audaces aún asignar a la raza humana una antigüedad muy remota. Cierto que estos despojos no eran osamentas del hombre, sino productos de su industria, como tibias y fémures de animales fósiles, estriados de un modo regular, esculpidos, por decirlo así, y que ostentaban señales evidentes del trabajo humano.

El hombre, pues, subió de un solo salto en la escala de los tiempos un gran

número de siglos; era anterior al mastodonte y contemporáneo del elephas meridionalis; tenía, en una palabra, cien mil años de existencia, toda vez que ésta es la antigüedad asignada por los más afamados geólogos a la formación de los terrenos pliocénicos.

Tal era a la sazón el estado de la ciencia paleontológica, y lo que conocíamos de ella bastaba para explicar nuestra actitud en presencia de aquel osario del mar de Lidenbrock. Se comprenderán, pues, fácilmente el júbilo y la estupefacción de mi tío, sobre todo cuando, veinte pasos más adelante, encontró frente a sí un ejemplar del hombre cuaternario.

Era un cuerpo humano perfectamente reconocible. ¿Había sido conservado durante tantos siglos por un suelo de naturaleza especial, como el del cementerio de San Miguel, de Burdeos? No sabría decirlo. Pero aquel cadáver de piel tersa y apergaminada, con los miembros aún jugosos —por lo menos a la vista—, con los dientes intactos, la cabellera abundante y las uñas de los pies y de las manos prodigiosamente largas, se presentaba ante nuestros ojos tal como había vivido.

Quedé sin hablar ante aquella aparición de un ser de otra edad tan remota. Mi tío, tan locuaz y discutidor de costumbre, enmudeció también. Levantamos aquel cadáver, lo enderezamos después; palpábamos su torso sonoro, y él parecía mirarnos con sus órbitas vacías.

Tras algunos instantes de silencio, el catedrático se sobrepuso al tío. Otto Lidenbrock, dejándose llevar de su temperamento, olvidó las circunstancias de nuestro viaje, el medio en que nos hallábamos, la inmensa caverna que nos cobijaba; y, creyéndose sin duda en el Johannaeum, dando una conferencia a sus discípulos, dijo en tono doctoral, dirigiéndose a un auditorio imaginario:

—Señores: tengo el honor de presentaros un hombre de la época cuaternaria. Grandes sabios han negado su existencia, y otros, no menos ilustres, la han afirmado y defendido. Si se hallasen aquí los Santo Tomás de la paleontología lo tocarían con el dedo y se verían obligados a reconocer su error. Sé muy bien que la ciencia debe ponerse en guardia contra estos descubrimientos. No ignoro la inicua explotación que han hecho de los hombres fósiles los Barnum y otros charlatanes de su misma ralea. Conozco perfectamente la historia de la rótula de Ajax, del supuesto cadáver de Orestes, hallado por los esparteros, y del cadáver de Asterio, de diez codos de largo de que nos habla Pausanias. He leído las memorias relativas al esqueleto de Trapani, descubierto en el siglo XIV, en el cual se creyó reconocer a Polifemo, y la historia del gigante desterrado durante el siglo XVI en los alrededores de Palermo. Conocéis, lo mismo que yo, el análisis practicado cerca de Lucerna, en 1577, de las grandes osamentas que el célebre médico Félix Plater dijo pertenecían a un gigante de diecinueve pies. He devorado los tratados de

Cassanion, y todas las memorias; folletos, discursos y contradiscursos publicados a propósito del esqueleto del rey de los cimbrios, Teutoboco, el invasor de la Galia, exhumado en 1613 de un arenal del Delfinado. En el siglo XV hubiera combatido con Pedro Campet la existencia de los preadamitas de Scheuchzer. He tenido entre mis manos el escrito titulado Gigans…

Aquí reapareció el defecto peculiar de mi tío, quien, cuando hablaba en público, no podía pronunciar los nombres difíciles.

—El escrito —prosiguió— titulado Gigans…

Pero se atascó de nuevo.

—Giganteo…

¡Imposible! ¡El enrevesado vocablo no quería salir!, ¡cuánto se hubieran reído del pobre profesor en el Johanaeum!

—Gigantosteología —concluyó por fin el profesor Lidenbrock, entre dos juramentos terribles.

Y animándose después, prosiguió:

—¡Sí señores, no ignoro nada de eso! Sé también que Cuvier y Blumenbach han reconocido en estas osamentas simples huesos de mamut y de otros animales de la época cuaternaria. Pero, en el caso actual, la duda solo sería una injuria a la ciencia. ¡Ahí tenéis el cadáver! ¡Podéis verlo, tocarlo! No se trata de un esqueleto, sino de un cadáver intacto, conservado únicamente con un fin antropológico.

No quise contradecir esta aserción.

—Si pudiese lavarlo en una solución de ácido sulfúrico —añadió el profesor—, haría desaparecer todas las partes terrosas y esas conchillas resplandecientes incrustadas en él. Pero no poseo de momento el precioso disolvente. Sin embargo, este cadáver, tal como le veis ahora, nos referirá su historia.

El profesor entonces cogió el cadáver fósil, manejándolo con la destreza de los que se dedican a mostrar curiosidades.

—Ya lo veis —prosiguió—, no tiene seis pies de altura, y nos encontramos, por tanto, a gran distancia de los pretendidos gigantes. Por lo que respecta o la raza a la cual pertenece, es incontestablemente caucásica: la raza blanca, ¡la nuestra! El cráneo de este fósil es regularmente ovoideo, sin un desarrollo excesivo de los pómulos, ni un avance exagerado de la mandíbula. No presenta ninguna señal de progmatismo que modifica el ángulo facial. Medid este ángulo, y hallaréis que tiene cerca de 90°. Pero de ir todavía más lejos en el camino de las deducciones, y me atrevería a afirmar que este

ejemplar humano pertenece a la familia que se extiende desde la India hasta los límites de la Europa Occidental. ¡No os sonriáis, señores!

No se sonreía nadie; pero, ¡era tal la costumbre que el profesor tenía de ver sonreír a todo el mundo durante sus sabias disertaciones!

—Si —prosiguió, animándose de nuevo—; se trata de un hombre fósil y contemporáneo de los mastodontes cuyas osamentas llenan este anfiteatro. Pero no osaré deciros por qué vía han llegado aquí; de qué modo esas capas donde yacían se han deslizado hasta esta enorme caverna del globo. Sin duda, en la época cuaternaria, se verificaban aún trastornos considerables en la corteza terrestre: el enfriamiento continuo del globo producía grietas, sendas, hendeduras por las cuales se escurría probablemente una parte del terreno superior. No quiere esto decir que sustente yo esta teoría, pero el hecho es que aquí tenemos al hombre, rodeado de las obras de su propia mano, de esas hachas, de esos sílices tallados, que han constituido la edad de piedra, y, a menos que no haya venido como yo, como un excursionista, como un cultivador de la ciencia, no puedo poner en duda la autenticidad de su remoto origen.

Enmudeció el profesor y prorrumpieron mis manos en unánimes aplausos. Por otra parte, mi tío tenía razón, y otros bastante más sabios que su sobrino habrían tenido que tentarse la ropa antes de tratar de combatirle.

Otro indicio. Aquel cadáver fosilizado no era el único que había en aquel inmenso osario. A cada paso que dábamos, encontrábamos otros nuevos, de suerte que mi tío tenía donde elegir el más maravilloso ejemplar para convencer a los incrédulos.

A decir verdad, era un asombroso espectáculo el que ofrecían aquellas generaciones de hombres y de animales confundidos en aquel cementerio. Pero se nos presentaba una grave cuestión que no osábamos resolver. Aquellos seres animados, ¿se habían deslizado, mediante una conmoción del suelo, hasta las playas del mar de Lidenbrock cuando ya estaban convertidos en polvo, o vivieron allí, en aquel mundo subterráneo, bajo aquel cielo fantástico, naciendo y muriendo como los habitantes de la superficie de la tierra? Hasta entonces, sólo se nos habían presentado vivos los peces y los monstruos marinos; ¿erraría aún por aquellas playas desiertas algún hombre del abismo?

CAPÍTULO XXXIX

Nuestros pies siguieron hollando durante media hora aún aquellas capas de osamentas. Avanzábamos impulsados por una ardiente curiosidad. ¿Qué otras

maravillas y tesoros para la ciencia encerraba aquella caverna? Mi mirada se hallaba preparada para todas las sorpresas, y mi imaginación para todos los asombros.

Las orillas del mar habían desaparecido, hacía ya mucho tiempo, detrás de las colinas del osario. El imprudente profesor se alejaba demasiado conmigo sin miedo de extraviarse. Avanzábamos en silencio bañados por las ondas eléctricas. Por un fenómeno que no puedo explicar, y gracias a su difusión, que entonces era completo, alumbraba la luz de una manera uniforme las diversas superficies de los objetos. Como no dimanaba de ningún foco situado en una punta determinada del espacio, no producía efecto alguno de sombra. Todo ocurría como si nos encontrásemos en pleno mediodía y en pleno estío, en medio de las regiones ecuatoriales, bajo los rayos verticales del sol. Todos los vapores habían desaparecido. Las rocas, las montañas lejanas, algunas masas confusas de selvas alejadas adquirían un extraño aspecto bajo la equitativa distribución del fluido luminoso. Nos parecíamos al fantástico personaje de Hoffmann que perdió su sombra.

Después de una marcha de una milla, llegamos al lindero de una selva inmensa, que en nada se parecía al bosque de hongos próximo a Puerto-Graüben.

Contemplábamos la vegetación de la época terciaria en toda su magnificencia. Grandes palmeras, de especies actualmente extinguidas, soberbios guanos, pinos, tejos, cipreses y tuyas representaban la familia de las coníferas, y se enlazaban entre sí por medio de una inextricable red de bejucos. Una alfombra de musgos y de hepáticas cubría muellemente la tierra. Algunos arroyos murmuraban debajo de aquellas sombras, si es que puede aplicárseles tal nombre, toda vez que, en realidad, no había sombra alguna. En sus márgenes crecían helechos arborescentes parecidos a los que se crían en los invernáculos del mundo habitado. Sólo faltaba el color a aquellos árboles, arbustos y plantas, privados del calor vivificante del sol. Todo se confundía en un tinte uniforme, pardusco y como marchito. Las hojas no poseían su natural verdor, y las flores, tan abundantes en aquella época terciaria que las vio nacer, sin color ni perfume a la sazón, parecían hechos de papel descolorido bajo la acción de la luz.

Mi tío Lidenbrock se aventuró bajo aquellas gigantescas selvas. Yo le seguí no sin cierta aprensión. Puesto que la Naturaleza había acumulado allí una abundante alimentación vegetal, ¿quién nos aseguraba que no había en su interior formidables mamíferos? Veía en los amplios claros que dejaban los árboles derribados y carcomidos por la acción del tiempo, plantas leguminosas acerinas, rubráceas y mil otras especies comestibles, codiciadas por los rumiantes de todos los períodos. Después aparecían confundidos y entremezclados los árboles de las regiones más diversas de la superficie del

globo. Crecía la encina al lado de la palmera, el eucalipto australiano se apoyaba en el abeto de Noruega, el abedul del Norte entrelazaba sus ramas con las del kauris zelandés. Había suficiente motivo para confundir la razón de los más ingeniosos clasificadores de la botánica terrestre.

De repente, me detuve y detuve con la mirada a mi tío.

La luz difusa permitía distinguir los menores objetos en la profundidad de la selva. Había creído ver… ¡no! ¡veía en realidad con mis ojos unas sombras inmensas agitarse debajo de los árboles! Eran, efectivamente, animales gigantescos; todo un rebaño de mastodontes, no ya fósiles, sino vivos, parecidos a aquellas cuyos restos fueron descubiertos en 1801 en los pantanos del Ohio. Contemplaba aquellos elefantes monstruosos, cuyas trompas se movían entre los árboles como una legión de serpientes. Escuchaba el ruido de sus largos colmillos cuyo marfil taladraba los viejos troncos. Crujían las ramas, y las hayas, arrancadas en cantidades enormes, desaparecían por las inmensas fauces de aquellos enormes monstruos.

¡El sueño en que había visto renacer todo el mundo de los tiempos prehistóricos, de las épocas ternaria y cuaternaria tomaba forma real! Y estábamos allí, solos, en las entrañas del globo, a merced de sus feroces habitantes.

Mi tío miraba atónito.

—Vamos —dijo de repente, asiéndome por el brazo—. ¡Adelante! ¡Adelante!

—No —exclamé—; carecemos de armas. ¿Qué haríamos en medio de ese rebaño de gigantescos cuadrúpedos? ¡Venga, tío, venga! ¡Ninguna criatura humana podría desafiar impunemente la cólera de esos monstruos!

—¡Ninguna criatura humana! —respondió mi tío bajando la voz—. ¡Te engañas, Axel! ¡Mira! ¡Mira hacia allí! Me parece que veo un ser viviente Un ser semejante a nosotros. ¡Un hombre!

Miré, encogiéndome de hombros, resuelto a llevar mi incredulidad hasta los últimos límites: pero no tuve más remedio que rendirme a la evidencia.

¡En efecto, a menos de un cuarto de hora, apoyado sobre el tronco de un enorme kauris, un ser humano, un Proteo de aquellas subterráneas regiones, un nuevo hijo de Neptuno, apacentaba aquel innumerable rebaño de mastodontes!

Inmanis pecoris custos inmanior ipse!

¡Sí! inmanior ipse! No se trataba ya del ser fósil cuyo cadáver habíamos levantado en el osario, sino de un gigante capaz de imponer su voluntad a aquellos monstruos. Su talla era mayor de doce pies. Su cabeza, del tamaño de la de un búfalo, desaparecía entre las espesuras de una cabellera inculta, de

una melena de crines parecida a la de los elefantes de las primitivas edades.

Blandía en su mano un enorme tronco, digno de aquel pastor antediluviano.

Habíamos quedado inmóviles, estupefactos; podíamos ser de un momento a otro descubiertos; había que huir.

—¡Venga usted! ¡Venga usted! —exclamé, tirando de mi tío, quien, por primera vez, hubo de dejarse arrastrar.

Un cuarto de hora más tarde, nos hallábamos fuera de la vista de aquel formidable enemigo.

Y ahora que pienso en ello con tranquilidad, ahora que ha renacido la calma en mi espíritu, y han transcurrido meses desde este extraño y sobrenatural encuentro, ¿qué debo pensar? ¿Qué creer? ¡No! ¡Es imposible! ¡Hemos sido juguetes de una alucinación de los sentidos! ¡Nuestros ojos no vieron lo que creyeron ver! ¡No existe en aquel mundo subterráneo ningún hombre! ¡No habita aquellas cavernas inferiores del globo una generación humana, que no sospecha la existencia de los pobladores de la superficie ni se encuentra con ellos en comunicación! ¡Es una insensatez! ¡Una locura!

Prefiero admitir la existencia de algún animal cuya estructura se aproxime a la humana, de algún enorme simio de las primeras épocas geológicas, de algún protopiteco, de algún mesopiteco parecido al que descubrió el señor Lartet en el lecho osífero de Sansan. Sin embargo, la talla del que vimos nosotros excedía a todas las medidas dadas por la paleontología moderna. Mas, no importa, era un simio; sí, un simio, por inverosímil que sea. Pero ¡un hombre, un hombre vivo, y con él toda una generación sepultada en las entrañas de la tierra, es completamente imposible! ¡Eso, jamás!

Entretanto, habíamos abandonado la selva clara y luminosa, mudos de asombro, anonadados bajo el peso de una estupefacción rayana en el embrutecimiento. Corríamos a pesar nuestro. Era aquello una verdadera huida, semejante a esos arrastres espantosos que creemos sufrir en ciertas pesadillas. Instintivamente, nos dirigíamos hacia el mar de Lidenbrock, y no sé en qué divagaciones se hubiera extraviado mi espíritu, a no ser por una preocupación que me condujo a observaciones más prácticas.

Aunque estaba seguro de pisar un suelo que jamás hollaron mis pasos, advertía con frecuencia ciertos grupos de rocas cuya forma me recordaba los de Puerto-Graüben. A veces, había motivo sobrado para equivocarse. Centenares de arroyos y cascadas se precipitaban saltando entre las rocas. Me parecía ver la capa de surtarbrandr, nuestro fiel Hans-Bach y la gruta en que había yo recobrado la vida. Algunos pasos más lejos, la disposición de las estribaciones del monte, la aparición de un mochuelo, el perfil sorprendente de

una roca venía a sumergirme de nuevo en un piélago de dudas.

El profesor participaba de mi indecisión: no podía orientarse en medio de aquel uniforme panorama. Lo comprendí por algunas palabras que hubieron de escapársele.

—Evidentemente —le dije—, no hemos vuelto a nuestro punto de partida; pero no cabe duda de que, contorneando la playa, nos aproximaremos a Puerto-Graüben.

—En ese caso —respondió mi tío—, es inútil continuar esta exploración, y me parece lo mejor que regresemos a la balsa. Pero, ¿no te engañas, Axel?

—Difícil resulta el dar una contestación categórica, porque todas estas rocas se parecen unas a otras. Creo reconocer, sin embargo, el promontorio a cuyo pie construyó Hans el artefacto en que hemos cruzado el Océano. Debemos encontrarnos cerca del pequeño puerto, si es que no es este mismo —añadí examinando un surgidero que creí reconocer.

—No, Axel —dijo mi tío— encontraríamos nuestras propias huellas, al menos, y yo no vea nada…

—¡Pues yo sí veo! —exclamé arrojándome sobre un objeto que brillaba sobre la arena.

—¿Qué es eso?

—¡Mire usted! —exclamé, mostrando a mi tío un puñal que acababa de recoger.

—¡Calma! —dijo este último—. ¿Habías tú traído esa arma contigo?

—No ciertamente; supongo que la habrá traído usted.

—No, que yo sepa; es la primera vez que veo semejante objeto.

—Lo mismo me ocurre a mí, tío.

—¡Es extraño!

—No, por cierto: es sumamente sencillo; los islandeses suelen llevar consigo esta clase de armas, y ésta pertenece sin duda a nuestro guía, que la ha perdido en esta playa…

—¡A Hans! —dijo mi tío con acento de duda, sacudiendo la cabeza.

Después examinó el arma atentamente.

—Axel —me dijo, al fin, con grave acento—, este puñal es un arma del siglo XVI; una verdadera daga de las que los caballeros llevaban a la cintura para asestar el golpe de gracia al adversario: es de origen español, y no ha pertenecido ni a Hans, ni a ti, ni a mí.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir…?

—Mira, si hubiera sido hundida en la garganta de un ser humano no se habría mellado de esta suerte; la hoja está cubierta de una capa de herrumbre que no data de un día ni de un año, ni de un siglo.

El profesor se animaba, según su costumbre, dejándose arrastrar por su imaginación.

—Axel —prosiguió en seguida—, ¡nos encontramos en el verdadero camino del gran descubrimiento! Este puñal ha permanecido abandonado sobre la arena por espacio de cien, doscientos, trescientos años, y se ha mellado contra las rocas de este mar subterráneo.

—Mas no habrá venido solo ni se habrá mellado por sí mismo —exclamé —; ¡alguien nos habrá precedido…!

—Sí. Un hombre.

—Y ese hombre, ¿quién ha sido?

—¡Ese hombre ha grabado su nombre con este puñal! ¡Ese hombre ha querido señalarnos otra vez, con su propia mano, el camino del centro de la tierra! ¡Busquémosle! ¡Busquémosle!

E impulsados por un vivo interés, empezamos a recorrer la elevada muralla, examinando atentamente las más insignificantes grietas que podían ser principio de alguna galería.

De esta suerte llegamos a un lugar en que se angostaba la playa, llegando el mar casi a bañar las estribaciones del acantilado, y no dejando más que un paso de una toesa a lo sumo de anchura.

Entre dos protuberancias avanzadas de la roca, encontramos entonces la entrada de un túnel obscuro; y en una de estas peñas de granito descubrieron nuestros ojos, atónitos, dos letras misteriosas, medio borradas ya: las dos iniciales del intrépido y fantástico explorador:

—¡A. S.! —exclamó mi tío—. ¡Arne Saknussemm! ¡Siempre Arne Saknussemm!

CAPÍTULO XL

Desde el principio de aquel accidentado viaje había experimentado tantas sorpresas, que creí que ya nada en el mundo podría maravillarme. Y, sin embargo, ante aquellas dos letras, grabadas tres siglos atrás, caí en un

aturdimiento cercano a la estupidez. No sólo leía en la roca la firma del sabio alquimista, sino que tenía entre mis manos el estilete con que había sido grabada. A menos de proceder de mala fe, no podía poner en duda la existencia del viajero y la realidad de su viaje.

Mientras estas reflexiones bullían en mi mente, el profesor Lidenbrock se dejaba arrastrar por un acceso algo ditirámbico en loor de Arne Saknussemm.

—¡Oh maravilloso genio! —exclamó—, ¡no has olvidado ninguno de los detalles que podían abrir a otros mortales las vías de la corteza terrestre, y así, tus semejantes pueden hallar, al cabo de tres siglos, las huellas que tus plantas dejaron en el seno de estos subterráneos obscuros! ¡Has reservado a otros miradas distintas de las tuyas la contemplación de tan extrañas maravillas! Tu nombre, grabado de etapa en etapa, conduce derecho a su meta al viajero dotado de audacia suficiente para seguirte, y, en el centro mismo de nuestro planeta, estará también tu nombre, escrito por tu propia mano. Pues bien, también yo iré a firmar con mi mano esta última página de granito. Para que, desde ahora mismo, este cabo, visto por ti, junto a este mar por ti también descubierto, sea para siempre llamado el Cabo Saknussemm.

Estas fueron, sobre poco más a menos, las palabras que sus labios pronunciaron, y, al oírlas, me sentí invadido por el entusiasmo que respiraba en ellas.

Sentí que renacía una nueva fuerza en el interior de mi pecho; olvidé los padecimientos del viaje y los peligros del regreso. Lo que otro hombre había hecho también quería hacerlo yo, y nada que fuese humano me parecía imposible.

—¡Adelante! ¡Adelante! —exclamé lleno de entusiasmo.

E iba a internarme ya en la obscura galería, cuando el profesor me detuvo, y él, el hombre de los entusiasmos, me aconsejó paciencia y sangre fría.

—Volvamos, ante todo —me dije—, a buscar a nuestro fiel Hans, y traigamos la balsa a este sitio.

Obedecí esta orden, no sin contrariedad, y me deslicé rápidamente por entre las rocas de la playa.

—Verdaderamente, tío —dije mientras caminábamos—, que hasta ahora las circunstancias todas nos han favorecido.

—¡Ah! ¿Lo crees así, Axel?

—Sin duda de ningún género; hasta la tempestad nos ha traído al verdadero camino. ¡Bendita la tempestad que nos ha vuelto a esta costa de donde la bonanza nos habría alejado! Supongamos por un momento que nuestra proa —la proa de la balsa— hubiera llegado a encallar en las playas

meridionales del mar de Lidenbrock ¿qué habría sido de nosotros? Nuestros ojos no hubieran tropezado con el nombre de Saknussemm y actualmente nos veríamos abandonados en una playa sin salida.

—Sí, Axel; es providencial que, navegando hacia el Sur, hayamos llegado al Norte, y precisamente al Cabo Saknussemm. Debo confesar que es sorprendente, y que hay aquí un hecho cuya explicación desconozco en absoluto.

—¡Bah! ¡Qué importa! Lo que debemos procurar es aprovecharnos de los hechos, no explicárnoslos.

—Sin duda, hijo mío, pero…

—Pero vamos a emprender otra vez el camino que conduce hacia el Norte; a pasar nuevamente por debajo de los países septentrionales de Europa: Suecia, Rusia, Siberia… ¡qué sé yo! en vez de engolfarnos bajo los desiertos de África o las alas del Océano, de las cuales no quiero oír hablar más.

—Sí, Axel, tienes razón, y todo ha venido a redundar en provecho nuestro, toda vez que vamos a abandonar este mar que, por su horizontalidad, no podía conducirnos al lugar apetecido. Vamos a bajar otra vez, a bajar sin descanso, ¡a bajar siempre! Bien sabes que, para llegar al centro del globo, sólo nos quedan que atravesar 1.500 leguas.

—¡Bah! —exclamé yo— ¡no vale verdaderamente la pena hablar de esa pequeñez! ¡En marcha! ¡En marcha!

Este insensato diálogo duraba todavía cuando nos reunimos con el cazador. Todo estaba preparado para la marcha inmediata; todos los bultos habían sido embarcados. Tomamos asiento en la balsa, y, una vez izada la vela, navegamos, barajando la costa, en demanda del Cabo Saknussemm, llevando Hans el timón.

El viento no era favorable para aquel artefacto que no lo podía ceñir, así que en muchos lugares tuvimos que avanzar con la ayuda de los bastones herrados. A menudo, las piedras situadas al filo del agua nos obligaban a dar rodeos importantes. Por fin, después de tres horas de navegación, es decir, las seis de la tarde, llegamos a un lugar propicio para el desembarco.

Salté a tierra, seguido de mi tío y del islandés. Esta travesía no disminuyó mi entusiasmo; al contrario, hasta propuse quemar nuestras naves a fin de cortarnos la retirada; pero mi tío se opuso a ello. Le encontré muy frío.

—Al menos —dije—, partamos sin perder un momento.

—Sí, hijo mío; pero antes, examinemos esta nueva galería, con objeto de saber si es preciso preparar las escalas.

Mi tío puso en actividad su aparato de Ruhmkorlf; dejamos la balsa bien amarrada a la orilla, y nos dirigimos, marchando yo a la cabeza, a la boca de la galería que sólo distaba de allí veinte pasos.

La abertura, que era casi circular, tenía un diámetro de cinco pies aproximadamente; el obscuro túnel estaba abierto en la roca viva y cuidadosamente barnizado por las materias eruptivas a las cuales dio paso en otra época su parte inferior se encontraba al nivel del suelo, de tal suerte que podía penetrarse en él sin dificultad alguna.

Caminábamos por un plano casi horizontal, cuando, al cabo de seis pasos, nuestra marcha se vio interrumpida por la interposición de una enorme roca.

—¡Maldita roca! —exclamé con furor, al verme detenido de repente por un obstáculo infranqueable.

Por más que buscamos a derecha a izquierda, por arriba y por abajo, no dimos con ningún paso, con ninguna bifurcación. Experimenté una viva contrariedad, y no me resignaba a admitir la realidad del obstáculo. Me agaché, y miré por debajo de la roca sin hallar ningún intersticio. Examiné después la parte superior, y tropecé con la misma barrera de granito. Hans paseó la luz de la lámpara a lo largo de la pared, pero ésta no presentaba la menor solución de continuidad.

Era preciso renunciar a toda esperanza de descubrir un paso.

Yo me senté en el suelo, en tanto que mi tío recorría a grandes pasos aquel corredor de granito.

—Pero, ¿Saknussemm? —exclamé yo.

—Eso estoy pensando yo —dijo mi tío—. ¿Se vería detenido quizá por esta puerta de piedra?

—¡No, no! —repliqué vivamente—. Esta roca debe haber obstruido la entrada de una manera brusca a consecuencia de alguna sacudida sísmica o de uno de esos fenómenos magnéticos que agitan todavía la superficie terrestre. Han mediado largos años entre el regreso de Saknussemm y la caída de esta piedra. Es evidente que esta galería ha sido en otro tiempo el camino seguido por las lavas, y que, entonces, las materias eruptivas circulaban por ella libremente. Mire usted, hay grietas recientes que surcan este techo de granito, construido con trazos de piedras enormes, como si la mano de algún gigante hubiera trabajado en esta obstrucción; pero un día, el empuja fue más fuerte, y este bloque, cual clave de una bóveda que falla, se deslizó hasta el suelo, dejando obstruido el paso. Henos, pues, ante un obstáculo accidental que no encontró Saknussemm, y, si no la removemos, somos indignos de llegar al centro del mundo.

Este era mi lenguaje, cual si el alma del profesor se hubiese albergado en mí toda entera. Me inspiraba el genio de los descubrimientos. Olvidaba lo pasado y desdeñaba lo porvenir. Ya nada existía para mí en la superficie del esferoide en cuyo seno me había engolfado: ni ciudades, ni campos, ni Hamburgo, ni la König-strasse, ni mi pobre Graüben, que, a la sazón, debía creerme para siempre perdido en las entrañas de la tierra.

—Abrámonos camino a viva fuerza —dijo mi tío—; derribemos esta muralla a golpes de azadón y de piqueta.

—Es demasiado dura para eso —exclamé yo.

—Entonces…

—Recurramos a la pólvora. Practiquemos una mina y volemos el obstáculo.

—¡La pólvora!

—¡Sí, sí! ¡Sólo se trata de volar un trozo de roca!

—¡Manos a la obra, Hans! —exclamó entonces mi tío.

Volvió el islandés a la bolsa y pronto regresó con un pico, del cual hubo de servirse para abrir un pequeño barreno. No era trabajo sencillo. Se trataba de abrir un orificio lo bastante considerable para contener cincuenta libras de algodón pólvora cuya fuerza expansiva es cuatro veces mayor que la de la pólvora ordinaria.

Me hallaba en un estado de sobreexcitación espantoso. Mientras Hans trabajaba ayudé activamente a mi tío a preparar una larga mecha hecha de pólvora mojada y encerrada en una especie de tripa de tela.

—¡Pasaremos! —decía yo.

—¡Pasaremos! —repetía mi tío.

A media noche, nuestro trabajo de zapa estaba terminado por completo; la carga de algodón pólvora había sido depositada en el barreno, y la mecha se prolongaba a lo largo de la galería hasta salir al exterior.

Sólo faltaba una chispa para provocar la explosión.

—¡Hasta mañana! —dijo el profesor entonces.

Fue preciso resignarse, y esperar todavía durante seis largas horas.

CAPÍTULO XLI

El siguiente, jueves 27 de agosto, fue una fecha célebre de aquel viaje subterráneo. No puedo acordarme de ello sin que el espanto haga aún palpitar mi corazón.

A partir de aquel momento, nuestra razón, nuestro juicio y nuestro ingenio dejaron de tener participación alguna en los acontecimientos, convirtiéndonos en meros juguetes de los fenómenos de la tierra.

A las seis, ya estábamos de pie. Se aproximaba el momento de abrirnos paso a través de la corteza terrestre, por medio de una explosión.

Solicité para mí el honor de dar fuego a la mina. Una vez hecho esto, debería reunirme a mis compañeros sobre la balsa que no había sido descargada, y enseguida nos alejaríamos, con el fin de substraemos a los peligros de la explosión, cuyos efectos podrán no limitarse al interior del macizo.

La mecha, según nuestros cálculos, debía tardar diez minutos en comunicar el fuego a la mina. Tenía, pues, tiempo bastante para refugiarme en la balsa.

Me preparé, no sin cierta emoción, a desempeñar mi papel.

Después de almorzar muy deprisa, se embarcaron mi tío y el cazador, quedándome ya en la orilla, provisto de una linterna encendida que debía servirme para dar fuego a la mecha.

—Anda, hijo mío —me dijo el profesor—. Prende fuego al artificio y regresa inmediatamente.

—Esté usted tranquilo, tío, que no me entretendré en el camino.

Me dirigí en seguida hacia la abertura de la galería, abrí la linterna y cogí la extremidad de la mecha.

El profesor tenía el cronómetro en la mano.

—¿Estás listo? —me gritó.

—¡Listo! —le respondí.

—Bien, pues, ¡fuego!, hijo mío.

Acerqué rápidamente a la llama mi punta de la mecha que empezó a chisporrotear enseguida, y corriendo como una exhalación, volví a la orilla.

—Embarca —me dijo mi tío—, que vamos a desatracar.

Salté a bordo, y Hans, de un violento empujón, nos impulsó hacia el mar, alejándose la balsa unas veinte toesas.

Fue un momento de viva ansiedad; el profesor no apartaba la vista de las manecillas del cronómetro.

Faltan cinco minutos —decía—. Faltan cuatro. Faltan tres.

Mi pulso latía con violencia.

—¡Faltan dos! ¡Falto uno…! ¡Desplomaos, montañas de granito!

¿Qué sucedió entonces? Me parece que no oí el ruido de la detonación; pero la forma de las rocas se modificó de pronto. Pareció como si se hubiese descorrido un telón.

Vi abrirse en la misma playa un insondable abismo. El mar, como presa de un vértigo horrible. Se convirtió en una ola enorme, sobre lo cual se levantó la bolsa casi perpendicularmente.

Las tres nos desplomamos. En menos de un segundo, se extinguió la luz y quedamos sumidos en las más espantosas tinieblas. Sentí después que faltaba el punto de apoyo, no a mis pies, sino a la balsa. Creí que se nos iba a pique; pero no fue así, por fortuna. Hubiera deseado dirigir la palabra a mi tío; pero el rugir de las olas le habría impedido el oírme.

A pesar de las tinieblas, del ruido, de la sorpresa y de la emoción, comprendí la que acababa de ocurrir.

Al otro lado de la roca que habíamos volado existía un abismo. La explosión había provocado una especie de terremoto en aquel terreno agrietado; el abismo se había abierto, y convertido en torrente, nos arrastraba hacia él.

Me consideré perdido.

Una hora, dos horas… ¡qué sé yo! transcurrieron así. Nos entrelazamos los brazos, nos asíamos fuertemente con las manos a fin de no ser despedidos de la balsa. Se producían conmociones de extremada violencia cada vez que esta última chocaba contra las paredes. Estos choques, sin embargo, eran raros, de donde deduje que la galería se ensanchaba considerablemente. Aquél era, a no dudarlo, el camino de Saknussemm; pero en vez de descender nosotros solos, habíamos arrastrado todo un mar con nosotros, gracias a nuestra imprudencia.

Bien se comprenderá que estas ideas asaltaron mi mente de un modo vago y obscuro, costándome mucho trabajo asociarlas durante aquella vertiginosa carrera que parecía una caída. A juzgar por el aire que me azotaba la cara, nuestra velocidad debía ser superior a la de los trenes más rápidos. Era, pues, imposible encender una antorcha en tales condiciones, y nuestro último aparato eléctrico se había destrozado en el momento de la explosión.

Grande fue, pues, mi sorpresa al ver repentinamente brillar una luz a mi lado, que iluminó el semblante de Hans. El hábil cazador había lograda encender la linterna, y, aunque su llama vacilaba, amenazando apagarse, lanzó algunos resplandores en aquella espantosa obscuridad.

La galería era ancha, cual ya me había figurado. Nuestra insuficiente luz no nos permitía ver sus dos paredes a un tiempo. La pendiente de las aguas que nos arrastraban excedía a la de los rápidos más insuperables de América; su superficie parecía formada por un haz de flechas líquidas, lanzadas con extremada violencia. No encuentro otra comparación que exprese mejor mi idea. La balsa corría a veces dando vueltas, al impulso de ciertos remolinos. Cuando se aproximaba a las paredes de la galería, acercaba a ellas la linterna, y su luz me permitía apreciar la velocidad que llevábamos al ver que los salientes de las rocas trazaban líneas continuas, de suerte que nos hallábamos, al parecer, encerrados en una red de líneas movedizas. Calculé que nuestra velocidad debía ser de treinta leguas por hora.

Mi tío y yo nos mirábamos con inquietud, agarrados al trozo de mástil que quedaba, pues, en el momento de la explosión, este último se había roto en dos pedazos. Marchábamos con la espalda vuelta al aire, para que no nos asfixiase la rapidez de un movimiento que ningún poder humano podía contrarrestar.

Las horas, entretanto, transcurrían, y la situación no cambiaba, hasta que un nuevo incidente vino a complicarla.

Como tratase de arreglar un poco la carga, vi que la mayor parte de los objetos que componían nuestro impedimento habían desaparecido en el momento de la explosión, cuando fuimos envueltos por el mar. Quise saber exactamente a qué atenerme respecto a los recursos con que contábamos, y, con la linterna en la mano, empecé a hacer un recuento. De nuestros instrumentos, solamente quedaban la brújula y el cronómetro. Las escalas y las cuerdas se reducían a un pedazo de cable enrollado alrededor del trozo de mástil. No quedaba un azadón, ni un pico ni un martillo, y ¡oh desgracia irreparable!, no teníamos víveres más que para un solo día.

Me puse a registrar los intersticios de la balsa, los más insignificantes rincones formados por las vigas y las juntas de las tablas. ¡Pero, nada! Nuestras provisiones consistían únicamente en un trozo de carne seca y algunas galletas.

Me quedé como alelado, sin querer comprender. Y, bien mirado, ¿por qué preocuparme de aquel peligro? Aun cuando hubiésemos tenido víveres suficientes para meses y aun para años, ¿cómo salir de los abismos a que nos arrastraba aquel irresistible torrente? ¿A qué temer las torturas del hambre cuando ya me amenazaba la muerte bajo tantas otras formas? ¿Acaso teníamos tiempo de morir de inanición?

Sin embargo, por una inexplicable rareza de la imaginación, olvidé los peligros inmediatos ante las amenazas de lo porvenir que hubieran de mostrárseme con todo su espantoso horror. Además, ¿no podríamos escapar a los furores del torrente y volver a la superficie del globo? ¿De qué manera? Lo

ignoro. ¿Dónde? ¡El lugar no hacía al caso! Una probabilidad contra mil no deja de ser siempre una probabilidad; en tanto que la muerte por hambre no nos dejaba siquiera ni un átomo de esperanza.

Se me ocurrió la idea de decírselo todo a mi tío, de manifestarle el desamparo en que nos encontrábamos, y de hacer el cálculo exacto del tiempo que nos quedaba de vida; pero tuve el valor de callarme. Quise que conservase toda su serenidad.

En aquel momento, se debilitó poco a poco la luz de la linterna, hasta que se extinguió por completo. La mecha se había consumido hasta el fin. La obscuridad se hizo de nuevo absoluta. No había que soñar ya con poder desvanecer sus impenetrables tinieblas. Nos quedaba una antorcha todavía; pero habría sido imposible el mantenerla encendida. Entonces cerré los ojos, como un niño pequeño, para no ver las tinieblas.

Después de un período de tiempo bastante considerable, se redobló la velocidad de nuestra vertiginosa carrera. La mayor fuerza con que el aire me azotaba la cara me lo hubo de hacer notar. La pendiente de las aguas se hacía cada vez mayor. Creo verdaderamente que caíamos en vez de resbalar. La impresión que sentía era la de una caída casi vertical. Las manos de mi tío y las de Hans, fuertemente aferradas a mis brazos, me retenían con vigor.

De repente, después de un espacio de tiempo que no puedo precisar, sentimos como un choque; la balsa no había tropezado con ningún cuerpo duro, pero se había detenido de repente en su caída. Una tromba de agua, una inmensa columna líquida cayó entonces sobre ella. Me sentí sofocado; me ahogaba.

Esta inundación momentánea no duró, sin embargo, mucho tiempo. Al cabo de algunos segundos me encontré de nuevo al aire libre, que respiraron con avidez mis pulmones. Mi tío y Hans me apretaban los brazos hasta casi rompérmelos, y los tres nos hallábamos aún encima de la balsa.

CAPÍTULO XLII

Calculo que serían entonces las diez de la noche. El primero de mis sentidos que volvió a funcionar después de la zambullida fue el oído. Oí casi enseguida —porque fue un verdadero acto de audición—, oí, repito, restablecerse el silencio dentro de la galería, reemplazando a los rugidos que durante muchas horas aturdieron mis oídos. Por fin llegó hasta mí como un murmullo la voz de mi tío, que decía:

—¡Subimos!

—¿Qué quiere usted decir? —exclamé.

—¡Que subimos, sí, que subimos!

Extendí entonces el brazo, toqué la pared con la mano y la retiré ensangrentada. Subimos, en efecto, con una velocidad espantosa.

—¡La antorcha la antorcha! —exclamó el profesor.

Hans no sin dificultades, logró, al fin, encenderla, y, aunque la llama de la luz se dirigió de arriba abajo, a consecuencia del movimiento ascensional, produjo claridad suficiente para alumbrar toda la escena.

—Todo sucede como me lo había imaginado —dijo mi tío— nos hallamos en un estrecho pozo que sólo mide cuatro toesas de diámetro. Después de llegar el agua al fondo del abismo, recobra su nivel natural y nos eleva consigo.

—¿A dónde?

—Lo ignoro en absoluto; pero conviene estar preparados para todos los acontecimientos. Subimos con una velocidad que calculo en dos toesas por segundo, o sea ciento veinte toesas por minuto, a más de tres leguas y media por hora. A este paso, se adelanta bastante camino.

—Sí, si nada nos detiene; si tiene salida este pozo. Pero si está taponado, si el aire se comprime poco a poco bajo la presión enorme de la columna de agua, vamos a ser aplastados.

—Axel —respondió el profesor, con mucha serenidad—, la situación es casi desesperada; pero hay aún algunas esperanzas de salvación, que son las que examino. Si es muy cierto que a cada instante podemos perecer, no lo es menos que a cada momento podremos también ser salvados. Pongámonos, pues, en situación de aprovechar las menores circunstancias.

—Pero, ¿qué podemos hacer?

—Preparar nuestras fuerzas, comiendo.

Al oír estas palabras, miré a mi tío con ojos espantados. Había sonado la hora de decir lo que había querido ocultar.

—¿Comer? —repetí.

—Sí, ahora mismo.

El profesor añadió algunas palabras en danés.

—¡Cómo! —exclamó mi tío—. ¿Se habían perdido las provisiones?

—Sí, he aquí todo lo que nos resta ¡un trozo de cecina para los tres!

Mi tío me miró sin querer comprender mis palabras.

—¿Qué tal? —le pregunté—. ¿Cree usted todavía que podremos salvarnos?

Mi pregunta no obtuvo respuesta.

Transcurrió uno hora más y empecé a experimentar un hambre violenta. Mis compañeros padecían también, a pesar de lo cual ninguno de las tres nos atrevíamos a tocar aquel miserable resto de alimentos.

Entretanto, subíamos sin cesar con terrible rapidez. Faltándonos a veces la respiración, como a los aeronautas cuando ascienden con velocidad excesiva. Pero si éstos sienten un frío tanto más intenso cuanto mayor es la altura a que se elevan en las regiones aéreas, nosotros experimentábamos un efecto absolutamente contrario. Crecía la temperatura de una manera inquietante, y en aquellos momentos no debía bajar de 40°.

¿Qué significaba aquel cambio? Hasta entonces, los hechos habían dado la razón a las teorías de Davy y de Lidenbrock; hasta entonces las condiciones particulares de las rocas refractarias, de la electricidad, del magnetismo, habían modificado las leyes generales de la Naturaleza, proporcionándonos una temperatura moderada; porque la teoría del fuego central siendo; en mi opinión, la única verdadera, la única explicable. ¿Íbamos a penetrar entonces en un medio en que estos fenómenos se cumplían en todo sin rigor, y en el cual el calor reducía las rocas a un estado completo de fusión? Así me lo temía, y por eso dije al profesor:

—Si nos ahogamos o nos estrellamos, y si no nos morimos de hambre, nos queda siempre la probabilidad de ser quemados vivos.

Pero él se contentó con encogerse de hombros, y se abismó de nuevo en sus reflexiones.

Transcurrió una hora más, y, salvo un ligero aumento de la temperatura no vino ningún nuevo incidente a modificar la situación. Al fin, rompió el silencio mi tío.

—Veamos —dijo— preciso tomar un partido.

—¿Tomar un partido? —repliqué.

—Sí; es preciso reparar nuestras fuerzas. Si tratamos de prolongar nuestra existencia algunas horas, economizando ese resto de alimentos, permaneceremos débiles hasta el fin.

—Sí, hasta el fin, que no se hará esperar.

—Pues bien, si se presenta una ocasión de salvarnos, ¿dónde hallaremos la fuerza necesaria para obrar, si permitimos que nos debilite el ayuno?

—Y una vez que devoremos este pedazo de carne, ¿qué nos quedará ya, tío?

—Nada, Axel, nada; pero, ¿te alimentará más comiéndolo con la vista? ¡Tus razonamientos son propios de un hombre sin voluntad, de un ser sin energía!

—Pero, ¿aún conserva usted esperanzas? —le pregunté, irritado.

—Sí —replicó el profesor, con firmeza.

—¡Cómo! ¿Cree usted que existe algún medio de salvación?

—Sí, por cierto. Mientras el corazón lata, mientras la carne palpite, no me explico que un ser dotado de voluntad se deje dominar por la desesperación.

Qué admirables palabras El hombre que las pronunciaba en circunstancias tan críticas, poseía indudablemente un temple poco común.

—Pero, en fin —dije yo—, ¿qué pretende usted hacer?

—Comer lo que queda de alimentos hasta la última migaja para reparar nuestras perdidas fuerzas. Si está escrito que esta comida nuestra sea la última, tengamos resignación; pero, al menos, en vez de estar extenuados, volveremos o ser hombres.

—¡Comamos, pues! —exclamé.

Tomó mi tío el trozo de carne y las pocas galletas salvados del naufragio, hizo tres partes iguales y las distribuyó. Nos cupo, próximamente una libra de alimentos a cada uno. El profesor comió con avidez, con una especie de entusiasmo febril; yo, sin gusto, a pesar de mi hambre, y casi con repugnancia; Hans, tranquilamente, con moderación, a bocados menudos que masticaba sin ruido y saboreaba con la calma de un hombre a quien lo porvenir no le inquieta. Huroneando bien, había encontrado una calabaza mediada de ginebra que nos ofreció, y aquel licor benéfico logró reanimarme un poco.

—Föttraflig! —dijo Hans, bebiendo a su turno.

—¡Excelente! —respondió mi tío.

Había recobrado algo la esperanza; pero nuestra última comida acababa de terminarse. Eran entonces las cinco de la mañana.

La constitución del hombre es tal, que su salud es un efecto puramente negativo; una vez satisfecha la necesidad de comer, es difícil imaginarse los horrores del hambre; es preciso experimentarlos para comprenderlos. Al salir de prolongada abstinencia, algunos bocados de galleta y de carne triunfaron de nuestros pasados dolores.

Sin embargo, después de este banquete, cada cual se entregó a sus

reflexiones. ¿En qué soñaba Hans, el hombre del extremo Occidente, quien poseía la resignación fatalista de los orientales? Por lo que a mí respecta, mis pensamientos se encontraban llenos de recuerdos y éstos me conducían a la superficie del globo, que nunca hubiera debido abandonar. La casa de la König-strasse, mi pobre Graüben, la excelente Marta pasaron, cual visiones, por delante de mis ojos, y, en los lúgubres ruidos que se transmitían a través del macizo de granito, creía sorprender el ruido de las ciudades de la tierra.

Por lo que respecta a mi tío, aferrado siempre a su idea, examinaba con escrupulosa atención la naturaleza de los terrenos; trataba de darse cuenta de su situación, observando las capas superpuestas. Este cálculo, o por mejor decir esta apreciación, tan sólo podía ser aproximada para un sabio que es siempre un sabio, cuando logra conservar su sangre fría, y hay que reconocer que el profesor Lidenbrock poseía esta cualidad en un grado poco común.

Le oía murmurar palabras de la ciencia geológica, que me eran bien conocidas; y esto era causa de que, aun a mi pesar, me interesase en aquel supremo estudio.

—Granito eruptivo —decía—; nos hallamos aún en la época primitiva; pero, como ascendemos sin cesar, ¿quién sabe, todavía?

¡Quién sabe! Aún no había perdido la esperanza. Palpaba con la mano la pared vertical, y algunos instantes después, proseguía:

—He aquí los gneis. He aquí los micaesquistos. ¡Bueno! Pronto llegarán los terrenos de la época de transición, y entonces…

¿Qué quería decir el profesor? ¿Podía medir el espesor de la corteza terrestre suspendida sobre nuestras cabezas? ¿Poseía algún medio de hacer semejante cálculo? No. Le faltaba el manómetro, y la mera apreciación no podía suplir sus preciosas indicaciones.

Sin embargo, la temperatura aumentaba en progresión importante, y me sentía bañado de sudor en medio de una atmósfera abrasadora. Sólo podía compararla al calor que despiden los hornos de una fundición cuando se efectúan las coladas. Poco a poco, Hans, mi tío y yo nos habíamos ido despojando de nuestras chaquetas y chalecos; la prenda más ligera causaba un gran malestar, por no decir sufrimiento.

—¿Será acaso que subimos hacia un foco incandescente? —exclamé, en un momento en que el calor aumentaba.

—No —respondió mi tío—; es imposible, ¡imposible!

—Sin embargo —insistí yo, palpando la pared—, esta muralla quema.

Al decir esto, rozó mi mano la superficie del agua y tuve que retirarlo a toda prisa.

—¡El agua abrasa! —exclame.

El profesor esta vez respondió solamente con un gesto de cólera.

Un terror invisible se apoderó entonces de mi mente y ya no me fue posible verme libre de él. Presentía una catástrofe próxima, tan espantosa como la imaginación más audaz no hubiera podido concebir. Una idea, incierta y vaga primero, se trocó en certidumbre en mi espíritu. La rechacé, mas tornó con obstinación nuevamente. No me atrevía a formularla sin embargo, algunas observaciones involuntarias me hicieron adquirir la convicción. A la dudosa luz de la antorcha, advertí en las capas graníticas movimientos desordenados; iba evidentemente a producirse un fenómeno en el que la electricidad desempeñaba un papel; además, aquel calor excesivo, aquella agua en ebullición… Decidí observar la brújula, pero estaba como loca.

CAPÍTULO XLIII

¡Sí, sí! ¡Estaba como loca! La aguja saltaba de un polo al otro con bruscas sacudidas; recorría todos los puntos del cuadrante, y giraba como si se hallase poseída de un vértigo.

Sabía que, según las teorías más aceptadas, la corteza mineral del globo no se encuentra jamás en estado de reposo absoluto. Las modificaciones originadas por la descomposición de las materias internas, la agitación producida por las grandes corrientes líquidas, la acción del magnetismo, tienden incesantemente a conmoverla, aunque los seres diseminados en su superficie no sospechen siquiera la existencia de estas agitaciones. Así, pues, por sí solo, este fenómeno no me habría causado susto, o, por lo menos no me habría hecho concebir una idea tan terrible.

Mas otros hechos, ciertos detalles sui generis, no pudieron engañarme por más tiempo; las detonaciones se multiplicaban con una espantosa intensidad; sólo podía compararlas con el ruido que producirían un gran número de carros arrastrados rápidamente sobre un brusco empedrado. Era un trueno continuo.

Después, la brújula, enloquecida, sacudida por los fenómenos eléctricos, me confirmaba en mi opinión; la corteza mineral amenazaba romperse; los macizos graníticos, juntarse; el vacío, llenarse; el pozo, rebosar, y nosotros, pobres átomos, íbamos a ser triturados en aquella formidable compresión.

—¡Tío, tío! —exclamé—; ¡ahora sí que estamos perdidos!

—¿Qué motiva tu nuevo terror? —me respondió con calma sorprendente —. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—¡Que qué tengo! Observe usted esas paredes que se agitan, ese macizo que se disloca, esa agua en ebullición, los vapores que se espesan, esta aguja que oscila, este calor insufrible, indicios todos de tan enorme terremoto.

Mi tío sacudió la cabeza con calma.

—¿Un terremoto has dicho? —me preguntó.

—Sí, ciertamente.

—No, hijo mío; me parece que te engañas.

—¡Cómo! ¿No son éstos los signos precursores…?

—¿De un terremoto? ¡No! Espero algo más grande.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Una erupción, Axel!

—¡Una erupción! —exclamé—. ¿Nos hallamos en la chimenea de un volcán en actividad?

—Así lo creo —dijo el profesor sonriendo—: y a fe que es lo mejor que pudiera ocurrirnos.

¡Lo mejor que pudiera ocurrirnos! ¡Pero entonces mi tío se había vuelto loco! ¿Qué significado tenían sus palabras? ¿Cómo explicarse su sonrisa?

—¡Cómo! —exclamé—, nos hallamos envueltos en una erupción volcánica, la fatalidad nos ha arrojado en el camino de las lavas incandescentes, de las rocas encendidas, de las aguas hirvientes, de todas las materias eruptivas; vamos a ser repelidos, expulsados, arrojados, vomitados, lanzados al espacio entre rocas enormes, en medio de una lluvia de cenizas y de escorias, envueltos en un torbellino de llamas, ¡y aún se atreve usted a decir que es lo mejor que pudiera sucedernos!

—Sí —dijo el profesor, mirándome por encima de las gafas—, ¡porque es la única probabilidad que tenemos de volver a la superficie de la tierra!

Renuncié a enumerar las mil ideas que cruzaron entonces por mi mente. Mi tío tenía razón en todo absolutamente, y jamás me pareció ni más audaz ni más convencido que en aquellos instantes en que esperaba y veía venir con calma las temibles contingencias de una erupción.

Entretanto, seguíamos subiendo, no cesando en toda la noche nuestro movimiento ascensional; el estrépito que nos rodeaba crecía constantemente; me sentía casi asfixiado, y estaba convencido de que mi última hora se acercaba; sin embargo, la imaginación es tan rara, que me entregué a una serie de reflexiones verdaderamente pueriles. Pero lejos de dominar mis pensamientos, me encontraba subordinado a ellos.

Era evidente que subíamos, empujados por un aluvión eruptivo; debajo de la balsa había aguas hirvientes, y debajo de éstas, una pasta de lavas, un conglomerado de rocas que, al llegar a la boca del cráter, se dispersarían en todas direcciones. Nos encontrábamos, pues, en la chimenea de un volcán. Sobre esto, no había duda.

Pero en esta ocasión, no se trataba del Sneffels, volcán apagado ya, sino de otro volcán en plena actividad. Por eso me devanaba los sesos pensando en cuál podía ser aquella montaña y en qué parte del mundo íbamos a ser vomitados.

En las regiones del Norte, sin duda de ningún género. Antes de volverse loca la brújula, nos había indicado siempre que marchábamos hacia el Norte; y, a partir del Cabo Saknussemm, habíamos sido arrastrados centenares de leguas en esta dirección. Ahora bien, ¿nos hallábamos otra vez debajo de Islandia? ¿Íbamos a ser arrojados por el cráter del Hecla, o por alguno de los siete montes ignívomos de la isla?

En un radio de 500 leguas, al Oeste, no veía, bajo aquel paralelo, más que los volcanes mal conocidos de la costa noroeste de América. Al Este, sólo existía uno en el 80° de latitud el Esk, en la isla de Juan Mayen, no lejos de Spitzberg. Cráteres no faltaban, ciertamente, y bastante espaciosos para vomitar un ejército entero; pero yo pretendía adivinar por cuál de ellos íbamos a ser arrojados.

Al amanecer, se aceleró el movimiento ascensional. El hecho de que aumentara el calor, en vez de disminuir, al aproximarnos a la superficie del globo, se explica por ser local y debido a la influencia volcánica. Nuestro género de locomoción no podía dejar en mi ánimo la más ligera duda sobre este particular; una fuerza enorme, una fuerza de varios centenares de atmósferas, engendrada por los vapores acumulados en el seno de la tierra, nos impulsaba con energía irresistible. Pero, ¡a qué innumerables peligros nos exponíamos!

No tardaron en penetrar en la galería vertical, que iba aumentando en anchura, reflejos amarillentos, a cuya luz distinguía a derecha a izquierda, profundos corredores que semejaban túneles inmensos de los que se escapaban espesos vapores, y largas lenguas de fuego lamían chisporroteando sus paredes.

—¡Mire usted! ¡Mire usted, tío! —exclamé.

—¡No te importe! Son llamas sulfurosas que no faltan en ninguna erupción.

—Pero, ¿y si nos envuelven?

—No nos envolverán.

—Pero, ¿y si nos asfixian?

—No nos asfixiarán; la galería se ensancha, y, si fuere necesario, abandonaríamos la balsa para guarecernos en alguna grieta.

—¿Y el agua? ¿Y el agua que sube?

—Ya no hay agua ninguna, Axel, sino uno especie de pasta de lava que nos eleva consigo hasta la boca del cráter.

En efecto, la columna líquida había desaparecido, siendo reemplazado por materias eruptivas bastante densas, aunque hirvientes. La temperatura se hacía insoportable, y un termómetro expuesto en aquella atmósfera habría marcado más de 70°. El sudor me inundaba, y si la ascensión no hubiera sido tan rápida, nos habríamos asfixiado sin duda.

No insistió el profesor en su propósito de abandonar la balsa, e hizo bien. Aquel puñado de tablas mal unidas ofrecían una superficie sólida, un punto de apoyo que, de otro modo, no hubiéramos hallado.

A eso de las ocho de la mañana, sobrevino un nuevo incidente. Cesó el movimiento ascensional de improviso y la balsa quedó completamente inmóvil.

—¿Qué es esto? —pregunté yo, sacudido por aquella parada repentina que me hizo el efecto de un choque.

—Un alto —respondió mi tío.

—¿Es que la erupción se calma?

—Me parece que no.

Me levanté y traté de averiguar lo que ocurría en torno nuestro. Tal vez la balsa, detenida por alguna roca saliente, oponía una resistencia momentánea a la masa eruptiva. En este caso, era preciso apresurarse a librarla cuanto antes del tropiezo.

Mas no había obstáculo alguno. La columna de cenizas, escorias y piedras, había dejado de subir de una manera espontánea.

—¿Se habrá detenido la erupción por ventura? —dije yo.

—¡Ah! —exclamó mi tío, apretando los dientes— ¡si tal temes, tranquilízate, hijo mío!; esta calma no puede prolongarse; hace cinco minutos que dura, y no tardaremos en reanudar nuestra ascensión hacia la boca del cráter.

Al hablar así, el profesor no cesaba de consultar su cronómetro, y tampoco

esta vez se equivocó en sus pronósticos. Pronto volvió a adquirir la balsa un movimiento rápido y desordenado que duró dos minutos aproximadamente y se detuvo de nuevo.

Bueno —dijo mi tío, mirando la hora—, dentro de diez minutos nos pondremos en marcha nuevamente.

—¿Diez minutos?

—Sí. Nos hallamos en un volcán de erupción intermitente, que nos deja respirar al mismo tiempo que él.

Así sucedió en efecto. A los diez minutos justos, fuimos empujados de nuevo con una velocidad asombrosa.

Era preciso agarrarse fuertemente a las tablas para no ser despedidos de la balsa. Después, cesó otra vez la impulsión.

Más tarde he reflexionado acerca de este extraño fenómeno, sin podérmelo explicar de un modo satisfactorio. Sin embargo, me parece evidente que no nos encontrábamos en la chimenea principal del volcán, sino en algún conducto accesible donde repercutían los fenómenos que en aquélla tenían efecto.

No puedo precisar cuántas veces se repitió esta maniobra; lo que sí puedo decir es que, cada vez que se reproducía el movimiento, éramos despedidos con una violencia mayor recibiendo la impresión de ser lanzados dentro de un proyectil.

Mientras permanecíamos parados, me asfixiaba; y, durante las ascensiones, el aire abrasador me cortaba la respiración. Pensé un instante en el placer inmenso de volverme a encontrar súbitamente en las regiones hiperboreales a una temperatura de 30° bajo cero. Mi imaginación exaltada se paseaba por las llanuras de nieve de las regiones árticas, y anhelaba el momento de poderme revolcar sobre la helada alfombra del polo.

Poco a poco, mi cabeza, trastornada por tan reiteradas sacudidas, se extravió, y a no ser por los brazos vigorosos de Hans, en más de una ocasión me habría destrozado el cráneo contra la pared de granito.

No he conservado ningún recuerdo preciso de lo que ocurrió durante las horas siguientes. Tengo una idea confusa de detonaciones continuas, de la agitación del macizo de granito, del movimiento giratorio que se apoderó de la balsa, la cual se balanceaba sobre las olas de lava, en medio de una lluvia de cenizas. La envolvieron llamas crepitantes. Un viento huracanado, como despedido por un ventilador colosal activaba los fuegos subterráneos.

Por vez postrera vi el semblante de Hans alumbrado por los resplandores de un incendio, y no experimenté más sensación que el espanto siniestro del

hombre condenado a morir atado a la boca de un cañón, en el momento en que sale el tiro y dispersa sus miembros por el aire.

CAPÍTULO XLIV

Cuando volví a abrir los ojos, me sentí asido por la cintura por la mano vigorosa de Hans, quien, con la otra, sostenía también a mi tío. No me encontraba herido gravemente, pero si magullado por completo cual si hubiera recibido una terrible paliza.

Me encontré tendido sobre la vertiente de una montaña, a dos pasos de un abismo en el cual me habría precipitado al menor movimiento. Hans me había salvado de la muerte mientras rodaba por los flancos del cráter.

—¿Dónde estamos? —preguntó mi tío, dando muestras de gran irritación por haber salido a la superficie de la tierra.

El cazador se encogió de hombros para manifestar su ignorancia.

—¿En Islandia? —dije yo.

—Nej —respondió Hans.

—¡Cómo que no! —exclamó el profesor.

—Hans se engaña —dije yo levantándome.

Después de las innumerables sorpresas de aquel viaje, todavía nos estaba reservada otra nueva estupefacción. Me esperaba ver en un cono cubierto de nieves eternas, en medio de los áridos desiertos de las regiones septentrionales, bajo los pálidos rayos de un cielo polar, más allá de las más elevadas latitudes: mas, en contra de todas mis suposiciones mi tío, el islandés y yo nos hallábamos tendidos hacia la mitad de la escarpada vertiente de una montaña calcinada por los ardores de un sol que nos abrasaba.

No quería dar crédito a mis ojos, pero la tostadura real que sufría mi organismo no dejaba duda alguna. Habíamos salido medio desnudos del cráter, y el astro esplendoroso, cuyos favores no habíamos solicitado durante los dos últimos meses, se nos mostraba pródigo de luz y de calor y nos envolvía en oleadas de sus espléndidos rayos.

Cuando se acostumbraron mis ojos a aquellos resplandores, a los cuales se habían deshabituado, me valí de ellos para rectificar los errores de mi imaginación. Por lo menos quería hallarme en Spitzberg, y no había manera de convencerme de lo contrario.

El profesor fue el primero que tomó la palabra, diciendo:

—En efecto, este paisaje no se parece en nada a los de Islandia.

—¿Y a la isla de Juan Mayen? —respondí yo.

—Tampoco, hijo mío. No es éste un volcán del Norte, con sus colinas de granito y su casquete de nieve.

—Sin embargo…

—¡Mira, Axel, mira!

Encima de nuestras cabezas, a quinientos pies a lo sumo, se abría el cráter de un volcán, por el cual se escapaba, de cuarto en cuarto de hora, con fuerte detonación, una alta columna de llamas, mezcladas con piedra pómez, cenizas y lavas. Sentía las convulsiones de la montaña, que respiraba como las ballenas, arrojando de tiempo en tiempo fuego y aire por sus enormes respiraderos. Debajo, y por una pendiente muy rápida, las capas de materias eruptivas se precipitaban a una profundidad de 700 u 800 pies, lo que daba para el volcán una altura inferior a 100 toesas. Su base desaparecía en un verdadero bosque de árboles verdes, entre los que distinguí olivos, higueras y vides cargadas de uvas rojas.

Preciso era confesar que aquél no era el aspecto de las regiones árticas.

Cuando rebasaba la vista aquel cinturón de verdura, iba rápidamente a perderse en las aguas de un mar admirable o de un lago, que hacían de aquella tierra encantada una isla que apenas medía de extensión unas leguas. Por la parte de Levante, se veía un pequeño puerto, precedido de algunas casas, en el que a impulso de las alas azules, se mecían varios buques de una forma especial. Más lejos, emergían de la líquida llanura tan gran número de islotes, que semejaban un inmenso hormiguero.

Hacia poniente, lejanas costas se divisaban en el horizonte, perfilándose sobre algunas de aquellas montañas azules de armoniosa conformación, y sobre otras, más remotas aún, se elevaba un cono de prodigiosa altura, en cuya cima se agitaba un penacho de humo.

Por el Norte, se divisaba una inmensa extensión de mar, que relumbraba al influjo de los rayos solares, sobre la cual se veía de trecho en trecho la extremidad de un mástil o la convexidad de una vela hinchada por el viento.

Lo imprevisto de semejante espectáculo centuplicaba aún sus maravillosas bellezas.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —repetía yo.

Hans cerraba, con indiferencia, los ojos, y mi tío lo escudriñaba todo, sin darse apenas cuenta de nada.

—Sea cual fuere esta montaña —dijo al fin— hace bastante calor; las explosiones no cesan, y no valdría la pena de haber escapado de los peligros de una erupción para recibir la caricia de un pedazo de roca en la cabeza. Descendamos, y sabremos a qué nos atenernos. Por otra parte, me muero de hambre y de sed.

Decididamente, el profesor no era un espíritu contemplativo. Por lo que a mí respecta, olvidando las fatigas y las necesidades, habría permanecido en aquel sitio durante muchas horas aún; pero me fue preciso seguir a mis compañeros.

El talud del volcán presentaba muy rápidas pendientes; nos deslizábamos a lo largo de verdaderos barrancos de ceniza, evitando las corrientes de lava que descendían como serpientes de fuego; y yo, mientras, conversaba con volubilidad, porque mi imaginación se hallaba demasiado repleta de ideas, y era preciso darle algún desahogo.

—¿Nos encontramos en Asia —exclamé—, en las costas de la India, en las islas de la Malasia, en plena Oceanía? ¿Hemos atravesado la mitad del globo terráqueo para salir de él por las antípodas de Europa?

—Pero, ¿y la brújula? —respondió mi tío.

—¡Sí, sí! ¡Fiémonos de la brújula! A dar crédito a sus indicaciones, habríamos marchado siempre hacia el Norte.

—¡Según eso, ha mentido!

—¡Oh! ¡Mentido! ¡mentido!

—¡A menos que este sea el Polo Norte!

—¡El Polo! No; pero…

Era un hecho inexplicable; yo no sabía qué pensar.

Entretanto, nos aproximábamos a aquella verdura que tanto recreaba la vista. Me atormentaba el hambre, como asimismo la sed. Por fortuna, después de dos horas de marcha, se presentó ante nuestros ojos una hermosa campiña, enteramente cubierta de olivos, de granados y de vides que parecían pertenecer a todo el mundo. Por otra parte, en el estado de desnudez y abandono en que nos encontrábamos, no era ocasión de andarse con muchos escrúpulos. ¡Con qué placer oprimimos entre nuestros labios aquellas sabrosas frutas, aquellas dulces y jugosísimas uvas! No lejos, entre la hierba, a la sombra deliciosa de los árboles, descubrí un manantial de agua fresca, en la que sumergimos nuestras caras y manos con indecible placer.

Mientras nos entregábamos a todas las delicias del reposo, apareció un chiquillo entre dos grupos de olivos.

—¡Ah! —exclamé—, un habitante de este bienaventurado país.

Era una especie de pordioserillo miserablemente vestido, de aspecto bastante enfermizo, a quien nuestra presencia pareció intimidar extraordinariamente; cosa que a la verdad, no tenía nada de extraña, pues medio desnudos y con nuestras barbas incultas, teníamos muy mal cariz; y al menos que no nos hallásemos en un país de ladrones, nuestras extrañas figuras tenían necesariamente que amedrentar a sus habitantes.

En el momento en que el rapazuelo emprendió, asustado, la huida, corrió Hans detrás de él y lo trajo nuevamente, a pesar de sus puntapiés y sus gritos.

Mi tío comenzó por tranquilizarlo como Dios le dio a entender, y, en correcto alemán, le preguntó:

—¿Cómo se llama esta montaña, amiguito?

El niño no respondió.

—Bueno —dijo mi tío—; no estamos en Alemania.

Formuló la misma pregunta en inglés, y tampoco contestó el chiquillo. A mí me devoraba, la impaciencia.

—¿Será mudo? —exclamó el profesor, quien, orgulloso de su poliglotismo, repitió en francés la pregunta.

El mismo silencio del niño.

—Ensayemos el italiano —dijo entonces mi tío. Y le pregunto en esta lengua:

—Dove siamo?

—Sí, ¿dónde estamos? —repetí con impaciencia. Pero el niño no respondió tampoco.

—¡Demontre! —exclamó mi tío, que empezaba a encolerizarse, dándole un tirón de orejas—, ¿acabarás de reventar de una vez? Come si noma qaesta isola?

—Strombolí —repitió el pastorcillo, escapándose de las manos de Hans y emprendiendo veloz carrera a través de los olivos hasta llegar a la llanura, sin que nos volviéramos a ocupar más de él.

¡El Estrómboli! ¡Oh, qué efecto produjo en mi imaginación aquel nombre inesperado! Nos hallábamos en pleno Mediterráneo, en medio del archipiélago eolio, de mitológica memoria, en la antigua Strongyle, donde Eolo tenía encadenados los vientos y tempestades. Y aquellas montañas azules que se veían por el Este eran las montañas de Calabria. Y aquel volcán que se erguía en el horizonte del Sur era nada menos que el implacable Etna.

—¡El Estrómboli! —repetía yo—, ¡el Estrómboli!

Mi tío me acompañaba con sus gestos y palabras. Parecía que estábamos cantando un dúo.

—¡Oh, qué viaje! ¡Qué maravilloso viaje! ¡Entrar por un volcán y salir por otro, situado a más de 1.200 leguas del Sneffels, de aquel árido país de Islandia, enclavado en los confines del mundo! Los azares de la expedición nos habían transportado al seno de las más armoniosas comarcas de la tierra. Habíamos trocado la región de las nieves eternas por la de la verdura infinita, y abandonado las nieblas cenicientas de las zonas heladas para venir a cobijarnos bajo el cielo azul de Sicilia.

Después de una deliciosa comida compuesta de frutas y agua fresca, volvimos a ponernos en marcha con dirección al puerto de Estrómboli.

No nos pareció prudente divulgar la manera cómo habíamos llegado a la isla: el espíritu supersticioso de los italianos no hubiera visto en nosotros otra cosa que demonios vomitados por las entrañas del infierno: así que nos resignamos a posar por pobres náufragos. Era menos gloriosa, pero mucho más seguro.

Por el camino, oí murmurar a mi tío:

—¡Pero esa brújula! ¡Esa brújula que señalaba el Norte! ¿Cómo explicarse este hecho?

—A fe mía —dije yo con el mayor desdén—, que no vale la pena que nos devanemos los sesos tratando de buscarle una explicación.

—¡Qué dices, insensato! ¡Un catedrático del Johannaeum que no supiera dar una explicación de un fenómeno cósmico sería un bochorno inaudito!

Y al expresarse de este modo; mi tío, medio desnudo, con la bolsa de cuero alrededor de la cintura, y afianzándose las gafas sobre la nariz, volvió o ser otra vez el terrible profesor de mineralogía.

Una hora después de haber abandonado el bosque de los olivos, llegamos al puerto de San Vicenzo, donde Hans reclamó el importe de su decimotercia semana de servicio, que le fue religiosamente pagado, cruzándose entre todos los más calurosos apretones de manos.

En el momento aquel, si no participó de nuestra natural y legítima emoción, se dejó arrastrar por lo menos por un impulso de extraordinaria expansión.

Estrechó ligeramente nuestras manos con las puntas de sus dedos y se dibujó en sus labios una ligera sonrisa.

CAPÍTULO XLV

He aquí la conclusión de un relato que no querrán creer ni aun las personas más acostumbradas a no asustarse de nada. Pero me he puesto en guardia de antemano contra la credulidad de los hombres.

Fuimos recibidos por los pescadores de Estrómboli con las consideraciones debidas a unos náufragos. Nos proporcionaron vestidos y víveres: y, después de cuarenta y ocho horas de espera, el 31 de agosto, una embarcación pequeña nos condujo a Mesina, donde algunos días de reposo bastarán para reponer nuestras fuerzas.

El viernes 4 de septiembre, nos embarcamos a bordo del Volturne, uno de los vapores de las mensajerías imperiales de Francia, y, tres días más tarde tomamos tierra en Marsella, sin más preocupación en nuestro espíritu que nuestra maldita brújula. Aquel hecho inexplicable no cesaba de inquietarnos seriamente. El 9 de septiembre, por la noche, llegamos, por fin, a Hamburgo.

Imposible describir la estupefacción de Marta y la alegría de Graüben al vernos entrar por las puertas.

—¡Ahora que eres un héroe —me dijo mi adorada prometida—, no tendrás necesidad de separarte más de mí, Axel!

La miré, y ella me sonrió entre sus lágrimas.

Puede calcular el lector la sensación que produciría en Hamburgo la vuelta del profesor Lidenbrock. Gracias a las indiscreciones de Marta, la noticia de su partida para el centro de la tierra se había esparcido por el mundo entero. Pero nadie la creyó, y, al verle de regreso, tampoco se le dio crédito.

Sin embargo, la presencia de Hans y las informaciones de Islandia modificaron la pública opinión.

Entonces mi tío llegó a ser un personaje importante, y yo, el sobrino de un ilustre sabio, lo que ya es alguna cosa. La ciudad de Hamburgo dio una fiesta en nuestro honor. Se celebró una sesión pública en el Jahannaeum, en la que el profesor hizo un detallado relato de su expedición, omitiendo, naturalmente, los hechos extraordinarios relativos a la brújula. Aquel mismo día depositó en los archivos de la ciudad el documento de Saknussemm, expresando el vivo sentimiento que le causaba el hecho de que las circunstancias, más poderosas que su voluntad, no le hubiesen permitido seguir hasta el centro de la tierra las huellas del explorador islandés. Fue modesto en su gloria, la cual hizo aumentar su reputación.

Tantos honores tenían necesariamente que suscitarle envidiosos. Así

sucedió, en efecto, y, como sus teorías, basadas en hechos ciertos, contradecían los sistemas establecidos por la ciencia sobre la cuestión del fuego central, sostuvo verbalmente y por escrito muy notables polémicas con los sabios de todos los países.

Por lo que a mí respecta, no puedo aceptar su teoría relativa al enfriamiento; a pesar de cuanto he visto, creo y seguiré creyendo siempre en el calor central; pero confieso que ciertas circunstancias, aún no muy bien definidas, pueden modificar esta ley bajo la acción de ciertos fenómenos naturales.

En el momento en que más enconadas eran las discusiones, experimentó mi tío un verdadero disgusto. Hans, a pesar de sus ruegos, se marchó de improviso de Hamburgo. El hombre a quien todo se lo debíamos no quiso permitir que le pagásemos nuestra deuda, minado por la nostalgia que le producía el recuerdo de su querida Islandia.

—Färval! —nos dijo un día; y, sin más despedida, partió para Reykiavik adonde llegó felizmente.

Profesábamos un verdadero afecto a aquel hombre singular que nos había salvado la vida en varias ocasiones; su ausencia no nos hará olvidar la deuda de gratitud que tenemos con él contraída, y abrigo la esperanza de no abandonar este mundo sin volver a verle otra vez.

Para concluir, añadiré que este viaje al centro de la Tierra produjo una unánime sensación en el mundo. Fue traducido e impreso en todas las lenguas; los más importantes periódicos publicaron sus principales episodios, que fueron comentados, discutidos, atacados y defendidos con igual entusiasmo por los creyentes a incrédulos. Y, cosa rara, mi tío disfrutó todo el resto de su vida de la gloria que había conquistado, y no faltó un señor Barnuim que le propusiese exhibirle, a muy elevado precio, en los Estados Unidos.

Pero un profundo disgusto, un verdadero tormento amargaba esta gloria. El hecho de la brújula seguía sin explicación, y el que semejante fenómeno no hubiese sido explicado constituía verdaderamente un suplicio para la inteligencia de un sabio. El Cielo, sin embargo, reservaba a mi tío una felicidad completa.

Un día, arreglando en su despacho una colección de minerales, descubrí la famosa brújula y me puse a examinarla.

Hacía seis meses que estaba allí, en un rincón, sin poder sospechar los quebraderos de cabeza que estaba proporcionando.

¡Qué estupefacción la mía! Lancé un grito que hizo acudir al profesor.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Esta brújula!

—¿Qué? ¡Acaba!

—¡Que su aguja señala hacia el Sur, en vez de señalar hacia el Norte!

—¿Qué dices?

—¡Mire usted! ¡Sus polos están invertidos!

—¡Invertidos!

Mi tío miró, comparó y pegó un salto que hizo retemblar la cosa.

¡Qué luz tan viva iluminó de repente su inteligencia y la mía!

—¿De suerte —exclamó cuando pudo recuperar el use de la palabra, que desde nuestra llegada al cabo Saknussemm, la aguja de esta condenada brújula señalaba hacia el Sur, en vez de señalar hacia el Norte?

—No cabe duda alguna.

—Nuestro error se explica entonces de un modo satisfactorio. Pero, ¿qué fenómeno ha podido producir esta inversión de sus polos?

—La cosa no puede ser más sencilla.

—Explícate, hijo mío.

—Durante la tempestad que hubo de desarrollarse en el mar de Lidenbrock, aquel globo de fuego que imanó el hierro de la balsa, desorientó nuestra brújula, invirtiendo sus polos.

—¡Ah! —exclamó el profesor, soltando la carcajada—, ¡buena nos lo ha jugado la electricidad!

A partir de aquel día, fue mi tío el más feliz de los sabios, y yo el más dichoso de los hombres; porque mi bella curlandesa, renunciando a su calidad de pupila, ocupó en la modesta casa de König-strasse el doble puesto de sobrina y de esposa. No creo necesario añadir que su tío fue el ilustre profesor Otto Lidenbrock, miembro correspondiente de todas las sociedades científicas, geográficas y mineralógicas de las cinco partes del mundo.

FIN

